UN STALKER POR NAVIDAD



¿Por qué elegir entre ser mala o buena?

ALTA HENSLEY

AUTORA *BEST SELLER* DEL *USA TODAY*

UN STALKER POR NAVIDAD

ALTA HENSLEY

UN STALKER POR NAVIDAD



Traducción de Virginia Ladero



SOMBRAS

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *He Sees You When You're Sleeping*
Editor original: Avon, un sello de HarperCollins*Publishers*
Traducción: Virginia Ladero

1.ª edición: noviembre 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2024 *by* Harper Collins
Publicado en virtud de un acuerdo con Avon, un sello de HarperCollins*Publishers*.
All Rights Reserved
© de la traducción, 2025 *by* Virginia Ladero
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.leosombras.com

ISBN: 979-13-87750-55-8

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

A Ava y Kenna. Os lo dije… Flores y arcoíris

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO



Un stalker por Navidad es una novela de romance oscuro para lectores a partir de 18 años. En la novela vas a encontrar representados ciertos temas que pueden ser sensibles para algunas personas. Procede con cautela…

- Acoso
- Limpieza de nieve no consentida
- Dominación y sumisión
- Violencia
- Voyerismo
- Espíritu navideño forzado
- Exhibicionismo
- Cámaras ocultas
- Amor posesivo
- Sexo explícito
- Uso de jerséis navideños feos



CAPÍTULO UNO

CHLOE

Maldita dulce Navidad.

No puedo quedarme en la cama toda la mañana para evitar el día de hoy. Pero aquí sigo. La ristra de luces que cuelga del gran seto cubierto de nieve fuera de mi ventana no hace mucho por aportarme el espíritu para lo que tiene que pasar hoy. El parpadeo de las luces baila sobre el cristal congelado, creando colores infinitos. Pero lo siento vacío.

Tomo una bocanada de aire, saboreando el pino y la canela de la vela aromática que he dejado encendida desde que me desperté, en un intento fallido por encontrar las ganas de trabajar.

La *influencer* Chloe Hallman no puede comportarse como el mismísimo Scrooge durante las fiestas. Especialmente cuando eres la embajadora de Moth to The Flame Designs, una compañía de joyas que factura gran parte de sus beneficios en esta época del año.

Pero ahora mismo soy todo lo contrario a la Chloe Hallman refinada y alegre que sale en el *feed* de Instagram y los *timelines* de redes sociales. El espíritu navideño, las charlas alegres y mis fotos sonriendo, con las mejillas sonrojadas y luciendo joyas personalizadas forman parte del trabajo. Chloe Hallman es una marca que representa la alegría en los días invernales de diciembre.

Pero esa no soy yo, hoy no. Hoy solo soy Chloe.

Con un suspiro, me quito de encima el edredón mullido y me siento en el borde de la cama. Mis pies tocan el suelo frío de madera mientras rebusco en el armario algo apropiado que ponerme; puede que algo rojo y verde con un toque de dorado. Una risa que debería ser natural surge de mí cuando saco un jersey navideño bastante ostentoso.

Que alguien me recuerde por qué a la gente le encantan estas cosas.

Cuando me suena el teléfono, pienso en que hay muy pocas personas en mi vida que me llamarían en vez de dejarme un mensaje. Mirando la pantalla veo que es la tía Sue. Pues claro. Dudo por un momento antes de contestar, aún con el llamativo jersey colgando en mi otra mano.

—Hola, tía Sue —la saludo, tratando de inyectar algo de ánimo en mi voz.

—¡Cariño! Cuanto me alegro de hablar contigo. Sé que no pudiste venir en Acción de Gracias, pero nos encantaría tenerte aquí por Navidad. Sé que los vuelos ahora están carísimos, pero he visto que Southwest está negociando con Phoenix y han mejorado mucho su servicio al cliente y… bueno, he pensado que podría llamarte. —Su voz es tan cálida y melosa como siempre. Me alivia que no pueda verme la cara.

—Agradezco la invitación, pero…

—Ya sé que dijiste que eres alérgica a los gatos, pero ahora existen pastillas muy buenas para eso y…

—Tía Sue —la interrumpo, pellizcándome el puente de la nariz—. No es solo por los gatos.

Hay una pausa al otro lado de la línea y casi puedo escuchar los engranajes de su cabeza.

—Ah —responde, con la voz una octava más grave.

—Estoy muy ocupada con el trabajo en estas fechas.

Se produce un silencio incómodo.

—Sé que tu madre no habría querido que estuvieras sola durante las fiestas —empieza—. Y…

—Tía Sue, por favor —la corto, más brusca de lo que pretendía. Respiro profundamente y suavizo el tono—: Sé que tienes buenas intenciones, pero no estoy sola. Aquí tengo amigos y he hecho planes.

Y no es del todo mentira. Tengo amigos, aunque nuestro plan es más del tipo «Nos tomamos algo» que algo más concreto.

—Bueno, sí cambias de idea… —dice con la voz apagada, pero con un resquicio de esperanza.

—Te lo haré saber —contesto, sabiendo que no lo haré.

Pasamos los diez minutos siguientes poniéndonos al día y teniendo una pequeña charla, pero puedo sentir su decepción.

Cuando cuelgo me abruma una oleada de culpa. Primero porque no soy alérgica a los gatos y podría hacer perfectamente el viaje a Phoenix. Mis excusas son vagas. Sé que la tía Sue tiene buenas intenciones, pero solamente pensar en pasar la Navidad con mi familia lejana, rodeada de recuerdos de mis padres y de lo mucho que nos encantaban las vacaciones de Navidad, es más de lo que puedo soportar.

Tiro el estridente jersey encima de la cama y me hundo a su lado, pasando los dedos por la tela áspera. A mamá le habría gustado esta monstruosidad. Siempre tuvo un don para el dramatismo cuando se trataba de atuendos navideños.

Un grito repentino desde el exterior interrumpe mis pensamientos. Me acerco rápidamente a la ventana, presionando la cara contra el cristal congelado para ver mejor. Fuera, mi vecino de ochenta y dos años está tumbado en un montón de nieve con una pala a su lado.

Veo cómo el señor Haven suelta un quejido al intentar levantarse

del suelo en el camino de entrada a su casa, que está cubierto de nieve. Su anciano cuerpo no acompaña a sus esfuerzos, lo que me saca una mueca de simpatía.

—¡Quédese ahí, señor Haven! —le grito—. Salgo a ayudarle.

Metiendo los pies en las botas que tengo más a mano, solo paro para agarrar un abrigo antes de salir corriendo por la puerta. El aire glacial de Nueva York me golpea como un puñetazo en el estómago, pero me abro paso a través de él, caminando con dificultad a través de la gruesa capa de nieve que dejó la tormenta de anoche.

—¿Se ha hecho daño? Debería haberme pedido ayuda —lo regaño mientras inspecciono su cuerpo en busca de heridas visibles—. ¿Qué hace quitando la nieve del camino usted solo?

—Intentaba limpiarlo antes de que llegara el cartero; no pensaba caerme.

Echo un vistazo al camino que lleva a mi casa, completamente despejado. No hay casi nieve, cortesía del casero. No tiene sentido: ¿por qué diablos despejaría mi parte de la fila de casas conectadas y no la del señor Haven?

—Debería haber llamado a mi puerta, señor Haven —le reprendo mientras intento levantarlo del suelo. Sus manos tiemblan cuando las agarro entre las mías, débiles y frías, lo cual me hace sentir culpable por haber estado enfurruñada dentro, envuelta en mi manta de franela, con la calidez de la vela con olor a canela.

—Deje que le ayude —dice un hombre que estaba paseando a su perro al otro lado de la calle. Su figura corpulenta casi se esconde bajo capas de ropa térmica, mejillas sonrojadas por el frío y un gorro que le cubre las orejas. El perro es un *husky* enorme que menea la cola con entusiasmo hacia nosotros—. ¿Está herido? —pregunta mientras ata al perro a la barandilla del porche y se arrodilla al lado del señor Haven.

—Creo que no —responde con la voz tomada por el frío o quizás

por la caída.

—Soy bombero. Si me lo permite, me gustaría revisarle para estar seguros de que no hay nada roto antes de levantarlo —ofrece, y su aliento se congela en el aire al hablar.

Sus ojos son amables, de un verde brillante que destaca en el blanco paisaje invernal. Me miran con una pequeña sonrisa mientras continúa examinando al señor Haven, que parece recuperar el color.

—Soy Jack —se presenta el desconocido después de asegurarse de que el señor Haven no tiene heridas graves mientras me extiende una mano enguantada. El nombre se escapa de sus labios con un aire familiar, como si hubiera estado grabado en una esquina de mi mente.

—Chloe —respondo dándole la mano, e intento no estremecerme por algo más que la brisa fría—. Y este es el señor Haven, alguien que no debería estar aquí fuera quitando la nieve de su propia entrada.

Los ojos de Jack se arrugan en las comisuras mientras sonríe, o pone una mueca; es difícil distinguirlo.

—Tiene razón, señor Haven —dice sosteniendo al hombre de nuevo—. ¿Qué le parece si se toma con calma el resto del día? —Recoge la pala y añade—: Deje que Chloe le lleve dentro y yo termino lo que ha empezado.

El señor Haven intenta protestar, pero se ve sobrepasado por nuestra expresión decidida. Cede con un movimiento de cabeza y se apoya en mi hombro mientras avanzamos despacio hacia su puerta.

El *husky*, después de haber terminado su ronda de olfateos curiosos, se lanza para alcanzarnos en la entrada. Con sus brillantes ojos azules, frota con la nariz el agarre inestable del señor Haven, sacándole una sonrisa genuina.

Miro a Jack por encima del hombro, que se encuentra retirando la nieve; su ancha espalda se mueve con el esfuerzo. La nieve parece

haber regresado; los gruesos copos caen sin descanso y amortiguan el ruido de la ciudad.

—Gracias, Jack —le agradezco por encima del sonido del viento.

Hace una pausa para corresponderme con un asentimiento de cabeza y un gesto con la mano antes de continuar.

Ya en el interior, la casa del señor Haven es cálida y acogedora, con olor a libros viejos y a café. Le ayudo a quitarse el pesado abrigo y el gorro y lo guío hasta la butaca al lado del fuego, en la que su gata tricolor, Parches, está repantingada. Levanta la cabeza cuando entramos y emite un maullido de indignación, como si nos estuviera regañando por perturbar su paz. Me doy cuenta de que el señor Haven emite un suspiro de alivio cuando se sienta entre los cojines.

—Voy a hacer un poco de té para que entre en calor —le indico, y me dirijo a la cocina. Lleno la tetera de agua y la pongo en la estufa. La llama danza bajo el metal frío—. ¿Por qué no ha esperado a que el casero le quitara la nieve del camino?

—¿Ese vejestorio? —responde desde la otra habitación—. Ese solo vale para una cosa y es cobrar nuestros cheques a principio de mes.

—Eso no es verdad —replico—. Ha despejado el mío y, a decir verdad, lo hace siempre.

Y no solo lo ha estado haciendo tras cada tormenta; también colgó las luces de Navidad fuera de mi ventana. Es cierto que solo es una tira de luces sencilla encima del arbusto, pero aprecio el gesto.

—¡Ja! Seguro que no ha sido ese idiota perezoso. Conozco a Lionel desde hace años y ese hombre no ha puesto un pie en esta propiedad desde vete a saber cuándo.

Entro de nuevo en el salón con dos tazas calientes.

—Pero, si no fue él, ¿entonces quién? —pregunto mientras le paso su té al señor Haven.

Él se ríe sosteniendo la taza entre las manos.

—A lo mejor han sido los elfos de Papá Noel. O puede que te haya salido un acosador muy servicial.



CAPÍTULO DOS
JACK

¿Cuántas noches llevo haciendo esto? Acechando, observando, esperando. Se está volviendo una adicción que no puedo controlar. Me agazapo bajo la ventana con cuidado de no perturbar la nieve recién caída desde la última vez que despejé el camino a escondidas. No puedo dejar ninguna prueba de que he estado aquí.

No puedo dejar de volver, noche tras noche. La emoción de observar sin ser visto, de fisgar en una vida que no es la mía, ha clavado sus garras en lo más profundo de mí. Me digo a mí mismo cada vez que será la última, que me liberaré de esta compulsión.

Pero no puedo.

Por alguna razón, no puedo parar.

Mi respiración forma pequeñas nubes en el aire frío mientras levanto la cabeza despacio, lo suficiente para mirar por encima del alféizar. El brillo cálido del interior se esparce, en contraste con la oscuridad que me rodea. Ahí está ella…

Siendo consciente de la nieve a mi alrededor, mis pensamientos vuelven a esta mañana. Al encuentro con Chloe cara a cara. La había tocado. Apenas, pero nuestras manos se habían tocado. Todavía puedo sentir el calor de su piel, la suavidad de sus dedos en contacto con los míos cuando la ayudé con su vecino. Ver al señor

Haven tendido en el suelo lleno de nieve esta mañana me hizo sentir como un verdadero capullo. Desde hace algunos años, he estado quitando la nieve del camino que lleva a casa de Chloe después de las tormentas por tres razones.

La primera es que la nieve genera huellas. Las huellas son pruebas. Y lo último que necesito son las huellas de mis botas dejando un rastro hasta su ventana.

La segunda razón es que me da consuelo. Me recuerda a cuando era niño, cuando mi madre seguía viva y éramos una pequeña familia. Quitaba la nieve de los caminos para ganar un dinero extra y comprarle a mi madre cerezas recubiertas de chocolate y un perfume llamado Charlie Blue en la farmacia del barrio.

Y la tercera razón es… bueno… no quiero que Chloe se resbale. Y aun así he dejado que ese pobre hombre sufriera ese mismo destino.

Me hice la promesa en ese momento, mientras levantaba al hombre del suelo, de que mantendría su camino tan limpio como el de Chloe.

La gata tricolor del vecino se frota contra mis piernas y su peludo cuerpo es una fuente de calor en el aire nocturno. Me agacho para ahuyentarla, con las manos temblando ligeramente por la adrenalina que corre por mis venas.

—Fuera —le digo entre dientes—. Me vas a delatar.

La gata apenas parpadea hacia mí con sus luminosos ojos antes de escabullirse entre las sombras que proyectan los altos setos que rodeaban la propiedad. Presiono mi cuerpo contra las ramas llenas de espinas, con el corazón aún martilleándome en el pecho mientras trato de recomponerme.

A pesar de que me considero un experto en esto del acoso, nunca estoy tranquilo. El miedo a que me pillen siempre permanece. Estos arbustos son lo único que me mantiene oculto de ojos entrometidos,

la única barrera entre que me descubran y yo. Sé que estoy asumiendo un riesgo enorme incluso cada vez que me quedo fuera de la ventana de la habitación de Chloe.

Un coche pasa por la calle y las luces hacen un barrido por todo el jardín. Me agacho por instinto con el corazón a mil. De pronto, la bombilla del porche del vecino parpadea. Me quedo congelado, apenas me atrevo a respirar. ¿Alguien me ha visto? No, es solo el sensor de movimiento. Aun así, es un cruel recordatorio de lo precaria que es mi posición.

Debería irme. Sé que debería irme. Pero no puedo apartarme, todavía no. Solo unos minutos más, me digo a mí mismo. Siempre son unos minutos más.

Echo un vistazo a mi reloj y las manecillas luminosas me dicen que tengo una hora hasta las once y media, antes de que se enciendan las luces. Necesito aprovechar al máximo el tiempo. Lo último que quiero es que me iluminen las luces rojas y verdes y que Chloe tenga un ataque al corazón al verme mirándola desde el otro lado del cristal. Pero, al menos por ahora, estoy en la oscuridad y ella está distraída con su trabajo.

Las ventanas y los materiales antiguos juegan a mi favor, amplificando los sonidos del interior.

Su voz es clara y alegre. Sentada frente al trípode que sujeta su móvil, con la cara iluminada con entusiasmo, describe su última pieza.

—Chicos, mirad este —dice mientras acaricia el collar de piedras rojas que descansa sobre sus perfectas clavículas—. Es recio, pero perfecto para las celebraciones en esta época del año. Retro, pero moderno. La mezcla perfecta para que se convierta en un tema de conversación. El color rojo es un acierto para combinar todos los colores navideños que nos ponemos en esta época del año. Y está justo dentro del presupuesto. Le doy un diez de diez, sin duda.

Debido a mis visitas nocturnas, sé más sobre joyas que lo que cualquier hombre con mi profesión debería. Los bomberos son expertos en fuego y humo, no en oro y plata. Pero la pasión de Chloe es contagiosa y cada vez me veo más y más atraído hacia ella con cada adictiva noche que pasa.

Conozco cada detalle de su figura curvilínea, la manera en la que se sienta recta cuando muestra una pieza especialmente deslumbrante o cómo se coloca un mechón de pelo castaño oscuro detrás de la oreja cuando reflexiona sobre el diseño de una joya.

He memorizado su horario, sus costumbres, la manera en que sus ojos se iluminan cuando una pieza la emociona de verdad. Se ha convertido en una obsesión ver sus vídeos sobre joyas de madrugada, con la luz de la pantalla del móvil iluminando mi rostro en la oscuridad de mi apartamento.

Menos las veces que, como ahora, me rodea el frío fuera de su ventana. Observando. Obsesionándome. Acosándola.

He visto sus vídeos tantas veces que prácticamente puedo hacer *playback* con sus entusiastas descripciones. Mi aliento nubla el aire a medida que me acerco, con cuidado de permanecer oculto. Debería irme. Sé que debería. Pero no puedo separarme del brillo cálido de su habitación, de la imagen de ella mordiéndose el labio inferior cuando se concentra. Solo unos minutos más, me digo a mí mismo. Solo un poco más.

—Ahora —la escucho decir— os traigo algo de mi colección personal.

Alcanza una cajita de terciopelo y la sostiene con cuidado entre las manos.

—Era de mi madre —murmura a la cámara con una suavidad en la voz que hace que se me contraiga el corazón—. Supongo que lo comparto con vosotros porque… bueno, es Navidad. Y a ella siempre le encantaron las fiestas. No era de las que se arreglaba en exceso o

llevaba muchos lujos, pero la Navidad era ese momento en el que lo hacía. Y las joyas eran parte de ello.

Abre la caja despacio, con cuidado de no alterar lo que contiene. Entrecierro los ojos para verlo desde mi posición privilegiada.

Dentro hay un anillo, una piedra preciosa que capta y refracta la luz proveniente de la lámpara. Un zafiro azul con forma de óvalo rodeado por pequeños diamantes brilla para mí.

—No es la pieza más valiosa del mundo —explica Chloe con voz suave, casi con reverencia. Lo saca del estuche de terciopelo para enseñárselo a sus seguidores—. Pero era suyo. Y ahora es mío.

Una punzada de culpa me golpea como un puñetazo en la garganta cuando soy consciente de la profundidad de mi intrusión. A pesar de la distancia física, de la naturaleza oculta de mi presencia, estoy invadiendo uno de sus momentos más íntimos, compartiendo algo personal sobre su familia.

Y sí, se lo está diciendo a los espectadores, pero no me lo está diciendo a mí. Aun así, no puedo apartarme de la escena mientras se pone el anillo de su madre en el dedo con cuidado. Incluso a distancia, puedo ver cómo sus ojos se llenan de lágrimas incluso cuando intenta mantener la compostura.

—Pero basta de hablar de mí. —Pestañea de pronto para quitarse la humedad de los ojos y forzar una sonrisa para su público—. Pasemos a algo más alegre.

Alcanza otro objeto de su mesa, pero soy incapaz de concentrarme en lo que dice a continuación.

Mis pensamientos se inundan de culpa, confusión y un anhelo que he estado intentando sofocar. En el anonimato de las sombras, tengo una batalla silenciosa conmigo mismo mientras Chloe continúa con su espectáculo. No es consciente de mi presencia, pero aquí estoy, al tanto de cada palabra que dice y cada emoción que muestra. Pero no se trata solo de que yo sea un espectador silencioso; también de

cómo estos momentos robados me afectan. Cómo hacen que sienta cosas que no he considerado nunca.

—Muy bien, vamos allá. Esta es un poco más divertida y tradicional para las fiestas. —Sostiene unos pendientes plateados en forma de reno con los cuernos decorados con gemas de muchos colores.

De pronto, me vibra el teléfono en el bolsillo y me provoca una distracción nada bienvenida. Un mensaje del jefe de bomberos, de una alerta por fuego estructural. Se necesita a todos los efectivos. El deber me llama. Es mi noche libre, pero no es raro que me lleguen las llamadas o que mis compañeros me pidan cubrirlos en un turno. Estoy soltero, no tengo niños ni familia que me necesite ni vida real de la que hablar y, francamente, me encanta mi trabajo. Aparte de observar a Chloe, es todo lo que tengo. Es patético, sí, pero es la verdad.

El viejo Jack te echa un cable.

Aun así, ser un adicto al trabajo da sus frutos. Me permiten aparcar la camioneta en la estación a solo unas manzanas de mi apartamento, lo que me ahorra una fortuna.

Le echo un último vistazo a Chloe para grabar ese momento en el fondo de mi mente. Se está riendo, reemplazando su aspecto apenado de hace unos momentos con alegría desenfrenada mientras habla de la siguiente pieza de joyería.

Mientras me subo a mi camioneta y me voy, vuelvo a mirar hacia la casa de Chloe. La única tira de luces de Navidad está a punto de encenderse, como todas las noches cuando me voy. Y, como siempre, me prometo que esta será la última vez que venga para observarla desde lejos.

Pero en el fondo sé que es mentira.

Chloe Hallman es mi adicción.



CAPÍTULO TRES

CHLOE

Tomando el ferry desde St. George a Manhattan, me apoyo sobre la barandilla mientras la brisa marina me remueve el pelo. Debería entrar, porque me estoy congelando, pero hay algo en la vista del muro de acero y vidrio que tengo delante que me prepara mentalmente para las reuniones en Moth to the Flame Designs. Necesito repasar mi estrategia una vez más. Inspirar. Espirar.

«Soy un centro neurálgico de creatividad. Mis ideas son frescas e innovadoras. No me habrían pedido ser embajadora de la marca si no fuera así. Puedo con esto».

Solo voy a la oficina un par de veces a la semana para recoger la joyería que quieren que enseñe e ir a algunas reuniones. Podría pensarse que estoy acostumbrada, pero siempre me siento como pez fuera del agua cuando entro en el edificio y me enfrento al interior elegante y refinado y a los empleados bien vestidos. Pero aquí es donde debería impresionarlos con mi destreza para las redes sociales y convencerlos de que valgo cada centavo de mi, admitámoslo, generoso contrato.

Me aliso la chaqueta de segunda mano, que aun así es clásica y moderna, e intento canalizar la confianza que he ganado en el ferry. El viaje en ascensor a la planta catorce se me hace eterno y el

estómago me va dando volteretas a medida que subo.

Cuando se abren las puertas, me recibe el aroma familiar del cuero y el perfume caro. Pongo mi mejor sonrisa de *influencer* y me dirijo a la recepción, con mis tacones de imitación repiqueteando en el suelo de mármol.

—Buenos días, Chloe —canturrea la recepcionista con sus dientes perfectos—. Sloane te está esperando en el *showroom*.

—Gracias, Marissa —respondo, intentando igualar su entusiasmo.

Las puertas del *showroom* se alzan delante de mí y tomo aire profundamente una última vez antes de empujar para abrirlas. La sala está bañada en una luz suave y favorecedora que hace que cada pieza de joyería brille como una estrella.

Sloane, una de las diseñadoras y a quien considero una amiga de verdad, está en el centro de la sala, con el pelo rojo recogido de manera muy elegante. Se gira hacia mí con una sonrisa.

—Tenemos piezas nuevas geniales para estas fiestas. Espérate a verlas.

Mientras me acerco a Sloane, mis ojos se ven arrastrados inmediatamente a la selección de joyas colocadas en bandejas con rayas de terciopelo que tiene delante. Delicadas cadenas de oro decoradas con cristales brillantes, piezas atrevidas y llamativas con vibrantes piedras preciosas y anillos de diseños intrincados que captan la luz desde cualquier ángulo. A pesar de que Moth to the Flame es conocido por ofrecer bisutería accesible, las piezas son siempre elegantes y dan una clase que me vuela la cabeza. Es todo un tesoro de belleza y por un momento me olvido de mis inseguridades.

—Dios mío, Sloane —respiro, y mis ojos se abren aún más mientras observo la maravillosa colección—. Son absolutamente preciosas.

Sloane sonríe y el orgullo es evidente en sus brillantes ojos.

—Sabía que las ibas a adorar. Esta temporada nos estamos centrando en la versatilidad y en la elegancia atemporal con un giro moderno.

Toma un collar delicado, una cadena fina de oro con una piedra de luna en forma de lágrima.

—Esta pieza, por ejemplo, se puede llevar como un colgante simple o —manipula con destreza la cadena— dejando esta parte más larga para un aspecto más dramático.

Asiento, visualizando perfectamente cómo puedo enseñar esta pieza adaptable.

—Es brillante. Mis seguidores se volverán locos cuando vean que se puede transformar.

A medida que Sloane me enseña la colección, mi nerviosismo inicial se disipa, sustituido por una emoción genuina. Esta es la razón por la que amo lo que hago: la emoción de descubrir cosas nuevas y bonitas y compartirlas con el mundo. Mi mente ya está llena de ideas para sesiones de fotos y vídeos para enseñar estas piezas.

—Y aquí está la joya de la corona —dice Sloane con un brillo travieso en los ojos. Extiende la mano hacia atrás y saca una caja de terciopelo, que abre con una floritura.

Dentro descansan unos pendientes que me quitan el aliento. Se parecen mucho a un candelabro, con ópalos iridiscentes que descienden en cascada, capturan la luz y devuelven un arcoíris que se extiende por la habitación. El diseño es moderno aunque intrincado, el balance perfecto entre elegancia y vanguardia.

Los ópalos eran la piedra de nacimiento de mi madre y sus favoritas.

—Mi madre los habría adorado —digo más para mí misma que para Sloane.

—Me acordé de que a tu madre siempre le encantaron los ópalos —declara Sloane con voz calmada—. Es una de las razones por las

que elegí esta gema cuando la diseñé. Como recuerdo de su gusto exquisito.

—Sloane… —Me trago mi emoción—. Definitivamente, van a ser la estrella de la colección de Navidad —respondo con voz más firme, imbuida por una nueva oleada de confianza—. Tengo muchas ideas para enseñarlos.

Sloane sonríe, claramente satisfecha por mi reacción.

—No puedo esperar a ver lo que se te ocurre. Tu creatividad nunca deja de sorprenderme.

Mientras continuamos charlando sobre la colección y aportando ideas para la campaña de redes sociales, mis dudas anteriores se desvanecen. Sí, puede que no encaje en el prototipo de *influencer* de moda, pero eso es precisamente lo que me hace valiosa. Mi perspectiva única y capacidad de conectar con un público más amplio fueron las razones por las que me eligió Moth to The Flame.

Cuando terminamos nuestras reuniones, mi mente está llena de entusiasmo e inspiración. Guardo con cuidado las muestras que voy a usar para crear contenido.

—Tenemos que ir a tomar algo pronto —dice—. He estado ocupadísima, pero echo de menos verte fuera del trabajo.

—Claro —coincido, y siento cómo una calidez se extiende en mi interior al escuchar la invitación—. ¿La semana que viene? Te mando un mensaje.

Mientras echo a andar de vuelta al ascensor, siento algo nuevo. La inseguridad que me consumía antes ha sido reemplazada por un propósito y un sentimiento de pertenencia.

—¡Chloe! —oigo que me llaman desde atrás, y suelto un suspiro.

Tyler…

Me doy la vuelta a regañadientes, esbozando una sonrisa educada mientras Tyler, el vicepresidente de Marketing, viene trotando hacia mí. Su cabello perfectamente peinado no se mueve ni un centímetro

mientras corre, mostrándome una sonrisa llena de dientes que no llega a sus ojos.

—Me alegra haberte encontrado —dice casi sin aliento—. Quiero hablar contigo sobre tu última publicación en Instagram. El *engagement* era bueno, pero creo que podemos potenciarlo aún más.

Aguanto la necesidad de poner los ojos en blanco. Tyler, con su carrera en Empresariales y su inclinación por la jerga corporativa, siempre parece pensar que sabe más que yo cuando se trata de estrategia de redes sociales.

Se embarca en una explicación enrevesada sobre estrategias con *hashtags* y los tiempos óptimos de publicación, decorando su discurso con expresiones como *enfoque sinérgico* e *integración vertical*. Asiento con la cabeza, contando mentalmente los segundos hasta que pueda escapar.

—… y, si hacemos uso de tu marca personal de manera más agresiva, podríamos ver un aumento significativo en las conversiones —termina, mirándome expectante.

Respiro profundamente, recordándome a mí misma que Tyler, a pesar de su molesto comportamiento, técnicamente es mi jefe.

—Son ideas muy interesantes Tyler. Las tendré en cuenta para mi próxima publicación.

Sonríe, claramente satisfecho consigo mismo.

—¡Genial! Sabía que te gustaría mi visión. Ah, y una cosa más, de manera personal…

Pero, antes de que pueda continuar, las puertas del ascensor se abren con un timbre suave. Nunca he estado más agradecida porque me interrumpieran en mi vida.

—Lo siento, Tyler, tengo prisa. Tengo una sesión programada esta tarde —respondo entrando en el ascensor—. Te mandaré un correo con el plan de contenido para la semana que viene, ¿vale?

Abre la boca para protestar, pero yo ya estoy dándole

repetidamente al botón de cerrar. Cuando se cierran las puertas, poniendo fin a su gesto de decepción, dejo escapar un suspiro de alivio.

El ascensor baja y yo me apoyo en la pared; cierro los ojos un instante. El contraste entre las interacciones con Sloane y Tyler no podría ser mayor.

Tomo un taxi a mi siguiente cita, una sesión de fotos para una marca pequeña con una diseñadora de joyas emergente. Mientras atravesamos el tráfico de mediodía, no puedo evitar comparar ambas marcas en mi cabeza.

Moth to the Flame, con sus elegantes oficinas y estructuras corporativas, ofrece estabilidad y prestigio. Pero existe algo emocionante en trabajar con diseñadores independientes más pequeños para mi… proyecto paralelo. Tengo otra cuenta que es muy… bueno… yo. Es un balance delicado mantener relaciones con ambas cuentas siguiendo fiel a mis propios valores y estilo.

El taxi me deja frente a un almacén reconvertido en Bushwick. El exterior de ladrillo está cubierto de murales vibrantes, completamente opuestos al mármol refinado de Moth to the Flame. Respiro hondo y me concentro antes de entrar.

El interior es un caos creativo con bancos de trabajo, herramientas y piezas a medio terminar. El aire está impregnado de un aroma a metal y resina. Localizo a Hailey, la única diseñadora, encorvada sobre una mesa de trabajo, con sus rizos oscuros salvajes e indomables.

—¡Chloe! —exclama cuando me ve, y su cara se ilumina—. Estoy encantada de que estés aquí. He terminado las piezas finales para la colección.

A medida que me acerco, me maravillo con los intrincados diseños que se despliegan ante ella. Mientras que las joyas de Moth to the Flame son sofisticadas y lujosas, el trabajo de Hailey es más oscuro

y atrevido. Cada pieza cuenta una historia, desde los toscos brazaletes de plata con incrustaciones de piedras preciosas sin tallar hasta las delicadas esculturas de alambre que parece que van a levantar vuelo en cualquier momento.

—Son increíbles, Hail. —Doy un grito ahogado mientras recorro con los dedos un collar que parece tejido con rayos de luna y polvo de estrellas—. Tu trabajo no hace más que mejorar.

Odio admitirlo, porque quiero a Sloane de verdad y adoro sus diseños, pero la joyería de Hailey es mucho más de mi estilo, con su naturaleza gótica.

Collares, gargantillas, metal y algo crudo. Es una mezcla entre club de BDSM y elegancia victoriana que le habla a mi alma de una forma que las piezas más convencionales de Moth to The Flame no son capaces. Su joyería alimenta el *alter ego* dentro de mí. Alimenta a Chlo, como me gusta llamarla.

—Gracias. He puesto todo el corazón en esta colección. Está inspirada en mitos y leyendas antiguas, ya sabes, las más oscuras y retorcidas, esas de las que nadie habla.

Asiento, entendiéndolo a la perfección. A Hailey siempre la han atraído las sombras; busca belleza en las cosas que la mayoría pasa por alto o evita. Es una de las razones por las que conectamos cuando nos conocimos en un espectáculo de arte clandestino hace dos años.

—¿Así que estás lista para canalizar a tu diosa interior oscura para la sesión? —pregunta Hailey, moviendo las cejas de forma traviesa— ¿Para una Navidad oscura y gótica?

Sonrío y siento una oleada de emoción.

—Sabes que lo estoy. Vamos a dejar que salga Chlo.

Hailey aplaude.

—¡Sí! Tengo el fondo perfecto preparado en la trastienda. Todo terciopelo negro y luces brillantes, como un cielo lleno de estrellas.

A medida que nos trasladamos al estudio improvisado, empiezo a desprenderme de mi personalidad profesional. Me pongo mi vestido corto negro favorito, medias de rejilla y zapatos de tacón negros. No queda nada de la elegante *influencer* con su *blazer* de segunda mano y sus tacones de imitación. En su lugar surge Chlo: atrevida, audaz y siendo ella misma sin complejos.

Hailey me ayuda a ponerme la primera pieza, un intrincado collar plateado adornado con ópalos negros y cadenas finísimas que se extienden por mis clavículas. Es pesado y frío al contacto con mi piel, pero se siente bien. Como una armadura.

—Estás salvaje —dice Hailey, dando un paso atrás para admirar su trabajo—. Como si fueras una reina guerrera de otra dimensión.

Me giro hacia el espejo de cuerpo entero y apenas me reconozco. Mis ojos parecen más oscuros, y mis pómulos, más afilados. El collar me transforma, saca un lado de mí que suelo mantener oculto

—Vale, Chlo —le susurro a mi reflejo—. Es hora de brillar.

La sesión de fotos se me pasa volando en un borrón de luces y cambios de vestuario. Cada pieza que Hailey me pone parece desbloquear una faceta diferente de mi personalidad. El collar de rayos de luna me hace sentir etérea y misteriosa. Los brazaletes toscos me hacen sentir poderosa e indomable.

Cuando terminamos con las últimas fotos, siento una punzada de arrepentimiento. No quiero quitarme estas piezas y volver a ser la Chloe normal.

—¿Sabes? —dice Hailey, como si me leyera el pensamiento—. Podrías conservar ese aspecto si quisieras. Al mundo le vendría bien un poco más de Chlo.

Me río, pero hay una parte de mí que se siente tentada.

—Puede que algún día. Por ahora creo que Chloe necesita tener el control.

Mientras me pongo de nuevo la ropa de trabajo, me pregunto qué

pensarían Tyler o Sloane si me vieran vestida como una víbora oscura en lugar de como la niña dulce. ¿Me reconocerían siquiera? ¿Entenderían esta parte de mí?

Me despido de Hailey con la promesa de mandarle las fotos editadas a finales de semana. A medida que salgo a la evanescente luz de la tarde, es como si estuviera a caballo entre dos mundos: el elegante mundo corporativo de Moth to the Flame Designs y el caos crudo y creativo de diseñadores independientes como Hailey.

Por ahora, necesito encontrar un equilibrio entre ambos. Pero algún día creo que Chlo podría estar lista para convertirse en el centro de atención.

Mientras camino hacia el metro, mi mente todavía no da crédito al contraste del día. El peso de las elegantes piezas de Moth to the Flame en mi bolso parece tirar de mí en una dirección, mientras que la sensación persistente de las creaciones vanguardistas de Hailey me arrastra hacia otra. Estoy dividida entre dos versiones de mí misma.

El vagón del metro está abarrotado y me encuentro atrapada entre un hombre de negocios trajeado y un artista tatuado. Es hasta apropiado, dado mi estado mental actual. A medida que el tren avanza a trompicones, cierro los ojos y dejo que el estruendo rítmico calme mis pensamientos.

Cuando al fin llego a mi parada en Manhattan y salgo a la calle, saco el teléfono para realizar una tarea más de las que tenía que hacer hoy mientras espero al próximo ferry que me lleve a casa. Llamo a mi casero para quejarme de que haya quitado la nieve del camino a mi casa pero no del señor Haven.

Marco el número, que ya conozco, mentalizándome para la conversación que tengo por delante. Mi casero, el señor Grayson, responde al tercer tono.

—¿Hola? —contesta con su voz ronca a través del altavoz.

—Hola, señor Grayson. Soy Chloe Hallman, del número 1004 de Brennan —digo, tratando de mantener un tono ligero y amistoso. No estoy segura de si se acordará de quién soy. Mis padres fueron inquilinos suyos durante mucho tiempo; yo simplemente me hice cargo del alquiler, un alquiler muy caro, cuando fallecieron.

—Ah, Chloe. ¿Qué puedo hacer por ti?

Respiro hondo.

—Quería hablarle sobre la nieve que se queda en los caminos de entrada a las casas. Me he dado cuenta de que ha quitado la nieve del camino a la mía, lo que le agradezco, pero el del señor Haven estaba lleno de nieve. Estoy un poco preocupada por él.

Hay una pausa al otro lado del teléfono.

—¿Quitar la nieve?

—Eso es. Tiene más de ochenta años y me preocupa que intente andar con toda esa nieve. Se ha caído y…

—Mira, Chloe, no puedo responsabilizarme de lo que hay en el camino de cada uno de mis inquilinos. En el contrato no pone en ningún sitio que me haga responsable de quitar la nieve.

Siento una chispa de enfado. Puede que la Chloe de esta mañana se hubiera echado atrás, pero aún puedo sentir un poco del fuego de Chlo en mis venas.

—Lo entiendo, pero el señor Haven es mayor; es por seguridad. Y ya que despejó el mío…

—No sé de qué me estás hablando. Yo no he quitado nieve de ningún camino. De nadie.

Hago una pausa, confundida.

—Pero… el camino a mi casa estaba despejado. De hecho, lo raro es que no lo esté. Asumí que lo había hecho usted.

El señor Grayson suspira profundamente al otro lado del teléfono.

—Escucha, niña. No sé quién te ha despejado el camino, pero no fui yo ni ninguno de los míos. Puede que tengas un admirador

secreto o algo así.

Algo así me había dicho el señor Haven y, sin embargo, mi mente daba vueltas tratando de encontrarle sentido a esta nueva información.

—Yo… Ya veo —tartamudeo—. Bueno, le pido disculpas por el malentendido. Pero ¿hay alguna posibilidad de que pueda organizar la limpieza de la entrada del señor Haven? Me preocupa de verdad.

—No es mi problema —gruñe el señor Grayson—. Si tanto te preocupa, ¿por qué no lo haces tú?

Y, antes de que pueda responder, cuelga. Me quedo un momento ahí, con el teléfono todavía pegado a la oreja, sintiendo una mezcla de frustración y desconcierto.

Mientras bajo el teléfono, me recorre un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío. ¿Quién ha estado despejando la entrada de mi casa todo este tiempo? ¿Y por qué?



CAPÍTULO CUATRO

JACK

El Pete's Café no es el tipo de sitio que visitaría normalmente. Al menos no hasta que conocí a Chloe. Siempre he sido el tipo de tío que se hace el café en casa y evita las cafeterías caras y ostentosas del vecindario, que parecían surgir en cada esquina. Aunque pase por delante todos los días de camino al parque de bomberos.

Jesús, parezco mi abuelo, que en paz descanse.

Pero Chloe visita este lugar a rajatabla todos los martes, a veces los miércoles e incluso los viernes cuando va a la oficina de Moth to the Flame. Así que aquí estoy. El tipo que ha pasado la mayor parte de su vida adulta solo, sin contar el trabajo, de repente sueña despierto con darse la mano acompañado de tazas de café humeantes.

Incluso me sorprendí defendiendo este sitio ante el capitán de bomberos el otro día cuando entré con el vaso que demostraba que me había gastado demasiado en algo que me esperaba en la cafetera del parque.

«No es solo el café —dije—. Es la experiencia, el ambiente».

Al abrir la pesada puerta de madera, me da la bienvenida el rico aroma del café recién molido. La cafetería está a reventar con la multitud mañanera entre profesionales trajeados y artistas

encorvados sobre sus portátiles.

Escaneo la sala y mi ritmo cardiaco se acelera mientras busco el rostro familiar de Chloe. Ya está en la cola y no hay nadie detrás de ella. Hasta que yo ocupo ese sitio, claro está.

No sabe que estoy aquí.

Nunca lo sabe.

Pero lo estoy. Siempre.

Ocupo mi lugar detrás de ella, lo suficientemente cerca como para captar el olor de su perfume a jazmín. Me sudan las manos y me las limpio en los pantalones, ensayando las palabras que he practicado cientos de veces en mi cabeza.

«Buenas —quiero decir—. Vaya un encuentro fortuito». Pero las palabras se me atascan en la garganta. Gracias a Dios, porque ¿quién demonios dice la palabra *fortuito*?

A estas alturas he memorizado lo que pide. Un café grande con leche de soja con extra de café y un poco de canela encima. Se dará el gusto de disfrutar del famoso bollito de arándanos, que ahora también se ha convertido en uno de mis favoritos. Esos cabroncetes son adictivos.

Hoy está metida de lleno en su trabajo, escribiendo en el teléfono mientras espera su turno. Aun así, no es lo normal. No es de esas chicas que se pasan con el móvil las veinticuatro horas, lo cual es bastante sorprendente dado a lo que se dedica. Pero algo que siempre me ha gustado de Chloe es que parece ser de las que observan, como yo. Observa a las personas, como yo.

Aunque ella no se queda fuera de la ventana de alguien en la oscuridad, como yo.

—¡Siguiente! —llama el camarero, y Chloe avanza para pedir.

Escucho atentamente, esperando captar algún detalle que se me haya podido pasar por alto, alguna pista sobre quién es en realidad.

—Un café grande con leche de soja, extra de café y un poco de

canela —pide con voz confiada y melódica— ¿Y sabes qué? Ponme también un bollito de arándanos. Ha sido una semana muy larga.

Sonrío para mis adentros. Incluso sus pequeños vicios son adorables.

Me acerco al mostrador cuando ella se retira para esperar su pedido. El camarero, un chico joven con gafas de pasta y un bigote un poco irónico, levanta una ceja en mi dirección.

—Déjame adivinar —dice con una sonrisa cómplice—. ¿Un café solo grande?

Me aclaro la garganta, consciente de lo transparente que me he vuelto.

—De hecho —respondo, sorprendiéndome a mí mismo—, ponme lo mismo que a ella.

El camarero alza las cejas, pero se encoge de hombros y me toma el pedido. Busco mi cartera con torpeza, muy consciente de que Chloe está solo a unos pasos. Mientras espero a que me dé el cambio, la miro de soslayo. Está apoyada en el mostrador, todavía consumida por su móvil, con el ceño un poco fruncido.

Quiero preguntarle qué pasa para ser el que deshaga ese gesto. Pero solo soy otro extraño en una cafetería, no el confidente que querría ser.

—¡Pedido para Chloe! —llama el camarero, y ella se acerca para recoger su bebida y su bollito.

Cuando se gira para marcharse, nuestras miradas se encuentran durante un instante. El corazón me da un vuelco cuando me sonríe educadamente, como harías si te cruzaras con alguien por la calle. No es nada especial, pero para mí lo es todo.

Pero entonces se para, me observa un momento y una expresión de comprensión se extiende por su rostro.

—Oye, yo te conozco. Eres el hombre que ayudó a mi vecino. Jack, ¿verdad?

—Uh, sí —tartamudeo, con la guardia baja por el hecho de que me haya reconocido—. Ese soy yo.

—No sabía que venías aquí.

Me empiezan a sudar las axilas y se me seca la boca.

—Sí… Trabajo en la estación que está al final de la calle.

—Ah. —Hace una pausa, como si estuviera absorbiendo la información, y después sonríe—. Nunca llegué a agradecerte de verdad lo que hiciste —continúa, y sus ojos se vuelven más cálidos con ese agradecimiento genuino—. Fuiste de mucha ayuda y que después le quitaras la nieve del camino fue muy amable.

Mi cara se enciende, inseguro de cómo gestionar el cumplido, en especial viniendo de ella.

—Solo intentaba ser buen vecino —mascullo, rascándome la nuca.

Ella baja la mirada hacia la camiseta que llevo. Tiene el logo del departamento de bomberos. Aunque no suelo llevar el uniforme completo a trabajar, porque prefiero cambiarme cuando llego allí, sí que llevo a menudo una de las camisetas, porque el algodón azul con el logo del Departamento de Bomberos de Nueva York parece haber abarcado la mayor parte de mi vestimenta después de diez años trabajando. Desde los dieciocho, cuando me transfirieron para una temporada, es todo lo que conozco.

Le da un sorbo a su café.

—Imagino que tu trabajo debe ser emocionante y también peligroso.

Me encojo de hombros, no queriendo parecer presuntuoso.

—Tiene sus momentos. Pero la mayoría consiste en estar ahí para la gente cuando necesita ayuda.

Asiente y puedo ver un destello de interés genuino en sus ojos.

—¡Pedido para Jack! —llama el camarero.

Me doy la vuelta para recoger mi bebida y, cuando vuelvo, me doy cuenta de que Chloe mira mi vaso con curiosidad.

—¿Con leche de soja y canela? —pregunta con un toque de sorpresa en la voz—. Eso es… inesperado.

—Uh, sí. Estoy probando algo nuevo —miento, sabiendo perfectamente que he pedido lo mismo que ella. Recojo mi bollito, consciente de lo culpable que parezco. ¿Qué dice de mí que haya pedido exactamente lo mismo que ella?

Los labios de Chloe se curvan en una sonrisa cómplice y por un momento me pregunto si se dejará engañar por mi excusa tonta. Pero termina asintiendo y le da otro sorbo a su bebida.

—Bueno, Jack el Bombero —comienza con tono juguetón—, como estamos aquí los dos y tú estás probando cosas nuevas, ¿por qué no me haces compañía? Iba a sentarme y revisar algo de trabajo, pero me vendría bien un descanso.

El corazón casi se me sale por la garganta. Este es el momento que he estado esperando, que he estado soñando durante… ¿años?

Dios, ¿tanto ha pasado? Dios mío.

Y, ahora que está pasando, estoy paralizado por el miedo y el deseo de conectar por fin con esta mujer.

—Yo… uh… claro —me las arreglo para contestar—. Eso sería genial.

Nos dirigimos a una pequeña mesa junto a la ventana. La luz del sol entra a raudales, atrapando los reflejos rojizos del cabello oscuro de Chloe. Deja el teléfono y le da un mordisco a su bollito, cerrando los ojos brevemente del placer.

—Dios, son una adicción, ¿verdad? —dice, haciéndose eco de mis pensamientos anteriores.

Asiento, intentando parecer casual mientras le doy un sorbo a mi café. El sabor es raro, más dulce y suave que mi café solo habitual. Pero me gusta, o puede que solo me guste compartir este momento con ella.

—Bueno, Jack —empieza Chloe, inclinándose un poco hacia

delante—. Cuéntame más sobre ser bombero. ¿Cuánto tiempo llevas en el cuerpo?

Cuando empiezo a responder, siento una mezcla de euforia y culpa. Esto es todo lo que he querido: una oportunidad para hablar con Chloe, conocerla. Pero hay una voz al fondo de mi mente que me recuerda que no es así como se supone que debe suceder. Que yo no debería estar aquí y que no debería saber tanto ya sobre ella.

Dejo esos pensamientos a un lado y me concentro en la forma en la que sus ojos se iluminan cuando le cuento la historia de mi primer gran incendio y la adrenalina que se siente al correr tras un aviso. Por ahora, me permito creer que esto es normal, que solo soy un tío tomando café con una mujer preciosa en la que está interesado.

No soy el acosador que está fuera de su ventana memorizando cada curva de su cuerpo.

Pero, mientras Chloe se ríe por una de mis bromas, su teléfono empieza a vibrar en la mesa. Ella le echa un vistazo y vuelve esa mueca de preocupación.

—¿Va todo bien? —pregunto sin poder evitarlo.

Suspira y se pasa una mano por el pelo.

—Movidas del trabajo. Nada grave.

Asiento, queriendo presionar más, pero sé que no debería. No deberían importarme tanto los problemas de una extraña. Pero Chloe no es una extraña para mí, aunque yo lo sea para ella.

—¿A qué te dedicas? —pregunto sabiendo que no debería conocer esa información, aunque la sepa.

—Soy *influencer*. Podría decirse que me dedico a las ventas. Para marcas de joyas.

—Suena interesante.

Se encoge de hombros con una sonrisa burlona en los labios.

—Tiene sus momentos. Aunque estoy segura de que no son tan emocionantes como entrar en edificios en llamas.

Me río y trato de restarle importancia a mi trabajo.

—Hazme caso: no es todo tan emocionante. También es mucho esperar, limpiar el equipamiento y mucho papeleo.

—Bueno, ahí te gano. Yo no hago papeleo. —Se echa hacia delante con los ojos brillantes de curiosidad—. Pero seguro que debes tener algunas historias increíbles. ¿Qué es lo más loco que has visto trabajando?

Hago una pausa para pensar. Hay tantas historias que podría contar, pero debo tener cuidado de no parecer un imbécil arrogante, como algunos bomberos. Nunca he sido de los que presumen para ligarse a una chica y, sin embargo, aquí estoy. Pero esta es mi oportunidad de impresionarla, de que se interese.

—Bueno —empiezo—, hubo una vez que nos llamaron por un incendio en una casa. Cuando llegamos, nos dimos cuenta de que no era una casa normal. El dueño tenía síndrome de Diógenes. —Chloe abre mucho los ojos.

—Oh, no, debió de ser horrible.

Asiento al recordar el caos de aquella noche.

—Fue como estar recorriendo un laberinto de basura con el humo pisándonos los talones. Tuvimos que crear caminos solo para movernos por la casa. Había basura por todas partes. Por todas partes. Y el olor… No puedo describir cómo huele la casa de una persona con síndrome de Diógenes cuando arde.

A medida que la historia continúa, me fijo en las reacciones de Chloe. Da pequeños gritos en los momentos de tensión, se ríe con los detalles absurdos y asiente con simpatía cuando le describo la desolación del hombre. Es embriagador tener toda su atención de esta manera.

—Guau —dice cuando termino—. Es increíble. Sois héroes de verdad.

Mi rostro se enciende de nuevo por el cumplido.

—Solo hacemos nuestro trabajo —mascullo, consciente de repente de que mi cara sigue cambiando de color de blanco a rojo varias veces.

—No lo menosprecies. Lo que hacéis es impresionante. —Hace una pausa y añade con una sonrisa—: Aunque tengo que decir que estoy un poco decepcionada de que esa historia no incluyera gatos atrapados en árboles.

Me río, agradecido por la liviandad del momento.

—Está claro que no seríamos bomberos de verdad si no rescatáramos un gato al día.

—¡Lo sabía!

—Bueno, si son gatos lo que quieres, tengo uno raro para ti —digo, inclinándome hacia delante como si fuera a conspirar contra alguien—. Visualiza esto: son las tres de la mañana y nos entra un aviso sobre un «gran animal» atrapado en un árbol. Aparecemos esperando que sea algo como un mapache o una zarigüeya. Pero no: era un puma adulto.

A Chloe se le cae la mandíbula.

—¡Me estás engañando!

—Ojalá —me río—. El bicho era en realidad la mascota de un hombre muy excéntrico y se había escapado y quedado atrapado a nueve metros encaramado a un roble. Y déjame decirte que no se alegraba de vernos.

—¿Qué hicieron? —pregunta, completamente cautivada.

—Bueno, primero tuvimos que llamar a control de animales. Pero estaban faltos de personal y tardaban horas en llegar. Mientras tanto, el felino se ponía cada vez más nervioso. No podíamos dejarlo ahí; podría convertir a la mascota de cualquiera en su cena. Mierda, *nosotros* podríamos convertirnos en su cena.

Hice una pausa para añadir dramatismo, disfrutando de la manera en la que Chloe se inclinaba cada vez más, aguardando cada una de

mis palabras.

—Así que ahí estaba yo, subiendo despacio por la escalera con una pistola tranquilizante que nos prestó un veterinario local. El corazón me golpeaba en el pecho y las palmas de las manos me sudaban, porque un movimiento en falso y me convertía en comida para gatos. Me pongo a tiro, apunto y…

—¿Y qué? —insiste Chloe, con los ojos desorbitados.

—Estornudé. Muy alto. Eso sobresaltó al puma, perdió el equilibrio y empezó a caer. Me las arreglé para disparar, pero ahora tenía a un felino de casi setenta kilos, semiinconsciente y muy enfadado cayendo en picado hacia mí.

A Chloe se le escapa un grito ahogado y se tapa la boca con las manos.

—Dios mío. ¿Qué pasó?

Sonreí saboreando el momento.

—Digamos que desde ese día les tengo un aprecio especial a las bolsas de aire. Mi equipo había instalado una por si acaso y el felino y yo aterrizamos en ella, gracias a Dios en extremos separados.

Chloe se echa a reír con un sonido cálido y genuino que hace que el corazón me dé un vuelco.

—¡Vaya locura! No me puedo creer que pasara algo así.

—Eso es porque no pasó; te estoy tomando el pelo —admito mientras me río escandalosamente—. Pero es una historia buenísima para contar en las fiestas.

—Por un segundo casi me lo creo —dice, golpeándome el brazo de manera juguetona—. No puedo creer que haya picado.

Me río disfrutando de la charla entre nosotros.

—Lo siento, no he podido resistirme.

Caemos en una conversación distendida, intercambiando historias sobre nuestros trabajos y nuestras vidas. Tengo cuidado de no revelar demasiado, de compartir solo lo que un conocido casual

podría conocer. Pero es difícil cuando quiero contárselo todo, cuando quiero que me conozca tan bien como yo la conozco a ella.

Mientras seguimos hablando, me relajo, olvidando por unos momentos las circunstancias que me trajeron hasta aquí. Es tan natural, tan correcto estar sentado frente a ella, compartiendo historias y risas.

Pero entonces me veo reflejado en la ventana y vuelvo a la realidad. Me veo como realmente soy: un hombre que vive una mentira, fingiendo ser algo que no es. La culpa sube a mi garganta como si fuera bilis.

Chloe debe de sentir mi cambio de humor.

—¿Va todo bien?

Fuerzo una sonrisa.

—Sí, solo que me acabo de acordar que voy a empezar el turno. Debería irme ya.

Asiente, algo decepcionada.

—Claro. Ha sido muy agradable charlar contigo. Puede que nos encontremos aquí alguna otra vez.

—Sí, puede —respondo, sabiendo muy bien que estaré aquí cada martes, miércoles y a veces los viernes, como siempre—. Vengo mucho por aquí —añado para que no sea tan obvio lo obsesionado que estoy.

Cuando me levanto para marcharme, Chloe me alcanza y me toca el brazo delicadamente.

—Gracias otra vez por ayudar al señor Haven. Es bueno saber que todavía existen personas como tú en el mundo.

Sus palabras son como una puñalada en el corazón. Si tan solo supiera la verdad sobre mí, sobre por qué estaba allí ese día realmente. Mascullo una despedida y salgo con prisa del café. El tintineo de la campana suena alegremente a mi espalda.

Fuera, me apoyo contra la pared de ladrillos y respiro

profundamente el aire fresco de la mañana. ¿Qué estoy haciendo? Este no soy yo. No soy este acosador espeluznante, este mentiroso. Soy bombero, por el amor de Dios. Chloe tiene razón. Soy una buena persona. Lo soy.

Pero, cuando empiezo a caminar hacia el trabajo, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de la sonrisa de Chloe, el sonido de su risa. Me digo a mí mismo que esta es la última vez, que dejaré de ir al café, que dejaré de seguirla.

Vale… Soy un mentiroso.

Ya la echo de menos.



CAPÍTULO CINCO

CHLOE

Tardo un minuto en reconocerle. Lo reconocería en la oficina, pero ¿en mi casa? ¿De pie en mi porche?

—¿Tyler?

Asiente, cambiando el peso entre sus pies, incómodo.

—Ey, Chloe. Eh… Espero que no te importe que me haya presentado sin avisar.

Parpadeo, procesando todavía la imagen del vicepresidente de Marketing delante de mi puerta.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

St. George no está ni remotamente cerca de la oficina en Manhattan, así que no puede ser que solo «pasara por el barrio».

Tyler aparta la mirada y se masajea la nuca.

—Yo… eh… puede que haya mirado la dirección en tu contrato. Sé que probablemente sea pasarse de la raya, en realidad quería hablar contigo la última vez que estuviste en la oficina, pero saliste corriendo y…

Me inunda una mezcla de curiosidad y angustia. Tyler y yo siempre hemos sido amigables en el trabajo, pero nunca nos hemos visto fuera de la oficina. ¿Qué puede ser tan urgente para que haya tenido que rastrear la dirección de mi casa?

—¿Va todo bien? —pregunto con gesto de preocupación.

—Eh, sí, todo va bien. Es solo que… —Traga saliva—. Bueno… la fiesta de Navidad de la empresa se acerca y he estado pensando.

Se me encoge el estómago. ¿Va a pedirme que vaya con él? ¿A la fiesta de la empresa nada menos?

—Tyler —empiezo, preparada para rechazarlo educadamente, pero alza una mano.

—Sé que no celebras la Navidad y todo eso. Sloane me contó por qué y… lo siento. Pero, bueno… —Tiene la cara tan roja que no sé si se debe al frío o a la vergüenza—. Me preguntaba si te gustaría venir conmigo —suelta atropelladamente.

El aire fresco de diciembre entumece mi piel expuesta, pero casi ni lo noto. Mi mente se tambalea intentando procesar la inesperada invitación de Tyler.

—No… no sé qué decir —tartamudeo, realmente tomada por sorpresa.

Es verdad que he evitado la fiesta de Navidad de la empresa desde que mis padres… bueno, desde aquello. La idea de ver todos esos adornos, la alegría forzada… hace que se me encoja el pecho.

Pero el gesto sincero y el indicio de esperanza en sus ojos me hacen dudar.

Debe de sentir mi recelo, porque añade rápidamente:

—No tiene que ser una cita ni nada. Solo pensé… que si tenías a alguien con quien ir podría resultarte más fácil. Y te prometo que nada de muérdago ni villancicos cursis.

—Mira —digo con voz más suave—, agradezco la oferta, de verdad. Pero creo que no estoy preparada para eso todavía.

Tyler asiente con los hombros ligeramente caídos. Me siento mal. Parece un buen tío, creo. Quiero decir, realmente no lo sé. Solo lo he visto en el trabajo, pero en verdad me siento mal considerando que ha venido hasta mi casa. No es feo; de hecho, es bastante guapo, como un contable inteligente, con su pelo castaño alborotado y sus

cálidos ojos castaños. Me encuentro considerándolo en contra de mi voluntad. Pero me recuerdo que los chicos como Tyler simplemente no son de mi estilo.

Demasiado bueno. Demasiado tradicional.

No busco exactamente al chico malo. De hecho, tampoco quiero eso. Pero sí quiero a alguien que pueda desafiarme, alguien con un poco de iniciativa. Alguien que no siga todas las reglas.

Alguien que tenga los mismos intereses sexuales que yo. Y algo me dice que Tyler es de los que toma el café con vainilla.

—Aprecio que hayas venido hasta aquí, Tyler —añado, intentando suavizar el rechazo—. Pero creo que no es una buena idea.

Cuando se da la vuelta para marcharse, una ráfaga de viento azota la calle y hace crujir los árboles desnudos a lo largo de la acera. El frío ataca mi piel expuesta y hablo antes de que pueda pararme a pensar:

—Tyler, espera. ¿Quieres…? ¿Quieres entrar a tomar un café? Aquí fuera hace mucho frío.

Sus ojos se iluminan y por un momento me arrepiento de haberle invitado. Pero es demasiado tarde y, además, es solo un café. ¿Qué daño puede hacer?

Mientras lo guío por mi pequeño salón, me fijo en lo fuera de lugar que se ve. Su camisa abotonada y pantalones de vestir chocan con la decoración ecléctica y la sensación de espacio habitado.

—Bonita casa —comenta. Sus ojos se pasean por los cuadros de arte abstracto en las paredes y la colección de vinilos antiguos de mi padre en una esquina.

—Gracias —respondo de camino a la cocina—. ¿Cómo tomas el café?

—Solo está bien —indica.

Hago una pausa con la mano encima de la cafetera. ¿Solo? Quizá Tyler esconde algo más de lo que pensaba.

Cuando vuelvo con dos tazas calientes, lo encuentro examinando mi librería. Se gira con una ceja levantada.

—¿El marqués de Sade? No te habría etiquetado como fan de la literatura erótica del siglo XVIII.

Casi tiro las tazas.

—Eh, eso… es para investigación —tartamudeo mientras siento cómo se me sonroja la cara. Los labios de Tyler se transforman en una pequeña sonrisa.

—Investigación, ¿eh? ¿Qué clase de investigación requiere las obras del hombre que inventó la palabra *sadismo*?

Mientras me esfuerzo por responder, me doy cuenta de que puede, solo puede, que haya subestimado a Tyler. El hecho de que solo supiera que es…

Dejo las tazas en la mesa, intentando recomponerme.

—Me gusta leer muchas cosas —digo, intentando parecer indiferente, pero noto que sigo a la defensiva—. Me interesa todo tipo de literatura.

Tyler asiente mientras bebe su café, pero hay algo en sus ojos que me inquieta. Un ápice de… ¿curiosidad? ¿Excitación? No puedo catalogarlo, pero me hace ser sumamente consciente de que estamos solos en mi casa.

Bebemos el café en un silencio incómodo y doloroso. La mirada de Tyler pasa de la librería a mí. Es inofensivo, ¿verdad?

—Bueno… —dice Tyler, rompiendo el silencio. Su voz es grave, casi como un ronroneo—. ¿Qué otro tipo de literatura interesante escondes en estas baldas?

Trago con dificultad, con la garganta seca de pronto a pesar del café.

—Nada especial —me las arreglo para decir—. Solo los típicos superventas y algunos clásicos.

Tyler deja su taza, se levanta y vuelve a la estantería. Sigo

paralizada donde estoy, mirando cómo arrastra los dedos por los lomos.

—Los típicos superventas y clásicos, ¿eh? —repite, y saca un ejemplar desgastado—. ¿Como esta copia de *Historia de O*? ¿Para otro proyecto de investigación?

—Yo… yo… —tartamudeo, incapaz de formar pensamientos coherentes.

Si hubiese sabido que tendría un invitado sorpresa del trabajo, habría revisado toda mi casa. Pensar en lo que hay o no en mis estanterías nunca ha sido un problema. La ermitaña que vive en mí nunca se ha enfrentado a esta situación antes.

Tyler se da la vuelta para mirarme con el libro entre los dedos. Sus ojos me miran fijamente y veo ese ápice de nuevo; ahora veo la excitación claramente, mezclada con algo más oscuro.

—¿Sabes qué? —pregunta con voz grave y ronca—. Siempre he creído que las personas más interesantes son aquellas con las estanterías más interesantes.

Es raro. Simple y llanamente.

Debería ser capaz de hablar de este libro. Soy una adulta, por el amor de Dios. Pero no soy capaz de decir nada. Siento que la habitación es demasiado pequeña, demasiado calurosa, y la presencia de Tyler de pronto me sobrepasa.

—Yo… no soy tan interesante —me las arreglo para contestar al fin con voz quebrada.

Tyler da un paso hacia mí sosteniendo todavía el libro.

—Permíteme que lo dude —dice con calma—. Creo que eres muy interesante. Y creo que escondes mucho más de ti de lo que muestras.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Debería pedirle que se vaya. Debería levantarme, quitarle el libro de las manos y enseñarle el camino a la puerta. Pero no puedo

moverme. Estoy paralizada por su mirada, por la manera en la que me mira como si pudiera ver mi interior. Además, no quiero enfadarlo; tengo que trabajar con él.

Tyler me mira, inocente pero no del todo, y yo me hundo en el sofá, como si fuera a desaparecer entre los cojines. Sigue sosteniendo *Historia de O* y su pulgar acaricia la cubierta desgastada.

—¿Sabes? —dice en apenas un susurro—. Siempre he pensado que nuestros mayores deseos, nuestras fantasías más oscuras, no son nada de lo que avergonzarse. Son lo que nos hace humanos.

«Qué asco, para. Me va a arruinar el libro».

Una gota de sudor me cae por la espalda. La habitación parece encogerse a nuestro alrededor y el aire se vuelve cargado y pesado. Debería decir algo, lo que sea, para romper esta tensión, pero tengo la boca seca y me pesa la lengua.

—Oye —suelto, desesperada por cambiar la energía de la habitación—, los últimos diseños son fabulosos. Estoy emocionada por enseñarlos. De hecho, voy a hacer un directo cuando te vayas.

La intensidad de su mirada hace que me retuerza, así que me levanto y me dirijo a la puerta. Este no es el mismo Tyler de la oficina, el que se sonroja cuando alguien hace una broma subida de tono. Este Tyler es… diferente. Y no diferente en el buen sentido. Diferente en el sentido que me dice que necesito hacer que se vaya de mi casa educadamente.

Tyler da un paso hacia mí, con la mirada fija en la mía.

—¿Vas a hacer un directo? Suena interesante. ¿Quizá podría quedarme a verlo?

De repente, el aire en la habitación es pesado, opresivo. Doy un paso involuntario hacia atrás y choco con la estantería a mi espalda.

—No creo que sea una buena idea —respondo, tratando de mantener estable la voz—. Me pondría muy nerviosa saber que alguien me mira. —No se mueve—. Gracias por pasarte, de todas

formas.

Por un largo instante, me mira y no puedo leer su expresión. Entonces, tan repentinamente como cambia su comportamiento, vuelve la máscara de ejecutivo afable.

—Claro —dice, forzando una risa que no se extiende hasta sus ojos—. Estoy seguro de que tienes mucho que hacer.

Asiento y me recorre el alivio cuando Tyler deja su taza y se dirige a la puerta. Pero, cuando va a agarrar la manilla, para y se da la vuelta para mirarme.

—Si cambias de idea sobre la fiesta…

Cuando por fin sale, cierro la puerta y me apoyo en ella. ¿Por qué ha sido todo tan raro?

Me libro de la sensación perturbadora y compruebo dos veces que he echado el cerrojo. Algo en la conversación me ha dejado inquieta, pero no puedo dilucidar el qué. Puede que sea solamente la paranoia después de vivir sola los últimos años.

Intentando expulsar a Tyler de mi mente, me centro en arreglarlo todo para el directo. Coloco en el escritorio todos los diseños de Moth to the Flame, ajustando la luz para mostrarlos perfectamente.

Respiro profundamente, concentrándome antes de entrar en directo. Este es mi elemento. Aquí es donde brillo.

—¡Hola a todos! —digo animadamente cuando se enciende la luz roja—. Gracias por estar aquí esta noche. Tengo algunas piezas increíbles que enseñaros…



CAPÍTULO SEIS

JACK

La obsesión tiene sabor.

Puedo saborearla en mis labios.

Antes de «conocer» a Chloe, nunca habría sabido algo tan inquietante. Es un sabor muy amargo, como a monedas de cobre y a caquis sin madurar. A veces me encuentro pasando la lengua por los dientes en busca de ese sabor escurridizo mientras estoy fuera de su ventana.

Chloe apenas sabe que existo, claro. Nuestros breves encuentros no cuentan, porque solo ha conocido mi fachada. Al Jack bueno, caballeroso. Al Jack bombero, que siempre está ahí para ayudar. No ha conocido al Jack real. El Jack que se pasea sigilosamente fuera de su ventana.

Pero lo sé todo sobre ella. Cómo se toma el café en casa (con una cucharada de azúcar, un chorro de leche de soja y un poco de canela). Su canción favorita («Psycho killer», de Talking Heads). Baila por la habitación con los ojos cerrados y la canción a todo volumen como una manera de animarse antes de empezar el directo. Conozco el color exacto de sus ojos (ámbar con trazas doradas). Sé que le encanta llevar calcetines peludos, pero no puede dormir con ellos puestos. Cada día que pasa aprendo más y más. Nunca termina, pero estoy decidido a descubrir todo lo que pueda.

La miro desde lejos, atesorando esos detalles preciosos como un puto psicópata acumulando baratijas brillantes. Cada descubrimiento nuevo sobre Chloe alimenta mi obsesión e intensifica el sabor metálico en mi boca.

Esta noche está nevando a mi alrededor mientras merodeo fuera de la ventana de su dormitorio. Delicados copos se posan sobre mis pestañas mientras observo a través del cristal congelado. Chloe está acurrucada en su cama, bañada por la luz suave de la lamparita de noche. Está leyendo, frunciendo un poco el ceño para concentrarse. Me imagino que puedo oír el susurro de las páginas cuando pasa a la siguiente.

Mi respiración empaña el cristal y lo limpio con impaciencia. No puedo dejar que nada me obstruya la vista. Mis dedos dejan un borrón en el cristal y me doy cuenta de que me he olvidado los guantes. Un descuido. No puedo permitirme ser descuidado.

Chloe se mueve, estirándose lánguida como un gato. La camiseta *oversize* se le sube y expone una franja de piel pálida por encima del pantalón del pijama. Se me seca la boca y ese sabor familiar se intensifica. Trago saliva.

Me pego más a la ventana y la punta de mis dedos deja huellas fantasmales en el cristal. El frío me cala los huesos, pero casi ni lo noto. Toda mi atención está centrada en Chloe mientras deja el libro a un lado y alcanza su teléfono.

Un leve brillo azulado ilumina su cara mientras desliza el dedo y sus labios se curvan en una pequeña sonrisa. ¿A quién le escribe? ¿A un amigo? ¿A un amante?

No lo veo.

Odio no poder verlo.

Los celos estallan calientes en mi pecho y tengo que obligarme a respirar profundamente para calmarme. Mi aliento crea una neblina entre mi obsesión y yo.

De repente, Chloe alza la cabeza; su mirada parece perforar a través de la ventana. Por un momento se me para el corazón y estoy seguro de que me ha visto. Me paralizo y no me atrevo a mover un músculo. Pero sus ojos pasan de largo, ciegos, mientras se levanta y camina lentamente hacia el ordenador.

Lleva una camiseta corta y mis ojos se centran en cómo la tela apenas le cubre la curva del culo. Mira por encima del hombro hacia la ventana, como si…

Me agacho con el corazón martilleando tan fuerte en mi pecho que estoy seguro de que puede oírlo. Pegado al frío suelo, apenas me atrevo a respirar.

Ese sabor a monedas de cobre inunda mi boca de nuevo. Es a la vez excitante y repugnante. Parte de mí quiere escupir para librarse de esta manifestación física de mi obsesión. Pero otra parte, una más oscura, la saborea. Debería irme. Ya me he quedado demasiado, he corrido demasiados riesgos.

Pero no puedo apartarme.

Solo un minuto más, me digo a mí mismo. Un último vistazo.

Me quedo ahí unos minutos más. Cuando estoy convencido de que es seguro, levanto la cabeza despacio.

Chloe se sienta frente a su escritorio y el brillo del ordenador proyecta sombras escalofriantes por su cara. Mueve los dedos sobre el teclado y me esfuerzo por ver lo que está escribiendo. ¿Es un mensaje para alguien? ¿Un correo? ¿Una entrada en un diario?

La idea de Chloe escribiendo un diario manda una descarga a través de mi cuerpo. ¿Qué secretos confiaría a esas páginas? ¿Qué deseos y miedos escondidos podría revelar?

Me acerco más. Mi nariz casi toca el cristal. Si pudiera conseguir un ángulo mejor, quizá podría…

Me sobresalta un pitido proveniente del techo de su habitación y me echo hacia atrás instintivamente. Es el detector de humo; la

pequeña luz parpadea en la oscuridad. El pitido me recuerda a mi trabajo diario y me desorienta por un momento. El Jack bombero parece tan alejado de esta versión de mí, agachado en la nieve fuera de la ventana de Chloe.

Chloe mira hacia arriba, al detector, con una ligera mueca. Se levanta estirándose de nuevo y me bebo la imagen del contorno de su flexible cuerpo en la cálida luz de su habitación. Camina hacia el armario y rebusca hasta que vuelve con un taburete.

El corazón se me acelera mientras lo coloca debajo del detector de humo. ¿Va a cambiarle las pilas? Ese es mi trabajo. Debería ser yo el que estuviera ahí, manteniéndola segura.

Se sube para alcanzar el aparato y se le sube la camiseta todavía más. Puedo ver el extremo de sus bragas alrededor de sus muslos cremosos y la delicada curva de sus piernas. Se me crispan los dedos deseando trazar esas líneas.

De pronto, Chloe se tambalea. Por una décima de segundo, me olvido de mí mismo por completo. Estoy casi levantado, preparado para atravesar la ventana y atraparla antes de que caiga. Pero se estabiliza con una pequeña risa que puedo escuchar a través del cristal.

Me dejo caer, temblando. Eso ha estado cerca, muy cerca. ¿Qué habría pasado si me hubiera dejado llevar? ¿Y si me hubiera visto?

Pero otra parte de mí, la parte hambrienta y oscura, me susurra: «¿Y si se hubiera caído? ¿Si la hubieras salvado?».

La fantasía se desarrolla poco a poco en mi cabeza. Chloe cayendo. Yo atravesando la ventana en una lluvia de cristales. Atrapándola entre mis brazos, sintiendo su cuerpo cálido contra mí. Ella mirándome con esos ojos color ámbar, llenos de agradecimiento y asombro.

Y entonces, como a cámara lenta, se acercaría. Yo sentiría el latido de mi corazón y mi respiración entrecortada. Sus labios acariciarían

los míos, suaves y dulces, con un sabor ligero a bálsamo de fresa. El beso se volvería más intenso y me perdería en el momento, olvidándome de todo menos de ella.

Chloe sería todo en lo que pensaría. Solo ella. Para siempre.

Sacudo la cabeza, disipando la imagen. Es una línea de pensamiento peligrosa, por no mencionar una completa locura. No puedo permitirme perderme en fantasías. Necesito estar centrado, escondido.

El detector vuelve a sonar, burlándose de ella.

Batalla para abrirlo, pero no lo consigue. Lo golpea con el puño y es recompensada con otro pitido.

—A la mierda —dice mientras desaparece en otra habitación. Vuelve un momento después con una escoba—. Ya verás, cabrón.

Siento que una parte de mi alma muere lentamente cuando veo a Chloe levantar la escoba, preparada para golpear el detector de humo.

¡No, no, no! Dios, no. Eso no es seguro. Podría dañarlo y quedarse desprotegida. Podría quemarse viva mientras duerme. Podría… «No. No hagas eso». Los escenarios aparecen en mi cabeza, cada uno más horrible que el anterior.

La necesidad de intervenir es abrumadora.

Chloe mueve la escoba y golpea el detector de humo con un crujido. Exclama un triunfante «¡Ja!» que escucho incluso a través del zumbido en mis oídos. Esta chica va a hacer que me dé un infarto.

El detector de humo con su incesante pitido ya no se oye. Parece satisfecha consigo misma, con una sonrisa traviesa en los labios.

¡Chica mala!

Quiero atravesar la ventana y explicarle los peligros que conlleva, darle un sermón sobre la seguridad antiincendios, darle unos azotes en su culo obsceno y perfecto y suplicarle que me deje arreglarlo.

Bosteza, estirando los brazos por encima de la cabeza. El movimiento hace que se le suba la camiseta de nuevo, exponiendo una tentadora franja de piel. Me obligo a apartar la mirada, centrándome en el detector de humo roto.

Necesito arreglarlo. Necesito mantenerla segura.

Una idea se forma en mi cabeza. Es arriesgada, pero no puedo soportar el pensamiento de dejarla desprotegida. Volveré mañana con mi uniforme de bombero. Llamaré a la puerta de su vecino con mi sonrisa más encantadora. Seré el Jack bueno, el caballeroso, el bombero.

Y entonces entraré en su casa. En su espacio. Rodeado de su olor, sus cosas, su vida.

El pensamiento manda un escalofrío por mi columna y el sabor a monedas de cobre inunda mi boca de nuevo.

Veo cómo apaga el ordenador y vuelve a la cama. Se mete bajo las sábanas y alcanza su libro de nuevo. La lamparita de noche arroja un cálido brillo por sus facciones, suavizándolas. Luce angelical, tranquila. Completamente ignorante a la urticaria que se me está formando en la piel.

Ha roto el código de los bomberos: nunca desactives una alarma.

Pensar en castigarla de nuevo por su mal comportamiento hace que se me encabrite la polla en los pantalones. Me obligo a no pensar en eso, asqueado de mí mismo. Estoy aquí para protegerla, no para… tener una erección inoportuna.

Veo cómo los párpados de Chloe se vuelven pesados. Coloca el marcapáginas en el libro y lo deja en la mesita de noche para después apagar la luz. La habitación se sumerge en la oscuridad. Tengo que irme ya. Ya no estoy mirando una habitación iluminada donde yo la puedo ver y ella no puede verme a mí. Si mira por la ventana, hay una posibilidad de que me vea cuando sus ojos se acostumbren a la oscuridad.

Pero sigo esperando, como si estuviera pegado al suelo. Observo cómo su pecho sube y baja, contando sus respiraciones, esperando a que se ralenticen y se vuelvan más profundas. Una, dos, tres… Cuando llego a veinte, estoy seguro de que está dormida. Solo entonces me atrevo a moverme, con los miembros agarrotados de estar tanto tiempo al frío.

Mientras me voy, una ramita se rompe bajo mis pies. El sonido parece increíblemente alto en la silenciosa noche. Me quedo paralizado, pero no hay movimiento en el interior. Chloe duerme profundamente, ajena.

Exhalo despacio. Mi respiración forma humo blanco en el aire. Es hora de irse. He tentado mi suerte más que suficiente esta noche. Pero volveré…



CAPÍTULO SIETE

JACK

Conozco su rutina. Rara vez cambia. Cada martes a las siete y media, sale de la casa que heredó, que no encaja exactamente con su personalidad, y camina rápidamente por la calle, acompañada del sonido de sus tacones en la acera desnivelada. Lleva un bolso usado de cuero que ha visto días mejores, que es lo suficientemente grande para llevar el portátil que suele llevar, pero no siempre. Hoy lo lleva. Lo sé por la ligera inclinación de su hombro para compensar el peso extra. Lleva el pelo recogido en un moño apretado sin un pelo fuera de su sitio. Va vestida de nuevo con la chaqueta azul marino, esa que tiene los puños un poco desgastados y que piensa que nadie nota.

Cuando dobla la esquina para dirigirse a tomar el ferry que la lleva a Manhattan y al Pete's Café, salgo discretamente de mi escondite, sabiendo que es mi hora de actuar. Su casa estará vacía. Todo lo que tengo que hacer ahora es entrar.

Ya sé que no guarda una llave bajo una maceta o una piedra. Tengo una sola oportunidad. Espero que su vecino sea mi vía de entrada. He observado sus interacciones: saludos amistosos, a veces se prestan tazas de azúcar y charlan cuando recogen el correo. Si alguien tiene una llave de repuesto, es él.

—Señor Haven —saludo al anciano cuando abre la puerta. Lleva

una bata de franela desgastada y pantuflas peludas, y su escaso pelo, despeinado en todas direcciones. Sus ojos llenos de legañas me miran confundidos—. No sé si me recuerda, pero…

—Ah, sí, eres el amable caballero que me ayudó el otro día cuando me caí en el hielo. —Observa por encima de mi hombro el lugar del incidente.

Asiento, aliviado de que se acuerde.

—Eso es. Quería pasar a comprobar cómo se encuentra hoy.

Se le acentúan las arrugas de los ojos cuando sonríe.

—Oh, estoy como un roble, gracias a ti. Solo unos pequeños moretones, nada serio. —Hace una pausa y añade un poco avergonzado—: Pero debo admitir que la situación me da un poco de vergüenza, resbalarme como un potrillo recién nacido a mi edad. —Su mirada se posa en mi uniforme—. Hoy llevas el uniforme.

Me río suavemente, bajando la vista a mi uniforme.

—Ah, sí. Estaba fuera de servicio cuando le ayudé. Hoy voy de camino al parque para mi turno.

Los ojos del señor Haven se iluminan con interés.

—Siempre quise ser bombero cuando era niño. Seguro que tienes grandes historias.

Sonrío, asintiendo.

—Es cierto que mantiene mi vida interesante. Pero escuche, esperaba que pudiera ayudarme. Chloe mencionó que su detector de humo pitaba y la volvía loca. Le dije que me pasaría para cambiarle las pilas y revisarlo. He llamado a la puerta y no está en casa. Pero, ya que estoy aquí, esperaba que tuviera una llave para que pudiera entrar rápidamente antes de ir al trabajo.

El señor Haven duda y luego sonríe.

—Claro que sí. Es muy amable por tu parte. La gente ya no parece preocuparse por los demás. Es agradable ver a alguien tan dispuesto a ayudar —Entra de nuevo a su casa y vuelve un minuto después

con una pequeña llave—. Aquí tienes; es la copia que me dio Chloe para emergencias.

Agarro la llave, sintiendo su peso en la palma.

—Gracias, señor Haven. Se lo agradezco mucho. Entro a cambiar las pilas y me marcho.

—Tómate tu tiempo, joven. Estoy seguro de que Chloe te lo agradecerá. —Le brillan los ojos—. E igual la próxima vez que estés fuera de servicio puedes pasarte y compartir esas historias de bombero. Me encantaría escucharlas.

—Claro. —Mientras me giro hacia la casa de Chloe, me doy cuenta de que los copos de nieve que estaban cayendo ligeramente han aumentado en intensidad, arremolinándose en el aire y acumulándose en el suelo—. De hecho, cuando haya terminado con las alarmas, le quitaré la nieve del camino y echaré sal, si tiene. Para que esté listo para la tormenta de esta tarde.

—Oh, eso es muy amable por tu parte —dice el señor Haven con voz cálida y agradecida—. La sal está en el garaje, pero no te entretengas mucho; sé que vas de camino al trabajo.

Desestimo su preocupación:

—No es ningún problema. Todavía tengo bastante tiempo antes del turno.

Con un asentimiento final hacia el señor Haven, camino hacia la puerta de Chloe. La llave se desliza suavemente en la cerradura y paso al interior. La casa está en silencio y oscura, con un toque de olor a canela en el aire. Me paro por un momento para que mis ojos se acostumbren a la penumbra. El salón está recogido, con un sofá mullido y una estantería de libros llena de lomos coloridos. Me permito un momento para asimilar la parte de la casa que nunca he visto. He memorizado cada centímetro de su dormitorio de todo el tiempo que he estado mirándola por la ventana, pero esto es territorio inexplorado para mí. El espacio es exactamente como me

lo imaginaba, acogedor y tentador, como la misma Chloe. Resisto la urgencia de explorar más a fondo y me recuerdo por qué estoy aquí. Centrado en la tarea entre manos.

Localizo el detector de humo en el techo, cerca de la cocina, y me dirijo hacia él. No es el que ella destrozó, pero ya que estoy también lo voy a revisar. Agarro una silla de la cocina para subirme, deseando haberme quitado las botas antes de entrar en la casa. Pero voy a contrarreloj, ya que no sé exactamente cuánto tiempo tengo antes de que Chloe vuelva.

El compartimento de la pila se abre con facilidad y reemplazo las pilas viejas con las nuevas que llevo en mi mochila. El detector emite un pitido tranquilizador cuando vuelve a la vida.

Me dirijo al de su habitación, el que le vi hacer pedazos para silenciarlo. Llevo un detector de repuesto, convencido de que el otro no se podría reparar. El olor a canela es más fuerte aquí, proveniente de un difusor pequeño en su mesita de noche. La cama está sin hacer, con el edredón retorcido, como si hubiera salido con prisa.

El detector roto se burla de mí desde el techo. Lo quito con cuidado y mis dedos rozan los bordes dentados donde la frustración de Chloe ha dejado daños. Mientras instalo el nuevo, mis ojos se mueven por su habitación, empapándome de cada detalle. Las fotos enmarcadas en la cómoda, la taza de café a medio terminar en su mesita de noche, el montón de ropa sobre la silla…

Termino de instalar el detector nuevo y alcanzo mi mochila. Me tiemblan las manos. Mi mente grita que no, que no debería hacerlo. Debería parar. Pero no lo hago. En su lugar saco una cámara de vigilancia. Debería encajar perfectamente al lado de esta alarma y Chloe no se dará cuenta.

El corazón se me acelera mientras coloco la pequeña cámara, situando el ángulo perfectamente. Se mimetiza al milímetro con el nuevo detector de humo, prácticamente invisible a no ser que sepas

exactamente dónde buscar. Tomo aire profundamente, tratando de tranquilizarme. Esto está mal, sé que está mal, pero no puedo evitarlo. Necesito verla, conocerla, vigilarla todo el tiempo.

Anoche, cuando se me ocurrió este plan, lo justifique diciéndome que era para no mirarla desde la ventana nunca más. Me acercaré más a ella sin ser raro. Le daré espacio. Seré… capaz de protegerla mejor. Eso es lo que me digo mientras coloco la cámara en su sitio con dedos torpes.

Mientras doy un paso atrás para admirar mi obra, una oleada de culpa me hace querer vomitar. ¿Qué estoy haciendo? Eso no es protección; es invasión. Estoy violando su confianza, su privacidad, la sensación de seguridad en su propia casa. Siento cómo me golpea el peso de mis acciones.

Extiendo el brazo, listo para quitar la cámara y deshacer este terrible error. Pero, cuando mis dedos la rozan, vuelve el acosador siniestro que hay en mí. Y es más fuerte que el ángel en mi hombro que me dice lo mal que está esto.

Dejo la cámara en su sitio sintiendo el sudor en mi labio superior. La culpa sigue ahí, pero la eclipsa una sensación enfermiza de anticipación. Ahora seré capaz de ver a Chloe cuando quiera, en sus momentos más íntimos. El pensamiento me excita igual que me asquea.

Rápidamente, recojo mis herramientas y salgo de la habitación. Tengo que irme antes de que haga algo más de lo que pueda arrepentirme o, peor, antes de que Chloe vuelva a casa. Cierro con llave y regreso a la casa del señor Haven con la cabeza llena de pensamientos sobre Chloe y la cámara que acabo de instalar.

El señor Haven me recibe con una sonrisa cálida, ajeno a lo que he hecho.

—¿Todo arreglado? —pregunta.

Yo asiento con una falsa sonrisa.

—Sí, señor. Pilas cambiadas y todo en orden. Ahora estará más segura.

Mientras quito la nieve del camino del señor Haven y esparzo la sal, mi mente divaga. ¿Qué he hecho? ¿Qué voy a hacer ahora? La línea entre protector y depredador nunca ha sido tan difusa.



CAPÍTULO OCHO

CHLOE

No sé por qué esperaba ver a Jack hoy en la cafetería, aunque fuera de camino al trabajo, pero lo esperaba. La decepción se asienta mientras escaneo las caras familiares y ninguna es la suya. Me distraigo revolviendo el café, observando cómo la espuma forma patrones intrincados. Las charlas y el tintineo de las tazas se transforman en ruido de fondo mientras mi mente divaga.

Localizo una mesa vacía junto a la ventana y saco mi ordenador para editar algunos vídeos nuevos. Pero no puedo concentrarme. Mi mirada sigue disparándose hacia la puerta cada vez que suena la campanita, esperando que sea él el que entre.

Pasan treinta minutos y después una hora. El café se enfría a mi lado, casi sin tocar. Me reprendo por extrañar a alguien que claramente no está interesado en mí. Jack y yo casi no hemos hablado y la mayoría fueron cosas triviales o de trabajo. Aun así, su sonrisa fácil y la forma en la que se le arrugan los ojos cuando se ríe se han abierto camino en mi corazón.

Pero ¿de verdad es mi tipo? Después de mi último novio, me juré que me alejaría de lo convencional y algo sobre el Sr. Bombero me grita que lo es. Por la misma razón que no tengo ningún interés en Tyler, debería sentir lo mismo por Jack. Estoy lista para algo más…

atrevido.

Hablando del rey de Roma, me suena el móvil y veo que es Tyler quien llama. ¿Por qué no me escribe? Al menos tendría tiempo para pensar formas educadas de rechazar sus avances. No quiero contestar, pero técnicamente es uno de mis jefes, así que, armándome de valor, respondo la llamada:

—Hola, Tyler.

—¿Cómo está mi *influencer* favorita? —pregunta en tono jovial, pero hay algo más. ¿Expectación? Puede.

Sé que la única manera de avanzar con Tyler es actuando como si nuestra última conversación no hubiera sido tan incómoda e inquietante como lo fue. Necesito trabajar con este hombre. Me obligo a aligerar el tono:

—Eh, ya sabes, intentando terminar algunas cosas del trabajo en mi cafetería favorita. ¿Qué pasa?

—Ya, te estoy viendo.

Escaneo la sala a toda velocidad. ¿Qué? ¿Cómo que me ve?

—Bueno, esperaba verte en persona y me acordé de que siempre vienes a la oficina con el café y recordé que era del Pete's Café. La verdad es que estoy fuera. ¿Te importa que me una?

Se me hace un nudo en el estómago. Esto es… raro. Miro por la ventana y lo veo en la acera con el móvil en la oreja, saludándome con una sonrisa.

—Eh, claro —consigo responder mientras cuelgo la llamada y él entra por la puerta.

Tyler se pasea hacia mí, todo confianza y colonia. Se desliza en la silla que tengo enfrente y me mira de una manera que hace que quiera huir.

—Qué bien encontrarte aquí —dice con un guiño.

Logro esbozar una sonrisa tímida.

—Sí, qué coincidencia.

Él se inclina hacia mí y baja la voz:

—Escucha, Chloe, he estado pensando. ¿Por qué no salimos a cenar esta noche? Los dos solos. Conozco un italiano buenísimo.

Abro la boca, buscando una excusa.

—No creo que sea buena idea mezclar trabajo con…

—Como eres una trabajadora independiente y no una empleada, dudo de que haya…

—No es buena idea —le corto—. Sloane me ha dado un montón de joyería para mostrar cuando nos vimos esta mañana y no me he puesto a grabar. Voy superatrasada y con las vacaciones… —miento mientras tomo aire profundamente—. No es el mejor momento.

La sonrisa de Tyler flaquea por un momento, pero se recompone rápidamente.

—Precisamente por eso. En vacaciones no debería ser todo trabajo.

Me siento atrapada, arrinconada por la insistencia de Tyler. Sus ojos me atraviesan, expectantes y hambrientos. Recojo mis cosas rápidamente.

—De hecho, de verdad que me tengo que ir. Tengo una videollamada con Sloane más tarde y debería prepararme.

Cuando me levanto, la mano de Tyler agarra rápidamente mi muñeca.

—Chloe, espera…

Suena la campanita de la puerta y me giro por instinto. El corazón me da un vuelco cuando entra Jack, con su uniforme de bombero limpio y arreglado. Sus ojos escanean la cafetería y se posan en mí. Cuando nuestras miradas se encuentran, por un momento el resto de la cafetería desaparece. Se empieza a formar una sonrisa en su cara, pero se desvanece cuando asimila la escena: la mano de Tyler agarrando mi muñeca y mi clara incomodidad.

Jack frunce el ceño y empieza a caminar hacia nosotros. Tyler se

inclina hacia mí, ajeno a la llegada de Jack.

—Vamos, Chloe, una cena. ¿De qué tienes miedo?

Aprovecho la oportunidad.

—¡Jack! Me alegro de que hayas llegado. Ya me iba porque pensaba que no ibas a venir —lo llamo, y saludo con la mano.

Tyler gira la cabeza y entrecierra los ojos cuando reconoce el uniforme de Jack.

Jack parece confuso por un segundo antes de seguirme el juego:

—Perdona que haya llegado tarde —responde con soltura mientras llega a nuestra mesa.

Me levanto rápido y recojo mis cosas.

—Lo siento, Tyler, pero tengo planes con Jack a los que ya llegamos tarde. Tendremos que hablar en otro momento.

Tyler tensa la mandíbula, pero se obliga a sonreír.

—Claro, sin problema. Hablamos pronto.

Asiento y el alivio calma la ansiedad en mi interior mientras Jack y yo nos dirigimos a la puerta. Una vez fuera, suelto un largo suspiro.

—Muchísimas gracias. No tienes ni idea de cómo me has salvado ahí dentro.

Los ojos de Jack se arrugan cuando sonríe y mi corazón da un pequeño brinco.

—Encantado de ayudar. ¿Te importa explicarme lo que acabo de ver?

Dudo, sopesando la situación. Parte de mí quiere restarle importancia y actuar como si no hubiera pasado nada. Otra parte de mí, las señales de alarma en mi cabeza, quiere admitir que hay algo en Tyler que no está bien. Sea como sea, no es problema de Jack y no quiero jugar a la damisela en apuros; ya tiene demasiado de eso en su trabajo.

Me decido por una media verdad:

—Un compañero de trabajo que no entiende los límites. Nada que

no pueda manejar.

Jack alza un poco las cejas, pero no insiste.

—Bueno, me alegro de haber ayudado, aunque haya sido sin pretenderlo.

Nos quedamos ahí un momento. El frío aire invernal me golpea las mejillas y da color a las de Jack. Dios… el uniforme le queda como un guante. Intento no pensar en lo guapo que está y recordar mis dudas anteriores.

Pero me doy cuenta de que no quiero que este momento se acabe, no quiero despedirme de Jack todavía.

—¿Puedo invitarte a un café? —suelto—. Ya sabes, como agradecimiento. —Miro hacia la puerta—. Aquí no, claro. Debería irme antes de que salga. —Vuelvo a mirar su uniforme—. A no ser que fueras de camino al trabajo.

—Tengo el día libre —responde, y hace una pausa—. Quiero decir, tenía algo que hacer que requería que me pusiera el uniforme, pero ya está hecho y estoy libre.

—¿Café entonces?

—Tengo una idea mejor. —Los ojos de Jack tienen un brillo juvenil cuando dice—: ¿Qué tal si en vez de eso nos tomamos un chocolate caliente? Conozco un sitio genial a solo unas manzanas de aquí; lo hacen desde cero con chocolate derretido de verdad.

Mi corazón palpita con su propuesta. De alguna manera parece íntimo, más especial que simplemente tomarse un café.

—Suena genial —respondo, incapaz de contener la sonrisa.

Pasear por el centro de Manhattan, bordeando el agua, en invierno, al lado de un bombero, de camino a tomar un chocolate caliente. ¿Qué puede ser más navideño que eso?

Mientras caminamos con nuestra respiración formando niebla en el aire frío, miro de reojo a Jack. Tiene un perfil fuerte, mandíbula definida y hay una confianza tranquila en la manera en la que anda.

Es genuina y sensata.

—¿Así que día libre? —pregunto, rompiendo el agradable silencio —. ¿Qué hacen los bomberos normalmente en sus días libres?

Jack se ríe y el sonido es intenso y cálido.

—Pasear con chicas guapas e ir a por un chocolate caliente. — Doblamos la esquina y Jack señala una pequeña tienda que parece acogedora, con los cristales empañados—. Aquí es. El mejor chocolate caliente de toda la ciudad, lo prometo.

El olor a chocolate y canela nos envuelve cuando entramos. El lugar es cálido y tentador, con sillas y mesas diferentes y baldas alineadas con libros antiguos.

Mientras esperamos en la cola, Jack se gira hacia mí.

—Escucha, sobre lo que ha pasado antes… —duda con el ceño un poco fruncido—. Si alguna vez necesitas ayuda o tener a alguien cerca… sin presión, claro.

—Gracias —consigo responder, y me encojo de hombros—. No es nada; es que tengo un acosador.

Jack abre los ojos y su expresión se vuelve seria.

Me arrepiento inmediatamente de mi comentario frívolo.

—No, no, no es eso. Estaba de broma, no hay ningún acosador.

La expresión de Jack se relaja un poco, pero algo que no puedo deducir se mantiene en sus ojos.

Llegamos al mostrador y él insiste en pagar los chocolates a pesar de mis protestas. Mientras esperamos las bebidas, me doy cuenta de lo tranquila que me siento con él. Hay algo en Jack que se me hace familiar, pero no consigo averiguar qué.

—Sé que nos acabamos de conocer —empiezo—. Pero siento que te conozco de algún sitio.

Jack sonríe amablemente.

—Puede que nos conociéramos en una vida pasada —bromea.

Llegan nuestras bebidas, en tazas calientes coronadas con nata y

un toque de cacao en polvo. Encontramos una mesa pequeña al lado de la ventana y sostengo entre las manos la taza caliente mientras olfateo el rico aroma.

—Creo que me he enamorado solo por el olor —digo tomando un sorbo. El chocolate es espeso y aterciopelado, con un toque de canela—. Guau, tenías razón sobre este sitio.

Jack se ríe con un brillo malicioso en los ojos, claramente contento por mi reacción.

—Te lo dije. Es mi pequeño secreto.

Bebo otro sorbo y saboreo el intenso sabor.

—Bueno, pues estoy impresionada. Puede que haga de este mi nuevo sitio favorito. Y me gustan los secretos.

Jack se ríe, ajeno a la mancha de nata en su labio superior. Me río y señalo mi propio labio.

—Tienes un poco de…

Se lo limpia con un pequeño rubor en las mejillas.

—Bueno, te he contado uno de mis secretos. Es tu turno de contarme uno de los tuyos.

Vacilo y mis dedos se tensan alrededor de la taza. Dios, si pudiera contarle mis más oscuros y deseados secretos. ¿Qué pasaría si le dijera que nada me pondría más qué verlo tirar nuestros chocolates al suelo con un movimiento del brazo y que en su lugar me tumbara sobre la mesa? Me arrancaría la ropa y me follaría sin pensar en toda la gente a nuestro alrededor.

Nada se interpone en su hambre por mí y…

Dios… no quiero arriesgarme a perseguirlo por la calle.

—Bueno —empiezo bajando la voz y buscando una respuesta segura—, soy adicta a los *realities* basura. Cuanto más drama, mejor.

A Jack se le ilumina la mirada de asombro.

—¿En serio? ¿Cuáles?

—Todos —admito, sintiendo cómo se me calientan las mejillas—.

Pero mi favoritísimo es *Love Island*. Es tan ridículo y exagerado… pero no puedo parar de verlo. Lo llamo *Cringe Island* y aun así me veo todos los episodios.

Se inclina hacia mí con una sonrisa conspiratoria.

—¿Te cuento un secreto? Puede que yo también me haya hecho un maratón de una o dos temporadas.

Doy un grito ahogado de horror.

—¡No! Y yo que pensaba que eras un bombero duro.

La conversación fluye fácilmente después de eso, saltando de un tema a otro. Hablamos de nuestros libros favoritos (a él le encanta la ficción histórica y yo soy más de *thrillers* psicológicos), nuestras comidas para sentirnos bien (macarrones con queso para él y helado para mí) y nuestros momentos más vergonzosos (el suyo implica un concurso de talentos en el instituto y un truco de magia fallido).

Mientras hablamos, me arrastra la manera en la que sus ojos se arrugan cuando se ríe, y sí, *arrugar* es la palabra perfecta para describirlo. También me atrae la pasión con la que habla de su trabajo y la dulzura con la que me escucha cuando hablo. Es algo nuevo, especialmente si lo comparamos con los hombres con los que he salido en el pasado.

Antes de que me dé cuenta, han pasado horas. El cielo se ha oscurecido y se acerca la siguiente tormenta de nieve. La cafetería ha empezado a vaciarse.

—No me creo lo tarde que se ha hecho —digo echándole un vistazo al reloj—. Debería irme a casa.

Jack asiente, un poco decepcionado.

—Sí, deberíamos terminar por hoy. Debería pasarme por la estación de todas formas y ver si necesitan ayuda para prepararse para la nevada de esta noche.

Recogemos nuestras cosas y salimos al aire gélido. La calle está a

rebosar de gente con prisa, bien abrigados para resistir el frío.

—Puedo pasarme luego si quieres que te acompañe a casa —propone Jack. Su respiración es visible en el aire de la tarde.

Dudo un momento, porque me encanta la idea de alargar el día. Pero no quiero que crea que estoy muy necesitada o soy una pegajosa.

—Es muy amable por tu parte, pero tomaré un taxi.

«Vale, ahora es cuando tiene que pedirme el número. Vamos, Jack, pídemelo».

Él asiente y su expresión es una mezcla entre entendimiento y algo más. ¿Puede que decepción? Se mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre los tobillos ligeramente.

—Me lo he pasado muy bien hoy —dice con una ligera sonrisa en los labios—. Ha sido genial conocerte mejor.

Se me encoge un poco el corazón. ¿Ya está? ¿Nos vamos a separar sin planear vernos de nuevo?

«¡Pídeme el número!».

Cuando estoy a punto de decir adiós, Jack se aclara la garganta.

—Escucha, me preguntaba… —empieza, y entonces hace una pausa, como si tratara de reunir el valor—. ¿Me darías tu número? Quizá podamos hacer esto otra vez.

El alivio y la excitación se extienden dentro de mí.

—Sí, claro —respondo de manera puede que demasiado enérgica. Busco mi teléfono y casi se me cae en el proceso.

Intercambiamos los números y nuestros dedos se rozan a través de los guantes cuando nos pasamos los móviles.

Nos quedamos ahí durante un momento; ninguno está listo para marcharse. Empiezan a caer copos de nieve a nuestro alrededor y se posan sobre el pelo y las pestañas de Jack. La necesidad de alzar la mano y quitárselos es abrumadora.

En su lugar, doy un paso atrás.

—Debería irme. Gracias por este día, Jack. Por todo.

—Cuando quieras —responde con voz suave—. Llega bien a casa, Chloe.

Me giro y empiezo a alejarme despreocupadamente a pesar de la intensidad de la nieve que empieza a caer. Solo he dado unos pocos pasos cuando oigo que Jack me llama:

—Chloe.

Me giro con las cejas levantadas en señal de pregunta.

—Estaba pensando que… Mañana por la noche abren un mercadillo navideño en Bryant Park. Hay pista de hielo, sidra caliente y todo eso. ¿Quieres ir a verlo conmigo en algún momento de la semana, si vuelves a la ciudad?

El corazón me da un vuelco. Puedo visualizarnos caminando bajo las luces brillantes, tomando bebidas calientes e incluso agarrados de la mano mientras patinamos. Suena mágico, incluso perfecto.

Pero una voz persistente en mi cabeza me recuerda las dudas que tenía. ¿Es Jack realmente mi tipo? ¿Estoy condenándome a la decepción al perseguir algo con alguien que puede ser demasiado… seguro?

Me muerdo el labio, sopesando mis opciones. La esperanza en los ojos de Jack toma la decisión por mí.

—Suena genial —respondo sin poder ocultar la sonrisa—. Me encantaría.

A Jack se le ilumina la cara y su sonrisa se vuelve amplia y genuina.

—¡Genial! Le echo un ojo a mi cuadrante y te mando los detalles luego, ¿vale?

Asiento. Mi sonrisa es una imitación de la suya.

—Perfecto. Lo estoy deseando.

Finalmente, me doy la vuelta para marcharme y extiendo la mano para parar un taxi.



CAPÍTULO NUEVE

JACK

Culpo a Tyler de estar mirándola de nuevo a través de su ventana con el puto frío que hace. Me juré que el acoso pararía, pero las viejas costumbres son difíciles de erradicar.

Se me contrae la mandíbula involuntariamente. No me sentó nada bien ver a Tyler en la cafetería tocando a Chloe. ¿Puede ser porque quería atarlo a una de las sillas de la cafetería y cortarle la mano despacio con un cuchillo de untar? Puede. En cualquier caso, no pude resistir la necesidad de volver a su casa para ver que había llegado bien.

Así que aquí estoy, observándola de nuevo con la respiración saliéndome a ráfagas.

El brillo suave de su habitación crea un leve halo en la hierba congelada. Puedo ver cómo se pasea, probablemente preparándose para dormir. Mi corazón se acelera mientras la imagino quitándose la ropa, con la piel suave bañada por la luz cálida de la lámpara. Es más tarde de lo que normalmente vengo a verla, tan tarde que he tenido que desenchufar las luces navideñas para que no me iluminen. Espero que no se dé cuenta. Espero poder verla en paz. Verla meterse en la cama y…

Sacudo la cabeza, intentando eliminar esos pensamientos. Estoy

aquí para protegerla, no para… lo que sea esto. Pero, muy en el fondo, sé que es más que eso, siempre lo ha sido.

El sonido de la puerta de un coche me sobresalta. Me agacho tras un bordillo con el pulso vibrándome en los oídos. Unos pasos se acercan, haciendo crujir el camino congelado. Vigilo entre las ramas mientras espero a que todo el mundo regrese a su casa para pasar la noche y que yo pueda observar a Chloe.

Aparece de nuevo en mi campo visual y contengo la respiración cuando me doy cuenta de que hay algo diferente en ella. No lleva el pijama, como pensaba. Todo lo contrario: lleva una peluca negra, los labios de un rojo brillante y un vestido ajustado y muy revelador que no había visto antes.

¿Qué cojones?

¿A dónde va a estas horas?

La observo mientras se aplica más maquillaje de forma apresurada y nerviosa. No para de mirar el móvil como si esperara algún mensaje. Se me contrae el estómago con una mezcla de celos y preocupación.

¿Ha quedado con alguien?

Se pone unas joyas que tampoco había visto antes. Una gargantilla… no… un collar. Tiene un estilo gótico, con un pequeño aro plateado colgando en la parte de delante.

Entonces se para frente al espejo, con su belleza misteriosa, y apenas la reconozco. De hecho, si no supiera que es ella, no estoy seguro de que fuera capaz de distinguirla.

Es una puta preciosidad.

Mis dedos tiemblan con la necesidad de agarrar el móvil y hacer una foto, pero me resisto.

Después se dirige al ordenador y se sienta frente a él. Con un par de clics, aparece una página web. Me muevo para ver mejor y la reconozco al instante.

Me cago en la puta…

Casi se me para el corazón. No puedo creer lo que veo. Chloe, mi dulce e inocente Chloe, está abriendo su cuenta de Secretos Oscuros. Yo tengo una cuenta de Secretos Oscuros. Pero ¿Chloe? ¿Mi dulce ángel, Chloe?

La observo aturdido en silencio mientras coloca la *webcam* y empieza a escribir algo. Emerge una ventana con un chat, lleno de mensajes de sus espectadores, ansiosos.

Al contrario que cuando graba sus vídeos de *influencer* de joyas, no enciende el aro de luz. La envuelven las sombras que forma el titileo de una vela encendida cerca.

Chloe toma aire profundamente, armándose de valor. Se coloca una máscara de encaje por encima de las pestañas gruesas para ocultar aún más su identidad. Entonces ofrece a la cámara una sonrisa sensual y confiada que jamás había visto, como si se hubiera transformado en una persona completamente diferente.

Empieza a moverse sensualmente, pasándose las manos por todo el cuerpo, sosteniéndose los pechos, acariciándose el coño y abriendo las piernas mientras habla con el público. No puedo oír lo que dice por la música sensual que ha puesto de fondo, pero puedo ver sus labios moverse, formando palabras que jamás me imaginé saliendo por su boca.

Estoy paralizado en el sitio, incapaz de apartar la vista mientras se desabrocha despacio el vestido. Parte de mí quiere entrar ahí y parar esto, protegerla de ojos entrometidos. Pero otra parte, la más oscura que trato de ignorar, está totalmente cautivada.

¿Cómo se me ha podido escapar esto? Después de años mirándola a través de su ventana, ¿esta es la primera vez que veo esto? Es obvio que no es su primera vez en la plataforma. Está claro que hace muchas más cosas cuando me voy al caer la noche.

Mientras la observo, absorto, me arrasa una oleada de emociones.

Shock, excitación, celos y un retorcido orgullo luchan por el control. Mi dulce Chloe, el objeto de mi obsesión desde hace tanto tiempo, es más profunda de lo que nunca imaginé.

El chat explota de actividad mientras Chloe —no, su *alter ego*— empieza su actuación. Casi puedo sentir el calor del portátil contra su piel, los ojos hambrientos de extraños sin rostro empapándose de cada curva y gesto. Me clavo las uñas en las palmas cuando cierro los puños en los bolsillos.

Se mueve con una elegancia entrenada, cada movimiento calculado para provocar y seducir. El vestido se desliza más abajo y revela un atisbo de encaje debajo. Me debato entre apartar la mirada o impregnarme de cada detalle, grabarlo en mi memoria.

El sonido del motor de un coche en la calle me hace volver a la realidad. Miro a mi alrededor, nervioso, consciente de pronto de lo expuesto que estoy. Si alguien me viera ahora, al acecho entre las sombras, viendo este espectáculo privado…

Cuando vuelvo a mirar, Chloe está sosteniendo algo frente a la cámara. Tardo un momento en reconocerlo: es un consolador de color rosa, grueso y largo. Se me seca la boca mientras se lo pasa por el muslo con una sonrisa pícara.

Mierda, qué rápido está escalando esto.

¿Esto es lo que le hace a una chica un poco de chocolate caliente?

Es demasiado. Necesito irme para procesar lo que he visto. Pero mis pies parecen enraizados en el suelo y mis ojos fijos en la ventana. He observado a Chloe desde hace años, pensando que lo sabía todo sobre ella. Ahora me doy cuenta de que no sé nada en absoluto.

Llevé a la chica a tomar chocolate caliente como si fuera una joven virginal de dieciocho años. Dios, tiene que pensar que soy un puto *boy scout*. Si lo hubiera sabido…

Se tumba todavía más y tengo una mejor vista de donde planea

usar ese juguete. Se me entumecen las piernas y me tengo que sujetar al bordillo para mantenerme derecho. Pensé que la estaba protegiendo de la oscuridad del mundo, pero ya estaba metida hasta el fondo, deleitándose incluso.

La miro mientras se coloca, lista para darle a su público lo que reclama. Los dedos se me mueven hacia el móvil de nuevo, esta vez para abrir la aplicación Secretos Oscuros. Puedo unirme a la transmisión ahora mismo, ser uno de esos usuarios sin rostro que la animan.

¿Verá la luz del móvil si lo hago?

Dudo, con el pulgar sobre el icono de la aplicación. La tentación es abrumadora. Pero algo me detiene. Puede que sea la pizca de decencia que me queda o el miedo a ser descubierto. De todas formas, obligo a mi mano a volver al bolsillo.

La música cambia a algo más bajo, lo suficiente para que pueda escucharla hablar mientras se introduce el consolador más allá de sus sedosos pliegues.

¡Mierda! Estoy mirando el coño de Chloe, desnudo y absolutamente perfecto.

—Hoy ha pasado algo —dice—. Algo que me ha dado ganas de masturbarme para que lo veáis todos.

Presiono la cara contra el cristal, esforzándome por escuchar cada palabra. Mi curiosidad está por las nubes, superando mi excitación.

—He quedado con alguien —continúa, con la voz ronca y jadeante mientras mueve el juguete dentro de ella—. Ha sido un día perfecto, como salido de un cuento de hadas. —Suelta una risita y después un gemido—. Pero ha sido muy para todos los públicos.

«Joooooder». Está hablando de mí, de nuestra cita con chocolate caliente y nata.

Me acerco sintiendo cómo se me contrae el corazón mientras me estiro para captar cada palabra. La voz de Chloe es grave y sensual,

interrumpida por gemidos suaves mientras se da placer.

—Ha sido tan inocente —continúa, quedándose sin aliento—. Tomamos chocolate caliente y dimos un paseo por la nieve. Fue todo un caballero. —Se ríe, entre divertida y excitada—. Si supiera lo que quería de verdad… Vosotros sí sabéis lo que quiero, ¿verdad?

La cabeza me da vueltas y lucho con emociones contradictorias: *shock*, celos, excitación y… sí, vergüenza. ¿Cómo no me he dado cuenta? Mi Chloe, mi Chloe es…

—Quería que me empotrara contra la pared —se sincera con un grito ahogado y movimientos cada vez más frenéticos—. Que me arrancara la ropa y me follara allí mismo, en la nieve.

Una parte de mí quiere irrumpir por su puerta para ser el hombre al que está describiendo. Pero estoy paralizado en el sitio, como un mirón de sus fantasías más oscuras.

—Pero en su lugar —jadea— estoy aquí con vosotros. Mis fieles espectadores. Sabéis lo que necesito de verdad, ¿no?

El chat explota de comentarios. Solo puedo imaginar lo que dicen, lo que le están pidiendo que haga. Chloe lee un par en voz alta, a cada cual más obsceno que el anterior. Acata sus peticiones; su cuerpo se retuerce en la silla de escritorio de cuero negro.

Ahora tiemblo, por el frío y por la intensidad de lo que estoy presenciando. Esta es Chloe al desnudo, no solo físicamente, sino emocionalmente. La chica dulce y pura que conocía se ha ido, sustituida por esta criatura seductora que sabe exactamente lo que quiere.

Mientras se acerca al clímax, Chloe fija los ojos en la ventana. Por un momento se me para el corazón y siento que me mira fijamente. Como si supiera que estoy aquí, mirándola en su momento más íntimo. Es como si supiera que tendría que haber cerrado las cortinas para tener privacidad, pero nunca lo hace. Nunca. Eso me dice una cosa: que le gusta dejarlas abiertas, tentando al universo.

Como una invitación…

—Dios —gime, arqueando la espalda y cerrando los ojos. Se mete el juguete hasta el fondo y chilla.

Me concentro en la cosa más sexy que he visto jamás, embelesado, mientras el orgasmo la hace temblar.

Casi me fallan las piernas cuando veo a Chloe alcanzar el clímax y su cuerpo vibra de placer. La intensidad del orgasmo parece propagarse a través de la ventana, electrificando el gélido aire nocturno a mi alrededor.

Cuando sale de ese estado de euforia, se desploma en la silla con una sonrisa satisfecha en sus labios. Agarra una toalla que está fuera de plano y empieza a limpiarse mientras interactúa con su público:

—Gracias a todos por estar conmigo esta noche —ronronea con la voz un poco ronca—. Sabéis hacer que una chica se sienta especial.

Se inclina hacia la cámara con los ojos brillantes llenos de picardía.

—¿A la misma hora la semana que viene? Quizás tenga una sorpresa especial para vosotros.

Termina la transmisión con un guiño y lanza un beso. La ventana se oscurece cuando cierra el ordenador. Me quedo de pie entre las sombras, con la cabeza dándome vueltas por lo que acabo de ver.

Estoy ahí, congelado. El silencio de la noche es ensordecedor y respiro con bocanadas cortas y agotadas.

¿Qué hago con esta información? La Chloe que pensaba que conocía se ha ido, sustituida por esta mujer, seductora y segura de sí misma, que desnuda su alma (y su cuerpo) para un montón de extraños *online*.

Sacudo la cabeza intentando aclarar mis pensamientos. Necesito irme antes de que me vean. Cuando me giro para marcharme, mi pie golpea una roca y el sonido hace eco en la noche silenciosa.

De repente, la luz del cuarto de Chloe se enciende de nuevo. Me

paralizo y se me encoge el corazón. ¿Me ha oído? Me pego a la pared de la casa, rezando porque no mire a través de la ventana.

Escucho el chasquido de su ventana abriéndose.

—¿Hola? —La voz insegura y un poco asustada de Chloe atraviesa el silencio nocturno—. ¿Hay alguien ahí?

Contengo la respiración y no me atrevo a mover un músculo. Los segundos parecen eternos mientras espero, rezando porque se dé por vencida y vuelva dentro. Cuando no oigo nada, me voy rápidamente, corriendo calle abajo hacia mi camioneta.

Me deslizo en el asiento del conductor y mis manos tiemblan mientras me peleo con las llaves. Mi mente va a toda velocidad, repitiendo cada momento de lo que he visto. La imagen de Chloe transformada en su salvaje *alter ego* me quema las retinas. No me quito de la cabeza el sonido de su voz, ronca de deseo, mientras explicaba lo que le habría gustado que pasara en nuestra inocente cita tomando chocolate caliente.

Sé que no debería, pero, antes de poder pararme a pensar, abro la aplicación de Secretos Oscuros. Mis dedos encuentran la barra de búsqueda. ¿Qué nombre podría usar? Algo misterioso, supersexy… Busco entre los vídeos y transmisiones subidas recientemente, con el corazón acelerado en cada intento. Finalmente la veo.

La foto de perfil es un plano cerrado de sus labios rojos y se ve un poco la máscara de encaje.

Nombre de usuario: BlackAsChlo.

Hago clic en su perfil y deslizo por el contenido que ofrece. Se me seca la boca cuando veo las miniaturas de sus transmisiones anteriores, cada una más sexy que la anterior. Hay un botón para suscribirse al canal y tener acceso a contenido exclusivo. No hay ningún precio adjunto, lo que me dice una cosa: Chloe hace esto porque quiere y no para ganar dinero.

Mi pulgar se cierne sobre el botón, temblando ligeramente. Esta es

una línea que jamás pensé que cruzaría. Si hago esto, no hay vuelta atrás. Seré uno de ellos, uno de los usuarios sin rostro que la anima pidiéndole más.

Pero ¿no es eso lo que he sido siempre? ¿Un observador sin rostro mirando desde las sombras?

Antes de que pueda cambiar de idea, le doy para suscribirme. La pantalla carga y de pronto estoy dentro, enterado del mundo secreto de Chloe. Me deslizo por sus publicaciones; cada una revela una faceta de ella que nunca supe que existía.

Le gustan los juguetes. A mí me gustan los juguetes.

Le gustan los fetiches… mucho. Yo adoro los fetiches.

Un vídeo me llama la atención. La portada muestra a Chloe —no, a BlackAsChlo— en una habitación con luz tenue y las muñecas atadas por encima de la cabeza. El título es «Castígame, papi».

Mis dedos sobrevuelan el botón de reproducir. Esto está mal, no debería estar viendo esto. Pero ya he cruzado muchos límites esta noche. ¿Qué más da uno más?

Le doy a reproducir.

El vídeo empieza con Chloe retorciéndose en sus ataduras, con los ojos muy abiertos tras la máscara.

—He sido una chica muy mala —dice.

Ahí está su último vídeo, el que he visto en persona. Lo reproduzco y se me corta la respiración cuando veo la escena desde otro ángulo.

La voz de Chloe llena la estancia, erótica y seductora.

—He quedado con alguien hoy —ronronea, y me da un escalofrío cuando sé que habla de mí, absorto mientras se da placer a sí misma, describiendo con todo detalle lo que habría deseado que le hiciese.

Las manos se dirigen a mi regazo casi con voluntad propia. Sé que esto está mal…

No puedo hacerlo. Todavía no. Todavía no…

Apago el teléfono con las manos temblando. Los descubrimientos de esta noche se arremolinan en mi cabeza. Sentado en mi camioneta, me doy cuenta de que todo ha cambiado. El juego ya no es el mismo y se han reescrito las normas. Y ya no estoy seguro de ser el protector o solo otra polilla que se ve absorbida por la llama de Chloe.

Enciendo el coche, decidido. Necesito volver a verla, mirarla a los ojos sabiendo lo que sé ahora. Ver si puedo distinguir un atisbo de BlackAsChlo detrás de la fachada de Chloe.



CAPÍTULO DIEZ

CHLOE

—¿Hola? —pregunto mientras camino hacia la ventana.

¿Por qué estoy saludando a un potencial asesino en serie? ¿Y por qué estoy caminando hacia él?

Me late el corazón a cada paso que doy. Mi parte racional me dice que ha sido el viento. No he oído nada más que una rama cayéndose. Mi fortuito encuentro con Tyler esta mañana está haciendo que me vuelva paranoica. Pero la parte irracional, la parte que ha estado alerta desde que vi su cara en la cafetería, insiste en que hay alguien ahí fuera. Y, al volver a casa, no había nieve en el camino, *otra vez*.

Insegura, doy otro paso y mis pies no hacen ruido al posarse en el suelo de madera. Me concentro en lo que oigo, buscando algún sonido que confirme mis miedos.

Silencio.

De repente, oigo un leve chirrido. Contengo la respiración. Eso definitivamente no ha sido el viento.

Debería correr, darme la vuelta, agarrar el teléfono y encerrarme en el baño. Pero mi cuerpo no escucha a la razón. Me muevo hacia delante de nuevo y mi mano se extiende hacia la ventana para abrirla y poder oír mejor.

Más silencio.

No es nada. Estoy actuando como una loca.

Pero no tanto como el hecho de volver a casa inmediatamente después de mi cita, no cita o casi cita con Jack y obsesionarme con cada pequeño detalle de nuestra conversación. No tanto como entrar en Secretos Oscuros esta noche y correrme para todos mis suscriptores.

Me rindo y cierro la ventana para volver a mi ordenador, recuperando despacio el pulso normal. Me siento en la silla y el brillo suave de la pantalla me ilumina la cara en contraste con la luz tenue de la habitación. Mis dedos se deslizan sobre el teclado, lista para echar un vistazo sin importancia por Secretos Oscuros y ver qué vídeos o fotos divertidas puedo encontrar.

Pero la inquietud no desaparece. Mis ojos siguen dirigiéndose a la ventana, casi esperando ver un rostro pegado al cristal. Me obligo a concentrarme en la página, pero las imágenes se confunden y no llaman mi atención ni me excitan como de costumbre.

El sonido suave de mi móvil me sobresalta. Lo agarro con el pulso acelerado de nuevo, pero es una notificación de Secretos Oscuros. Un mensaje nuevo, probablemente de uno de mis suscriptores habituales para pedirme un vídeo personalizado o un chat privado.

Abro la aplicación y mis dedos se dirigen al icono de los mensajes. Pero algo me llama la atención antes en la pestaña de notificaciones. Un seguidor nuevo.

Lo pulso. Mi curiosidad supera el miedo latente.

El nombre de usuario hace que se me hiele la sangre: WinterWatcher.

No puede ser. Es una coincidencia, ¿verdad? Pero, cuando pulso en el perfil, en la descripción pone: «Me gusta mirar desde lejos, siempre desde lejos».

Mis manos tiemblan mientras miro toda su actividad. Ya le ha dado

«Me gusta» a cada una de mis publicaciones del mes pasado.

Me está estudiando.

Mi mente va a mil por hora, tratando de unir los puntos. Tyler en la cafetería. El camino sin nieve. Los ruidos en el exterior de mi casa, y ahora esto… WinterWatcher.

Cierro la aplicación con la respiración entrecortada. Es demasiada coincidencia.

¿Tyler?

No, es ridículo.

Estoy delirando. Sé que me pongo así cuando estoy de los nervios. No es fácil ser una mujer soltera que vive sola en Nueva York.

Tyler es bueno. Demasiado bueno.

Ese es el problema, es por lo que no estoy interesada en él. Quiero un hombre que pueda dominarme. Alguien que me haga chillar cuando me azote, que me ate y que me haga suplicar para correrme.

Pero ahora mis pensamientos vuelven a Jack. Jack es bueno. ¿Demasiado bueno?

Sacudo la cabeza intentando aclarar mis pensamientos confusos. Jack es diferente, tiene una intensidad que subyace a su exterior educado y que no termino de atisbar. Pero Tyler… su gentileza siempre parece forzada, como si se estuviera esforzando mucho por ser un perfecto caballero.

Con un profundo suspiro, apago el ordenador. Suficiente por esta noche. Mientras me pongo el pijama, no se me quita la sensación de que me están observando. Reviso dos veces los pestillos de las ventanas y miro fuera una última vez. Las luces de Navidad están apagadas. ¿Siempre han estado apagadas?

Me meto en la cama y me subo las sábanas hasta la barbilla, sintiéndome como una niña que teme a los monstruos del armario.

El sueño me evita. Doy vueltas en la cama y mis pensamientos se

llenan de Tyler, Jack y WinterWatcher. Cada crujido de la casa me sobresalta, poniéndome el corazón en la garganta.

Sobre las tres de la mañana, dejo de intentar dormir. Agarro el móvil pensando en mirar un rato las redes para distraerme, pero mis dedos me traicionan y en su lugar abro la aplicación de Secretos Oscuros.

WinterWatcher ha estado activo. Ha dejado comentarios en publicaciones antiguas, cosas inofensivas como «Preciosa» e «Impresionante». Pero hay un comentario que hace que se me pare el corazón.

«Me pregunto qué otros oscuros secretos guardas».

Algo dentro de mí quiere contestar. Pero nunca hablo con ninguno de mis suscriptores. Nunca interactúo. Nunca comento. No voy a hacerlo ahora…

Mi pulgar sobrevuela el botón de respuesta con suspense. Nunca he roto mi regla de no interactuar, pero algo de lo que está pasando parece diferente. Peligroso. Puede que, si respondo, obtenga más información, para averiguar si es realmente Tyler o solo un tío cualquiera.

No puede ser Tyler. ¿Por qué estoy pensando que es Tyler? De hecho, ¿por qué pienso que conozco a WinterWatcher, para empezar? Puede ser cualquiera. Incluso puede ser una mujer. ¿Por qué estoy teniendo esta reacción desmesurada?

Apago el teléfono y me giro en la cama. Doy vueltas durante otra hora con la mente llena de posibilidades. Cada sombra parece moverse y los sonidos se amplifican en la quietud de la noche. Finalmente, con las primeras luces del amanecer filtrándose por las cortinas, me sumerjo en un sueño intermitente.

Mis sueños son un batiburrillo confuso de imágenes: la sonrisa demasiado amplia de Tyler, la mirada intensa de Jack y la imagen umbría fuera de mi ventana, observando. Siempre observando.

Me levanto de un salto con el sonido estridente de la alarma. Me siento desorientada por un momento y los sucesos de la noche anterior se convierten en una pesadilla borrosa. Pero cuando me estiro para apagar la alarma la realidad me golpea. Es la hora de ser Chloe. La adorable, alegre y admirada Chloe Hallman, *influencer* de joyas.

BlackAsChlo necesita volver a las sombras, donde pertenece.



CAPÍTULO ONCE

CHLOE

¿Cuántos días es normal esperar que te escriban después de una cita? Aunque lo que tuvimos Jack y yo no fue una cita de verdad. Solo fue un encuentro casual. Pero dijo que me mandaría un mensaje, así que miro el teléfono por la que me parece la centésima vez hoy, deseando que se ilumine con una notificación.

Me sigo recordando que no fue realmente una cita, solo un encuentro fortuito. Pero las arrugas de sus ojos cuando sonreía y lo atento que escuchaba cada una de mis palabras… parecía mucho más. Suspiro y dejo el teléfono sobre la mesa, decidida a parar de obsesionarme. Pero, cuando me doy la vuelta, un ligero zumbido hace que mi corazón dé un salto. Me lanzo a por él torpemente.

Es solo una notificación de Instagram. Me inunda la decepción.

«Contrólate», me digo.

Motivada a obsesionarme con otra cosa, decido echar un vistazo a las visitas y al *engagement* de mi última publicación para Moth to the Flame. No me convenció mucho cuando lo grababa y tengo el presentimiento de que el vídeo me va a demostrar que mis espectadores se sienten igual.

Mientras reviso las analíticas, mis sospechas se confirman. Las visitas son pésimas, no hay muchos «Me gusta» y los comentarios…

bueno, tampoco hay demasiados. Suelto un quejido y me despatarro en la silla.

Justo lo que necesitaba: otro ataque a mi ya de por sí frágil ego. Si quiero continuar siendo embajadora de Moth to the Flame Designs, voy a tener que recomponerme. Necesito el trabajo si quiero seguir en esta casa; no es negociable. Necesito recuperar la compostura y centrarme en crear contenido que resuene con mi público.

Desesperada por algo que me haga sentir mejor, cierro la aplicación y abro la que de verdad me gusta formar parte. Siempre intento no entrar a Secretos Oscuros hasta altas horas de la noche, como recompensa por mantenerme centrada y sin distracciones, pero ahora mismo necesito la dopamina de los comentarios que sé que me esperan del directo de anoche.

Esta es mi verdadera válvula de escape, mi mundo secreto donde puedo ser quien quiera. La persona que he creado aquí es segura de sí misma, misteriosa y seductora: todo lo que desearía ser en la vida real.

Veo el icono de las notificaciones y lo pulso con entusiasmo. Comentarios y mensajes aparecen en masa y cada uno viene con una pequeña dosis de validación.

¡Me encantó lo de anoche! ¡Espero con ansias el siguiente directo, eres el plato fuerte de mi noche!

Disfruto del cumplido y siento que mi estado de ánimo mejora con cada mensaje. En este reino digital me adoran. Me desean y soy importante. Es intenso y, por un momento, me olvido del mundo real, de los problemas: del contenido deprimente, de pasar otras Navidades sin mis padres, del hecho de que vivir en su casa está muy por encima de mis recursos y de la ligera decepción que me produce el silencio de Jack, preguntándome si sentí más en nuestra cita no cita para tomar chocolate caliente que él.

Pero, mientras leo los comentarios, uno hace que se me acelere el corazón:

Me encanta que nos hayas enseñado más tu cara. Ojalá haber visto más.

Espera. ¿¡Qué!?

Voy al vídeo para verlo por mí misma, con el pánico asentándose en mi interior. El corazón se me acelera mientras reviso el vídeo, rezando para que sea un malentendido. Pero ahí está, un momento donde la cámara se mueve y las luces revelan más de mis facciones de lo que esperaba enseñar. Son solo unos segundos, pero se me hacen eternos mientras veo tambalearse mi anonimato.

Cierro con fuerza el portátil, con la respiración agitada. Esto no puede estar pasando. Mi mente divaga con las potenciales consecuencias. ¿Y si alguien me reconoce? ¿Y si llega a oídos de Moth to the Flame, la marca a la que represento? ¡He firmado una cláusula de moralidad! Ni de coña masturbarse con un consolador en directo se puede calificar como moral. Joder. Joder, y no de la forma divertida.

La vida que he construido puede venirse abajo a mi alrededor.

¿Qué harán en Moth to the Flame si se enteran de que, en vez de promocionar sus joyas con pan de jengibre y muérdago, uso sus delicados collares y pendientes como objetos sensuales en mis directos nocturnos? Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar. He trabajado muy duro para mantener los dos mundos separados y ahora amenazan con colisionar de la forma más catastrófica posible.

Soy lista, siempre he tenido mucho cuidado. Pero Jack… Él hace que… Joder.

Con las manos temblorosas, vuelvo a abrir el ordenador y hago control de daños. Borro el vídeo esperando que nadie lo haya grabado o compartido en algún otro sitio. Pero el contenido en

internet nunca desaparece y sé en lo más profundo que no puedo deshacer lo ya hecho.

Me ruge el estómago y no estoy segura de si es por miedo o hambre, pero, dado que no he comido nada desde el desayuno y que he estado encerrada trabajando todo el día, decido salir a comer algo… y a tomarme un cóctel bien cargado. Puede que un cambio de ambiente me ayude a despejar la mente y a darme algo de perspectiva de este desastre.

Agarro el abrigo y las llaves y salgo a toda prisa por la puerta antes de que pueda cambiar de opinión. El aire gélido de la tarde me golpea en la cara y tomo aire intentando calmar los nervios. Echo un vistazo alrededor y me sorprende lo silencioso que está el vecindario.

Casi demasiado tranquilo.

Y tengo la inquietante sensación de que alguien me observa.

Me quito la paranoia de encima atribuyéndola a mi tenso estado de nervios. Aun así, miro sobre el hombro mientras camino por la acera. Las farolas crean largas sombras y cada sonido de las hojas me sobresalta.

El bar local está solo a pocas manzanas y me dirijo allí a paso ligero con la mente todavía acelerada. Mientras camino por la calle, intento fijarme en las decoraciones navideñas que adornan las fachadas y las farolas. Las luces parpadeantes y las guirnaldas de hojas deberían levantarme el ánimo, pero solo sirven de crudo recordatorio de lo sola que me siento.

Sola y perdida.

Mientras empujo la pesada puerta de madera del The Rusty Nail, me recibe el olor familiar de la cerveza y la comida frita. Está bastante concurrido para ser una noche entresemana. Alguna risa ocasional interrumpe el murmullo bajo de las conversaciones. Me acerco a la barra y ocupo un sitio vacío.

—¿Qué te pongo? —me pregunta el camarero, limpiando la barra.

—*Whisky* solo —respondo, para mi sorpresa. Normalmente soy más de algún cóctel afrutado, pero no soy capaz de pedir una piña colada y parecer tranquila. Hoy necesito algo más fuerte—. Y una ración de patatas, por favor. —No es la cena más saludable, pero me va a sentar de maravilla.

El camarero asiente y me sirve un vaso generoso. Le doy un sorbo y hago una mueca al notar el ardor. Mientras el calor se extiende por mi pecho y elimina cada germen que pudiera o no tener en el cuerpo, echo un vistazo a la estancia, ansiando y temiendo a la vez ver un rostro conocido.

Pero no veo a nadie; solo estoy yo. Sola.

En ese momento la puerta se abre y entra una ráfaga de nieve seguida de una figura alta enfundada en un abrigo oscuro. El corazón me da un vuelco cuando reconozco la silueta. Jack.

Golpea el suelo con los pies para sacudirse la nieve y mira alrededor. Nuestros ojos se encuentran y, por un momento, me paralizo. ¿Debería saludarlo? ¿Fingir que no lo he visto? Antes de que pueda decidir, ya está caminando hacia mí con media sonrisa en la cara.

—Ey —saluda, sentándose en el taburete a mi lado—. Vaya un encuentro fortuito.

Intento mantener el tono casual a pesar de las mariposas que estallan en mi estómago.

—Yo, eh… ¿Vienes mucho por aquí?

Mueve la cabeza, haciéndole señas al camarero.

—Me gustaría decir que ha sido una coincidencia —empieza con una sonrisa—, pero te he visto entrar aquí desde la calle —admite con una mueca algo avergonzada en la cara—. Iba de camino a quitarle la nieve del camino al señor Haven. Espero que no te importe que te acompañe.

Se me acelera el corazón ante su confesión. ¿Me vio y decidió seguirme? Una parte de mí está emocionada, pero otra está recelosa. Después de todo, apenas conozco a este hombre.

—No, no me importa —respondo, tratando de sonar despreocupada—. Está bien ver una cara conocida.

Jack pide una cerveza y se gira para mirarme del todo.

—Salud —dice levantando el vaso.

Golpeo el suyo con el mío y el *whisky* se mueve peligrosamente cerca del borde.

—Salud —repito mientras le doy otro sorbo. El alcohol está empezando a atenuar los picos de ansiedad, pero la presencia de Jack crea un nuevo tipo de nerviosismo.

—Bueno —dice con los ojos relucientes a la tenue luz del bar—, ¿qué te ha hecho salir en una noche como esta? ¿Escapando de la locura de las fiestas?

Me río, pero parece más una risita nerviosa.

—Algo así —respondo vagamente. ¿Cómo le explico que estoy aquí ahogando mis penas por un error en mi vida secreta en internet que podría acabar con mi carrera?—. Necesitaba un cambio de aires, supongo. ¿Y tú? ¿No es un poco tarde para quitar la nieve? —Hago una pausa y decido preguntar algo que me ha estado rondando desde que llegué a casa y me encontré el camino despejado de nuevo—: ¿Por casualidad quitaste la nieve de mi camino ayer?

Los ojos de Jack se abren ligeramente mientras deja su cerveza en la barra.

—Ah, me has pillado —admite con una sonrisa avergonzada—. Espero que no te importe; ya estaba ayudando al señor Haven, así que decidí despejar el tuyo también.

El corazón me palpita por su consideración.

—Es muy dulce por tu parte —respondo, y siento un calor que no viene solo del *whisky*—. Gracias.

Se encoge de hombros de una manera casi avergonzada.

—No fue nada, de verdad. Me gusta ayudar si puedo.

Se produce una pausa cuando los dos bebemos de nuestros vasos y nos envuelve el sonido del bar. Soy muy consciente de lo cerca que estamos sentados, con nuestras rodillas casi tocándose. Agradezco cuando se acerca el camarero con mis patatas simplemente porque rompe esta tensión rara entre nosotros.

—Qué gracioso —añado—. Cuando llegué ayer a casa y vi que estaba despejado, empecé a pensar que realmente tenía un acosador, uno que se dedica a despejar la nieve.



CAPÍTULO DOCE

JACK

Intentar actuar de forma serena y calmada mientras te sudan las manos no es nada fácil. Me seco las manos en los vaqueros por tercera vez, esperando que Chloe no se dé cuenta. Ha mencionado tener un acosador más de una vez. Se ha dado cuenta de la ausencia de nieve en su camino. Y que yo haya entrado en el mismo bar que ella ha sido forzar mucho las cosas. Después de haberla visto ayer por la noche… todo ha cambiado. Todo.

Vi sus vídeos. Puedo ver lo que le gusta. Puedo verlo todo, todos sus fetiches ocultos. Y joder… son los mismos que los míos. Si Secretos Oscuros fuera una aplicación para ligar, habríamos hecho *match*.

Pero lo estoy jodiendo todo, me estoy acercando demasiado.

¿Es que quiero que me pille? Porque no estoy teniendo nada de cuidado ahora mismo.

—Un acosador que te despeja la nieve, ¿eh? —digo mientras ahogo la pregunta en cerveza—. La mayoría lo consideraría algo bueno.

—He estado pensándolo últimamente y oigo cosas… —responde—. Anoche casi me da algo y… —Niega con la cabeza—. Está claro que estaba exagerando, ya que me has dicho que fuiste tú el que quitó

la nieve.

—Vives en un barrio muy seguro —añado—. Y ayer hacía mucho viento. Pero asegúrate de cerrar las ventanas y mantener los ojos abiertos por si acaso.

Me siento como un completo asqueroso. Soy la causa de su malestar y estoy tratando de restarle importancia como si nada.

La tensión en sus hombros disminuye un poco, pero todavía puedo ver la duda persistente en sus ojos.

—Sí, probablemente tengas razón —responde, aunque su voz no refleja mucha convicción.

Necesito cambiar de tema y rápido.

—Bueno, cuéntame qué tienes planeado para Navidad. ¿Algún plan divertido? ¿Un viaje?

Ella resopla y hace una mueca cuando le da un trago al *whisky*.

—En realidad no —responde, dejando el vaso en la barra—. La Navidad no es lo mío.

—¿No vas a visitar a la familia? —pregunto, tratando de mantener el tono casual.

Sí, yo ya sé la respuesta a esta pregunta y me siento un gilipollas sacando a la luz un tema doloroso, pero necesito dar un gran paso atrás de esta familiaridad. Siento que me estoy acercando mucho al momento en el que me pilla. Necesito hacer el papel de perfecto extraño, preguntarle las cosas «normales» que preguntaría un hombre que no sabe nada de una mujer.

Chloe niega con la cabeza y una expresión de tristeza le cruza el rostro.

—Ya no. Solo estoy yo.

La culpa me apuñala en el estómago cuando veo su dolor. Por mucho que quiera decirle que conozco más de su situación familiar de lo que debería, no puedo dejarme llevar.

—Siento oírlo —le digo, estirando el brazo para tocarle la mano por

un momento antes de apartarla—. Las fiestas pueden ser duras cuando estás solo.

Ella asiente con su mirada ausente.

—Sí, no… no es fácil. Pero me las apaño. ¿Y tú qué? ¿Alguna gran celebración familiar?

Suelto una risita en un intento por aligerar el ambiente.

—Nah, soy más un lobo solitario. Lo más probable sea que pida comida china y vea alguna película navideña de las malas. —Queriendo darle más detalles, añado—: A mi madre le encantaban las fiestas cuando estaba viva, pero ahora que estoy solo… —Me encojo de hombros—. Ya sabes.

—¿Era tu única familia?

—Sí, y cuando murió fui dando tumbos como haría un niño en esa situación, pero la Navidad nunca ha sido igual.

A Chloe se le suaviza la mirada y por un momento puedo ver empatía genuina en sus ojos.

—Siento lo de tu madre —responde en voz baja—. Es difícil, ¿verdad? Intentar celebrar algo cuando las personas que lo hacían especial ya no están.

Asiento y me sorprende el repentino nudo en mi garganta. No pretendía sacar el tema de mi madre, pero algo en Chloe hace que quiera abrirme.

—Sí, lo es. A veces pienso en recrear viejas tradiciones, pero lo siento… vacío.

Ella estira el brazo para rozar sus dedos ligeramente con los míos. El tacto manda una sacudida a través de mí y tengo que resistir el impulso de apartarme. No estoy acostumbrado a este contacto tan suave, especialmente viniendo de ella. Como si notara mi incomodidad, aparta la mano y alcanza su bebida de nuevo.

—Perdí a mis padres hace poco más de dos años —admite—. En un accidente de coche donde estábamos todos. Las cosas no han

sido lo mismo desde entonces.

«Lo sé», quiero contestar. Quiero admitir que fui yo el que trabajaba allí esa noche. Que yo fui el bombero que sacó los cuerpos de sus padres de los escombros. Que yo le agarré la mano temblorosa mientras la metía en la ambulancia. Que fui al hospital después de mi turno para ver si estaba bien y que la he estado observando desde entonces.

Trago con dificultad y me obligo a mantener el contacto visual.

—Lo siento mucho. Debió de ser devastador.

Las palabras parecen vacías, inapropiadas. Quiero contárselo todo, confesar que estuve ahí, que he conocido su dolor íntimamente desde aquella noche. Pero no puedo. Lo arruinaría todo.

Asiente y parpadea rápidamente.

—Lo fue. Lo sigue siendo a veces. Pero la vida sigue, ¿no? —Intenta sonreír, pero no llega a sus ojos.

Asiento con simpatía y mantengo el gesto neutro a pesar de la agitación en mi interior.

Chloe le da otro trago al *whisky* y esta vez no hace una mueca por el sabor.

—¿Sabes? Tiene gracia. No había hablado de ellos en… ni siquiera recuerdo cuánto. Mi terapeuta probablemente diría que es un progreso.

Me río entre dientes, tratando de mantener un ambiente ligero.

—Bueno, me honra ser parte de tu progreso, entonces.

Ahora es ella la que se ríe, un sonido genuino que hace que se me acelere el corazón.

—Deberías. No me abro con cualquiera, ¿sabes?

La ironía de su afirmación no me pasa desapercibida. Si supiera lo cercanos que somos realmente…

—Me alegra que te sientas cómoda conmigo —confieso, hablando en serio—. A veces es más fácil hablarlo con un desconocido, ¿no?

—Pero tú ya no eres un desconocido, ¿verdad?

Sus palabras se quedan en el aire y por un momento se me encoge el corazón. ¿Lo sabe? ¿Se ha dado cuenta? ¿Ha estado jugando al gato y al ratón conmigo? ¿Jugando hasta verme retorcerme? He puesto a prueba los límites y puede que sea la hora de que se revele la verdad.

Sin embargo, me obligo a mantener la calma y esperar a averiguarlo.

—¿A qué te refieres? —le pregunto, intentando mantener la voz estable.

Chloe sonríe y me golpea una oleada de alivio.

—Quiero decir que ya hemos compartido chocolate caliente. Eso significa algo. —Suelta una risita—. Pero sí, hay algo en ti que siempre me ha parecido… familiar. No me pareces un extraño, al menos ya no. —Se acerca y sus ojos buscan los míos—. Tienes algo, Jack. No logro saber qué es, pero… siento que puedo confiar en ti. ¿Es una locura?

Me trago la culpa, que lucha con el deseo dentro de mí.

—No, no es para nada una locura. Yo siento lo mismo contigo.

Y es cierto. A pesar de todo, de las mentiras y los secretos, siento una conexión con Chloe. Una que traspasa mi fascinación inicial con ella, que me asusta más de lo que me gustaría admitir. Y después de lo que descubrí anoche sobre ella… Bueno, es justo decir que mi obsesión ha llegado a un nuevo nivel de intensidad.

Esta mujer es la chica de mis sueños y ni siquiera lo sabe.

—¿Otra ronda? —pregunto, desesperado por romper la tensión.

Asiente y le hago señas al camarero. Mientras rellena nuestras bebidas, la miro. Está jugueteando con un mechón de pelo, perdida en sus pensamientos. Me pregunto en qué estará pensando. ¿Sigue preocupada por su acosador… o sea, yo? ¿Está pensando en sus padres? ¿O estará pensando en mí?

El camarero nos deja las bebidas y Chloe alza su vaso.

—Por los nuevos amigos —dice con una sonrisa.

Choco mi vaso con el suyo, ignorando la voz en mi cabeza que grita que soy de todo menos un nuevo amigo.

—Por los nuevos amigos —repito.

—Estoy segura de que has visto muchos accidentes de coche en tu trabajo —comenta.

Mi mente se acelera intentando producir una respuesta que no revele mucho.

—Sí. Por desgracia, es una gran parte del trabajo —respondo con cautela—. Cada accidente es diferente, pero todos son duros de llevar.

Chloe asiente con la mirada distante.

—No puedo imaginármelo. Ser el primero en llegar a la escena, ver a la gente… rota. —Entonces me mira; sus ojos buscan los míos—. ¿Alguna vez has perdido a alguien? Trabajando, me refiero.

La pregunta me golpea como un puñetazo en el estómago. Me pasan imágenes por la cabeza: el coche destrozado de sus padres, el olor a gasolina y sangre, la manera en que la mano de su madre se quedaba flácida en la mía mientras intentaba sacarla de los escombros. Chloe tuvo mucha suerte por haber sobrevivido aquella noche. Nadie debería haber sobrevivido a un accidente así y aun así ella lo hizo.

Le doy un trago largo a mi bebida para ganar tiempo.

—Sí —respondo finalmente con la voz áspera—. Pasa más a menudo de lo que me gustaría.

—Lo siento —se disculpa de una manera que derretiría hasta el más vacío de los corazones—. Debe de ser muy duro.

Asiento, no confiando en mí mismo para responder. La ironía de que sea ella quien me consuele por la muerte de sus padres es demasiado.

—¿Sabes? —continúa con voz amable—. Nunca llegué a darles las gracias a los bomberos que estuvieron allí aquella noche. Cuando mis padres… —Su voz se apaga y sacude la cabeza—. Todo está borroso.

El corazón me late tan fuerte que estoy seguro de que puede oírlo. Quiero decírselo. Quiero confesarlo todo. Pero no puedo, ahora no, así no.

Chloe sacude la cabeza con los ojos llorosos.

—Esta noche se está volviendo muy intensa. —Se termina la copa de un trago y se levanta de pronto—. ¿Por qué no vamos a dar un paseo y vemos las luces de Navidad?

Dudo un momento, porque su repentino cambio de humor me pilla con la guardia baja. Pero no puedo ignorar la idea de pasar más tiempo con ella, aunque signifique alargar este juego peligroso.

—Claro —respondo, y me levanto para agarrar mi abrigo—. Un poco de aire fresco nos vendrá bien a los dos.



CAPÍTULO TRECE

CHLOE

Apartar la nieve del camino, tomar chocolate caliente y ahora dar un paseo bajo la nieve de Nueva York. ¿Cuánto más se puede parecer esto a un cuento de hadas?

Oh, y Jack. Un maldito bombero, por el amor de Dios.

Sacudo la cabeza cuando me río al pensar en lo absurdo de la situación. Jack se da cuenta y sonríe; su dentadura reluce con las luces de Navidad.

—¿Qué te parece tan gracioso? —pregunta—. ¿Me lo cuentas?

—Nada —respondo, intentando ocultar mi sonrisa—. Pensaba en lo perfectamente navideño que es todo esto. Y no soy la persona con más espíritu festivo, que digamos. Estoy a dos pasos de ser una completa Scrooge.

Jack suelta una risita y su aliento se hace visible en contraste con el aire frío.

—Bueno, no podemos dejar que pase eso, ¿no? Será mi objetivo personal: convertirte en una auténtica Cindy Lou antes de Nochebuena.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo controlar el calor que se extiende por mi pecho.

—Pues buena suerte, Jack el Bombero. Soy un hueso duro de roer.

—Me encantan los retos —responde guiñándome el ojo—. Además, tengo algunos trucos bajo la manga.

Y, como si fuera una señal, me resbalo con un trozo de hielo y Jack se lanza para sujetarme del brazo. Me he resbalado de verdad, pero no podría pedir una situación mejor.

Recupero el equilibrio y mi mano se mantiene en su brazo un poco más de lo necesario.

—Buenos reflejos —murmuro, tanto para él como para mí—. ¿Este es uno de tus trucos?

Los ojos de Jack brillan con picardía.

—Nah, ha sido solo por ti. Pero me llevaré el mérito por salvarte. —Me agarra la mano—. Aun así, no voy a soltarte. Por si acaso.

—Por si acaso —repito mientras nuestros dedos se entrelazan.

Continuamos caminando. Nuestras pisadas marcan la nieve recién caída. La ciudad parece más silenciosa de lo normal, como si el gran manto blanco amortiguara todos sus sonidos.

—Bueno, señorita Scrooge —dice Jack, rompiendo el agradable silencio—. ¿Tienes alguna tradición navideña? ¿Sentarte sola en un cuarto a oscuras maquinando en contra del espíritu navideño, quizás?

—Casi. Mi tradición incluye normalmente una botella de vino, comida china y un maratón de documentales de *true crime* —respondo después de resoplar.

—Guau, no bromeabas con lo de ser una Scrooge. Eso es… intenso —dice Jack, alzando las cejas.

—Oye, no lo descartes hasta que lo pruebes. Nada dice que no puedas disfrutar de las fiestas aprendiendo sobre asesinos en serie mientras te manchas la cara de fideos chinos —replico encogiéndome de hombros.

Jack se ríe y me da un apretón en la mano.

—Vale, vale. No te juzgo. Pero ¿podrías encontrar un término

medio entre documentales de asesinatos y *De ilusión también se vive*?

Suelto un quejido dramático.

—Falta que me pidas que cuelgue calcetines y cante villancicos.

—No me tientes —sonríe—. Canto muy bien; podría darte una serenata con «Baby, it's cold outside» ahora mismo.

—No, por favor. —Me río y golpeo mi hombro con el suyo—. Odiaría que te convirtieras en la próxima víctima de uno de mis *true crimes*.

—Ay. Y yo que pensaba que estaba avanzando contigo —responde con una fingida expresión dolida.

Vuelvo a poner los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

—Creo que vas bien, pero no tientes a la suerte.

Giramos en una esquina y de repente nos topamos cara a cara con un enorme árbol de Navidad en el centro de un pequeño parque. Está decorado con cientos de luces de Navidad, adornos de todos los tamaños y una estrella enorme en la punta. La imagen me deja sin aliento, incluso con mi corazón de Grinch.

—Guau. —Suspiro, incapaz de esconder mi asombro—. Nunca lo había visto encendido. Casi nunca salgo por la noche.

—¿Ves? Incluso el hueso más duro de roer puede romperse un poquito —dice Jack con la sonrisa todavía más amplia.

Intento ponerle mala cara, pero fallo estrepitosamente.

—Vale, es bonito. ¿Contento?

—Eufórico —responde tirando de mí hacia el árbol—. Vamos a verlo más de cerca.

Mientras nos acercamos, localizo a un grupo que canta villancicos, agrupados cerca del tronco del árbol. Sus armonías cruzan el aire gélido y empiezo a tararear a pesar de mis esfuerzos por no hacerlo. Jack se da cuenta, claro.

—¿Eso que te escucho tararear es «Noche de paz»?

—Claro que no —niego rápidamente—. Solo estaba… aclarándome

la garganta.

—Claro —responde, aunque claramente no me cree—. Bueno, ya que estás *aclarándote la garganta*, ¿por qué no nos unimos a ellos?

Le lanzo una mirada de fingido horror.

—¿Cantar con ellos? ¿Yo? Pensaba que querías difundir el espíritu navideño, no traumatizar a transeúntes inocentes.

Jack se ríe con un sonido contundente y cálido.

—Vamos, será divertido. Y prometo cantar muy alto para que no se oiga cómo te… eh… *aclaras la garganta*.

Antes de que pueda seguir protestando, me arrastra hacia el grupo. Nos reciben con alegres sonrisas y asentimientos, casi sin perder el ritmo en su interpretación de «Los peces en el río». Jack se une de inmediato con una voz sorprendentemente melódica. Durante un momento me quedo ahí, incómoda, con la boca cerrada.

Pero entonces Jack me da un pequeño apretón en la mano y me anima con los ojos. Algo en mí se relaja. Puede que sean las luces mágicas o la alegría contagiosa del coro o solo el firme entusiasmo de Jack. Sea lo que sea, me sorprendo abriendo la boca para unirme a ellos, primero bajito y luego con más confianza.

Nos quedamos con ellos durante algunas canciones más, y odio admitirlo, pero es… agradable. Hay algo mágico en la forma en que se mezclan nuestras voces en el frío aire nocturno, con el magnífico árbol sobre nosotros.

Cuando terminamos de cantar «Feliz Navidad», Jack se acerca y siento su aliento cálido en la oreja.

—¿Has visto? Sabía que lo llevabas dentro, Cindy Lou.

Le golpeo el hombro de manera juguetona.

—No seas arrogante, Jack el Bombero. Esto no significa que vaya a empezar a ver películas navideñas ni nada de eso.

—Paso a paso. —Me enseña los dientes con una sonrisa—. Pero yo diría que es un progreso.

Nos despedimos del coro y continuamos paseando hacia mi casa, con nuestras manos unidas balanceándose entre nosotros. El vecindario ahora parece diferente, más relajado. O puede que la que se esté relajando sea yo.

—Bueno… —empieza Jack después de un rato—. ¿Así que comida china y *true crime*? No suena nada mal, ¿sabes? Podríamos hacerlo juntos alguna vez antes de Navidad para que nos invada el espíritu navideño. Puede que sea una mejor cita que ir a patinar sobre hielo y promover la alegría festiva en Bryant Park. ¿Qué te parece?

Casi me tropiezo con mis propios pies cuando escucho su oferta. Ha utilizado la palabra *cita*. ¿Una cita? ¿Con Jack? La idea hace que se me agite el estómago y no estoy segura de cómo interpretarlo.

—¿Una cita? —repito, intentando que mi voz suene casual—. Pensaba que tu objetivo era hacerme más festiva, no corromperte con mis costumbres de Grinch.

Jack se encoge de hombros con una sonrisa torcida en la cara.

—¿Quién dice que no podemos hacer ambas cosas? Podemos pedir comida china, ver *true crime* y luego seguir con *Qué bello es vivir*. Lo mejor de los dos mundos.

Me río ante la imagen.

—Eso suena… sorprendentemente interesante en verdad. —Finjo considerarlo por un instante, golpeándome suavemente la barbilla con el dedo mientras me lo pienso—. Supongo que podría hacer un hueco en mi agenda. Pero te lo advierto: mis comentarios durante los documentales de *true crime* son… oscuros.

—¿Te cuento un secreto? Resulta que me gusta la oscuridad —revela con los ojos fijos en los míos.

Dios. Trago saliva con dificultad, intentando ignorar la repentina chispa de electricidad entre nosotros.

—La oscuridad, ¿eh? Ten cuidado con lo que deseas, Jack.

Me mantiene la mirada y su gesto se vuelve serio.

—No me asusta la oscuridad. Ni tú.

Mis pensamientos regresan a mi vídeo en Secretos Oscuros y lo cerca que he estado de revelar mi verdadero yo. La intensidad del momento me desequilibra. Aparto la mirada y me concentro en la acera llena de nieve.

—Igual debería —murmuro, más para mí que para él.

La mano de Jack se aprieta contra la mía, pero no dice nada. Caminamos en silencio un rato. No estoy segura de por qué he dicho eso, por qué he dejado salir ese pequeño indicio de oscuridad. Puede que sea la magia de esta noche llegando hasta mí, haciéndome ser más abierta de lo normal.

Jack se aclara la garganta.

—¿Sabes? No solo me dedico a rescatar gatitos de los árboles y a entrar en edificios en llamas.

Lo miro, sorprendida por el tono serio de su voz.

—¿Oh? ¿También escondes secretos?

Soy incapaz de leer la expresión de su cara bajo la luz tenue.

—Más de los que me gustaría admitir.

Nos paramos cuando llegamos al porche de mi casa, inundados por la luz de las luces de Navidad colgadas en la cornisa. Los copos de nieve bailan a nuestro alrededor, pero casi ni los noto. Estoy cautivada por este lado nuevo y misterioso de Jack.

Estudio su cara intentando descifrar el significado de sus palabras.

—¿Me cuentas más, Jack el Bombero?

Se acerca con la mirada intensa.

—No estoy seguro de que estés lista para ver ese lado de mí.

El corazón se me acelera por su proximidad.

—Y yo que pensaba que habías salido de un cuento de hadas —coqueteo, pero se nota más mi falta de aliento de lo que me gustaría.

Los labios de Jack se alzan con una media sonrisa.

—Hay mucho que no sabes sobre mí todavía. Como estoy seguro de que hay mucho que no sé sobre ti.

—Cuidado —le advierto, pero no estoy muy segura de si se lo estoy diciendo a él o a mí misma—. Puede que no te guste lo que encuentres.

—Inténtalo —me reta en voz baja.

Nos quedamos ahí; la tensión entre nosotros es sofocante. Soy sumamente consciente de lo cerca que estamos, lo fácil que sería salvar la distancia que nos separa. Una parte de mí quiere huir, aislarme en mi mundo, desconfiado y seguro. Pero otra parte de mí, la parte que se está haciendo más fuerte a cada segundo que pasa, quiere correr el riesgo.

«Bésame, Jack. Vamos… hazlo. Bésame. Nada… Mierda».

—Igual… —Hago una pausa, reuniendo coraje—. Igual podemos empezar por esa cita. Comida china, *true crime* y todos los comentarios oscuros que puedas soportar.

Una sonrisa genuina aparece en su cara.

—Eso me gustaría mucho.

Se inclina y por un momento pienso que por fin va a besarme. En su lugar, me quita un copo de nieve de las mejillas y su tacto dispara una sacudida de calor directa a mi coño.

—Buenas noches, señorita Scrooge —murmura—. Que tengas dulces sueños sobre caramelos y asesinos en serie.

Me río ligeramente, tratando de ignorar la decepción que me causa que no me haya besado.

—Buenas noches, Jack el Bombero. Intenta no salvar muchos gatitos antes de nuestra cita.

Mientras lo observo alejarse, con un poco de nieve en sus hombros anchos, intento reprimir a la colegiala dentro de mí que quiere chillar. Jack es encantador, guapísimo e intrigante, para mi sorpresa.

Pero ya he salido con muchos hombres con gustos convencionales como para saber cómo acaba. Y Jack puede que sea sexy de cojones, pero ni de coña es el tipo de hombre que me tiraría del pelo, me agarraría del cuello y me follaría hasta que pidiera clemencia.

Abro la puerta sintiendo aún la huella del toque de Jack en mi mejilla. Me topo con el silencio de la casa vacía cuando entro. El contraste entre la noche mágica de fuera y la dura realidad de mi solitaria vida me estremece.

Me quito el abrigo y voy directa a la cocina, donde me sirvo un generoso vaso de vino. Necesito despejar la mente y deshacerme de este sentimiento de cuento de hadas que trata de sobrepasarme.

Me instalo en el sofá con el portátil, lista para volver a enfrascarme en editar mi último vídeo. Pero mi mente sigue divagando de vuelta a Jack. Su sonrisa, su risa, el sentimiento de su mano en la mía…

«Contrólate —murmuro para mí misma, tomando un gran trago de vino—. Es solo un tío. Uno que está buenísimo y es encantador y que probablemente no sepa en lo que se está metiendo».

Intento concentrarme en el trabajo, pero las palabras en la pantalla se emborronan. En su lugar, me encuentro pensando en cómo será nuestra cita. ¿Le sorprenderá a Jack mi humor negro? ¿Sentiría asco si supiera las cosas que pienso, que anhelo?

Inconscientemente, mi mano deambula por el cuello, fantaseando con el sentimiento de que me ahoguen, de que me controlen. Dios, me muero por algo así con alguien… alguien como Jack. La excitación, el peligro, el equilibrio exquisito entre dolor y placer.

Sacudo la cabeza para disipar esos pensamientos. No hay forma de que a Jack, con ese encanto de niño bueno y su heroico trabajo, le vayan esas cosas. Probablemente saldría corriendo si supiera la verdad sobre mí. Pero entonces recuerdo la intensidad de sus ojos cuando dijo que no le asustaba la oscuridad. Cómo su voz se volvió

grave cuando mencionó sus propios secretos.

Cierro el portátil, renunciando a adelantar más trabajo esta noche. Mi mente está demasiado llena de Jack y de posibilidades. Me tumbo en el sofá y dejo que la imaginación me invada.

Me imagino sus manos de bombero, fuertes, apretándome el cuello; sus ojos oscuros llenos de deseo. En mi cabeza, me empotra contra la pared y siento su cuerpo duro contra el mío. «*¿Es esto lo que quieres?* —gruñe el Jack de mis fantasías en mi oreja. ¿Es suficiente oscuridad para ti?».

La respiración se me acelera mientras se afianza la fantasía. Deslizo una mano por dentro de la cinturilla de mis pantalones y siento que ya estoy mojada. Mientras me toco, me imagino que son los dedos de Jack, rugosos y exigentes. En mi cabeza, él toma el control, hace que me arrodille y me enreda el pelo en su puño.

—Dios —gimo suavemente, y mis dedos cogen velocidad. La fantasía es tan vívida que casi puedo sentir la presencia de Jack, oler su aroma: una mezcla de humo, pino y masculinidad pura.

Hago círculos alrededor de mi clítoris imaginando que es su pulgar. Aprieto más fuerte y la sensación se intensifica; mi cuerpo responde a la fantasía con una urgencia creciente.

En mi cabeza, él vuelve a hablar con su voz grave y exigente: «¿Quieres duro o suave? ¿Quieres someterte o tomar el control?».

Y elijo ambos. Me lo imagino atándome, sujetándome, forzándome a ser vulnerable y a sentirme indefensa. Al mismo tiempo, también visualizo sus tiernas caricias, sus labios trazando delicados patrones en mi piel, susurrando promesas de placer y dolor entrelazados.

Mis caderas se sacuden de manera involuntaria mientras la fantasía se hace más intensa. Estoy tan cerca, tambaleándome al borde de la liberación. En mi cabeza, las manos de Jack deambulan por mi cuerpo, alternando suaves caricias y apretones fuertes. Su

boca reclama la mía en un beso abrasador y después desciende por mi cuello, dejando un rastro de fuego a su paso.

—Por favor —gimoteo para el Jack de mi mente y para la habitación vacía.

El Jack de mi fantasía sonríe con suficiencia, con un destello malvado en los ojos. «¿"Por favor" qué? Dilo».

Arqueo la espalda, hundiendo los dedos más rápido, imitando como imagino que se sentirá su tacto. «Por favor… necesito…».

«¿Qué necesitas?». Su voz es un gruñido grave que manda un escalofrío por mi columna.

«A ti —suelto un grito ahogado—. Te necesito a ti. Entero. La oscuridad, la luz. Todo».

En mi cabeza, recompensa mi sinceridad con un beso violento. Sus manos están en todas partes a la vez. Estoy perdida en las sensaciones, reales e imaginarias, que se mezclan entre sí.

«Córrete para mí», me ordena el Jack de mi fantasía.

Estoy a punto cuando de pronto mi móvil emite un zumbido. Me sobresalto y salgo de mi ensoñación. Es un mensaje de Jack:

JACK

Dulces sueños.

Estoy deseando que llegue nuestra cita.

P. D.: Me gustan los fideos chinos extrapicantes. Espero que puedas soportar el calor.

Miro el mensaje con el corazón acelerado. ¿Está flirteando? ¿O le estoy dando demasiadas vueltas, viendo indirectas donde no las hay? Al final me decido por

CHLOE

Puedo aguantar más de lo que te imaginas, Jack el Bombero.

Dulces sueños para ti también.

Cuando le doy a enviar, me pregunto si he dicho de más y revelo demasiado de mi verdadero ser. Pero entonces recuerdo la mirada de Jack, ese destello de algo más profundo, más oscuro. Puede, y solo puede, que haya más en Jack de lo que se ve a simple vista.

Y puede, solo puede, que esté lista para averiguarlo.



CAPÍTULO CATORCE

CHLOE

—¡Tu último vídeo ha sido impresionante! —exclama Sloane nada más contesto al teléfono. Jamás pierde el tiempo con un «Hola» o un «¿Cómo estás?». Sloane siempre va directa al grano.

—¿Tú crees? —pregunto, esperando el cumplido. He estado de bajón últimamente por las pocas visitas y su elogio significa mucho. No solo como amiga, sino como alguien que trabaja en la empresa.

Puede que siga teniendo trabajo en Moth to the Flame… al menos por ahora.

—En serio, Chloe. Cómo explicaste la manera de ponerse varios collares sin que se enreden. ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo sin saber que lo único que hay que hacer es unirlos todos y usarlos como si fueran uno solo? Oro puro.

Sonrío al escuchar el cumplido y mi parte codiciosa quiere seguir escuchándolos.

—¿De verdad?

—De verdad. Los jefazos están entusiasmados con el alcance. No me sorprendería si la misma Jasmine te llamara hoy.

Jasmine. La CEO de Moth to the Flame. Me sudan las manos solo de pensarlo.

—Pero no he llamado por eso —continúa—. Me voy a Montauk por

Navidad. Mi familia se va a reunir y necesito una escudera. Alguien que esté a mi lado para ayudarme a navegar entre tanto caos. ¿Te apuntas?

Dudo. Pasar las Navidades en Montauk suena genial, pero ¿pasarlas con la familia de Sloane? Esa es otra historia. He oído anécdotas sobre la locura de sus reuniones navideñas: el competitivo intercambio de regalos, los acalorados debates políticos, el infame accidente del ponche de huevo de 2018.

—No sé, Sloane… —respondo, mordiéndome el labio.

—Oh, ¡vamos! —me suplica—. Será divertido y podrás usarlo como material para tu siguiente vídeo: «Cómo sobrevivir a una Navidad en familia sin perder la cabeza». O «Qué collar es el mejor para ahorcarse». ¡Será un éxito!

No se equivoca: me serviría para hacer buen contenido.

Pero no estoy lista para ser alegre y tener espíritu navideño. Todavía no. No bromeaba cuando le dije a Jack que soy una Scrooge. Simplemente no puedo…

—Sloane, agradezco la oferta, pero creo que no tengo ganas este año —respondo, intentando rechazarla educadamente—. La Navidad no es lo mío, ya lo sabes, desde…

—Lo sé. Pero no puedes seguir de luto eternamente.

Se me forma un nudo en la garganta y las palabras de Sloane me duelen, aunque lo haya dicho con buena intención.

—No voy a estar de luto para siempre —le digo en voz baja, casi como un susurro—. Solo… necesito más tiempo.

Se produce un silencio al otro lado del teléfono. Casi puedo visualizar la cara de Sloane suavizarse, su bravuconería inicial dejando paso a la preocupación.

—No quería presionarte —responde más calmada—. Pero puede… puede que esto sea justo lo que necesitas. Un cambio de aires, algo de caos que te distraiga. Mi familia puede que esté loca, pero son

amables y te acogerán. No tendrás que estar sola con tus pensamientos.

Cierro los ojos y me imagino la casa familiar vacía que me espera para las fiestas. La idea de pasar otra Navidad rodeada de recuerdos y fantasmas de Navidades pasadas hace que se me contraiga el pecho. Estoy empezando a replantearme quedarme en esta casa, pagando un alquiler demasiado caro para mí. Pero no puedo despedirme. Sigue oliendo a ellos. Todavía puedo oír sus voces. Esta casa sigue siendo la suya.

Tomo aire profundamente, sintiendo el peso de la decisión que he tomado. La oferta de Sloane es tentadora, un salvavidas en el mar de mi tristeza. Pero ¿de verdad soy capaz de enfrentarme a una abarrotada Navidad en familia cuando la mía está dolorosamente ausente?

—Pídemelo el año que viene. Te prometo que dejaré de comportarme como un trozo de carbón. Pero necesito este año para lidiar con toda mi mierda, enfrentarme a ella —digo por fin con la voz un poco tomada—. Necesito enfrentarme a los recuerdos de cara, ¿sabes? Puede que haya llegado la hora de dejar de huir de ellos.

Sloane suspira, pero puedo notar la comprensión en su voz.

—Lo entiendo. Pero prométeme que no estarás todo el tiempo deprimida en pijama, comiendo comida china fría y viendo esos horribles documentales de crímenes.

Me río.

—Eso no te lo puedo prometer. —Mis pensamientos vuelven a Jack y en cómo puede que se convierta en compinche en mis acciones.

—Por lo menos alterna con alguna película de acción o algo. ¿Sabes que *Jungla de cristal* es técnicamente una película navideña?

—Me lo pensaré —respondo con una sonrisa en contra de mi voluntad.

—Vale, aceptaré esa respuesta de momento. Pero me debes una. Salgamos a tomar algo esta noche. Todavía no hemos celebrado nuestro cóctel de jerséis feos este año, así que es el momento.

Miro mi agenda, aunque ya sé que está vacía.

—Claro, estoy libre. ¿Dónde nos vemos?

—Donde siempre: a las ocho en el Tonic. ¡No olvides llevar el jersey más horrendo que tengas!

Me río pensando en la monstruosidad de jersey superhortera cubierto de renos que encontré en una tienda de segunda mano el año pasado.

—No te preocupes. Tengo algo ideal.

Hablamos durante un rato más antes de colgar. No tengo mucho tiempo para prepararme si quiero tomar el ferry a Manhattan. Teniendo en cuenta que he estado haciendo papeleo todo el día con nada más que un pantalón de chándal y un moño deshecho, me queda trabajo por hacer si quiero tener una oportunidad de igualar la belleza innata de Sloane.

Rebusco en mi armario tirando ropa a un lado y a otro. Al final encuentro el jersey: una aberración verde chillona con la cabeza de un reno de peluche sobresaliendo por delante y su nariz roja llena de pequeñas luces led.

Mientras me lo pongo, sonrío a mi reflejo en el espejo y pienso en Jack. ¿Qué pensaría si me viera así? Ahora no parezco tan Scrooge.

Y, después de claramente demasiado tiempo maquillándome e intentando que mi pelo sin lavar estuviera presentable, agarro mi bolso y salgo por la puerta.

Me choco con lo que parece un muro de ladrillo, pero es el pecho de un hombre.

—¡Cuidado! —Una voz familiar suelta una risita mientras me sostiene—. ¿Dónde está el incendio?

—¿Tyler? —Doy un paso atrás. ¿Qué hace en mi casa? Otra vez.

Sus ojos examinan el jersey y sus labios se transforman en una sonrisa.

—Bonito reno. Muy… navideño.

—Eh, sí. —No me gusta la sensación que estoy empezando a tener. Otra visita sin avisar es… raro.

—Quería darte la enhorabuena por tu último vídeo. Está siendo un furor en la oficina. Pensamos que debíamos aumentar la cantidad de piezas para enseñar esta semana, ya que el *engagement* es alto —explica Tyler con una sonrisa que no alcanza sus ojos. Levanta una bolsa de terciopelo negro—. Así que me he presentado voluntario para traerte más joyas para que no tengas que hacer el camino a la oficina.

—Eh… vale —respondo mientras agarro la bolsa y la dejo al lado de la puerta, sin entrar en casa—. Me pondré a ello mañana a primera hora. —Me retuerzo incómoda, consciente de lo cerca que está—. En realidad estaba saliendo. He quedado con Sloane para tomar algo.

—Uh, Sloane —responde él, cambiando el tono ligeramente—. Os lleváis muy bien vosotras dos, ¿eh?

Asiento, intentando avanzar para dejarlo atrás.

—Sí, llevamos un tiempo siendo amigas. Escucha, Tyler, de verdad que tengo que irme. No quiero perder el ferry.

No se mueve.

—¿Sabes? He estado pensando que quizá deberíamos ir a tomar algo alguna vez, solo nosotros dos. Profesionalmente, claro. Para discutir algunas ideas para publicaciones futuras.

Se me disparan las alarmas.

—Eso es… muy amable por tu parte —le respondo, intentando que mi voz se mantenga firme—. ¿Igual podemos hablarlo en la oficina alguna vez?

La sonrisa de Tyler se tambalea por un momento antes de volver a

ampliarse, puede que demasiado.

—Claro, claro. Sin presiones. Solo he pensado que podría ser bueno colaborar de manera más cercana. Ya sabes, considerando que tus publicaciones han tenido bajo *engagement* antes de estas últimas… Odiaría verte perder tu puesto en la empresa.

Las implicaciones de sus palabras se quedan en el aire entre nosotros. ¿Me está amenazando? ¿Dando a entender que tiene algo de influencia en la estabilidad de mi trabajo?

—Claro —digo cuando finalmente soy capaz de rodearlo—. Bueno, de verdad que me tengo que ir. Gracias por pasarte.

Me alejo rápidamente con el corazón a mil por hora. Cuando llego a la acera, no puedo evitar mirar atrás. Tyler sigue allí de pie, mirándome con una expresión indescifrable.

Durante el viaje en barco hasta Manhattan, no soy capaz de deshacerme de la incómoda sensación de que me observan, pero sé que es imposible. He dejado a Tyler en el porche de mi casa y no sería capaz de alcanzarme sin que me diera cuenta. Pero hay algo en él que definitivamente me da mala espina. No sé qué es, pero no está nada bien. Dudo en si contarle a Sloane la visita de Tyler, pero no lo hago. No es necesario estropear nuestra velada con drama del trabajo.

Mientras me acerco al Tonic, localizo a Sloane a través de la ventana. Lleva puesto un jersey que parece estar hecho de espumillón y decoraciones de Navidad. Me río más alto de lo normal y mi incomodidad anterior se disuelve.

—¡Ahí estás! —exclama Sloane cuando entro—. Empezaba a pensar que te habías enredado con el reno.

Me dejo caer en uno de los taburetes a su lado, agradecida por la calidez y la alegría del bar.

—Perdón por llegar tarde. He tenido una visita… inesperada.

Sloane levanta una ceja.

—¿Oh? Cuéntame.

Vacilo, pero después sacudo la cabeza.

—No es nada. Vamos a centrarnos en cosas más importantes, como ¿cuántos bastones de caramelo tienes cosidos en el jersey?

Sloane suelta una risita y se enzarza en una explicación detallada de la creación de su jersey. Mientras nos reímos y bebemos nuestros cócteles navideños, dejo los pensamientos sobre Tyler y el estrés del trabajo al fondo de mi mente. Por ahora, al menos, solo quiero disfrutar este momento con mi amiga.

—Tengo que confesarte algo —empieza Sloane mientras nos pide dos bebidas más.

—¿Sí? —Alzo una ceja dándole un sorbo a mi martini de menta—. Esto tiene que ser bueno.

—En realidad… eres tú quien debería estar confesando. Me estás ocultando cosas. Pensaba que estábamos lo suficientemente unidas como para no guardarnos secretos.

Casi me atraganto con la bebida.

—¿De qué estás hablando?

Guardar secretos se queda corto. La pregunta es: ¿a cuál se refiere? Sloane cruza las piernas, se aparta el pelo y entrecierra los ojos.

—Un pajarito me ha dicho que has estado pasando tiempo con cierta persona.

Mi cara se calienta de repente y estoy agradecida por la luz tenue del bar.

—No es lo que piensas. Solo estamos…

—Está bien —me interrumpe—. No has firmado ningún contrato de exclusividad ni nada. Puedes trabajar con otras joyas más allá de Moth to the Flame. Y Hailey tiene algunas piezas increíbles. Es más… provocadora… gótica. Me sorprende que te gusten tanto; no parecen nada tu estilo.

Parpadeo por la confusión. Mi cabeza trata de entender las

palabras de Sloane. ¿Hailey? ¿Joyas?

—Ah —respondo, intentando esconder mi alivio por no hablar de Jack ni de Secretos Oscuros—. Sí, las joyas de Hailey son… diferentes, pero en el buen sentido.

—No tienes que fingir conmigo. Quiero decir, mis diseños siguen siendo muy superiores —bromea.

Me río, agradecida por el malentendido.

—Claro que lo son. Nadie puede superar tus diseños.

Ella se pavonea por el cumplido, apartándose el pelo decorado con espumillón.

—Así se habla. Pero, en serio, está bien diversificar un poco. Simplemente no dejes que se entere Jasmine. Sabes lo posesiva que puede llegar a ser con sus embajadores.

Asiento, recordando la bronca que se llevó otro *influencer* por llevar una pulsera de la competencia en una publicación en Instagram.

—Confía en mí. Tengo mucho cuidado.

—Bien —dice Sloane, y levanta su copa—. ¡Por caerle bien a Jasmine y seguir haciendo accesorios fabulosos!

Brindamos e intento alejar la culpa constante. Tiene razón. No deberíamos tener secretos entre nosotras y es todo lo que he estado haciendo últimamente.

—Bueno —empiezo, queriendo cambiar de tema—, cuéntame más sobre esa Navidad en familia en Montauk. ¿Qué me estoy perdiendo exactamente?

A Sloane se le iluminan los ojos.

—Oh, ¿por dónde empiezo? Está el pastel de frutas de la tía Marge; te juro que es más *brandy* que tarta. Y, cuando nieva lo suficiente, tenemos el concurso de muñecos de nieve, que siempre acaba en sabotajes y lágrimas…

Mientras Sloane me entretiene con historias de las excentricidades de su familia, me sorprendo riéndome más de lo que lo he hecho en

meses. Por un momento, casi me arrepiento de rechazar su invitación. Pero entonces recuerdo la casa vacía que me espera, llena de recuerdos a los que necesito hacer frente.

—Suena genial —concluyo cuando por fin hace una pausa para respirar—. ¿A lo mejor el año que viene?

La expresión de Sloane se suaviza.

—Claro que sí. Y, oye, si cambias de idea en el último momento, siempre hay sitio para uno más. Aunque tengamos que meterte en la chimenea, como Papá Noel.

Sonrío conmovida por su insistencia.

—Lo tendré en cuenta.

Mientras seguimos hablando y bebiendo nuestros cócteles, me vibra el teléfono en el bolsillo. Lo saco esperando otro correo del trabajo, pero entonces veo el nombre en la pantalla.

Jack.

Sonrío cuando leo sus palabras:

JACK

Ey, Scrooge. Espero que no estés ahogando tus penas en ponche de huevo. Solo quería que supieras que voy a cubrir el turno de un compañero, pero cuando salga podemos planear nuestra cita y hablar de nuestra agenda anti-Navidad.

Siento mariposas en el estómago cuando leo el mensaje de Jack. Parte de mí quiere contestar inmediatamente, pero dudo, mirando a Sloane.

—¿Va todo bien? —pregunta al darse cuenta de mi repentina distracción.

—Sí… No es nada —miento, y vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo. Responderé a Jack más tarde, cuando esté sola.

Sloane entrecierra los ojos y se echa hacia delante, con su jersey

tintineando ligeramente.

—Oh, no. No me digas que «No es nada». Desembucha, Chloe. ¿Quién hace que le sonrías así al móvil?



CAPÍTULO QUINCE

CHLOE

Puede que sean los dos martinis que llevo encima o Jack. Pero siento cómo se me enrojecen las mejillas y la temperatura de la sala empieza a subir, y tengo la necesidad de quitarme el jersey.

—En realidad no es nadie. Solo es un… amigo.

—Un amigo, ¿eh? —La sonrisa de Sloane se vuelve más amplia—. ¿Un amigo que hace que te sonrojes así? Vamos, dame algo más. Me preocupa de verdad que algún día mueras de aburrimiento. Hazme cambiar de opinión sobre que estás viviendo la existencia más aburrida conocida por el ser humano.

Finjo estar ofendida, pero no tiene ni idea de lo no aburrida que soy. Últimamente, vivir esta doble vida ha sido de todo menos aburrido.

Respiro profundamente, sopesando mis opciones. Por una parte, no quiero mentir a Sloane. Por otra, no estoy segura de si estoy preparada para compartir esta… lo que sea que tengo con Jack.

—Vale, está bien —claudico—. Es un chico al que he conocido hace poco. Estamos… conociéndonos.

Sloane da un gritito, lo que hace que nos ganemos varias miradas curiosas de algunos clientes cercanos.

—¡Lo sabía! Cuéntamelo todo. ¿Está bueno? ¿Es listo? ¿Rico?

—Seguro —respondo, y me sorprendo de haber dicho eso como la primera palabra para describir a Jack.

—¿«Seguro»? —repite Sloane, frunciendo el ceño—. Ese no es el más brillante de los adjetivos. ¿A qué te refieres con «seguro»?

Le doy un trago a mi bebida, intentando encontrar las palabras correctas.

—Quiero decir que… es bombero.

Sloane abre los ojos y deja escapar un silbido grave.

—¿Un bombero? Bueno, eso explica lo de «seguro». Pero, chica, ¡no me lo estás contando todo! Un bombero no es nada aburrido.

Le doy un golpe juguetón en el brazo.

—¿Sabes? No soy aburrida. Tengo algunos secretos jugosos; lo que pasa es que puede que no los conozcas todos.

Oh, sí. Los martinis me están afectando.

Sloane se acerca con los ojos brillantes de intriga.

—Uuuh, ¿secretos? Esto sí me gusta. ¡Suéltalo! ¿Qué secretos te guardas, señorita Aburrida?

Me muerdo el labio cuando me doy cuenta de que he hablado demasiado. El alcohol está haciendo que se me suelte la lengua; debo tener más cuidado.

—Qui… quiero decir que soy más interesante de lo que crees.

—Eso está claro —afirma Sloane, mirándome con suspicacia—. Primero un bombero buenorro y ahora secretos misteriosos. ¿Quién eres tú y qué has hecho con la dulce Chloe?

Suelto una risa nerviosa, tratando de quitarle importancia.

—Puede que solo sea una caja de sorpresas.

—Bueno, pero no pares ahora —me apremia Sloane—. Dame algo, lo que sea. ¡Estoy que me muero!

Dudo, sopesando cuánto puedo revelar de manera segura.

—Bueno, vale. Digamos que… he estado llevando a cabo un proyecto paralelo…. Y no lo digo por lo de Hailey.

Sloane alza las cejas de golpe.

—¿Me engañas?

—No exactamente —respondo sin ir al grano—. Es algo más… personal. Estoy explorando otra parte de mí.

La voz de mi amiga se transforma en un susurro conspiratorio:

—¿Otra parte de ti? ¿Como una identidad secreta? ¿Vas por ahí de noche como una superheroína o algo así?

Me río ante la ironía. Si tan solo supiera lo mucho que se acerca a la verdad…

—No tanto como una superheroína. Pero puede que incluya… disfraces. —Le doy otro trago a la bebida—. Y cuero, látigos, esposas y… —Me encojo de hombros—. Puede.

A Sloane casi se le salen los ojos de las órbitas y está a punto de escupir su bebida.

—Espera, ¿qué? ¿Te refieres a…? ¿Te va algún tipo de… fetiche?

Me arde la cara cuando me doy cuenta de que me he pasado.

—Yo… No es… Quiero decir…

—¡Oh, Dios mío! —susurra a gritos, acercándose todavía más—. ¡Es cierto! A doña Puritana le va más lo de ser una *dominatrix*, ¿no?

—Bueno, no soy exactamente muy vainilla, pero tampoco soy una *dominatrix*. Pero sí que tengo una cuenta en Secretos Oscuros. Tengo suscriptores y me gusta… actuar. Hacer vídeos en directo y…

A Sloane se le desencaja la mandíbula y abre los ojos por la sorpresa.

—¿Secretos Oscuros? ¿La plataforma de contenido para adultos? Chloe, ¿hablas en serio?

Asiento con la cabeza mientras noto el peso de mi confesión. Ya no hay vuelta atrás.

—Joder. —Sloane deja escapar un suspiro—. No puedo creerlo. ¿Eres como una de esas *camgirls*?

Me estremezco al escuchar el término.

—No exactamente. Es algo más… artístico. Sensual. No me van las cosas muy duras y no enseño la cara la mayor parte del tiempo. Mantengo mi identidad en secreto.

Sloane se echa hacia atrás y me examina con los ojos.

—Guau, nunca lo habría adivinado. Pareces siempre tan… reservada.

—Esa es un poco la idea —puntualizo mientras me siento extrañamente aliviada por compartir el secreto—. Es una manera de explorar un lado diferente de mí misma. De ser otra persona durante un ratito.

Sloane asiente, pensativa.

—Chica, tengo que decirlo: estoy impresionada. Y un poco celosa. Yo aquí pensando que pasabas las noches acurrucada con un libro y una taza de té.

Me río, sintiéndome más liviana de lo que me he sentido en meses.

—Bueno, eso también lo hago a veces. Una chica necesita equilibrio, ya sabes.

—¿Y el bombero? ¿Así os conocisteis?

Niego con la cabeza.

—No. De hecho, esa es una de mis dudas sobre él. He estado con hombres convencionales toda mi vida y estoy lista para un cambio.

Sloane se echa hacia atrás con una chispa de picardía en su mirada.

—¿Así que el bombero no conoce tus… actividades extracurriculares?

Vuelvo a negar con la cabeza, sintiendo una punzada de culpa.

—No, y no estoy segura de cómo sacar el tema o si debería siquiera.

—Cariño —empieza Sloane mientras me acaricia la cabeza—. Si vas en serio con este, tendrás que decírselo en algún momento. Pero

puede que no en la primera cita.

Asiento, agradecida porque lo entienda.

—Simplemente es… complicado. Jack me gusta de verdad. Pero esa otra parte de mí… también es importante.

—Jack, ¿eh? —recalca con una sonrisa—. Así que el bombero tiene nombre. Y uno muy sexy, debo decir.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

—Sí, se llama Jack y es… diferente. Amable, divertido y sí, está muy bueno.

—Pero quieres algo menos «seguro», ¿no?

Asiento despacio, sintiendo el conflicto.

—Puede ser, no lo sé. Y es probable que lo esté pensando demasiado. Jack y yo no hemos tenido una cita de verdad todavía.

Sloane le da un trago largo a su copa, estudiándome a conciencia.

—Puede que Jack esconda cosas también. O puede que esté abierto a explorar cosas nuevas contigo. Además, ¿los bomberos no están acostumbrados a lidiar con altas temperaturas?

Suelto un quejido al escuchar el doble sentido, pero no puedo evitar que se me escape la risa.

—Ha sido malísimo.

—Te ha encantado. —Sonríe—. Pero, en serio, no dejes de hablar con él solo porque te parece «seguro». Dale una oportunidad. Puede que te sorprenda. Y tampoco te contengas con lo de Secretos Oscuros. Explora. Vive. Joder… igual debería hacerlo yo también.

Casi me atraganto con la bebida.

—¿Tú? ¿En Secretos Oscuros?

Sloane se encoge de hombros.

—¿Por qué no? Creo que me hace falta algo de vidilla. Además, puede ser divertido explorar un poco mi lado salvaje.

—Confía en mí: tu lado salvaje está más que explorado —suelto al recordar alguna de sus aventuras más estrafalarias.

—Bueno, hazme caso en esto —continúa—. Ahora que conozco esta parte de ti, ¡nos vamos a divertir de lo lindo! No más cócteles como si fuéramos dos abuelas.

Suelto una risita con una mezcla de emoción e inquietud al escuchar las palabras de Sloane.

—Oh, no, ¿qué acabo de hacer?

—Solo desatar el mejor de los caos —responde Sloane guiñándome el ojo—. Venga, termínate la copa y dime tu nombre de usuario para que te busque.

Casi me atraganto al beber.

—¿Mi nombre de usuario? Oh, no, no creo que sea una buena idea.

—¡Vamos! No se lo diré a nadie —suplica, intentando convencerme —. Y te prometo que no voy a juzgarte. ¿Quién sabe? Puede que me suscriba y todo.

La idea de que Sloane vea mis vídeos hace que me entre vergüenza.

—No… no hace falta. Y obviamente esto tiene que quedar entre nosotras.

Sloane hace un puchero, pero asiente.

—Vale, quédate con tus secretos. Por ahora. Pero no creas que esta conversación se ha acabado.

Suelto un suspiro de alivio, agradecida de que lo deje pasar.

—Gracias. Y, de verdad, no es tan emocionante. En la mayor parte de los vídeos salgo yo en ropa interior haciendo algún juego de roles de vez en cuando…

—Ajá —asiente, para nada convencida—. Bueno, sea lo que sea, estoy orgullosa de ti por explorar ese lado tuyo. Pero también tengo que hablarte desde el lado responsable y corporativo, así que ten cuidado. Jasmine es muy conservadora.

Asiento.

—Conozco la cláusula de moralidad del contrato. Créeme: no me deja dormir por las noches.

El gesto de Sloane se vuelve serio.

—Bien, porque, por mucho que me guste este lado salvaje de ti, odiaría verte perder el trabajo por esto. Jasmine puede ser despiadada cuando se trata de la imagen de la empresa.

Asiento con un nudo en el estómago.

—Lo sé. Por eso soy tan cuidadosa sobre mantener mi identidad oculta. Sin fotos de mi cara ni nada que lo relacione conmigo ni con Moth to the Flame.

—Chica lista —agrega Sloane terminando su copa—. Pero también es… triste, ¿no crees? Que tengamos que esconder esa parte de nosotras mismas para mantener nuestros trabajos.

Suspiro mientras recorro el borde de mi copa con el dedo.

—A veces lo es. Me pregunto si vale la pena.

Sloane se acerca y me da un apretón en la mano.

—Ey, no pienses eso. Tienes talento, Chloe. Tu trabajo en Moth to the Flame es importante y, si esta… otra cosa… te ayuda a expresarte, entonces más poder para ti. Solo ten cuidado, ¿vale?

Le doy un apretón en respuesta, agradeciéndole el apoyo.

—Lo tendré.

Cuando nos quedamos ahí sentadas en un silencio cómplice, mi teléfono vibra de nuevo. Miro hacia abajo para ver otro mensaje de Jack:

JACK

Espero no interrumpir nada. Solo quería darte las buenas noches y desearte dulces sueños, Scrooge.

Una sonrisa tira de mis labios y una calidez que no tiene nada que ver con el alcohol se extiende por mi pecho.

—Oooh, ¿es el bombero otra vez? —pregunta Sloane cuando reconoce mi expresión.

Asiento con una mezcla de emoción y recelo.

—Sí. Es… es muy tierno.

Sloane sonríe.

—Bueno, pues no le hagas esperar, respóndele. Te prometo que no voy a mirar.

Me río y busco el móvil mientras mis dedos chocan con las llaves. ¿Cómo puedo conseguir el equilibrio entre mis dos personalidades? ¿La Chloe que se ve atraída por el calor y la seguridad de Jack y la que busca emoción y seguridad de mi *alter ego*?

CHLOE

Buenas noches, Jack. Dulces sueños para ti también. Y no te preocupes: no me estoy ahogando en ponche de huevo. Solo estoy de quedada navideña con una amiga. Tengo ganas de nuestra cita.

Le doy a enviar y me guardo el móvil para después mirar a Sloane con una sonrisa.

—¿Por dónde íbamos? Creo que ibas a contarme otra vez el incidente del ponche de huevo de tu familia en 2018.

A Sloane le brilla la mirada con picardía.

—Oh, te va a encantar. Imagínatelo: mi tío Fred, que se cree todo un barman, decide «mejorar» la receta secreta de la abuela…

Mientras Sloane se lanza a contar la historia, llena de reconstrucciones dramáticas y divertidas imitaciones de sus familiares, me río más de lo que lo he hecho en meses. El peso de mis secretos, de mis sentimientos encontrados con Jack y de mis preocupaciones laborales se aligera durante un rato.

Cuando salimos del bar horas más tarde, me duelen las costillas de

tanto reír y mi cabeza se siente agradablemente animada debido a los cócteles. El aire frío nos golpea cuando salimos a la calle y me hace temblar, por lo que aprieto más el abrigo contra mi cuerpo.

—Me lo he pasado genial —comenta Sloane con su brazo enganchado al mío al caminar—. Deberíamos hacerlo más a menudo. Pero ahora voy a volver a casa para buscarte en Secretos Oscuros.

Casi me tropiezo con mis propios pies.

—Dios mío.

—¡Buenas noches! —se despide gritando mientras se va antes de que pueda protestar.



CAPÍTULO DIECISÉIS

CHLOE

Está bien, voy un poco pedo. Incluso borracha. Tomar martinis de menta con Sloane ha sido divertido y sorprendentemente liberador. No me puedo creer que le haya confesado mi secreto de verdad. Nunca había sido tan atrevida ni abierta.

Y, ahora que estoy en la seguridad de mi casa, enfrente del ordenador, no estoy lista para irme a dormir.

«Solo voy a leer los comentarios», me digo a mí misma aún con el aliento oliendo a menta.

Entro en mi cuenta y el logo de Secretos Oscuros aparece en la pantalla. Se me acelera el corazón al ver el número de espectadores que ya están esperando. No saben mi nombre real, mi trabajo real, mis miedos; aquí puedo ser quien quiera.

Coloco la cámara y me veo en el reflejo. Tengo las mejillas sonrojadas por el alcohol y los ojos vidriosos. Estoy horrible y para nada en condiciones de entrar en directo, pero eso no significa que no pueda…

Entonces veo aparecer la lucecita verde al lado de mi más reciente admirador: WinterWatcher.

Puede que sea el alcohol nublando mi juicio o el subidón por habérselo confesado a Sloane, pero busco el icono de mensajes

directos. Normalmente los evito; nunca he tenido el deseo de ver fotos de penes de extraños o de anos peludos (sí, hay gente a la que le gustan). Pero quiero ver si el mensaje es suyo.

Paso el ratón por el icono de los mensajes, dudando todavía mientras lo pulso. Se abre la ventana con el chat y ahí está: un mensaje de WinterWatcher.

WINTERWATCHER

Hola. ¿Tampoco puedes dormir?

Nada de fotos de penes ni comentarios obscenos. Solo es… amable.

Las palabras me miran desde la pantalla, suficientemente inocentes, pero cargadas de posibilidades. Me muerdo el labio, debatiéndome entre contestar o no. Esto es territorio desconocido para mí, incluso peligroso. Pero los martinis de menta han hecho mella en mi autocontrol y la curiosidad saca lo mejor de mí:

BLACKASCHLO

Aún no.

WINTERWATCHER

¿Hoy no haces directo?

BLACKASCHLO

Esta noche no. He salido y… no me apetece.

Aparecen los tres puntitos que me indican que está escribiendo una respuesta. Contengo la respiración, dudosa sobre qué esperar.

WINTERWATCHER

Está bien, a veces con hablar basta. ¿Te lo has pasado bien?

Me sorprende el tono amigable y casual; no era el intercambio de mensajes que esperaba. Había asumido que sería algo repulsivo o

demasiado sucio. Pero esto parece casi… normal. Y algo en su forma de expresarse, tan sencilla, hace que quiera seguir.

BLACKASCHLO

Ha sido… revelador.

Se me viene a la mente la conversación con Sloane.

BLACKASCHLO

He ido a tomar algo con una amiga y le he hablado de… esto. De Secretos Oscuros.

WINTERWATCHER

Guau, eso es muy valiente. ¿Cómo se lo ha tomado?

Sonrío al recordar la reacción de Sloane.

BLACKASCHLO

Mejor de lo que esperaba. Me dijo que era una camgirl y quiso saberlo todo.

WINTERWATCHER

Jaja, parece una buena amiga. Tiene que ser genial tener a alguien con quien hablar de ello.

Su respuesta me hace pensar en lo solitaria que ha sido mi vida manteniendo el secreto. Nunca he tenido a nadie con quien hablar sobre ello, con quien compartir la emoción y los miedos.

BLACKASCHLO

Lo es. ¿Y tú qué? ¿Por qué estás despierto a estas horas?

WINTERWATCHER

Probablemente por el insomnio. Pero vale la pena solo por

hablar contigo.

Siento mariposas en el estómago, una mezcla de alcohol y una conexión inesperada. Me recuerdo que esto es terreno peligroso. Pero no puedo parar.

BLACKASCHLO

Bueno, WinterWatcher, ¿a qué se debe el nombre?

WINTERWATCHER

Ah, eso es una historia para otro día, pero digamos que incluye una tormenta de nieve, mirar a una chica preciosa a través de su ventana y, bueno… observar.

Hay algo intrigante y al mismo tiempo inquietante en su respuesta.

BLACKASCHLO

Parece una historia complicada. ¿Quieres contármela?

Pasan unos minutos antes de que llegue su respuesta:

WINTERWATCHER

Perdona, no quería asustarte. No es nada siniestro, te lo prometo.

BLACKASCHLO

Está bien. Todos tenemos nuestras historias, ¿no? Nuestras fantasías, nuestros deseos e incluso nuestras obsesiones.

Miro la pantalla con el corazón a mil. El alcohol en mi sistema hace que todo parezca un poco irreal, como si estuviera viendo la conversación desde fuera.

WINTERWATCHER

Tienes razón. Todos tenemos historias, fantasías, obsesiones.

¿Cuál es la tuya?

Dudo con los dedos sobre el teclado. ¿Cuánto debería revelar? Me envuelve el anonimato de la plataforma, pero una vocecilla al fondo de mi mente todavía me dice que tenga cuidado.

BLACKASCHLO

¿La mía? Es complicada. Se basa en el control, creo. Que me vean, pero con mis condiciones.

WINTERWATCHER

Qué interesante. ¿Por eso te dedicas a esto? ¿A los directos?

Pienso en su pregunta, sorprendida por lo perceptivo que es.

BLACKASCHLO

En parte sí. Me parece liberador en cierta manera. Ser deseada, admirada incluso, pero manteniendo las distancias.

WINTERWATCHER

Lo entiendo. El poder de ser observada pero seguir siendo intocable.

BLACKASCHLO

¿Y tú qué? ¿Cuál es tu fantasía?

Pasa un rato antes de que aparezca su respuesta:

WINTERWATCHER

Ser cercano a alguien. Conocerlo completamente. Cada detalle, cada secreto. No conocer solo lo que esa persona muestra al mundo, sino conocer de verdad sus secretos más profundos y

oscuros.

BLACKASCHLO

¿Cómo de cercano sería demasiado?

WINTERWATCHER

No existe ser demasiado cercano, no cuando quieres conocer a alguien de verdad.

Trago saliva con dificultad, sintiendo la garganta seca de repente.

BLACKASCHLO

¿Y cómo lo harías? Para volverte tan cercano.

WINTERWATCHER

Con cuidado, siendo paciente. Ganándome su confianza paso a paso. Aprendiendo cada detalle, cada hábito. Observando. Estudiando. Convirtiéndome en parte de su mundo, aunque al principio no se diera cuenta.

Hago una pausa, porque no estoy segura de cómo contestar. La parte racional de mi cerebro me pide que termine esta conversación, que cierre todo y me olvide de WinterWatcher. Pero algo me mantiene ahí, con los dedos sobre el teclado.

BLACKASCHLO

¿Y si esa persona no quiere que la conozcan tan profundamente?

WINTERWATCHER

Todo el mundo quiere que le comprendan, aunque todavía no lo sepa.

Sip, debo de estar muy borracha para tener el coraje de escribir lo siguiente:

BLACKASCHLO

¿Esa es tu fantasía? ¿Mirar?

WINTERWATCHER

Sí.

BLACKASCHLO

¿Y yo? ¿Soy parte de esa fantasía? ¿Te gusta mirarme?

La espera parece una eternidad antes de ver su respuesta:

WINTERWATCHER

Sí.

Miro la pantalla con la boca seca. Esa única palabra, *Sí*, parece tener energía propia. No estoy segura de si es por el alcohol o por las horas intempestivas, pero siento una mezcla de miedo y excitación.

WINTERWATCHER

He estado estudiándote. Nos gustan los mismos vídeos, hemos guardado en favoritos muchas de las mismas fotos.

BLACKASCHLO

Ah, ¿sí?

Me encanta saber eso. Mis fetiches son muy variados.

BLACKASCHLO

Dame algún ejemplo.

WINTERWATCHER

Bueno, hay un vídeo de una mujer atada con cuerdas shibari colgada del techo. Te lo has guardado en favoritos con otros cinco muy parecidos.

Se me corta la respiración. Tiene razón. Ese vídeo me ha tenido fascinada: los elaborados nudos, la vulnerabilidad y la fuerza de la modelo.

WINTERWATCHER

Y también está el álbum de fotos antiguas estilo pin-up. Te las has guardado casi todas.

Tiene razón otra vez. Siempre me he sentido atraída por el *glamour* y lo provocadoras que son esas fotos.

WINTERWATCHER

Y los vídeos de azotes. Esos te encantan.

BLACKASCHLO

Has hecho los deberes.

WINTERWATCHER

Sí, eres fascinante.

Hago una pausa, sin estar segura de cómo contestar. Una parte de mí quiere acallar la conversación, cerrar y hacer como si esto no hubiera pasado jamás. Pero la otra parte, alimentada por la batalla dentro de mí entre peligro y seguridad, continúa:

BLACKASCHLO

¿Es eso lo que quieres hacer? ¿Azotarme?

WINTERWATCHER

¿Es eso lo que quieres? ¿Que te azoten?

Dudo con los dedos sobre el teclado antes de contestar:

BLACKASCHLO

Puede.

WINTERWATCHER

Creo que quieres algo más que eso.

Observo las palabras con el corazón acelerado. Está claro que tiene razón. Sí, quiero más. Pero ¿cómo lo sabe?

BLACKASCHLO

¿Qué crees tú que quiero?

La respuesta tarda un momento en llegar:

WINTERWATCHER

Quieres un hombre que no pregunte, que actúe. Quieres un hombre que tome el control, que sepa lo que necesitas incluso antes de que tú misma te des cuenta. Veo una mujer que ansía esa intensidad. Que quiere que la lleven al límite para vivir todo lo que la vida tiene que ofrecer. Pero también veo a alguien que tiene miedo. Miedo a perder el control, de ser totalmente vulnerable.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Me siento desnuda, expuesta por sus palabras. Me levanto de la silla y empiezo a caminar por mi habitación, intentando recobrar el sentido. Esta no soy yo, nunca me he mostrado así, pero aquí estoy. Hay algo en sus palabras que me tiene cautivada. Me vuelvo a sentar con los dedos sobre el teclado.

BLACKASCHLO

¿Eres el tipo de hombre que haría realidad esas fantasías?

WINTERWATCHER

Sí.

Su respuesta es rápida y directa.

BLACKASCHLO

¿Cómo?

Esto último lo escribo con dedos temblorosos.

BLACKASCHLO

¿Cómo lo harías?

Pasan unos segundos antes de que su respuesta aparezca:

WINTERWATCHER

Primero te haría esperar para aumentar esas ganas. Para que pienses en todas las posibilidades hasta que prácticamente me estuvieras suplicando. Haría que te mojaras sin siquiera tocarte.

Oh, Dios. Allá vamos… ¿Estoy sexteando oficialmente? ¡No sé ni cómo llamarlo!

BLACKASCHLO

¿Y después?

WINTERWATCHER

Después te taparía los ojos. Te quitaría la vista para aumentar tus otros sentidos. Sentirías la caricia de mis dedos en tu piel, sin saber dónde voy a tocarte a continuación. La anticipación te volvería loca.

Trago con dificultad cuando mi cuerpo responde a sus palabras. Escribo la respuesta con el corazón a mil:

BLACKASCHLO

Sigue.

WINTERWATCHER

Te ataría las muñecas, no demasiado fuerte, pero lo suficiente para hacerte sentir atrapada. Vulnerable. Bajo mi control. Entonces exploraría cada centímetro de tu cuerpo con mis manos y mi boca. Saboreándote. Provocándote. Despacio. Hasta que estuvieras temblando, desesperada por llegar al orgasmo.

Aprieto los muslos, sintiendo cómo se forma un calor familiar. Activo el dictado por voz para mayor… comodidad.

BLACKASCHLO

¿Y después?

WINTERWATCHER

Entonces, cuando estuvieras a punto, cuando no pudieras soportarlo más, te azotaría. Fuerte, solo una vez. La conmoción se propagaría por todo tu cuerpo, aumentando cada sensación.

Dejo escapar un gemido tembloroso y me doy cuenta de que lo he estado conteniendo.

BLACKASCHLO

Sigue.

WINTERWATCHER

Alternaría entre caricias suaves y azotes fuertes, sin hacerte saber nunca qué es lo siguiente. Después pondría mi mano alrededor de tu cuello. Apretaría lo suficiente como para hacerte suspirar, para que sintieras esa sombra de peligro. Se te aceleraría el pulso bajo mis dedos mientras te susurro al oído qué te voy a hacer exactamente. Que voy a follarte muy duro. A

abrirte el coño con mi polla hasta que grites mi nombre.

Miro la pantalla con mi cuerpo sonrojado y lleno de sudor al mismo tiempo. Sus palabras han creado una imagen tan vívida que casi puedo sentir sus dedos en la piel y su aliento en el cuello. Estoy jadeando, excitada a más no poder. Dejo escapar un gemido suave y mi mano se mueve de manera inconsciente al pecho, como si fuera la suya. Soy capaz de contestar a pesar de que se me cierre la garganta:

BLACKASCHLO

Promesas, promesas.

WINTERWATCHER

Haz algo por mí.

BLACKASCHLO

¿Qué quieres que haga?

WINTERWATCHER

Quítate la ropa. Quiero imaginarte ahí sentada, desnuda, mientras hablamos.

Me sorprende que no me pida que encienda la cámara. Y, como si me leyera la mente, responde:

WINTERWATCHER

Sin cámara. Solo tú y yo… y nuestras fantasías.

Me paro un momento y sopeso lo que me pide. El alcohol en mi sistema me hace sentir atrevida, incluso temeraria. Sin pensarlo más, me levanto y me empiezo a desvestir. Mis dedos se pelean con el botón de mis vaqueros.

Mientras me los quito y hago lo mismo con el top, el aire fresco de

la habitación me acaricia la piel y hace que tiemble un poco. Me desabrocho el sujetador, dejo que caiga al suelo y después me quito las bragas. Estoy completamente desnuda, expuesta y vulnerable de una forma en la que nunca lo he estado en mis sesiones en Secretos Oscuros. Incluso con la cámara apagada tengo la sensación de que de alguna manera me observa. La fantasía de él haciendo exactamente eso, observarme, aumenta mi excitación todavía más.

Me vuelvo a sentar frente al ordenador, sintiendo mi corazón demasiado grande. Con el cuerpo ardiendo, contesto:

BLACKASCHLO

Hecho.

WINTERWATCHER

Buena chica. Ahora abre las piernas.

Lo hago, sintiéndome viva y muy cachonda.

BLACKASCHLO

Están abiertas.

WINTERWATCHER

Perfecto. Ahora quiero que te toques. Despacio.



CAPÍTULO DIECISIETE

JACK

Sip, está claro que voy a ir al infierno. Ya tengo el pase VIP.

Me juré una y otra vez que resistiría la tentación de verla a través de la cámara oculta. Juré incluso, aunque la hubiera instalado, que no la miraría.

Pero aquí estoy.

La luz tenue de mi portátil me ilumina la cara de culpabilidad mientras miro la grabación en directo.

Ahí está, sentada frente al ordenador, hablando conmigo, pero sin saber que WinterWatcher soy yo, moviendo despacio la mano entre sus piernas.

Miro el móvil, desde donde he estado hablando con ella, con el nombre de usuario BlackAsChlo.

Sé que es ella, solo que ella no sabe que lo sé.

Mi dedo sobrevuela la «X» para cerrar la ventana, pero no puedo hacerlo. Estoy absorto observando cada uno de sus movimientos como un mirón en la red.

Me consume la culpa, pero la excitación de este conocimiento prohibido está imbuida de lujuria. La observo apoyarse sobre el respaldo de la silla, cerrando los ojos de placer.

WINTERWATCHER

Quítate la ropa. Quiero imaginarte ahí sentada, desnuda, mientras hablamos.

Sin cámara. Solo tú y yo…y nuestras fantasías.

No quiero que empiece un directo para que la vea todo el mundo. La quiero toda para mí. Solo con mi cámara oculta para robar su imagen.

Se me acelera el corazón cuando la veo obedecer, desnudándose despacio aunque técnicamente no la esté mirando nadie, que ella sepa. Piensa que está sola y aun así hace lo que le pido. Vuelve a sentarse frente al ordenador.

BLACKASCHLO

Hecho.

WINTERWATCHER

Buena chica. Ahora abre las piernas.

Lo hace despacio, actuando como una verdadera sumisa.

BLACKASCHLO

Están abiertas.

WINTERWATCHER

Perfecto. Ahora quiero que te toques. Despacio.

La miro, hipnotizado, cuando su mano se mueve más abajo. Sus dedos trazan delicados patrones por su piel, provocándose. Se me corta la respiración.

BLACKASCHLO

Desearía que pudieras verme. Estoy haciendo lo que dices.

WINTERWATCHER

No necesito verte para saber que estás siendo la perfecta chica buena que eres. Tócate el clítoris despacio.

Veo a través de la pantalla cómo echa la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados mientras sigue mis instrucciones. Su pecho sube y baja con la respiración rápida. Estoy dividido entre prestar atención a su cara o a su mano, que se mueve con círculos lánguidos.

BLACKASCHLO

Me encanta. Ojalá pudieras ver lo mojada que me pones.

Se me acelera el pulso mientras leo sus palabras. Las imágenes en alta definición de la cámara no dejan nada a la imaginación. De repente noto la boca seca y trago saliva.

WINTERWATCHER

Cuéntame más. Dime cómo se siente.

Aquí es cuando decido hacer lo que ha hecho ella inteligentemente y activar el dictado por voz. Quiero tener las manos libres.

Mientras espero su respuesta, veo cómo su mano trepa por su cuerpo, sosteniendo uno de sus pechos. Se pellizca los pezones y veo cómo se muerde el labio para acallar un gemido.

BLACKASCHLO

Es como si fuera electricidad. Cada caricia manda una chispa por todo mi cuerpo. Me imagino que son tus dedos en lugar de los míos.

Soy el director de este espectáculo privado, orquestando su placer desde lejos.

WINTERWATCHER

Más rápido. Acaríciate el clítoris más rápido. Usa la otra mano para meterte dos dedos.

Me acerco a la pantalla, cautivado mientras la miro seguir mis órdenes. Se le arquea la espalda ligeramente y sus movimientos se vuelven más urgentes. Puedo ver el sonrojo que se extiende por su pecho y la subida y bajada de sus pechos cuando se le acelera la respiración.

BLACKASCHLO

Dios. Estoy a punto.

Mi polla presiona dolorosamente la bragueta de mis pantalones. La libero de su prisión y empiezo a bombear toda su extensión en coordinación con el ritmo que ha marcado ella. Mi propia respiración se vuelve superficial y rápida, intentando imitar a la suya. Es preciosa, de lejos la mujer más sexy que he visto jamás, más incluso en este estado erótico y vulnerable. Puedo ver el brillo de la excitación en sus dedos mientras continúa tocándose, con los ojos cerrados, perdida en la agonía de su propio placer. Mi propio clímax se acerca, siguiendo el movimiento de sus dedos. Se me corta la respiración mientras la veo, con los ojos fijos en cómo su mano la acerca más y más a la liberación.

WINTERWATCHER

No te corras todavía. No hasta que te lo diga.

Con una mano aferrada a mi polla y la mente consumida por su imagen dándose placer, le mando una orden:

WINTERWATCHER

Ábrete el coño con los dedos para mí. Quiero imaginar lo

mojada que estás. Lo resbaladiza que estarías para mi polla. Me la has puesto durísima.

La veo seguir mis instrucciones, abriéndose con los dedos para mí, separando sus labios para dejar a la vista los jugos que recubren la piel delicada e iluminada por la pantalla. Mi corazón late con excitación y anticipación. Estoy a un paso de correrme y es gracias a este increíble espectáculo que está haciendo para mí, sin ser consciente de lo embelesado que estoy.

WINTERWATCHER

Ahora tócate más rápido. Imagina mis manos y mis dedos sobre ti, llevándote al límite.

Se le entrecorta la respiración y el volumen de sus gemidos aumenta cada segundo. Yo mismo estoy muy cerca del clímax; aprieto el agarre sobre mi polla mientras me imagino sintiendo su piel bajo mis dedos, su humedad envolviéndome y su cuerpo zumbando de placer.

Sé que ambos estamos muy cerca, pero necesito hacer una cosa más. Necesito saber cuánto poder tengo sobre ella. ¿Cómo de sumisa es mi Chloe?

WINTERWATCHER

Quiero que te chupes los dedos y restriegues la humedad por tu pequeño ano.

Puedo sentir cómo me sube el ritmo cardíaco y se me acelera la respiración cuando la veo parar un momento antes de seguir mi orden. Sus dudas solo alimentan mi deseo de ver lo lejos que la puedo empujar. Se chupa los dedos, abriendo los ojos por un momento para mirar la pantalla, y después retoma su objetivo,

deslizando los dedos entre sus piernas para tantear cuidadosamente la piel sensible de su entrada. Siento que tengo el control, que soy el que marca el ritmo de sus deseos.

WINTERWATCHER

Buena chica. Sé que te gusta, ¿verdad?

BLACKASCHLO

Sí.

WINTERWATCHER

Métete el dedo en el culo. Quiero imaginar cómo reacciona tu cuerpo.

Duda un momento, pero está claro que confía en mí en este juego a distancia que estamos jugando. Un segundo después, veo cómo su dedo desaparece en su apretada entrada y se me escapa un gemido. Sus dedos abriéndose y extendiéndose para mí forman una imagen embriagadora.

BLACKASCHLO

Ojalá pudieras verme.

Se echa hacia delante, mostrándome un ángulo diferente.

WINTERWATCHER

Te gusta que la gente te mire, ¿verdad?

BLACKASCHLO

Sí.

WINTERWATCHER

¿Te gustaría que folláramos mientras nos miran? ¿Es una de tus fantasías?

BLACKASCHLO

Me encantaría.

WINTERWATCHER

Entonces la haremos realidad algún día. Pero todavía no. Esta noche vas a correrte porque eres muy buena chica. Fóllate con los dedos como si lo estuviera haciendo yo. Imagina mi polla deslizándose dentro y fuera de tu pequeño agujero, llenándote, dilatándote.

Obedece sin dudar. La imagen que tengo delante es una mezcla potente de vulnerabilidad y fortaleza. La llegada de mi propio clímax me inunda y es solo cuestión de tiempo que lleguemos juntos a la cima del placer. Veo cómo su respiración se vuelve superficial y sus caderas suben y bajan en perfecta armonía con el movimiento de sus dedos. Está tan cerca. Lo veo en cómo su pecho sube y baja, el brillo del sudor de su piel. Está al límite del orgasmo, como yo.

WINTERWATCHER

Córrete, preciosa. Córrete para mí.

Mis palabras parecen encender algo en ella y su cuerpo responde con una intensidad salvaje. Sus caderas se mueven descontroladas, y sus dedos, más deprisa. Puedo ver cómo tiene los ojos cerrados y la boca muy abierta en un grito silencioso de placer.

BLACKASCHLO

¡Me voy a correr, me voy a correr!

El momento de su liberación se coordina perfectamente con el mío. Me agarro la polla con más fuerza y me tiembla el cuerpo con la fuerza del orgasmo. Puedo sentir mi corrida caliente derramándose

en la mano y mi respiración entrecortada por la fuerza del clímax.

WINTERWATCHER

Joder.

Mi voz se escucha ronca por la intensidad del momento. Mi agarre se afloja y miro hacia abajo para ver el desastre, sintiéndome satisfecho y un poco aturdido.

Cuando las oleadas de placer se sosiegan, la realidad me golpea como una ola de frío. ¿Qué es lo que he hecho? La culpa que se cocía por dentro a fuego lento ahora hierve agitando mi estómago. Cierro el portátil rápidamente, incapaz de mirar la pantalla un segundo más. Me tiemblan las manos mientras me limpio; el asco y el autodesprecio inundan mi cuerpo. He cruzado una línea que juré que nunca cruzaría. He violado su confianza, su privacidad, de la forma más íntima posible. Mi teléfono vibra con un nuevo mensaje suyo:

BLACKASCHLO

Ha sido increíble. Gracias por hacerme sentir tan bien.

Cada palabra es una puñalada de vergüenza. No tiene ni idea de la gravedad de mi traición. No me permito contestar, continuar con esta farsa. Pero, si no lo hago, puedo hacerle daño y dude de sí misma, y es lo último que quiero hacerle. Me obligo a responder con los dedos llenos de remordimiento:

WINTERWATCHER

De nada. Has estado perfecta. Has sido una chica muy muy buena.

Apago la cámara y ya no puedo ver lo que está haciendo. Estoy desesperado por verla. Ya echo de menos observarla, aunque sepa

que está mal. Mis dedos se posan sobre el portátil, tentado de volverlo a encender. Solo un último vistazo, pienso. Pero sé que si lo hago volveré al principio.

La habitación ahora me parece muy pequeña, me asfixia. Necesito aire. Me lanzo a la ventana y la abro, dando la bienvenida a la fresca brisa nocturna. Pero no ayuda a limpiar lo que he hecho. Mi móvil suena de nuevo. Es ella.

BLACKASCHLO

¿Sigues ahí?

No sé cómo responder. Parte de mí quiere confesarlo todo y suplicarle perdón. Pero sé que solo le haría más daño. Así que respondo:

WINTERWATCHER

Sí, lo siento, me he distraído un momento.

BLACKASCHLO

Me preocupaba que te hubieras ido. Después siempre necesito… ya sabes.

Sus palabras empujan el puñal de culpa más adentro. Confía en mí, se siente segura conmigo, y yo he violado eso de la peor manera posible. Quiero reconfortarla, calmarla, pero cada palabra parece una mentira:

WINTERWATCHER

Estoy aquí. No te vas a librar de mí.

Pasa un momento antes de que aparezca su próximo mensaje:

BLACKASCHLO

Debería irme a dormir, mañana trabajo. Pero esto ha sido… increíble. ¿Podemos volver a hacerlo algún día?

Se me revuelve el estómago. El pensamiento de repetir esta intrusión me pone enfermo, pero no puedo dejar que sienta que algo va mal.

WINTERWATCHER

Claro, me encantaría conocer más fantasías tuyas.

BLACKASCHLO

Yo también quiero escuchar las tuyas.

Dudo con los dedos sobre las teclas. ¿Con qué profundidad quiero explorar el pozo en el que me he metido? Pero no puedo parar ahora. Ya he sobrepasado muchos límites.

WINTERWATCHER

Dulces sueños. Hablamos pronto.



CAPÍTULO DIECIOCHO

CHLOE

La confusión, una pizca de culpa y una tremenda resaca me están haciendo cuesta arriba la mañana. Nunca he necesitado tanto mi café y mi bollo favorito del Pete's Café. Por mucho que hoy quiera quedarme en la cama, me obligo a salir. Normalmente no necesito ir a la oficina tanto como últimamente, pero, entre las fiestas y el gran recibimiento de mis vídeos, ya se me hace raro no ir.

Me paso todo el trayecto en ferry con la luz del sol matutino en la cara, lo que aumenta mi irritable estado de ánimo. Siento que la acera se balancea a medida que recorro el camino calle abajo. Menos mal que la cafetería está solo a dos calles. Suena la campanita cuando entro por la puerta y me golpea el olor del café recién molido, que necesito con urgencia.

No sé qué diablos me pasó anoche. Ah, sí que lo sé… demasiados martinis de menta, eso pasó. Pero, obviando el alcohol, sigo sin creerme que de verdad hiciera *sexting* con un completo desconocido. Y no solo eso; encima masturbándome. Parte de mí al despertarse ha pensado que había sido un sueño. ¿Verdad? Porque ninguna mujer en su sano juicio haría eso.

Me arrastro hasta el mostrador, evitando hacer contacto visual con el camarero. Balbuceo mi pedido habitual mientras me peleo con la

cartera. Doy un respingo al escuchar el sonido del molinillo de café y cada giro me taladra las sienes. Mientras espero el pedido, me apoyo sobre el mostrador con los ojos cerrados, intentando apaciguar el martilleo en mi cabeza. El sonido de la cafetería se transforma en un ligero murmullo mientras mi mente vuelve a lo de anoche. Imágenes de mensajes explícitos y recuerdos borrosos de estar sentada desnuda frente al ordenador se forman bajo mis párpados y hacen que me ardan las mejillas de vergüenza.

Pero la vergüenza no es tanta como la culpa que me carcome por dentro. ¿Por qué me siento culpable? No he hecho nada malo. Ha sido en la privacidad de mi casa y estoy soltera. Sí, vale, he estado hablando con Jack, pero no ha pasado nada entre nosotros. No hemos tenido nuestra primera cita oficial ni tenemos exclusividad. Joder, ni siquiera nos hemos besado todavía ni algo más… para mi desgracia.

Quiero decir, ¿de verdad hay algo entre Jack y yo? Puede que nos quedemos simplemente como amigos.

—¡Chloe!

Me sobresalto al escuchar mi nombre y abro los ojos rápidamente. El camarero sostiene mi café y mi bollo con un gesto preocupado. Creo que luzco tan mal como me siento.

—Gracias —musito tomando el pedido, y arrastro los pies para salir.

Cuando me giro hacia la puerta, me choco con un pecho sólido y derramo mi preciado café por toda mi blusa blanca. Unas manos firmes me sujetan y miro hacia arriba, consternada, a los ojos de nada más y nada menos que Jack.

Lo miro boquiabierta, incapaz de formar palabras. De toda la gente con la que me podría encontrar tiene que ser él. Me arde la cara y no sé si es de la vergüenza o del café hirviendo que empapa mi camisa.

—Mierda, lo siento —tartamudeo cuando por fin puedo hablar—. Hoy estoy un poco torpe.

Los ojos de Jack se dirigen a la mancha en mi blusa y después vuelven a mi cara. Una pequeña sonrisa tira de sus labios.

—¿Noche dura?

Si él supiera… Asiento, intentando ignorar cómo se me revuelve el estómago cuando se acerca.

—Algo así.

Pasa el brazo detrás de mí para agarrar un montón de servilletas del mostrador.

—Déjame ayudarte.

Antes de que pueda protestar, intenta limpiarme la blusa, con tacto ligero pero firme. Contengo la respiración, muy consciente de cada punto donde me toca. La culpa de antes vuelve a surgir, mezclada con un cóctel de confusión, atracción y vergüenza.

—Ugh, en serio. Iba de camino a la oficina para recoger algunas piezas nuevas; va a ser genial llegar así.

Jack suelta una risita y siento su aliento cálido en la oreja.

—Creo que esta blusa es una causa perdida.

—Joder.

Los ojos de Jack brillan de diversión.

—Tengo una idea —propone mientras da un paso atrás—. Mi apartamento está a la vuelta de la esquina. Te puedo prestar una camisa limpia. Seguro que te queda grande, pero te la puedes remeter o hacerle un nudo o algo.

Dudo, dividida entre querer escapar de la vergonzosa escena y la emoción inesperada de que Jack me invite a su apartamento. Mi cerebro resacoso tiene dificultades para tomar una decisión.

—No quiero molestarte —mascullo, aún consciente de su cercanía.

Jack sacude la cabeza y se le amplía la sonrisa.

—No es una molestia para nada. Además, también tengo parte de

culpa.

Me muerdo el labio, sopesando mis opciones. Por un lado, ir a su casa parece peligrosamente íntimo, más en mi estado actual, y la culpa me sigue consumiendo. Por otro lado, no puedo presentarme en el trabajo pareciendo recién salida de una pelea en una cafetería.

—Vale —cedo finalmente, casi susurrando—. Gracias.

La sonrisa de Jack se hace aún más amplia y con cuidado posa su mano en la parte baja de mi espalda para guiarme al exterior de la cafetería. La calidez de su mano traspasa mi camiseta húmeda y se me nubla la mente aún más que cuando me desperté. Soy consciente de cada paso, cada respiración. La resaca, la culpa y ahora este giro de los acontecimientos hacen que me dé vueltas la cabeza.

Mientras recorremos la corta distancia hacia el piso de Jack, me doy cuenta del silencio entre nosotros. No es exactamente incómodo, pero está cargado de una energía que no puedo definir. Llegamos a un edificio antiguo, pero limpio y bien conservado, y Jack me guía dentro, con su mano todavía en mi espalda. La subida en ascensor es corta, pero se me hace eterna mientras me quedo de pie, manchada de café y desaliñada, al lado de la presencia bastante sólida de Jack.

Su apartamento está en la tercera planta y contengo la respiración mientras abre la puerta. La estancia que me recibe es sorprendentemente acogedora, con colores cálidos, muebles de cuero desgastado y una pared llena de estanterías. Parece que vive alguien, pero está recogido. También hay un árbol de Navidad en la esquina del fondo a la derecha, lleno de adornos y coronado con un ángel. Hay luces de Navidad en las ventanas y espumillones en la parte alta de los armarios de la cocina. Al instante, me siento tan cómoda como sorprendida de que un solo hombre tenga tanta decoración navideña.

—Como si estuvieras en tu casa —comenta Jack señalando el salón—. Voy a por la camisa.

Cuando desaparece por el pasillo, me quedo un poco incómoda en medio de la habitación, con miedo de tocar algo. Mi mirada pasa por las estanterías, reconociendo títulos que van desde literatura clásica hasta *thrillers* modernos. Una foto enmarcada me llama la atención: un Jack más joven y moreno rodea con el brazo a una mujer mayor que lo mira un poco sorprendida. Madre e hijo, intuyo.

—Aquí tienes. —La voz de Jack me saca de mis observaciones. Sostiene una camisa blanca con botones—. Es la más pequeña que tengo, pero creo que hace el apaño.

Nuestros dedos se rozan cuando la agarro, mirando alrededor en busca de lo que esperaba que fuese una bienvenida llena de besos y unas patas enormes.

—¿Dónde está tu perro?

Se queda paralizado con un gesto que parece de confusión.

—¿Mi perro?

Por un segundo, vuelvo a hacer memoria. Pero recuerdo claramente cómo estaba paseando a su perro cuando nos conocimos. Con resaca o sin ella… espera. Pensaba que vivía en mi barrio.

—Ah, claro —exclama, poniéndose un poco nervioso por primera vez—. No era mío. Le cuido la casa y el perro a un amigo del trabajo de vez en cuando.

Asiento despacio, intentando procesar la información a través de mi nube resacosa. Algo no cuadra en su explicación, pero no logro adivinar qué es. Puede que sea la confusión persistente de anoche, que me nubla el juicio.

—Ya veo —murmullo, apretando la camisa contra mi pecho—. Hum… ¿dónde puedo…?

Jack señala al pasillo.

—El baño es la segunda puerta a la izquierda.

Me arrastro hasta el baño con la cabeza a mil por hora. Mientras cierro la puerta tras de mí, me miro al espejo y me corroe la vergüenza. Tengo el maquillaje corrido, mi pelo es un nido de enredos y mi blusa es un desastre. Luzco exactamente como me siento: como si me hubiera atropellado un camión.

Con las manos temblorosas, me desabrocho la blusa manchada y me la quito para después guardarla en mi bolso. Me echo un poco de agua fría en la cara para intentar despejarme. Rápidamente, me pongo la camisa de Jack, doblo las mangas y me las ato a la cintura. Huele a él.

Tomo aire y salgo del baño. Jack está en la cocina haciendo dos tazas de café. Sube la mirada cuando entro y sus ojos se abren ligeramente.

—Guau —exclama con una sonrisa en los labios—. Haces que esa camisa se vea espectacular. —Me pasa una de las tazas—. Yo no puedo hacerte tu café de siempre, pero este lleva leche y azúcar.

Tío, este chico es perfecto de verdad.

Agradecida, tomo la taza entre las manos y siento su calor.

—Gracias —respondo, y le doy un sorbo. El café es intenso y suave, infinitamente mejor que el que hago normalmente en casa.

Jack se apoya en la encimera, mirándome por encima de su taza. Hay algo en su mirada que hace que me sienta tanto expuesta como intrigada. El silencio se extiende entre nosotros, pesado con lo que no decimos.

—Está claro que te gusta la Navidad —comento, prestando más atención a la decoración. Veo una maqueta de un pueblo de Charles Dickens montada en una mesa, llena de figuritas victorianas y pequeños edificios cubiertos de nieve.

—Era la celebración favorita de mi madre. —Se le suaviza la mirada al mencionar a su madre—. Sí, siempre lo daba todo en

Navidad. Ese pueblecito era su favorito.

Asiento con una punzada de empatía. Me viene a la cabeza la foto que he visto antes.

—¿Es la de la foto de la estantería?

Su sonrisa se vuelve agridulce.

—Sí, es ella. Murió cuando yo tenía quince años.

—Lo siento mucho —respondo con suavidad.

—El pueblito fue lo único suyo que pude conservar después de entrar en el programa de acogida. Puede decirse que es importante enseñarlo y hacer un poco más navideño este sitio.

—Seguro que se alegra de que lo hagas.

Se encoge de hombros mientras mira la decoración y responde:

—Eso espero.

Instintivamente, estiro la mano para tocarle el brazo, conmovida por su momento de vulnerabilidad. En el instante en que mis dedos hacen contacto con su piel, siento una descarga eléctrica. Sus ojos se encuentran con los míos y por un segundo parece que todo se detenga.

Espero y espero. Y, como las veces anteriores… nada.

Sí, creo que está justificado decir que hemos entrado en la *friend zone*. Y puede que no sea del todo malo. Tiene pinta de ser tan vainilla como la leche que le ha echado a mi café y después de lo que pasó anoche con WinterWatcher… mi alma es tan oscura como el carbón que merezco en mi calcetín.

—Creo que, hum, debería marcharme —tartamudeo, dejando la taza en la encimera—. No quiero dejar a Sloane esperando mucho tiempo. Gracias por la camisa y el café.

Jack asiente con gesto ilegible.

—Claro. Cuando quieras.

Voy camino a la puerta sintiendo la mirada de Jack mientras me muevo. Cuando voy a poner la mano en el pomo, su voz me detiene:

—Chloe, espera.

Me doy la vuelta con el corazón acelerado de repente. Jack da un paso hacia mí, con la mirada intensa.

«Vamos, tigre. Empótrame contra la pared. Agárrame del pelo y méteme la lengua en la boca. ¡Hazlo! ¡Hazlo!».

Nada.

—Sobre la cita que tenemos pendiente. Comida china y *true crime*. Voy a estar trabajando las próximas cuarenta y ocho horas, pero ¿podemos quedar cuando termine el turno?

Mi corazón se hunde un poco. Escucharle hablar así es como escuchar a Sloane preguntarme si quedamos.

Sip, *friend zone*.

—Oh —exclamo, intentando disimular mi decepción—. Mándame un mensaje y lo hablamos, pero tengo que irme ya.

Jack asiente y la sonrisa no le llega a los ojos.

—Claro, sin problema. Te escribo.

Salgo a toda prisa de su apartamento, con la mente llena de sentimientos encontrados. Cuando entro en el ascensor, me apoyo en la pared, cierro los ojos y tomo aire. El olor de la camisa de Jack permanece a mi alrededor, como un recordatorio del confuso encuentro que acabo de vivir.

El ascensor suena y salgo a la calle. El aire invernal hace que se estremezca mi sistema. Empiezo a caminar hacia la oficina intentando ordenar mis pensamientos. Por un lado, Jack ha sido tierno y servicial, ofreciéndome su camisa y un café cuando estaba en apuros. Pero, por otro lado, está ese momento, o más bien falta de él, en que estábamos muy cerca pero no ha pasado nada.

No me puedo quitar de encima la sensación de que pasa algo. Lo del perro, la falta de química… todo parece muy raro. Ni siquiera sabía que vivía en Manhattan. ¿Estaba cuidando de una casa en mi barrio?

Cuando doblo la esquina en dirección a Moth to the Flame, lista para recoger las joyas, volver a casa y meterme en la cama para borrar por completo este día, me vibra el móvil en el bolsillo. Es una alerta de Secretos Oscuros. Las activé anoche, solo por si acaso. Por si acaso…

WINTERWATCHER

Me lo pasé muy bien anoche. ¿Podríamos repetirlo alguna vez?



CAPÍTULO DIECINUEVE

CHLOE

—¿Se puede saber por qué estás tan bien y yo parece que me voy a morir? —le pregunto a Sloane cuando aparece perfectamente arreglada, vestida con su traje de diseñador y sin un pelo fuera de su sitio—. Bebimos lo mismo, no es justo.

Sloane me lanza una sonrisa brillante con sus dientes completamente blancos.

—Son años de práctica, amiga mía. Y un poquito de ayuda. —Señala el termo humeante que lleva en la mano.

Suelto un quejido mientras me masajeo las sienes.

—Creo que ya he tenido suficiente café por hoy. —Miro la camisa de Jack que llevo puesta—. He tenido un accidente esta mañana. La camisa es de Jack.

Sloane alza una ceja.

—La camisa de Jack, ¿eh? ¿Tuviste marcha anoche?

Niego con la cabeza.

—Me lo topé esta mañana, literalmente.

Sloane suelta una risita, golpeando suavemente el termo con sus uñas perfectas.

—Claro…

Pongo los ojos en blanco y una mueca aflora cuando el gesto me

da dolor de cabeza.

—Bueno —continúo—, enséñame esos collares nuevos de los que me hablaste para que pueda volver a casa y meterme en la cama. Me estoy empezando a cuestionar este viajecito a la oficina.

A Sloane se le enciende la mirada y parece que no tiene resaca cuando da saltitos sobre los tacones.

—¡Te van a encantar! Vamos, los tengo en mi despacho.

La sigo por el pasillo arrastrando un poco los pies. Las luces fluorescentes no están ayudando nada a mi dolor de cabeza.

Cuando entramos al despacho, Sloane va directa al escritorio y saca una pequeña caja de terciopelo. La abre con una floritura y revela una selección de cadenas de oro preciosas y delicadas, cada una adornada con un colgante único.

—*Voilà!* ¿Qué te parecen? —pregunta con la voz derrochante de entusiasmo.

Me acerco y me inclino un poco para fijarme en los intrincados detalles. A pesar de la resaca, me tomo mi tiempo para admirar el trabajo de artesanía.

—Son preciosos, Sloane. Un trabajo espectacular, en serio.

Me dedica una amplia sonrisa, claramente orgullosa de sus últimas creaciones.

—Sabía que te encantarían. Tyler las vio ayer y dijo que podían ser muy básicas, pero es un hombre, así que qué sabrá él.

Aj, Tyler. Me doy cuenta de que he gruñido en voz alta. Sloane entrecierra los ojos y se le va un poco la sonrisa.

—¿Qué ha sido eso? ¿Pasa algo con Tyler?

Hago un gesto con la mano para desechar la idea, intentando retractarme:

—No, no. Es que… me duele la cabeza. La resaca, ya sabes.

No parece convencida. Deja en la mesa la caja con los collares y se cruza de brazos para después lanzarme una mirada penetrante.

—Vamos, suéltalo. Sé que puede ser un grano en el culo a veces. Siempre sigue las normas al dedillo y a veces puede ser un poco estirado. Pero es inofensivo. Solo tienes que saber cómo trabajar con él, no en su contra. ¿Te está molestando?

Suelto un suspiro cuando me doy cuenta de que no voy a poder escapar de su interrogatorio.

—No pasa nada, de verdad. Es solo que… ¿estás segura de que es inofensivo? A veces me siento rara con él.

Sloane enarca aún más la ceja.

—¿A qué te refieres con «rara»?

Dudo, no muy segura de convertir mis pequeñas sospechas en palabras.

—No sabría explicarlo. Es que… a veces lo pillo mirándome cuando piensa que no le veo. Y se ha presentado en mi casa dos veces sin avisar.

El gesto de Sloane pasa de curioso a preocupado.

—¿En tu casa? Eso es… inusual.

Asiento, aliviada de que Sloane me tome en serio.

—Exacto.

—¿Ha hecho algo?

Yo niego.

—En realidad no. Me ha pedido una cita, creo. Pero de una forma muy rara; es difícil de explicar. Estoy intentando ignorarlo y no hacer que las cosas sean raras entre nosotros. Pero está siendo raro. —Me encojo de hombros—. No quiero hacer nada al respecto porque realmente no ha pasado nada. Pero…

En ese momento escuchamos pasos que se acercan. Sloane vuelve a levantar la caja de joyas, haciendo como si estuviéramos teniendo una conversación casual. Cuando se abre la puerta, me giro a ver quién es con el corazón a mil. Es Tyler. Sus ojos se centran en mí de inmediato.

—Hola, señoritas —saluda con su voz suave como la seda—. Espero no interrumpir nada importante.

Fuerzo una sonrisa, intentando que no me tiemble la voz:

—Para nada. Cosas de chicas.

Los ojos de Tyler se quedan en mí un poco de más antes de girarse hacia Sloane:

—Necesito la hoja de gastos del cuatrimestre en mi escritorio antes de las cinco, Sloane. Sé que has estado ocupada con los últimos diseños, pero Jasmine me ha pedido que los tenga ya.

Sloane asiente con su fachada de profesionalidad.

—Claro. La tendré para las cuatro.

Se me hace un nudo en el estómago. Miro a Sloane, quien ahora estudia cada movimiento de Tyler. Siempre se le ha dado bien calar a la gente. Si Tyler es un rarito, ella lo descubrirá.

—He traído galletas navideñas —añade—. Están en la sala de descanso por si queréis alguna.

¿Un rarito que cocina? Me obligo a sonreír.

—Gracias, Tyler. Eso es muy… amable por tu parte.

La mirada de Tyler vuelve a mí, con una chispa en los ojos de algo que no soy capaz de distinguir.

—He hecho tus favoritas, de azúcar y canela.

¿Cómo sabe que son mis favoritas? Nunca lo he mencionado en el trabajo. Intento recordar si le he mencionado a alguien cuáles eran mis galletas favoritas, aparte de a mis difuntos padres. Entonces recuerdo que lo dejé caer de pasada en uno de mis directos mientras enseñaba una línea de pendientes inspirados en *Pesadilla antes de Navidad.* Ni siquiera fue de los más populares.

¿Tyler se ha visto de verdad todos y cada uno de mis vídeos? ¿Ha tomado notas? ¿Cómo se acuerda de un detalle tan pequeño?

—Ah —logro contestar, intentando mantener liviana mi voz—. Eso es… muy amable.

Sloane se mete en la conversación con su tono animado, pero con algo que reconozco:

—Luego vamos a por unas cuantas. Gracias, Tyler.

Se queda ahí un segundo. Su mirada es incómodamente intensa.

—Genial. Espero que os gusten. —Con un último asentimiento, se gira y se va, cerrando la puerta tras de sí.

Tan pronto como sus pasos dejan de escucharse, Sloane se gira para mirarme. Se acerca y baja la voz para que solo sea un susurro:

—Tu instinto te dice que algo va mal.

Asiento, agradecida de que lo comprenda.

—Espero que entienda que no me interesa y esto no se vuelva incómodo. No quiero hacer una montaña de ello si puedo evitarlo.

Me encanta mi trabajo y lo último que quiero es ponerlo en peligro. Sé que Tyler le come la oreja a Jasmine y, aunque espero que me tomen en serio si lo cuento, prefiero no averiguarlo.

Sloane asiente con el ceño fruncido.

—Entiendo. No quieres agitar las aguas.

—Trabajo independientemente, no soy una empleada —puntualizo.

—Lo entiendo. Pero escucha: si Tyler sigue con esto, tienes que dar parte formalmente. Yo te puedo ayudar si no estás cómoda acudiendo a Jasmine.

—Trato hecho.

—Vale, cambio de tema —continúa con un tono más alegre—. Estuve pensando anoche. El bombazo que me soltaste caló de verdad cuando estuve sobria.

El corazón me late al escuchar las palabras de Sloane. Los sucesos de anoche vuelven en tromba y de repente me acuerdo de la confesión que hice borracha.

—Dios. —Suelto un quejido, tapándome la cara con las manos—. No me puedo creer que te lo contara.

Veo el brillo de emoción en los ojos de Sloane.

—¿Estás de broma? Me encantó que me lo contaras. Lo que significa que tenemos plan para el viernes por la noche. Vamos a Naughty and Nice. Sin objeciones.

—¿La discoteca? ¿No es un club sexual al que solo dejan entrar a miembros?

Sloane hace un gesto para desechar mi pensamiento.

—Por favor, tengo mis contactos. Pero los viernes está abierto para todo el mundo. Van a montar una fiesta de Navidad y va a estar a reventar. Y no es solo un club sexual. Es más un local lujoso y exclusivo para que los adultos exploren lo que les… interesa. Perfecto para gente como nosotras.

—Como nosotras, ¿eh?

Sloane suelta una risilla.

—Exacto. Gente curiosa, con la mente abierta y lista para explorar. Vamos, será divertido. ¿Y quién sabe? Igual encuentras a alguien que te *satisfaga*.

Mis pensamientos vuelan de inmediato a WinterWatcher y en cómo nos satisficimos mutuamente a nuestra manera anoche. Me empiezo a sonrojar y espero que Sloane no se dé cuenta. No estoy preparada para hablarle de él.

—Es solo una fiesta —insiste Sloane—. No tienes que hacer nada con lo que no te sientas cómoda. Vamos allí, tomamos unas copas y bailamos un poco. Si no te gusta, nos vamos. Sin presión.

Me muerdo el labio, considerando su oferta. A una parte de mí la aterroriza ir a un sitio así, pero la otra, la que he intentado ignorar durante años, está entusiasmada y siente curiosidad.

—No… no sé, Sloane. Parece intenso.

—¡Vamos, vive un poco! ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo emocionante de verdad?

Pienso en mis encuentros *online* con WinterWatcher, pero, claro, no puedo contárselos a Sloane.

—Vale —claudico con un suspiro, sin poder resistir su entusiasmo —. Pero, si me quiero ir, nos vamos. Sin preguntas.

Sloane da una palmada, rebosante de alegría.

—¡Hecho! —Se le entrecierran los ojos y reconozco la mirada traviesa de inmediato—. Sabes que… siempre puedes invitar a Jack el Bombero. Quizá te enseñe su lado bueno y su lado malo.

Se me encienden las mejillas cuando menciona a Jack.

—¡Sloane! Ni de broma. Apenas lo conozco. Además, no creo que le vayan esas cosas.

Sloane se encoge de hombros con una sonrisa pícara.

—Nunca se sabe. A veces los más tímidos son los más salvajes en la intimidad.

Pongo los ojos en blanco, intentando ignorar la culpa que me atraviesa cuando pienso en Jack solo unos minutos después de pensar en WinterWatcher. Mis pensamientos se han convertido en una zorra infiel.

—Hablando de Jack —empieza Sloane con los ojos llenos de curiosidad—. No me has contado cómo has acabado con su camisa esta mañana. Dame los detalles, cariño.

Suspiro, sabiendo que mi amiga no lo va a dejar pasar.

—No ha sido tan emocionante. Iba con prisa a por un café esta mañana, sin prestar atención, y me choqué con él, así que me derramé encima todo el café.

Sigo con la historia, quitándole importancia al hecho de que, después de que el encuentro con WinterWatcher me dejara hecha pedazos, algo no iba bien entre los dos. No podía explicar qué era, pero algo iba mal. Y no se trata solo de la culpa que siento.

Sloane dibuja una sonrisa de satisfacción.

—Te gusta mucho, ¿verdad? Pero te sientes culpable por tu perfil *online* secreto.

No tiene ni idea de la razón que tiene. Se me calienta la cara,

sorprendida por lo perspicaz que es Sloane.

—Es… es complicado —tartamudeo, insegura de cómo explicar el lío de emociones que siento.

Sloane suaviza su expresión.

—Oye, lo entiendo. Estás explorando diferentes facetas de ti misma. Eso no tiene nada de malo.

Asiento, agradecida de que lo entienda.

—No quiero hacerle daño a nadie, ¿sabes? Jack parece un chico genial.

—Y tú eres una chica genial. Te mereces encontrar la felicidad después de todo lo que has pasado —me recuerda con un tono que evoca el de mi madre. Tranquilizador. Cálido. Como un abrazo cariñoso.

Le dedico una pequeña sonrisa cuando lo dice, conmovida por su apoyo, pero aún en conflicto.

—Gracias, Sloane. Yo solo… no sé lo que quiero ahora mismo. —Me masajeo las sienes—. Y esta resaca no ayuda. Necesito volver a casa y lamerme las heridas.

—Vale, vale —responde con un tono más suave—. Vete a casa y descansa. Pero no creas que te vas a librar de lo del viernes. Te mando los detalles luego.

Asiento, agradecida por la tregua.

—Gracias. Nos vemos.

Mientras salgo de la oficina, me suena el móvil en el bolsillo. El corazón me da un vuelco cuando veo que se trata de una notificación. Un mensaje de WinterWatcher.

WINTERWATCHER

Hola. No paro de pensar en lo de anoche.
Sigo entrando esperando encontrar otro vídeo tuyo.
Estoy ansioso… por verte.



CAPÍTULO VEINTE

JACK

No debería estar haciendo esto en el parque. Lo sé. No rompe ninguna regla ni va a hacer que me despidan. Lo que hacen los bomberos en la privacidad de sus dormitorios de la estación una vez que se van a dormir es cosa suya. Siempre y cuando estemos preparados para entrar en acción cuando suene la alarma. Pero hoy todo está demasiado tranquilo y espero poder entrar en el ordenador sin que me molesten.

Mis dedos se posan sobre el teclado mientras echo una mirada hacia la puerta, casi esperando que entre el jefe sabiendo de alguna manera que voy a entrar en la cámara oculta a espiar a la chica a la que llevo años acosando. Pero el pasillo se mantiene en silencio, salvo por los ronquidos distantes de mis compañeros.

Inhalo, meto la contraseña y espero a que cargue. La imagen familiar de su habitación aparece en la pantalla, iluminada débilmente por el brillo de un ordenador. Se me acelera el corazón al ojear la habitación, buscando cualquier señal de movimiento.

Ahí está. Acurrucada en la cama, profundamente dormida. Su pelo largo y oscuro se posa sobre la almohada y apenas puedo ver el movimiento de su pecho al respirar. Acerco la cara a la pantalla, empapándome de cada detalle.

Sé que no debería estar haciendo esto. No estoy loco del todo. Pero no puedo evitarlo. He estado observándola durante tanto tiempo, aprendiendo sus horarios, sus hábitos. De alguna forma, siento como si la conociera mejor que nadie en su vida.

Un crujido en el pasillo me sobresalta. Rápidamente, minimizo la pestaña con el pulso resonándome en los oídos. Pero solo es el sonido del edificio viejo. Dejo escapar un suspiro y vuelvo a mirar la pantalla.

Una voz en mi cabeza me grita que esto está mal, que estoy cruzando una línea y nunca podré retroceder. Pero otra parte de mí, más oscura, me susurra que esto es lo más cerca que voy a estar de ella.

Que lo necesito.

Chloe se revuelve en su sueño y por un momento tengo miedo de que se despierte. Pero solo se da la vuelta, arropándose con la sábana. Me pregunto con qué sueña. ¿Sueña conmigo alguna vez? Con el bombero amable que la invita a chocolate caliente. O tal vez sueña con WinterWatcher, sin saber que somos la misma persona, pero le ofrecemos algo completamente diferente.

Lo sé. Lo veo.

Jack le ofrece luz. WinterWatcher le ofrece oscuridad. La pregunta es: ¿cuál es el verdadero yo?

Sacudo la cabeza, intentando aclarar esos pensamientos. Esto tiene que parar. Necesito apagar el portátil, borrar la aplicación y olvidarme de ella. Pero, mientras intento convencerme para hacer lo correcto, ella murmura algo, se da la vuelta y alcanza su teléfono. Me quedo paralizado, cautivado de nuevo por esta mujer.

Mi mano se mantiene sobre el portátil, preparado para cerrar la pestaña en cualquier momento. Pero Chloe no se despierta del todo. Busca a tientas su móvil, entornando los ojos cuando se enciende la pantalla, y lo vuelve a dejar en la mesita de noche. Suelto la

respiración que no sabía que estaba conteniendo.

El brillo tenue del móvil le ilumina la cara durante un momento y su belleza me golpea de nuevo. La curva de su mejilla, el ligero puchero que hacen sus labios cuando se da la vuelta para volver a dormirse. He memorizado cada detalle, pero verla así siempre me deja sin respiración.

Miro el reloj y veo que es bien pasada la medianoche. Debería intentar dormir por si nos llaman. Pero no puedo apartarme de la pantalla. Solo unos minutos más, me digo a mí mismo. Solo un poco más.

De pronto, Chloe se sienta en la cama, ahora totalmente despierta. Se me acelera el corazón cuando la veo salir de la cama y sentarse frente al ordenador.

¿Va a entrar para chatear con WinterWatcher? El pensamiento me alegra a la par que me aterroriza.

No estoy preparado para esto. No tengo pensado qué decir, cómo actuar. Pero, al ver cómo se mueven sus dedos por el teclado, hago lo mismo con el mío. Preparado para convertirme en la persona que conoce *online*, para entrar en el mundo oscuro que hemos creado juntos.

Mi teléfono vibra con una notificación. Lo miro con el cuerpo en tensión. Es un mensaje de Chloe para WinterWatcher:

BLACKASCHLO

¿Estás ahí? No puedo dormir. Esperaba que estuvieras despierto.
En realidad no tengo ni idea de dónde vives.
Podría ser mediodía donde estés.

WINTERWATCHER

Vivo en Nueva York

Puede que sea peligroso compartir algo sobre mí, pero las palabras

salen solas antes de que pueda procesar de verdad las consecuencias.

BLACKASCHLO

¿En serio? Yo también.

Parte de mí quiere retractarse, mentir y decir que vivo en California o en Europa. Pero otra parte, la que anhela una conexión real, es la que me empuja:

WINTERWATCHER

Qué coincidencia. El mundo es un pañuelo, ¿eh?

La veo sonreír a través de la pantalla, con la cara iluminada por la luz tenue del ordenador. Se mete un mechón de pelo detrás de la oreja, un gesto que la he visto hacer incontables veces antes.

BLACKASCHLO

Y tanto. ¿En qué parte de Nueva York?

WINTERWATCHER

Manhattan.

Llego a la conclusión de que es una respuesta lo suficientemente vaga. En Manhattan vive más de un millón de personas. Su emoción se refleja en la respuesta, incluso a través de la pantalla.

BLACKASCHLO

Yo trabajo allí.

Nos podríamos haber cruzado por la calle y nunca lo sabríamos.

Si ella supiera cuántas veces eso ha pasado de verdad…

WINTERWATCHER

He estado pensando en ti.

Veo cómo Chloe abre los ojos al leer mis palabras. Se muerde el labio y duda antes de responder:

BLACKASCHLO

Yo también he estado pensando en ti. Más
de lo que probablemente debería.

Se me acelera el corazón. Estamos entrando en terreno peligroso, pero no soy capaz de parar.

WINTERWATCHER

¿En qué has estado pensando?

Se produce una larga pausa. En la pantalla, puedo ver a Chloe tomar aire y armarse de valor. Cuando llega su respuesta, es más directa de lo que imaginaba:

BLACKASCHLO

En mis fantasías. Las que te incluyen a ti.

Trago saliva y la lengua se me pega al paladar. Esto está escalando muy rápido y una parte de mí sabe que debería parar. Pero la parte oscura, la que la ha estado observando todo este tiempo, me alienta a continuar. Contesto, ignorando cómo se me endurece la polla:

WINTERWATCHER

Cuéntame esas fantasías.

Veo cómo Chloe se sonroja a través de la pantalla. Vuelve a tomar aire antes de responder:

BLACKASCHLO

Imagino que nos vemos en persona. Te veo con una máscara
puesta. Una máscara de un estilo casi pagano. Tendrá cuernos o

algo demoníaco. Imagino que te cubre toda la cara, menos los labios.

WINTERWATCHER

Sigue.

Siento cómo me pesan los dedos al contestar. Veo cómo Chloe se retuerce en la silla, afectada por la fantasía que está compartiendo. Se muerde el labio de nuevo, un gesto que siempre me vuelve loco.

BLACKASCHLO

En mi fantasía, te acercas a mí, despacio. No puedo verte los ojos con claridad, pero puedo sentir la intensidad de tu mirada. No dices nada, pero tu presencia me abruma. Cuando te acercas lo suficiente, extiendes la mano para tocarme la cara. Tus dedos fríos contra mi piel me provocan un escalofrío.

Se me hace un nudo en la garganta. Casi puedo sentir su piel bajo mis dedos, oler su perfume. La línea entre fantasía y realidad se emborrona peligrosamente.

WINTERWATCHER

¿Qué pasa después?

Temo y ansío su respuesta. Hace una pausa, sopesando sus palabras. Veo cómo se le acelera la respiración.

BLACKASCHLO

Te inclinas y me besas. Al principio es un beso amable, pero luego es más profundo. Enredas las manos en mi pelo, acercándome a ti. Levanto las manos para tocar tu máscara, pero me atrapas las muñecas y las sujetas sobre mi cabeza.

Suelto un gemido bajo, agradecido por el grosor generoso de las paredes del parque. La imagen que crea es vívida y me pierdo en ella. Por un momento me olvido de la cámara, de la distancia entre nosotros. Ahora estamos juntos, compartiendo esta fantasía.

BLACKASCHLO

¿Quieres que pare?

La pregunta llega después de un momento de silencio. Contesto rápido:

WINTERWATCHER

No. No pares.

Puedo ver su sonrisa a través de la pantalla, con una mezcla de timidez y deseo. Toma aire profundamente antes de continuar:

BLACKASCHLO

Me empotras contra la pared. Siento tu cuerpo duro contra el mío. Puedo sentir cada centímetro de ti. Mueves los labios por mi cuello y me haces jadear. Me arañas la piel con los dientes y yo te suplico que me folles. Ruego por tu polla.

Suelto el aire.

WINTERWATCHER

¿Y te doy lo que quieres?

Veo cómo Chloe se retuerce en la silla, con las mejillas rojas. Duda antes de responder:

BLACKASCHLO

No inmediatamente. Primero me provocas. Tus manos recorren todo mi cuerpo, tocándolo todo menos donde más lo necesito.

Gimoteo y te suplico que me tomes.

Se me tensa la polla en los pantalones del uniforme. Cambio de postura, incómodo, intentando concentrarme en la pantalla y no en el deseo que me arde por dentro. Contesto con la respiración entrecortada:

WINTERWATCHER

Cuéntame cómo suplicas.

BLACKASCHLO

Por favor. Por favor, fóllame. Te necesito dentro. Necesito sentir cómo tu polla me dilata por dentro. Por favor, soy tuya. Tómame.

Pero no lo haces. Todavía no. Estás esperándolos. Todavía no han llegado.

WINTERWATCHER

¿Quiénes?

BLACKASCHLO

Los otros. Los que miran.

WINTERWATCHER

Quieres que nos miren mientras te follo.

BLACKASCHLO

Sí. Más que nada.

WINTERWATCHER

¿Cuántos son?

BLACKASCHLO

Una habitación llena. Quiero que todos me vean el coño

mientras me abres.

WINTERWATCHER

¿Y qué hago después?

BLACKASCHLO

Deslizas la mano entre mis piernas y sientes lo mojada que estoy. Les dices a los demás lo preparada, lo desesperada que estoy. Entonces me metes dos dedos dentro y me haces chillar.

Reprimo un gemido. La excitación casi duele. En la pantalla, puedo ver cómo se le acelera la respiración y su pecho sube y baja rápidamente.

BLACKASCHLO

Me follas con los dedos, primero despacio y después rápido.

Estoy perdido en la fantasía, imaginando cada detalle. El calor de su piel, el sonido de sus gemidos, lo estrecha que está alrededor de mis dedos.

WINTERWATCHER

¿Y después?

BLACKASCHLO

Después sacas los dedos. Los llevas a mis labios y me obligas a saborearme. Y al final, por fin, te desabrochas los pantalones y te sacas la polla.

Observo los dedos de Chloe sobre el teclado y lo agitado que tiene el pecho. Está tan excitada como yo.

BLACKASCHLO

Me provocas con la punta. Frotándola contra mi clítoris,

haciéndome gemir. La multitud nos mira con ojos hambrientos. Me preguntas si estoy lista, si lo quiero de verdad.

La necesidad de estar dentro de ella es insoportable.

BLACKASCHLO

Te lo suplico. Te digo que nunca he estado más lista para algo en mi vida. Paso mis piernas por tu cadera, intentando acercarte a mí.

Necesito follármela. Necesito follármela ahora mismo.

BLACKASCHLO

Me la metes con un solo movimiento. Grito, abrumada por la sensación de plenitud. Empiezas a moverte, primero despacio y después rápido. La habitación se llena con el sonido de piel con piel, mis gemidos y tus gruñidos. Ahora me follas duro, con las manos agarrándome las caderas tan fuerte que sé que mañana voy a tener marcas.

Y eso me encanta. Quiero que todo el mundo vea las marcas que dejas en mí.

Estoy tan duro que duele.

BLACKASCHLO

Estoy gimiendo tu nombre, suplicándote más.

De repente, suena la alarma por toda la estación. Me sobresalto y cierro el portátil por instinto. El corazón me martillea mientras oigo el movimiento de mis compañeros, el sonido de botas contra el suelo cuando todos se dan prisa por responder.

No puedo dejar a Chloe preguntándose a dónde he tenido que ir

con tanta prisa, así que vuelvo a abrir mi ordenador y envío una respuesta rápida:

WINTERWATCHER

> Tengo que irme, preciosa. Alguien está llamando a la puerta. Lo siento. Pero me tocaré pensando en esto más tarde, te lo aseguro.

Me pongo de pie, ajustándome e intentando recuperar la compostura mientras corro a unirme a mi equipo. Esta chica va a matarme algún día o al menos a dejarme hinchadas las pelotas.



CAPÍTULO VEINTIUNO

CHLOE

De alguna manera, encuentro el valor para escribir:

BLACKASCHLO

Voy a ir esta noche al Naughty and Nice. ¿Igual podemos vernos allí? Voy a llevar un lazo rojo atado al cuello y un vestido de seda verde. Ven a desenvolverme.

Mantengo el dedo sobre el botón de enviar durante lo que parece una eternidad. ¿He perdido la cabeza? Es justo decir que sí. Nunca pensé que iría a una fiesta en un club sexual con Sloane. Y, por mucho que diga que es por la insistencia de mi amiga y que todo esto ha sido idea suya, la idea me emociona de verdad. No tuvo que insistir mucho para convencerme.

Presiono el botón de enviar. Ya está hecho. No hay vuelta atrás. Miro el mensaje que le he mandado a WinterWatcher, que ahora forma parte de la realidad para siempre.

Me paseo por la habitación con las manos sudorosas. Mi cabeza es un torbellino de expectativas vividas y una terrible ansiedad.

¿He sido demasiado atrevida? Pues sí. Ni siquiera conozco a esta persona.

¡Ni siquiera conozco a esta persona! Y acabo de decirle dónde

estaré esta noche.

No soy una chica inocente. He vivido en Nueva York toda mi vida. Soy lista y aun así…

Miro el reloj y sé que no tengo tiempo para pensar demasiado si vendrá o no y, en caso de que lo haga, si será un asesino en serie o un *boy scout*. Tengo que salir ya si quiero llegar al ferry a tiempo para verme con Sloane. Vuelvo a mirar el móvil. No hay respuesta todavía. ¿Debería sentirme aliviada? ¿Decepcionada? No me decido. Mientras agarro el bolso y las llaves, le echo un último vistazo al aparato y no puedo evitar sentirme apenada.

Me miro al espejo una última vez, coloco el vestido color esmeralda en su sitio y compruebo que llevo bien puesto el lazo rojo alrededor del cuello antes de salir. Y congelarme hasta las pestañas. Tomo la decisión rápida de ir al club en algún coche que pueda subir al barco.

Cuando llego al Naughty and Nice, he conseguido calmarme respirando despacio, profundamente. Salgo del taxi y alcanzo a Sloane, que me está esperando en la puerta. Va muy de su estilo: medias de rejilla y corsé de cuero rojo. También le cae la melena roja por la espalda.

—¡Joder, Chloe! ¡Mírate! —Me echa una mirada de arriba abajo—. Así me gusta.

Me sonrojo ante sus cumplidos y cambio la postura a una más confiada, mostrando el vestido esmeralda que se ciñe a mi figura. Por primera vez, no siento que Sloane me haga sombra ni que sea la chica tímida que acecha a su lado.

El ritmo de la música del club llega a la calle y se mezcla con las voces y las risas de la gente que se apiña dentro. Sloane enhebra su brazo con el mío con una mirada de emoción.

—¿Estás lista? —pregunta, y apenas la escucho con todo el ruido —. Vamos dentro, a ver en qué problemas nos podemos meter.

Asiento con el corazón martilleándome en el pecho. Estoy lista, o al menos quiero estarlo. Quiero dejar ir todos mis miedos y mis dudas, abrazar este lado mío, salvaje y desinhibido, que se ha estado ocultando durante tanto tiempo. No puedo esconderme tras la pantalla para siempre.

Mientras nos movemos por el abarrotado club, Sloane me guía confiada hacia la barra y pide una copa para cada una. El aire es pesado, con olor a sudor, alcohol y algo más: deseo. La sala está iluminada por una luz tenue y luces de neón que acentúan las caras de todo el mundo. Al menos las que puedo ver. Mucha gente lleva máscara, algunas de temática navideña y otras hechas de cuero o de encaje. El simple hecho de estar rodeada de máscaras despierta una fantasía muy arraigada en mí. Me encanta que se respire una mezcla de secretos y pasiones liberadas.

Cuando le doy un trago a mi copa, la música y la energía del club vibran en mi interior. ¿Por qué me he ocultado de esto durante tanto tiempo? Nunca he experimentado esta sensación interna de libertad. El vestido abraza cada curva de mi cuerpo, haciéndome sentir sexy y poderosa. Me muevo al ritmo de la música y me pierdo en el momento. Me siento bien, muy bien.

Sloane me sonríe con los ojos llenos de picardía.

—¡Vamos a bailar! —grita por encima de la música, y me agarra de la mano para arrastrarme a la pista de baile.

Bailamos mientras el ritmo y el bajo nos vibran por el cuerpo y no puedo evitar mirar a la multitud en busca de mi hombre misterioso. No es que sepa cómo es, pero puede que me esté vigilando y sea uno de los hombres enmascarados que hay en la sala. Puede que haya visto el lazo rojo y esté listo para acercarse.

Justo cuando me doy el gusto de perderme en esa fantasía tan tentadora, una mano me agarra por la cintura desde atrás. Doy un respingo y me giro para encontrarme cara a cara con un hombre con

una máscara de terciopelo negro decorada con filigrana plateada. Sus ojos oscuros atraviesan la máscara y hacen que me suba un escalofrío por la columna. Solo le cubre la parte superior de la cara, dejando libres sus labios, y lleva también una capucha negra y mangas largas negras. Parece desvanecerse tras la máscara, así que no puedo distinguir bien sus rasgos.

—Baila conmigo —me ordena con la voz profunda y ronca.

Con la música tan alta, casi no distingo su voz.

Asiento, incapaz de encontrar las palabras mientras me atrae hacia él y nuestros cuerpos se mueven en sincronía con el ritmo. Su tacto es eléctrico y enciende un fuego dentro de mí que no puedo sofocar.

¿Es él? ¿O es solo otro cliente del club?

Mientras bailamos, sus manos trazan la extensión de mi caja torácica, rozando el lazo rojo alrededor de mi cuello. Se me corta la respiración cuando tira de mí con cuidado para acercarme todavía más a él. Me embriaga su olor a sándalo y almizcle; se me hace familiar. Algo tan intenso que hace que quiera más.

Se me acelera el corazón cuando le miro a los ojos, intentando descubrir quién se esconde tras la máscara.

¿De verdad quiero saberlo?

No. Sí. Puede. Aun así, la idea de estar con un completo desconocido envía una chispa de electricidad directamente entre mis piernas.

Me susurra algo al oído, pero las palabras se pierden en el ritmo estruendoso. Lo único en lo que puedo concentrarme es en el calor de su aliento sobre mi piel y la manera en que sus manos no paran de moverse.

Sus labios trazan un camino por mi cuello, dejando un rastro de escalofríos. Ahogo un jadeo cuando roza mi clavícula con los dientes y la insinuación del dolor solo aumenta mi excitación. Me arqueo contra él, suplicando silenciosamente más.

¿Quién podría ser este hombre? ¿Es el hombre del móvil? Puede que solo sea un banquero, un médico, un policía, un bombero… Jack. Un bombero como Jack.

El hombre misterioso me da la vuelta y presiona mi espalda contra su pecho. Sus brazos fuertes me rodean, sosteniéndome mientras continuamos moviéndonos al ritmo de la música. El tempo se acelera, imitando el latido de mi corazón. Dejo caer la cabeza en su hombro, cierro los ojos y me rindo a las sensaciones que fluyen dentro de mí. Sus labios encuentran el punto sensible bajo mi oreja y dejo escapar un gemido suave. El pensamiento de Jack se difumina, sustituido por el deseo arrollador hacia este extraño.

Levanta el brazo y traza el contorno de mi mandíbula con el pulgar.

—¿Puedo abrir mi regalo ya? —Tiene la voz muy grave… tanto que parece que lo que está haciendo es disfrazar su propia voz. Pero no me importa.

¡Ha venido! ¡Es él!

La comprensión me golpea como una ola y sonrío mientras me giro para admirarlo.

—Has venido —exhalo. Mi voz apenas se oye por encima de la música—. Me preguntaba si lo harías.

Deshace el lazo rojo con los dedos y deja que caiga al suelo sin despegar los ojos de los míos.

Veo a Sloane en la distancia bailando con un hombre y nos miramos en una conversación silenciosa. Aquí es donde acaba nuestra noche juntas y donde tomamos caminos separados para explorar la siguiente fase de la noche. Me lanza una sonrisa traviesa y sé exactamente lo que me está diciendo que haga.

¿Debería preocuparse porque esté bailando con un hombre enmascarado? ¿Debería estarlo yo?

El hombre me toma de la mano y me guía por la masa de gente bailando hacia una esquina apartada del club. Nos envuelven las

sombras mientras me empuja suavemente contra la pared. Su cuerpo presiona el mío. Sus labios encuentran los míos en un beso apasionado y me rindo a la intensidad del momento.

Nuestras lenguas se mueven en perfecta armonía, como lo han hecho nuestros cuerpos en la pista de baile. Sus manos exploran mi cuerpo, dejando un rastro de fuego a su paso. Gimo en su boca cuando sus dedos encuentran el bajo de mi vestido y provocan la piel que está debajo.

Quizá debo pedirle que se quite la máscara, pero no quiero. Me gusta la sensación del terciopelo en la cara mientras nos besamos.

Mis dedos agarran la tela de su capucha mientras lo atraigo más hacia mí, desesperada por más. Su sabor y las sensaciones que produce me consumen.

Sus manos me acarician los muslos, subiendo el vestido lo suficiente para darle acceso a la piel desnuda que esconde debajo. Ahogo un grito cuando sus dedos rozan la tela de mis bragas y deja salir un gruñido bajo.

En respuesta, profundiza en nuestro beso, que me deja sin respiración y con ganas de más. El tacto provocador de sus dedos envía oleadas de placer a través de mi cuerpo y muevo las caderas contra su mano, suplicando más en silencio.

Me complace deslizando los dedos bajo el encaje para encontrar mi humedad. Gimo en su boca cuando empieza a acariciarme, su tacto experto manda una ráfaga de erotismo puro que me golpea. Me aferro a él y le clavo las uñas en los hombros mientras observo a los cientos de asistentes, que no parecen darse cuenta. No somos los únicos haciendo esto en la sala, pero nunca he estado tan expuesta. Nunca he hecho nada en público. Pero, tal como se lo describí en nuestra fantasía… lo anhelo.

El mundo desaparece a nuestro alrededor y todo lo que existe es el ruido de la música y su cuerpo presionando contra el mío.

—Vamos —me ordena, rompiendo el beso.

Me toma de la mano y me dirige a través de la masa de gente bailando hacia la puerta trasera del club. El corazón me martillea y casi no respiro mientras subimos por unas escaleras estrechas que llevan a un pasillo apenas iluminado. Se para frente a una puerta y agarra el pomo.

Se me pasa por la cabeza huir antes de que abra la puerta, la cual muestra una sala con una luz tenue y lujosas cortinas rojas que decoran las paredes. El olor del incienso inunda el aire y el sonido amortiguado y distante de la música del club en la planta baja se filtra por las paredes.

Me guía hacia el interior, cierra la puerta detrás de nosotros y echa el pestillo. Aunque no hay nadie en la habitación, no estamos realmente solos. Hay dos ventanas enormes, que van desde el suelo hasta el techo y revelan a la gente que se encuentra en la habitación contigua. Los espectadores miran con mucha atención; sus caras están iluminadas solo por el brillo tenue de la habitación. Se encuentran lo suficientemente cerca como para vernos, pero lo suficientemente lejos como para no distinguir sus facciones.

Se forma una avalancha de calor entre mis piernas cuando vuelvo la atención a mi hombre enmascarado, insegura de si realmente voy a poder seguir con esto. Se acerca y aparta con los dedos un mechón de pelo de mi cara.

—Me dijiste que esta era tu fantasía. —Su voz es grave y ronca y ahora sé que está intentando camuflar su tono natural, lo que solo aumenta el misterio sensual de toda esta experiencia.

Dudo un momento y mis ojos se dirigen a las ventanas y a las sombras tras ellas.

—Eso dije —respondo—. Pero nunca pensé que se haría realidad.

Me toma de la mano y me dirige hacia el centro de la habitación, frente a una gran cama ornamentada. Las cortinas de terciopelo rojo

que rodean la cama crean una sensación de intimidad, a pesar de la gente que nos mira a través de las ventanas.

Nos están mirando. ¡Dios mío, nos están mirando!

Me acaricia la mandíbula con los dedos y la levanta para que le mire a los ojos. Trago saliva y mi cuerpo quiere derretirse en el suelo. Asiento, dándole mi consentimiento en silencio.

Con una sonrisa traviesa, me desviste despacio. Sus manos me ponen la piel de gallina. El aire fresco de la habitación contrasta con el calor de nuestras respiraciones.

—No olvides que están mirando —me susurra al oído mientras el vestido cae a mis pies, y sus palabras solo aumentan mi excitación.

Intento no mirar las ventanas por miedo a acobardarme y huir de la habitación para que esta fantasía fallida me persiga de por vida. En su lugar, me quedo frente a él, vestida solo con mis bragas de encaje y los tacones.

Da un paso atrás para admirarme. Se le escapa un gruñido bajo cuando recorre mi cuerpo casi desnudo. El hambre en sus ojos y saber que hay desconocidos mirando cada movimiento hace que mi cuerpo estalle en llamas.

Engancha con los dedos la tela de mis bragas y las baja por mis piernas despacio. Salgo de ellas sintiéndome extremadamente expuesta en la mejor de las formas. Sus labios se encuentran de nuevo con los míos en un beso dominante y posesivo.

Por primera vez desde que entré en la habitación, echo un vistazo a las ventanas. Varios pares de ojos están fijos en nosotros, observan cada movimiento con una curiosidad descarada. El calor entre mis piernas aumenta cuando soy consciente de cuántas personas nos están mirando de verdad y me aprieto contra él, ansiosa por dar un buen espectáculo. Alzo la mano para desabrocharle la camisa y dejar al descubierto el pecho musculoso que esconde debajo. Y tatuajes… joder… muchos tatuajes; mi

fantasía hecha realidad.

Deja escapar un gemido cuando mis dedos trazan los intrincados patrones de la tinta en su piel. Intento quitársela por los hombros, pero me para y niega con la cabeza. Quiere dejarse la capucha puesta, mantener el misterio, y me parece bien. Más que bien.

Con una sonrisa de suficiencia, le abro el cinturón y se lo quito. Los pantalones sí tienen que desaparecer.

Vuelvo a mirar hacia las ventanas y les mando otra sonrisa. Sí, eso es, esta noche es mío.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

JACK

Follar con Chloe en esta habitación con todo el mundo mirando al otro lado del delgado cristal es sin duda una de mis fantasías y sé que también es la suya. Y, aunque no se me pasó por la cabeza ponerme una máscara, ha hecho posible todo lo de esta noche sin que me detecten. Qué conveniente que Chloe admitiera con entusiasmo lo eróticos que le parecen los hombres enmascarados.

Me pone nervioso la forma en la que pasa los dedos por mis tatuajes. Llamas de fuego y hachas, junto con otros tatuajes clásicos de bomberos, decoran la mayor parte de mi pecho y brazos y espero que no revelen mi identidad. Por suerte para mí, Chloe no parece examinarlos con mucha atención. Y, aunque descubriera quién se esconde bajo la máscara, ¿sería tan malo?

Mis labios rozan su oreja.

—¿Sientes cómo nos miran? —susurro con la voz lo más baja y ronca que puedo para camuflarla. Tanto que roza lo ridículo.

Chloe suelta un jadeo, casi sin respiración.

—Sí —me susurra de vuelta. Su voz es casi inaudible—. Me pone muchísimo.

—Pueden verte el coño desnudo —gruño—. Y ahora van a ver cómo paso la lengua por cada centímetro de él.

Chloe gimotea cuando deslizo la mano por su muslo y mis dedos se acercan a su humedad. Puedo ver los ojos hambrientos de la gente que nos mira a través del cristal. Es una emoción como ninguna otra saber que somos el centro de atención y que voy a ofrecerles mucho más. Mi misión es no decepcionarlos.

La guío hacia el final de la cama y le abro las piernas, exponiéndola completamente para nuestro público. Chloe se muerde el labio, con las mejillas sonrojadas de deseo, y yo me pongo de rodillas. El aroma de su excitación llena el aire, me lanza un hechizo salvaje. No pierdo el tiempo y la devoro, provocando su clítoris mientras le meto dos dedos.

Grita y su cuerpo vibra de placer. Me agarra la capucha, acercándome a ella mientras sigo con mi implacable asalto a todos sus sentidos. Dios, sabe bien. Muy bien.

—Oh, Dios —gime, susurrando desesperada—. No pares.

No tengo intención de parar. Estoy demasiado centrado, perdido en su sabor y en cómo se siente. Doblo los dedos dentro de ella, masajeando ese punto que la hace gritar incluso más. Succiono su clítoris y le paso la lengua sin descanso.

Arquea la espalda cuando chilla:

—¡Jack!

Aunque no se dé cuenta de quién soy.

Espera… ¿acaba de gritar mi nombre? Me quedo paralizado y ella se yergue con los ojos muy abiertos. Dirige la mirada hacia las ventanas que se encuentran detrás de mí y se aclara la garganta:

—Quiero que se toquen con lo que me estás haciendo —aclara.

Parece nerviosa, o puede que sea yo el que está nervioso. No hay forma de que pueda saber que soy yo. Diría algo, seguro. Intentando no chafar el momento, le regalo una sonrisa de satisfacción, asiento y me relamo, listo para reanudar mi tarea con energía renovada.

Dirijo los ojos al cristal y me topo con la mirada de alguno de los testigos. Algunos se están tocando. Es tan estimulante saber que Chloe y yo somos los responsables de su placer.

Vuelvo a prestar atención a Chloe, que tiene la respiración acelerada. Su pecho sube y baja con cada respiración irregular. Tiene los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás de puro éxtasis. Deslizo los dedos fuera de ella y los sustituyo por mi lengua, aceptando su humedad con entusiasmo mientras le vuelvo a meter tres dedos, abriéndola para mí.

Chloe mueve las caderas sobre mi cara y sus muslos tiemblan mientras se acerca al clímax. Encojo los dedos dentro de ella, buscando ese punto que sé que la hará explotar. Su mano aprieta la tela alrededor de mi cabeza y me atrae hacia ella para alentarme.

—Oh, Dios, sí —gime con la voz ronca de deseo— ¡Así, no pares!

Aumento la presión de mi lengua, moviéndola rápidamente por su capullo sensible mientras bombeo con los dedos. Los sonidos húmedos de su coño llenan el aire, mezclándose con sus sollozos de placer y los gemidos amortiguados de nuestro público.

Dios, quiero follármela. Pero no aquí. Ahora no. Así que centro toda mi energía en llevarla al clímax. Quiero oírla gritar y sentirla convulsionar alrededor de mis dedos. Quiero saborear su liberación en mi boca.

Dios santo, su sabor… Es como la miel, dulce y embriagador. No es suficiente. Chupo con voracidad, introduciendo más mi lengua, explorando cada pliegue y hueco. Sus muslos me abrazan, manteniéndome en el sitio, mientras sus caderas se mueven contra mi cara enmascarada. Siento que está cerca, su interior palpita alrededor de mis dedos.

—Oh, Dios, Dios, Dios —repite, empujando salvajemente las caderas contra mi cara.

Redoblo mis esfuerzos succionando su clítoris. Da un grito

ahogado y su cuerpo tiembla cuando se acerca más y más al clímax. Siento cómo su interior se aprieta sobre mis dedos y sé que está cerca. Le succiono el clítoris más fuerte, lamiéndolo más rápido mientras grita y su cuerpo convulsiona de placer.

No paro hasta que ha terminado su orgasmo por completo y su cuerpo se ablanda, agotado. Me aparto relamiéndome los labios para saborearla. Abre los ojos y me mira con una sonrisa satisfecha.

—Ha sido increíble —afirma con la voz ronca y llena de deseo—. Pero es tu turno.

Me pongo de pie y ella se arrodilla frente a mí mientras me bajo los calzoncillos, liberando mi erección. Me acerco, apretándome contra ella, y le susurro al oído:

—Voy a hacerte tragar cada centímetro de mí —prometo con la voz grave—. Y todos van a ver cómo lo haces, como la chica buena que eres.

Chloe asiente con ojos hambrientos cuando la agarro por la nuca, guiándola hacia mi polla. Se lame los labios y su mirada conecta con la mía mientras recibe centímetro a centímetro. Gimo cuando chupa la punta antes de metérsela más profundo en la boca.

Los espectadores tras el cristal parecen fascinados y sus ojos siguen cada movimiento mientras Chloe hace su magia. Puedo ver a algunos masturbándose al ritmo de sus movimientos, cómo su placer aumenta con el mío.

Le sujeto la nuca y guío sus movimientos cuando me toma aún más profundo. Gime alrededor de mi longitud y las vibraciones mandan oleadas de placer a través de mi cuerpo. Siento cómo se me tensan los músculos mientras me acerco al límite.

Justo cuando estoy a punto de llegar, me retiro, provocando a Chloe con embestidas superficiales. Chloe gimotea pidiéndome con los ojos que la deje hacerme acabar. Pero todavía no estoy listo, no cuando otros dependen de este entretenimiento para llegar. Tengo

que ser paciente, por muy complicado que sea.

—Sube el culo —le ordeno—. Haz que todos vean lo perfecto que es mientras me la chupas.

Chloe obedece con entusiasmo, poniéndose a cuatro patas y arqueando la espalda para que su culo quede muy a la vista. Me inclino, recorriéndola con las manos antes de darle un fuerte azote en el culo. Ella se sobresalta ante el repentino impacto.

—Te gusta, ¿verdad? —pregunto, y le doy otro azote—. Te gusta estar expuesta, sabiendo que todos te miran.

Asiente, respirando con pequeños jadeos. Puedo ver el deseo en sus movimientos, la forma en la que arremete contra mí, suplicando más en silencio. Deslizo la mano entre sus piernas, sintiendo su humedad mientras le acaricio el clítoris. Gime y mueve las caderas cuando introduzco dos dedos en ella.

—Eso es —afirmo en voz baja y ronca—. Enséñales cuánto te gusta. Enséñales cuánto lo quieres.

Chloe gimotea y su cuerpo convulsiona cuando sigo metiéndole los dedos. Siento cómo su interior se aprieta a mi alrededor, buscando el orgasmo de nuevo. Veo el placer grabado en su cara, la forma en la que pone los ojos en blanco mientras gime con un grito. Estiro el brazo a su alrededor para agarrarle los pechos, apretándolos con brusquedad mientras sigo hundiéndole los dedos. Vuelve a gritar y su cuerpo tiembla cuando se corre por segunda vez.

Ahora es mi turno.

Doy la vuelta, devuelvo la polla a sus labios y la deslizo en su boca con movimientos lentos y deliberados. Puedo sentir su hambre mientras me toma, su lengua recorriendo mi longitud. Los testigos se vuelven más ruidosos y sus gemidos llenan la habitación. Se la meto más profundo en la boca, apretando mi agarre en su cabeza para encontrar el ritmo.

Su boca se mueve al compás de mis movimientos mientras mi

clímax se acerca y mis músculos se tensan cuando estoy a punto. Con una embestida final, termino en su boca, con el cuerpo temblando mientras la lleno con mi semilla. Chloe se lo traga todo y mantiene los ojos fijos en los míos mientras chupa hasta la última gota.

Nos tomamos un momento para mirar a los testigos y nos damos cuenta de que la multitud ha aumentado. Compartimos una sonrisa de satisfacción. Mientras recuperamos el aliento, me agacho para susurrarle al oído:

—¿Ha estado a la altura de tus fantasías?

Ella asiente, todavía intentando recuperar la respiración.

—Más de lo que habría imaginado.

La ayudo a levantarse y la atraigo hacia mí para besarla apasionadamente. Sabe a mí y a algo único en ella que no soy capaz de distinguir. Pero tengo que irme. Me he acomodado demasiado y he hablado más de lo que había planeado. No quiero tener ningún descuido.

—Gracias por la invitación —agradezco, obligándome a dejarla, aunque sea lo último que quiero hacer.

—Espera. ¿Te vas?

Le doy un último beso, saboreándola antes de vestirme, recoger mis cosas y darme la vuelta para marcharme.

—Hasta nuestra próxima fantasía.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

JACK

Tenía que dejarla. No podía follármela ahí. Quería. Dios, claro que quería. Pero no quiero que nuestra primera vez sea en un club sexual, conmigo enmascarado y ella ajena a quién soy.

Estoy jodido. Pero no tan jodido.

Salgo a trompicones del club, aún con el ritmo palpitante corriendo por mis venas. El aire fresco me da en la cara cuando me arranco la máscara e inhalo enormes bocanadas de aire. Me da vueltas la cabeza con una mezcla de satisfacción y autodesprecio.

Me apoyo en el sucio muro de ladrillo, intentando recomponerme. ¿Qué diablos estoy haciendo aquí? Este no soy yo. ¿O sí? La línea entre quien creía ser y en quien me estoy convirtiendo es más difusa cada día.

La imagen del rostro de Chloe pasa por mi mente, sonrojada de excitación, con los ojos hambrientos y los labios entreabiertos. Estaba tan dispuesta y deseosa. Y yo he huido.

Me separo del muro con las piernas temblorosas mientras me dispongo a recorrer el camino de vuelta a casa. Espera. Necesito asegurarme de que llega a casa sana y salva. Camino de un lado a otro fuera del club, dividido entre irme o quedarme. No puedo dejar que me vea, a Jack, sin la máscara. Pero tampoco puedo ir por las

calles de Nueva York con una máscara de demonio puesta.

Llego a una solución de consenso y me escondo en un callejón cercano para mirar de cerca al doblar la esquina. Esperaré hasta que la vea salir y la seguiré a una distancia prudente para asegurarme de que llega bien a casa. Es lo mínimo que puedo hacer después de abandonarla ahí dentro.

Los minutos pasan como horas. La música estridente del club parece reírse de mí, como un recordatorio de lo que he dejado atrás. ¿Qué tipo de hombre huye de una mujer dispuesta? Aparentemente el tipo de hombre al que le asusta demasiado afrontar sus propios deseos. Pero esta pregunta se une a otras, que ya me hago de vez en cuando, como ¿por qué la acoso? ¿Por qué me quedo congelado observándola a través de su ventana noche tras noche? No tiene ningún sentido y a la vez… lo tiene. De alguna manera, al menos para mí.

Finalmente, se abre la puerta del club y se me corta la respiración cuando la veo salir, sola. ¿Dónde está su amiga? ¿Por qué se va a casa sola? ¿Acaso no existe algún tipo de código entre amigas?

La sigo cuando empieza a caminar por los rincones oscuros de la calle. Va en dirección al metro, pero por un camino que sé que es menos seguro. Debería esperar un taxi. ¡Es tarde! ¡Muy tarde! Mis instintos protectores se disparan.

Un grupo de hombres ronda la esquina siguiente, riéndose y empujándose mutuamente. Me tenso, listo para intervenir si hace falta. Chloe se pega a la pared del edificio cuando pasa por su lado con la cabeza baja. Uno de ellos le silba, pero siguen su camino. Gracias a Dios, parece que tiene algo de calle.

La sigo durante algunas manzanas más y se me acelerara el corazón cada vez que se acerca demasiado a alguien o pasa por algún callejón oscuro. ¿Por qué no tiene más cuidado? ¿Acaso no conoce los peligros que acechan la ciudad de noche?

De pronto, se para y rebusca en su bolso. Saca el móvil y la pantalla le ilumina la cara en la oscuridad. ¿Está pidiendo un taxi? ¿Escribiendo a un amigo? Intento escuchar, pero estoy demasiado lejos.

Retoma la marcha, esta vez más segura. Acelera el paso y tengo que trotar para seguirle el ritmo. He estado tan centrado en ella que no he prestado atención a dónde íbamos exactamente. No es la estación de metro; es…

Cuando doblamos la esquina de mi calle, me quedo atrás para no arriesgarme a que me vea. Llega al portal de mi edificio y se para en la entrada, mirando hacia mi piso como si yo mismo estuviera ahí de casualidad mirándola desde arriba.

¿Por qué no estoy ahí? ¡Mierda! Ha venido a verme y no estoy ahí.

Me quedo paralizado con la mente a mil por hora. ¿Qué hago? No puedo escabullirme a mi apartamento estando ella delante. ¿Cuál sería mi excusa para estar fuera de casa tan tarde? Y todavía llevo puesta esta maldita capucha.

Chloe vuelve a sacar el móvil, probablemente para mandarme un mensaje. Noto una vibración en el bolsillo y doy gracias a Dios de que tuve la claridad de silenciarlo antes. Veo cómo la decepción pasa por su cara.

Se queda unos minutos más, balanceándose y echando miradas a la ventana apagada de mi casa. Estoy dividido entre querer consolarla y saber que no puedo revelar mi identidad. Finalmente suspira y se aleja con los hombros caídos.

Mientras desanda el camino que hemos recorrido, la sigo de nuevo, asegurándome de que llega al metro segura esta vez. Solo cuando la veo desaparecer, vuelvo a mi apartamento.

Subo los escalones de dos en dos y entro rápido por la puerta de casa. Saco inmediatamente el móvil para escribirle cuando veo una llamada perdida y un mensaje de voz en el contestador. ¿Quién deja

mensajes así hoy en día?

Pulso con el pulgar el botón de reproducir, con miedo, pero con ganas de volver a oír su voz.

«Hola, Jack. Soy Chloe. Sé que es tarde y debes de estar en el trabajo, pero estaba por el barrio y he pensado que… Bueno, no importa, hablamos luego».

Dios, si hace un momento estaba con otro hombre. Espera… no. Estaba conmigo. Pero no sabía que era yo. Lo ha dejado para venir a verme a mí. Este desastre tan retorcido se enreda más a cada segundo que pasa. Me derrumbo en el sofá con la cabeza entre las manos. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué está haciendo ella? Esta doble vida, esta obsesión, me está consumiendo.

¿Estoy celoso? ¿Celoso de *mí mismo*?

Repito los sucesos de esta noche en mi cabeza. La manera en la que me miraba en el club sin saber que era yo quien estaba detrás la máscara. El calor de su cuerpo cuando casi follamos. La decepción en su voz hace un momento pensando que no estaba en casa.

No puedo seguir con esto. No puedo seguir viviendo dos vidas separadas, dividido entre el hombre que ella cree que soy y el hombre en el que me he convertido entre las sombras. Pero estoy demasiado implicado. ¿Cómo puedo explicarle nada de esto?

«Oh, hola, Chloe. ¿Sabes qué? Te he estado acosando durante años. Pero no tiene importancia. No soy un psicópata, lo prometo. Bueno, ¿quieres salir conmigo?».

El pensamiento me hace soltar una risa amarga. No hay forma de que este desastre acabe sin Chloe odiándome o pensando que estoy completamente loco. O ambas.

Me acerco a la ventana y observo la calle vacía donde estaba hace unos minutos. Dicen que esta ciudad nunca duerme, pero ahora parece el lugar más silencioso de la Tierra. El silencio es ensordecedor, ocupado solo por el eco de mis rápidos pensamientos.

Estoy de los nervios y siento la energía chispeante por dentro. Necesito verla, hablar con ella, explicarle… ¿el qué? ¿Que no soy quien cree que soy? ¿Que soy mejor y peor que el hombre que conoce?

Necesito al menos asegurarme de que ha llegado bien a casa. Me quedaré fuera de su ventana otra vez para comprobarlo. Lo haré rápido.

Sí, esta forma de pensar es lo que me ha metido en este desastre en primer lugar, pero no puedo evitarlo. Ya estoy agarrando mi chaqueta y caminando hacia la puerta. Cuando llego a su casa, veo una luz tenue que sale de su ventana. Está en casa, segura. Debería irme.

Pero no puedo, estoy paralizado en el sitio.

Así es como empezó. Había algo en ella después del accidente que me hizo querer ver si estaba bien. Asegurarme de que estaba bien después de la muerte de sus padres. ¿Podría haber llamado a su puerta, presentarme como el bombero que estuvo en la escena y luego decirle que solo quería saber si estaba bien?

Sí. Podría haberlo hecho.

Pero en ese momento parecía intrusivo. Inapropiado. Parecía que estaba mal.

¿Y qué hice yo?

Me convertí en un puto acosador. Porque eso no es intrusivo, inapropiado o está mal, ¿verdad?

Me coloco en mi lugar habitual al lado de su ventana. No hay nieve reciente, por lo que no me tengo que preocupar por dejar ninguna huella.

Mi mente vuelve al club, al calor de su cuerpo apretado contra el mío. La manera en la que sus dedos tocaban mi pecho, cómo se le cortaba la respiración cuando la acercaba a mí. Dios, la quiero. La sigo queriendo.

Pero no así. No con mentiras y máscaras entre nosotros.

Después de acostarse, se gira hacia la ventana para mirar a través de ella y por un momento pienso que me mira directamente. Pero entonces se da la vuelta y la luz de su cuarto se apaga.

Esto tiene que parar. No puedo seguir viviendo esta doble vida, no puedo seguir mintiéndole a ella y a mí mismo.

Mañana. Mañana se lo contaré todo. Pondré las cartas sobre la mesa: el acoso, el club y mis sentimientos hacia ella. Es probable que huya gritando, pero al menos todo habrá terminado. Al menos habré sido sincero.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

CHLOE

¿He caído en el fetiche del triángulo amoroso en estas fiestas? Sí, pero está claro que la culpa es mía.

Esta no soy yo. Yo no soy así. Soy el tipo de chica que está solo con un hombre a la vez. Y, aun así, aquí estoy. Debería estar trabajando, pero en su lugar sigo revisando las notificaciones de Secretos Oscuros por si recibo un mensaje de WinterWatcher, cosa que no ha pasado. También compruebo si Jack me ha contestado, pero no lo ha hecho. A lo mejor estoy delirando pensando que le intereso a alguno de los dos. ¿Estoy pensándolo de más?

Dejo el móvil con un suspiro para intentar centrarme en las joyas que tengo delante. Tengo que crear contenido que atrape a la gente. Escoger la canción perfecta y tal vez grabarme haciendo *playback*. Pero mis pensamientos se mezclan entre sí y mi mente vuelve a los recuerdos de anoche. A cómo WinterWatcher hizo que me corriera frente a toda esa gente.

Pero entonces aparece Jack. El Jack tierno y divertido en quien seguía pensando cuando tenía los dedos de WinterWatcher dentro de mí. No quiero admitirlo, pero es verdad: Jack seguía ahí. Y, cuando me vi de pie frente a su edificio ayer por la noche, si hubiera estado en casa… me lo habría tirado. Lo necesitaba.

¿Me habré imaginado esa chispa entre nosotros? No ha intentado casi nada conmigo. En realidad nada, ni un beso; solo… coqueteo y una conexión tierna.

«Concéntrate», me recuerdo, y escojo un delicado colgante de plata. Lo sostengo a la luz, intentando dar con una descripción inteligente. Pero lo único que veo es a WinterWatcher enroscándolo alrededor de mi cuello y apretando hasta quitarme casi todo el aire.

«Sí… Ahógame con él».

Sacudo la cabeza, intentando deshacerme de los pensamientos eróticos. Esto se me está yendo de las manos. Necesito trabajar, por el amor de Dios. Tengo que ser profesional. Pero, cuando dejo el colgante, me vibra el móvil. Se me sube el corazón a la garganta. ¿Es él? ¿Cuál de los dos?

Agarro el móvil con torpeza. Es Sloane, sin duda para preguntar cómo me fue anoche. La estuve buscando después de mi experiencia con WinterWatcher y no la vi por ningún lado. Sé que Sloane ya es mayorcita y puede cuidarse sola, pero sienta bien que me llame por fin.

—¿Estás viva? —pregunto al descolgar la llamada—. Te he mandado mil mensajes.

—Sí, estoy viva. —Suena un poco atontada—. Perdona, caí muerta anoche. Ni siquiera escuché el móvil.

—¿Noche loca?

—Dios, no —se queja—. Cuando te fuiste con el enmascarado sexy, me quedé con un tío que no paraba de intentar impresionarme con su cartera de criptomonedas. Te juro que, si vuelvo a escuchar la palabra *blockchain*, pego un grito.

Me río imaginando su cara de exasperación.

—Oh, no, eso suena fatal.

—Lo fue. Acabé fingiendo una llamada y salí corriendo. ¿Y tú qué? ¿El señor misterioso superó tus expectativas?

Noto cómo se me enrojecen las mejillas cuando vuelven los recuerdos.

—Él… hum… Sí, desde luego.

—¡Ooh, cuéntamelo todo! ¡Quiero todos los detalles!

—Digamos que fue intenso. Muy intenso. Y muy público.

Sloane suelta un grito ahogado.

—¡Será verdad! ¿Lo hicisteis allí? ¿En el club?

—No exactamente, pero… casi. Dios, Sloane, no sé qué se me pasó por la cabeza. Nunca había hecho nada así.

—Sabes que no te juzgo.

—Lo sé, solo… estoy confundida. En ese momento fue increíble, pero ahora me lo cuestiono todo.

—Es completamente normal —me tranquiliza—. Cuando haces algo por primera vez puede ser abrumador. Pero, oye, eres adulta. Mientras te sientas segura y respetada, no hay nada malo en explorar tus deseos.

—Supongo que no —respondo, aún no muy segura—. Es que… pasó algo más.

—¿Más? ¿A qué te refieres?

—El bombero —le recuerdo—. Dije su nombre justo antes de correrme.

Sloane deja escapar otro grito ahogado.

—No. Me. Jodas.

—Lo ignoré rápido, o al menos eso creo, pero sí. El primer nombre que me vino a la mente fue el suyo. Y más tarde, cuando acabamos, fui a su apartamento.

—¡Te has tirado al bombero!

—No. Pero quería. No estaba en casa.

Puedo oír la respiración agitada de Sloane a través del móvil.

—Cariño, te gusta mucho.

—Lo sé. —Suelto un quejido mientras me acaricio la frente—. No

sé qué hacer. Creo que estoy perdiendo la cabeza.

—Vale, vamos por partes —me calma con ese tono de voz que pone cuando va a dar un consejo—. Por un lado, tenemos al hombre misterioso, con muchos fetiches, que sabe qué hacer para que te guste. Y por el otro tenemos al tierno y divertido bombero en quien no puedes dejar de pensar. ¿Voy bien?

—Algo así, sí —admito.

—¿Y jugar a dos bandas está descartado?

—No puedo hacer eso; yo soy de las que va de uno en uno. Mira lo dividida que estoy ahora y ni siquiera estoy saliendo oficialmente con ninguno. Jack y yo no nos hemos dado un beso de verdad ni tenido nuestra primera cita. Y del hombre misterioso ni siquiera conozco su nombre real.

—Vale, vale —claudica en un tono más calmado—. Lo pillo; no estás hecha para el poliamor. Pensemos en ello con lógica. ¿Qué te aporta cada uno?

Hago una pausa para pensarlo.

—WinterWatcher… es emoción. Peligro incluso. Me hace sentir cosas que no había sentido antes. Pero Jack… me hace reír. Hace que me sienta segura y protegida.

—Mmm —piensa Sloane en voz alta—. Parece que tienes entre manos un gran dilema. Pero déjame preguntarte algo: ¿con cuál de los dos ves un futuro?

Hago otra pausa cuando la pregunta me pilla desprevenida. No es algo en lo que me haya parado a pensar.

—No… no lo sé. Quiero decir, apenas conozco a WinterWatcher. Tras esa máscara podría estar cualquiera. Y Jack… bueno, nos estamos conociendo.

—Cierto, pero sígueme el rollo. Cierra los ojos e imagínate dentro de un año. ¿A quién ves a tu lado?

Hago lo que dice y cierro los ojos. Veo la imagen de un salón

acogedor con un árbol de Navidad brillando en la esquina. Y ahí, en el sofá…

—Jack —susurro, abriendo los ojos—. Veo a Jack.

—Ahí lo tienes —contesta, y parece hacerlo con una sonrisa—. Pinta a que tu corazón sabe lo que quiere, aunque tu libido esté un poco confundida.

—Pero ¿qué hay de la emoción? ¿La pasión? —pregunto, pensando en las habilidades de WinterWatcher.

—Creo que tener dentro la manguera de un bombero ya es lo suficientemente emocionante —suelta Sloane con una risotada.

—¡Sloane, no me ayudas!

—No me digas que los bomberos no son excitantes. Y no me vengas con tus mierdas. Búscame un bombero. Me van los uniformes; quiero ser una tragamangueras. ¡Me apunto!

—¿«Tragamangueras»? ¿Me estás vacilando? ¿Se llama así? —Me río, aunque no debería.

—Claro que sí. Hay tías a las que les van los uniformes y quieren entrar en el juego. Y no las culpo. ¿Ves? Quedarte con Jack es una buena idea.

—Pero quiero… Tengo fantasías. Secretos Oscuros ha abierto algo muy dentro de mí.

—Cielo, la pasión puede construirse. Si Jack es con quien ves un futuro, podéis explorar y crecer juntos. ¿Quién sabe? Igual tiene un lado pervertido esperando a que lo descubras.

Ahora sí que no puedo evitar reírme.

—Igual tienes razón.

—Claro que la tengo, siempre tengo razón —afirma, segura de sí misma.

Pero entonces pienso en terminar las cosas con WinterWatcher y se me contrae el estómago. No quiero eso. Esperar sus mensajes es como esperar la mañana de Navidad. Es verdad, no sé nada sobre

este hombre excepto lo que se la pone dura. Pero… tampoco quiero dejarlo.

—He sido la chica buena toda mi vida. La que quería agradar a todo el mundo. La que se conformaba y aceptaba todo. Estar en Secretos Oscuros… me ha permitido liberar una parte de mí. —Hago una pausa, sorprendida al darme cuenta—. Una parte que me gusta de verdad. Y este tío, WinterWatcher, lo entiende. Creo que Jack representa el lado de mí que es seguro y familiar. Lo que todos esperan que sea.

Sloane se queda callada un momento, pensando en mis palabras.

—Lo entiendo. Pero ¿quién dice que no puedas ser ambas? No tienes que elegir entre ser «buena» o «mala». La persona adecuada aceptará todas tus partes.

Suspiro mientras jugueteo de nuevo con el collar recordando cómo WinterWatcher deshizo el lazo que llevaba al cuello. Dios, el tío estaba buenísimo. Mucho.

—Supongo que tienes razón. Es solo que… no estoy segura de que Jack sea esa persona.

—Bueno, entonces igual necesitas cortar del todo con Jack —propone, y odio esas palabras tanto como odio dejarlo con WinterWatcher.

Suelto un quejido, sintiéndome más confusa que nunca.

—No sé si puedo dejar a ninguno de los dos.

—Entonces puede que lo que necesites sea más tiempo —propone tranquilamente—. No tienes que tomar una decisión ahora mismo. ¿Por qué no pasas más tiempo con los dos y ves cómo van las cosas?

—¿No sería darles falsas esperanzas? —pregunto cuando me asalta la culpa.

—No si eres sincera sobre el punto en el que estás —explica Sloane—. Puedes decirles a ambos que estás explorando tus

opciones y que no estás lista para nada exclusivo. De esta manera todos estáis en la misma onda.

Le doy una vuelta a la idea en mi cabeza. Es algo incómodo, pero… liberador.

—Eso podría funcionar. Pero ¿y si no les parece bien?

—Entonces eso también te dirá algo —puntualiza—. Si alguno de los dos no puede sobrellevar que te tomes tu tiempo para aclararte, entonces es que no es para ti de todas formas.

Algo de razón tiene. Respiro profundamente y siento cómo libero algo de tensión.

—Vale. Sí. Creo que haré eso, aunque me sienta culpable.

—Que le jodan a la culpa. No estás haciendo nada malo. No les vas a declarar tu amor ni ellos a ti tampoco. Todavía. —Vuelvo a respirar profundamente—. Y de todas formas no deberías pasar las fiestas sola. Esto es bueno para ti. Te lo mereces después de todo el dolor por el que has pasado. Ya es hora de que tengas una dulce Navidad.

—Tienes razón. Estoy cansada de arrastrarme y autocompadecerme.

—Esa es mi chica —dice con un tono cálido—. Recuerda que tienes derecho a tomarte tu tiempo. A explorar. Y, lo más importante, a ponerte a ti misma por delante de los demás. Es hora de que te centres en ti. Es tu momento.

Estoy a punto de responderle cuando siento la vibración de una nueva notificación. Se me para el corazón cuando veo un mensaje de WinterWatcher en Secretos Oscuros.

—Oh, Dios… —susurro.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta Sloane con preocupación.

—Es él. WinterWatcher. Me acaba de escribir.

—Bueno, no me dejes en ascuas. ¿Qué dice?

Trago saliva con el dedo sobre la notificación.

—No… no lo he abierto todavía.

—Chica, si no abres ese mensaje ahora mismo, te juro que atravieso el móvil y lo hago yo.

Con una risa nerviosa, pulso en la notificación. La aplicación se abre y muestra el mensaje:

WINTERWATCHER

Lo de anoche fue inolvidable. No puedo parar de pensar en ti. ¿Cuándo puedo volver a verte?

Se me corta la respiración.

—Oh, guau.

—¿Qué? ¿Qué dice? —me exige Sloane.

Le leo el mensaje con voz temblorosa.

—Joder —concluye Sloane con un silbido—. Parece que el señor misterioso está tan pillado como tú.

—Sí —concuerdo mirando la pantalla—. ¿Qué hago ahora?

—Bueno, si vas a seguir el plan de explorar tus opciones, te diría que le contestaras. Concretar otro encuentro. Pero sé clara sobre en qué punto estás.

Asiento, aunque no pueda verme.

—Vale, sí. Puedo hacerlo.



CAPÍTULO VEINTICINCO

JACK

Sé que prometí que se lo confesaría todo a Chloe hoy, pero cuando amaneció… no pude. No estoy listo para dejarla ir. Aún no.

¿Eso me convierte en un monstruo? Puede.

¿Eso me convierte en el villano de la historia? Espero que no.

Pero, al levantarme hoy, tenía dos opciones. Ir a su casa y confesar o entrar en la cámara oculta y verla trabajar desde casa. Sabiendo que estoy delante del ordenador ahora mismo, hipnotizado por cada uno de sus movimientos, la opción ganadora es obvia.

Mientras Chloe se estira en la silla, me inclino hacia la pantalla. Lleva puesta la sudadera negra que me encanta, la que le acentúa los ojos. Imagino que puedo oler su champú afrutado a través de los píxeles, que puedo sentir la calidez de su cuerpo cuando se roza inocentemente contra el mío.

En la pantalla, Chloe se levanta y sale de plano. Contengo la respiración hasta que regresa, con una taza de café en la mano.

Esto tiene que parar, lo sé. Siempre lo he sabido. Pero hoy no. Hoy la observaré un poquito más. Mañana seré valiente. Mañana me enfrentaré a las consecuencias.

Ha terminado el directo y espero que le apetezca entrar en Secretos Oscuros. Consideré mandarle un mensaje antes, pero quiero que sea ella la que venga a mí. Hoy quiero que sea ella la que

dé el primer paso.

Y, como si lo hubiera manifestado, me salta una notificación. Chloe ha entrado en Secretos Oscuros. Se me acelera el corazón cuando cambio de ventana, ansioso por ver lo que dice. ¿Me contará hoy algún secreto? ¿Alguna fantasía profunda y erótica que solo yo confío en hacer realidad?

Espero con los dedos sobre el teclado, preparado para responder. Pero pasan los minutos y se mantiene en silencio. Vuelvo a entrar en la cámara oculta para ver si ha cambiado de opinión, quizás luchando con sus demonios.

La pillo quitándose los pantalones y la sudadera que tanto me gusta para revelar un sujetador negro de encaje con bragas a juego. Está preciosa, pero un dolor familiar se asienta en mi pecho.

Los celos casi me dejan sin aire. No. Se está preparando para hacer una transmisión para sus suscriptores. Para todos ellos. No solo para mí. Le escribo un mensaje para decirle que pare, lo borro y lo vuelvo a escribir. No, no puedo. No puedo hacer de novio posesivo cuando no soy nada de eso.

Pero no quiero compartir. ¿O sí?

Observo absorto cómo Chloe se sienta frente a la cámara. Ajusta la iluminación y se coloca el pelo. Mis dedos se mueren por atravesar la pantalla y tocar esos mechones sedosos. He imaginado pasarle los dedos por el pelo incontables veces, pero esto… esto es diferente. Esta es la Chloe real, al desnudo y sin filtros.

El chat del directo explota de comentarios. No soporto mirarlos, la lujuria que despierta en otros hombres. Pero me obligo a mirar, a ser el guardián silencioso en las sombras de su mundo digital.

—Sé que han pasado unos días —comienza. No puedo verle la cara, ya que ha tenido cuidado de colocar el ángulo de la cámara para que quede oculta, pero ahora que sé que BlackAsChlo es Chloe resulta muy obvio—. Antes de continuar —sigue con la voz clara,

pero suave—, tengo que compartir algo con vosotros. He estado hablando con alguien… alguien especial.

Se acerca para leer los comentarios, que dicen «¡No!», «¡Elígeme a mí!».

—No os pongáis celosos. Le gusta compartir. Ya hemos hecho un pequeño espectáculo. Él es un misterio ahora mismo —continúa, y su voz se parece más a un ronroneo seductor—. Pero es posible que le convenza para que se una pronto a mí delante de la cámara. ¿Os gustaría?

El chat explota de nuevo, como una cacofonía de entusiasmo y celos. Casi no respiro. Mi mente va a toda velocidad, intentando darle sentido a lo que está pasando. Un recuerdo de nuestra noche en el Naughty and Nice me viene a la mente como una ola. Está claro que le causé una buena impresión, tanto como ella a mí. Suelta una risita, que suena inocente pero intencional.

—Mira que sois pervertidos. Siempre tan impacientes. Pero ya sabéis que la paciencia es una virtud.

Se inclina hacia atrás, dándole al público una imagen tentadora. Recorre con un dedo desde su pecho, pasando por su estómago, hasta el borde de sus bragas. No puedo apartar la mirada, aunque una parte de mí grita que esto está mal, que debo parar de mirarla.

—Quizá os dé un pequeño adelanto —anuncia con la voz ronca—. Una muestra de lo que está por venir.

Engancha el pulgar por debajo del encaje y se lo baja despacio. Estoy paralizado, atrapado entre la ira y el deseo, incapaz de apartar la mirada, pero odiando la idea de que cualquiera la vea.

Posesivo. Así es como me siento.

Si soy sincero conmigo mismo, el sentimiento siempre ha estado ahí, pero ahora que la he probado… es asfixiante. Me sorprendo cuando escribo:

WINTERWATCHER

Creo que ya les has enseñado suficiente, preciosa.

No quiero compartir. Llámame *imbécil*, pero no quiero que nadie más que yo le vea el coño. O al menos sin estar presente, para que sea obvio para todos los que miran que, aunque lo enseñe… sigue siendo mío.

¿Soy un capullo posesivo? Supongo que sí.

¿Debería haberme resistido? No importa. Ya es tarde. El mensaje está ahí, flotando en el éter digital, siguiendo su camino a la pantalla de Chloe.

Veo cómo se detiene. Sigue con las manos sobre su ropa interior y casi puedo ver los engranajes en su cabeza. Se inclina hacia delante, probablemente para leer mi mensaje, y por un momento me aterra que se enfade y todo se desmorone.

Pero entonces se ríe, un sonido que nunca me cansaré de oír.

—Bueno, bueno —ronronea, dirigiéndose al público—. Parece que mi hombre misterioso ha decidido unirse a nosotros después de todo. Y está un poco… posesivo.

El chat vuelve a explotar, con una mezcla de decepción y provocaciones. Apenas puedo concentrarme en las palabras que pasan; ella es todo lo que puedo ver y solo escucho el sonido de mi sangre hirviendo en los oídos.

—¿Qué pensáis? —pregunta con un tono provocador—. ¿Le hago caso? ¿O debería daros el espectáculo por el que habéis estado esperando?

Contengo la respiración, mirándola leer las respuestas. Mis dedos se mantienen sobre el teclado, ansiosos por escribir algo más, para suplicarle que pare y reclamarla como mía. Pero me contengo.

No. Una mierda. Escribo rápido una advertencia en el chat público para que todos lo vean:

WINTERWATCHER

BlackAsChlo… a las chicas malas se las castiga.

—Mmm —cavila, trazando círculos en su muslo—. Parece que estamos en una encrucijada. Es posible que me guste lo que WinterWatcher tenga en mente para castigarme. Nunca me he considerado una buena chica.

La tentación de azotarla nunca ha sido tan intensa. De escucharla suplicar clemencia mientras promete ser la buena chica que sé que puede ser. Entonces se pone de rodillas, coloca los labios alrededor de mi polla y…

—Pero ¿sabéis qué? Creo que esta noche voy a hacer caso a mi hombre misterioso.

El alivio me atraviesa, seguido de una oleada de dominancia. Me ha elegido a mí. Me ha escuchado a mí.

—Pero no os preocupéis —continúa susurrando, seductora—. Prometo que os lo compensaré la próxima vez. ¿Con la aparición de un invitado especial quizás?

En cuanto termina, recibo instantáneamente un mensaje privado:

BLACKASCHLO

Así que me merezco un castigo, ¿eh?

WINTERWATCHER

Sí, está claro que te lo mereces.

BLACKASCHLO

No te gusta compartir.

Estoy nadando en aguas peligrosas, pero no puedo parar:

WINTERWATCHER

No, no me gusta compartir.

A no ser que esté presente para dejar claro a quién le perteneces.

Hace una pausa y me pregunto si he ido demasiado lejos. Entonces llega la respuesta:

BLACKASCHLO

Mmm, posesivo y celoso. Me gusta. Dime entonces, WinterWatcher: ¿cómo me reclamarías?

Mis dedos vuelan sobre el teclado, dejando salir todas las fantasías reprimidas que llevo guardando meses:

WINTERWATCHER

Empezaría agarrándote del pelo para echar tu cabeza hacia atrás y exponer tu garganta. Te marcaría ahí, donde todos puedan verlo. Te castigaría delante de todos para que tus suscriptores puedan ver lo que pasa cuando eres una chica mala y haces un espectáculo para ellos sin mí.

Te mereces un castigo por lo que has hecho.

BLACKASCHLO

¿En serio? ¿Y qué tienes en mente?

WINTERWATCHER

Voy a azotar ese culo tuyo hasta que se ponga rojo, hasta que tengas el coño chorreando y gimas mi nombre.

Me quedo mirando la pantalla, con la polla dura hasta el punto de ser incómodo, mientras espero la respuesta de Chloe durante lo que parece una eternidad.

BLACKASCHLO

Mmm, promesas, promesas. ¿Serás capaz de llevarlas a cabo?

Oh, si ella supiera. He imaginado esta situación miles de veces, planeándola al milímetro.

WINTERWATCHER

Yo no hago promesas que no pueda cumplir.

La pregunta es: ¿podrás soportarlo?

Veo a través de la cámara oculta cómo lee mi mensaje. Casi puedo ver los engranajes en su cabeza, valorando los riesgos y las recompensas.

BLACKASCHLO

¿Esa es tu fantasía?

WINTERWATCHER

Tengo muchas, preciosa. Esa es solo una de cientos cuando se trata de ti.

BLACKASCHLO

Cuéntame otra. La mayor de todas.

Hago una pausa, pensando si debo revelar la verdad. Esa que he querido siempre desde la primera vez que la observé a través de su ventana.

WINTERWATCHER

La mayor es no tener que pasar la Navidad solo.

Contengo la respiración mientras observo la pantalla. ¿Me he pasado? ¿He pasado de dominador sexy a bollito patético? Pasan los segundos y no hay respuesta. En la cámara, la veo mirar la pantalla

con gesto indescifrable. Finalmente, aparece un mensaje:

BLACKASCHLO

También es una de mis fantasías. No me había dado cuenta hasta ahora.

WINTERWATCHER

Una preciosidad como tú no debería pasar la Navidad sola.

BLACKASCHLO

No eres el primero que me lo dice.

Por un segundo, me olvido de las cámaras, el acoso y las mentiras. Lo único que pienso es en la posibilidad de pasar la Navidad con ella, de despertarme a su lado en una mañana fría, compartir chocolate caliente y robarle besos junto a la chimenea.

WINTERWATCHER

Dos personas pasando solas la Navidad, ¿eh?

Respondo pisando huevos. No quiero ser muy directo demasiado rápido. Quiero autoinvitarme. Proponer que pasemos la Navidad juntos. Pero no puedo. Todavía no. Es demasiado pronto, demasiado arriesgado. Necesito hacer esto con cuidado.

Pero no mentía cuando le dije que mi mayor fantasía era no pasar la Navidad solo. Desde que murió mi madre… ni siquiera puedo terminar ese pensamiento. El dolor de perderla sigue siendo enorme, incluso después de todos estos años. En su lugar me concentro en Chloe, en la posibilidad de un futuro donde no estoy solo.

BLACKASCHLO

Puede que no tengamos que estar solos.

¿Y si… la pasamos juntos?

En Naughty and Nice hiciste realidad una de mis fantasías. Es justo que yo haga realidad una de las tuyas.

¿Cómo puedo hacerlo posible? ¿Cómo puedo pasar la Navidad con Chloe sin que descubra quién soy? Una cosa es llevar una máscara y una capucha en un club oscuro. Puedo poner la voz grave y ocultarla con el sonido estruendoso de la música del club. No es lo mismo que pasar una velada íntima en la comodidad de su casa. Tampoco puedo ponerme la máscara en Nochebuena y empezar a dar órdenes, ¿no? ¿Cuán lejos puedo llevar lo del enmascarado cavernícola? Empiezo a escribir, pensando en cada posibilidad que pueda mantener la farsa:

WINTERWATCHER

¿Hacer realidad una de mis fantasías? ¿Lo que quiera por Navidad?

La veo sonreír cuando contesta:

BLACKASCHLO

Sí, será mi regalo de Navidad para ti. Eso si has sido un chico bueno y estás en la lista de Santa.

WINTERWATCHER

Oh, he sido bueno. Muy muy bueno.

BLACKASCHLO

Estoy segura.

Casi puedo sentir el tono provocador en sus palabras.

WINTERWATCHER

Quiero mi regalo envuelto con un lazo el día de Nochebuena.

BLACKASCHLO

¿Un lazo?

WINTERWATCHER

Sí. Quiero que tengas los ojos vendados cuando llegue a tu casa. Que te ates un lazo rojo alrededor de tu carita perfecta. Te quiero completamente desnuda, tumbada en la cama con las piernas abiertas, esperándome.

BLACKASCHLO

Puedo hacerlo.

WINTERWATCHER

Llegaré a las diez de la noche el día de Nochebuena. Llamaré a la puerta y te daré dos minutos para estar lista. Cuando entre, quiero verte exactamente como te acabo de describir. ¿Entiendes?

BLACKASCHLO

Sí, entiendo.

A las diez de la noche el día de Nochebuena. Con los ojos vendados, desnuda, con un lazo rojo. Te estaré esperando.

Observo sus palabras con una mezcla de incredulidad y una necesidad primaria atravesándome. Está pasando de verdad.

WINTERWATCHER

Buena chica. Y recuerda que no puedes mirar. La venda se queda puesta todo el tiempo.

Puedo ver cómo se retuerce en la silla a través de la cámara, claramente excitada por la idea.

BLACKASCHLO

Vale. Confío en ti.

Esas tres palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Confía en mí. Si tan solo supiera la verdad… Pero dejo la culpa a un lado. Esto es lo que llevo queriendo desde hace tanto tiempo. No voy a dejar que nada lo estropee ahora.

WINTERWATCHER

No te arrepentirás. Te prometo que haré que sea una Nochebuena que no olvidarás.

Veo cómo Chloe lee mi mensaje y sus labios se curvan en una sonrisa.

BLACKASCHLO

Hace bastante tiempo que no celebro la Navidad.

WINTERWATCHER

Yo igual.

BLACKASCHLO

No tengo decorada la casa.

WINTERWATCHER

Tú con un lazo es la única decoración que necesito.

BLACKASCHLO

Nunca he hecho nada así.

WINTERWATCHER

¿Dirías que invitar a tu casa a un hombre enmascarado al que casi te follas en un club no es lo habitual?

La veo y oigo reír. Sonrío mirándola a través de la cámara.

Mis dedos se posan sobre el teclado. Quiero tranquilizarla, decirle que no tiene nada que temer por mi parte. Pero ¿cómo lo hago sin revelar demasiado?

WINTERWATCHER

Nunca te haría daño. Puedes confiar en mí.

Se queda callada durante un largo instante y observo su cara a través de la cámara, intentando descifrar sus pensamientos, hasta que responde:

BLACKASCHLO

Lo sé. No sé por qué, pero realmente confío en ti. Esto es una locura, casi demencial. Si alguien en mi vida supiera que estoy haciendo esto…

Me preocupa que se lo piense, así que escribo:

WINTERWATCHER

Hasta Nochebuena, quiero que pienses en lo que podría pasar. Quiero que te imagines mis manos en tu cuerpo y mis labios en tu piel. Pero no puedes tocarte. No hasta Nochebuena.

La veo retorcerse en la silla de nuevo, claramente afectada por mis palabras. ¿Puede aguantar dos días sin tocarse?

BLACKASCHLO

Eso es cruel.

Casi puedo oír el tono juguetón de su respuesta.

WINTERWATCHER

Considéralo parte de tu castigo por lo de antes. Y una motivación para que te portes bien.

BLACKASCHLO

¿Y si no me porto bien?

WINTERWATCHER

Entonces puede que Santa te deje carbón bajo el árbol en lugar de a mí en tu cama.

Se ríe en voz alta y el sonido retumba por mis altavoces. Es un sonido mágico que me ensancha el corazón.

BLACKASCHLO

Seré buena. La mejor que hayas visto.

Si supiera lo buena que ya es, lo perfecta que es a mis ojos… Pero no puedo decírselo. Todavía no.

WINTERWATCHER

Ya veremos. Se está haciendo tarde. Deberías irte a dormir.

BLACKASCHLO

Tienes razón.

Buenas noches, WinterWatcher. Dulces sueños.

WINTERWATCHER

Buenas noches, BlackAsChlo. Dame tu dirección y nos vemos pronto.

Veo cómo apaga el ordenador y se prepara para irse a la cama. Cuando se desliza bajo las sábanas, me inclino hacia atrás en la silla

y mi mente se llena de posibilidades.

Nochebuena no va a llegar lo bastante rápido.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

JACK

He releído los mensajes que nos hemos escrito demasiadas veces. Intento no analizar de más las cosas o darles demasiada importancia, pero no puedo evitarlo.

JACK

¿Esta noche comida china y peli? ¿En tu casa o en la mía?

CHLOE

Eh… ¿Esta noche?

claro.

En mi casa.

¿Qué significan los puntos suspensivos? ¿Por qué no ha puesto la ce de *claro* en mayúscula? Puede que solo esté ocupada y distraída. O puede que no le emocionen de verdad nuestros planes. Ese «Eh» parece reflejar duda, como si estuviera pensando una excusa. Estoy histérico por dos pequeños signos de puntuación. O la falta de ellos.

Paso el pulgar por el botón de llamada. Podría preguntarle directamente si va todo bien. Pero ¿y si estoy siendo paranoico? No quiero parecer necesitado o inseguro. O puede que el verdadero

problema sea que necesito confesar y decirle quién soy. Decirle lo que he estado haciendo los dos últimos años.

Bloqueo el teléfono y lo tiro en el sofá, intentando expulsar de mi cabeza esos pensamientos constantes. Pero se cuelan de nuevo, insistentes como siempre. La verdad es que me aterra su reacción cuando se entere de lo que he hecho. ¿Entenderá por qué he tenido que vigilarla desde lejos? ¿O se sentirá traicionada, asustada, y se pondrá nerviosa y llamará a la Policía para denunciarme como el acosador que soy?

Camino por mi apartamento con la mente a mil. Las paredes parecen juntarse, como recuerdo de todos los secretos que guardo. Sigue siendo demasiado pronto para ir a casa de Chloe para nuestra cita, pero ya no puedo esperar más. Me pasaré por la floristería para comprarle algo antes de ir a recoger la comida china. Algo que suavice el bombazo de mi confesión.

Agarro las llaves y salgo de casa con el estómago revuelto por la ansiedad. El ambiente que deja el sol de por la tarde es demasiado brillante y me hace sentir demasiado expuesto. Entrecierro los ojos mientras me acerco a mi camioneta, mirando sobre el hombro de vez en cuando por costumbre. Oscurecerá pronto, pero no lo suficiente como para esconderme entre las sombras, como estoy acostumbrado.

La floristería es un batiburrillo de colores y olores. Hecho un vistazo por los pasillos y me distraigo tocando los pétalos mientras me decido. Las rosas me parecen demasiado cliché, teniendo en cuenta lo que voy a hacer. Los lirios son más de funeral. Me detengo en las flores de Pascua. Van con el tema de la noche y son amistosas, sin pretensiones. Perfectas.

De vuelta en el coche, dejo la planta con cuidado en el asiento del copiloto. El restaurante chino está a reventar, lleno de los sonidos de los woks y conversaciones rápidas en mandarín. Doy mi nombre

para recoger el pedido y espero.

Mi móvil vibra. Es Chloe.

CHLOE

No olvides la mostaza picante. Nada grita más espíritu navideño que unas fosas nasales despejadas.

JACK

Hecho. Nos vemos ahora.

Le respondo añadiendo un emoticono sonriente, intentando mantener el ambiente ligero.

La mujer del mostrador dice mi nombre y me da dos bolsas de papel grandes. Me sube el olor del jengibre y el ajo y, a pesar de los nervios, se me hace la boca agua. Pido bolsitas extra de mostaza picante, recordando el mensaje de Chloe.

Mientras conduzco hasta su casa, mi mente imagina diferentes escenarios. ¿Debería contárselo todo directamente? ¿O comentarlo en la cena? Debería esperar hasta el final de la película. No, eso me parece deshonesto de alguna manera, como si la estuviera manipulando.

Aparco frente a su casa y me tiemblan las manos mientras agarro la comida y las flores. La luz del porche está encendida, dejando un brillo cálido sobre los escalones de la entrada. Tomo aire profundamente, intentando tranquilizarme, antes de tocar al timbre.

Chloe abre la puerta con una gran sonrisa, brillante y acogedora.

—Hola. ¡Has llegado pronto! Vamos, pasa.

Lleva puesto lo que parece un jersey muy suave y unos *leggins*, con el pelo recogido en un moño desordenado. Está preciosa y me duele el corazón por el peso de mis secretos.

—Yo… eh… te he traído esto. —Le extiendo las flores de Pascua de forma un poco incómoda.

Su mirada se ilumina.

—¡Oh, qué navideño! Gracias, es un detalle muy tierno. —Agarra las flores y nuestros dedos se rozan por un momento—. Déjame que coloque esto y nos ponemos con la comida. ¡Estoy hambrienta!

La sigo hasta la cocina y dejo las bolsas en la encimera.

—Bonita casa —comento. Eso es lo que diría alguien que nunca ha estado en una casa, ¿verdad? Estoy intentando actuar con calma y ser *normal,* pero me siento de todo menos eso.

—Gracias. Era de mis padres y luego fue… Gracias.

Cuando desaparece con la flor de Pascua, empiezo a sacar los envases de comida. La rutina familiar parece irreal sabiendo lo que estoy a punto de hacer.

—Bueno, ¿qué película quieres ver? —pregunta Chloe cuando vuelve después de encontrarle un sitio a la planta.

Vale, se lo diré cuando acabemos de cenar y ver la película. No tiene sentido arruinar la noche entera. Me lo pienso, aún con las manos sobre los envases de arroz frito y pollo kung pao.

—La verdad es que no había elegido ninguna todavía. Igual podríamos… ¿elegir juntos? La única regla es que tiene que ser navideña. Recuerda que hoy no puedes comportarte como si fueras Scrooge. —Le sonrío y me siento bien al soltar un poco de tensión.

Chloe se da la vuelta con una sonrisa traviesa en la cara.

—Conque nada de Scrooge, ¿eh? Bueno, las reglas dejan fuera *Jungla de cristal*, entonces.

Me río, agradecido por el momento desenfadado.

—Vamos, ¡esa película es supernavideña!

—Discrepo —replica mientras saca platos de los armarios—. ¿Qué te parece *Qué bello es vivir*? Es un clásico conmovedor y está claro que es navideño.

—Suena bien —contesto con un tono igual demasiado entusiasta. Me estoy esforzando demasiado por actuar normal para rebajar la

ansiedad que bulle en mi pecho.

Nos sentamos en el sofá con nuestros platos llenos de comida. Chloe pone la película y, durante un rato, me dejo llevar por esa historia familiar. El semblante serio de Jimmy Stewart llena la pantalla y los problemas de su personaje se hacen eco de mi propia confusión.

Mientras George Bailey contempla el final de su vida, siento un nudo en el estómago. ¿Cuántas veces he estado al borde del abismo, metafóricamente, preguntándome si mis acciones estaban justificadas, si el camino que he elegido es el correcto?

Chloe parece sentir mi incomodidad, porque levanta el brazo y me aprieta la mano.

—¿Estás bien? Pareces un poco… raro esta noche.

Trago saliva cuando me doy cuenta de que esta es mi oportunidad. El momento que tanto he temido y anticipado a partes iguales.

—Estoy bien. Supongo que echo de menos a mi madre.

«Maldito cobarde. ¡Díselo!».

—Lo sé. Yo también echo mucho de menos a mis padres. —Silencia la televisión y se gira para mirarme—. ¿Qué vas a hacer en Navidad?

—Trabajar —miento a medias. Sí que trabajo el día y la noche de Navidad, así que no es mentira del todo—. Intento hacer el turno de alguno de los bomberos que tenga hijos para que puedan estar en casa al menos parte de las fiestas. Aunque técnicamente estoy de vacaciones por Navidad, pienso que es lo correcto.

La mirada de Chloe se suaviza con simpatía.

—Eso es muy dulce por tu parte.

Me encojo de hombros.

—Espero que alguien me devuelva el favor algún día cuando tenga hijos.

Volvemos a prestar atención a la película, pero casi no me puedo

concentrar en la pantalla.

—Esto es genial —comenta—. No puedo creer que el Scrooge que se esconde en mí lo esté admitiendo. Pero lo estoy disfrutando de verdad.

Asiento e intento sonreír, pero se me encoge el pecho. El peso de mis secretos me está destrozando y no me deja respirar. No puedo seguir con esto más, tengo que decírselo.

—Gracias —añade—. Mis fiestas llevan siendo un mierda desde hace algún tiempo y, bueno… este año me siento diferente. Estoy motivada a no pasarlo mal de nuevo. Así que gracias por ayudarme.

La culpa me invade. No tiene ni idea de lo mucho que he estado involucrado en su vida, cómo la he observado durante esas fiestas «de mierda». Respiro profundamente, armándome de valor para lo que estoy a punto de decir.

Pero acaba de decirme que quiere pasar unas buenas fiestas y que va camino de tenerlas. No quiero ser quien lo joda todo. No cuando está sonriendo de verdad y parece genuinamente feliz por una vez. Decido guardarme mi confesión, al menos por esta noche. Puede que decírselo se convierta en un propósito de Año Nuevo.

Además, no quiero arruinar lo de mañana por la noche. Nuestra Nochebuena. ¿O puede que mi polla se imponga a mi cerebro?

—Me alegra poder ayudar —respondo con una sonrisa forzada—. Todo el mundo merece pasar unas buenas fiestas.

Terminamos la película en un agradable silencio, pero mi cabeza sigue a mil por hora. Cuando aparecen los créditos, Chloe se estira y bosteza.

—Ha estado muy bien —comenta con una sonrisa—. Gracias por proponer hacer esto.

—De nada —respondo con la voz tensa incluso para mí—. Me alegro de que lo hayas disfrutado.

Chloe inclina la cabeza y me observa.

—¿Seguro que estás bien? Pareces distraído.

Me obligo a reír, pero suena vacío.

—Solo estoy cansado, supongo. Ayer tuve un largo turno.

Asiente, pero puedo ver la preocupación en sus ojos.

—Bueno, no te retengo más si necesitas descansar. Aprecio mucho que hayas venido incluso estando agotado.

Su amabilidad solo hace que me sienta peor. Me pongo de pie abruptamente y casi tiro mi plato vacío.

—Debería irme ya. Mañana entro pronto al turno.

Chloe parece sorprendida por mi repentina despedida, pero no dice nada. Me acompaña a la puerta y puedo sentir su mirada mientras agarro mi chaqueta.

—Gracias otra vez por lo de hoy —me agradece de nuevo con voz suave—. De verdad que significa mucho para mí.

Me giro para mirarla con la mano en el pomo. Sus ojos transmiten confianza y calidez. Abro la boca, listo para contárselo todo, pero se me atascan las palabras en la garganta.

—Cuando quieras —consigo decir—. Buenas noches, Chloe.

Salgo al aire frío nocturno con mi respiración visible en el aire. Mientras camino hacia mi camioneta, oigo el sonido de la puerta de Chloe cerrándose a mi espalda. El sonido evoca un final, una oportunidad perdida.

El viaje a casa lo tengo borroso. Mi mente sigue repitiendo la noche, analizando cada momento, cada palabra sin decir. Aprieto el volante con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos.

Al menos puedo verla mañana por la noche.



CAPÍTULO VEINTISIETE

CHLOE

Odio la Navidad.

Esas son las palabras que decía con facilidad desde que el accidente de coche me arrebató a mis padres. Pero ahora no me pasa. Ahora mismo estoy corriendo por mi casa ultimando las preparaciones y la decoración de último minuto para mi cita a ciegas con un extraño. *Casi* extraño.

Coloco el espumillón que tengo en la mano en la repisa de la chimenea y maldigo cuando se me engancha el jersey en uno de los ganchos. El reloj de la pared suena inmisericorde; cada segundo me acerca al momento de su llegada. Dijo a las diez en punto. Con los ojos vendados, desnuda y esperándolo con las piernas abiertas.

Se me acelera el corazón cuando vuelvo a mirar el reloj. Nueve y media. He perdido demasiado tiempo con estas decoraciones inútiles. ¿En qué estaba pensando? Esto no va del espíritu navideño. Va sobre seguir sus instrucciones al pie de la letra.

Corro a mi habitación, quitándome prendas por el camino. El jersey cae al suelo, seguido de mis vaqueros y mi ropa interior. Se me pone la piel de gallina en los brazos y en las piernas de los nervios y la anticipación.

La venda descansa sobre la mesita de noche, una tira de tela roja

que me sumirá pronto en la oscuridad.

Vuelvo a mirar la hora: 9:36.

¿Acaso está pasando el tiempo? No puedo quedarme aquí esperando sin más veinticuatro minutos desnuda.

Me consume la impaciencia y empiezo a caminar de un lado a otro. ¿Y si llega pronto? ¿Y si se retrasa?

Me obligo a respirar profundamente. Tengo que tranquilizarme. Esto es lo que quería, ¿no? Sentir algo más que el vacío que me ha estado consumiendo desde el accidente. Forzar los límites, perder el control.

Sentada en el borde de la cama trazando con los dedos la tela de la venda, intento apaciguar la intensidad frenética que bulle en mi interior. Siento el material de tela roja fresco en las manos en contraste con el calor que se va creando en mi interior.

Son las 9:38. Sip… Es como si el tiempo casi se hubiera congelado. Tiene que ser eso.

Me levanto para comprobar que la puerta no tiene el pestillo puesto. Es la decimoséptima vez que lo hago, pero ¿por qué no asegurarse?

Cuando alzo la mano hacia el pomo, me asalta un pensamiento racional.

¿Qué pasa si entra otra persona? ¿Y si no es él? ¿Y si viene con más gente y…? Me sacudo para deshacerme de la paranoia y confirmo que la puerta no tiene el pestillo puesto. De vuelta en mi habitación, me echo un vistazo en el espejo de cuerpo entero.

Estoy desnuda. Casi no reconozco a la mujer que me devuelve la mirada: los ojos muy abiertos con una mezcla de miedo y fuego, las mejillas sonrojadas y el pelo un poco despeinado después de poner la decoración. ¿De verdad esta soy yo? ¿De verdad voy a pasar por esto?

¿Qué diría Jack si me viera así…? Qué. Cojones.

¿Por qué está Jack en mis pensamientos?

No he sabido nada de él desde nuestra cita de comida china y peli de anoche. Fue tan dulce, tan divertida y tan… vainilla. El tío ni siquiera me besó. ¿Cuándo va a pasar? ¿Pasará siquiera alguna vez?

Sacudo la cabeza intentando deshacerme de los pensamientos sobre Jack. Esto no va de él. Va de mí, de explorar esta parte vital de mí misma que he mantenido oculta durante mucho tiempo. Tomo una bocanada de aire para calmarme.

Diez menos cuarto. Quedan quince minutos.

No puedo esperar más. Con las manos temblorosas, me siento al borde de la cama y me pongo la venda alrededor de los ojos. El mundo se vuelve oscuro y se me aguzan de inmediato los otros sentidos. El aire fresco contra mi piel parece más intenso, y el sonido de mi respiración, más alto.

Me coloco en la cama siguiendo sus instrucciones: con las piernas abiertas, lista y esperando. Las sábanas de seda bajo mi piel se sienten suaves y frescas en contraste con el calor que sale de mi cuerpo. Intento calmar mi respiración, pero es imposible. El corazón me va a mil y mi cabeza es un torbellino de anticipación y miedo. Cada sonido me sobresalta. ¿Esa ha sido la puerta? No, es solo el sonido de la casa. Un coche pasando fuera. El ladrido del perro del vecino.

El tiempo pierde su significado en la oscuridad. ¿Han pasado minutos? ¿Horas? Resisto las ganas de quitarme la venda y mirar el reloj. Seguir sus instrucciones es crucial. Es todo parte del juego, de someterme al control.

Estoy sola con mis pensamientos ahora mismo. ¿Me he depilado bien las piernas? Me acaricio la espinilla con el tobillo para comprobar la suavidad. Sí, lo he hecho. Pero ¿qué hay de…?

El sonido de los golpes en la puerta, como dijo que haría, me saca de mis pensamientos. Me pongo tensa. Tres golpes. Lentos y

deliberados.

Sé que ahora tengo que esperar dos minutos. Esas eran sus órdenes. Sus reglas.

Dos minutos. Se me hace una eternidad. Mi cuerpo vibra, con cada terminación nerviosa llena de anticipación. Cuento los segundos en mi cabeza, intentando mantener la respiración bajo control. Ciento veinte segundos. Eso es.

Los cuento todos, todos los números.

Oigo cómo se abre la puerta y después se cierra. Sus pasos, lentos y calculados, se abren camino por mi casa. Me late el corazón tan alto que estoy segura de que puede oírlo. Los pasos se paran para luego continuar, cada vez más cerca. Ahora está en mi habitación. Puedo sentir su presencia, sus ojos en mí.

—Buena chica —me adula con la voz grave y ronca. Parece como si necesitara aclararse la garganta o toser. No es natural. Su voz me es familiar, pero distinta de como la escuché en el club. No consigo saber por…

La cama se hunde cuando se sienta a mi lado y siento su calidez irradiando contra mi piel. Extiendo más las piernas, mostrándole lo buena que soy.

Su mano me toca la mejilla y sus dedos descienden por mi cuello y mi clavícula. Jadeo ante el contacto y mi cuerpo se arquea involuntariamente contra él. Su mano se mueve más abajo, trazando la curva de mis pechos. Me muerdo el labio para contener un gemido. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo parece estallar en llamas, consciente de su tacto, de su presencia.

No habla. Ojalá lo hiciera. Igual podría hablar yo. ¿Qué digo?

Se me corta la respiración cuando extiende la mano en mi estómago y el calor de su palma llega a mi piel.

Cambia de posición en la cama y de repente siento su aliento en el interior del muslo. Me tenso, con la anticipación llenándome el alma.

Sus labios me rozan la piel, suaves al principio y más insistentes después. Crea un camino de besos por mi muslo, tan despacio que me vuelve loca, y cada uno manda una chispa por mi cuerpo.

Me abre las piernas todavía más. Agarra mis muslos firmemente mientras se coloca entre ellos. Puedo sentir su aliento cálido en mi zona más sensible y hace que me retuerza de necesidad. Pero no me toca ahí, todavía no. En su lugar, deja pequeños besos provocadores por el interior de mis muslos, mordisqueando de vez en cuando la piel sensible.

Gimoteo de frustración ante sus provocaciones.

—Por favor —le susurro, desesperada.

Su lengua finalmente hace contacto, con una lamida larga y lenta que me hace soltar un grito ahogado y arquear la espalda. Se toma su tiempo, explorando cada pliegue y hueco con una atención meticulosa. Es exquisito y desquiciante a la vez.

Mientras me trabaja con la boca, desliza una de sus manos por mi cuerpo para agarrarme el pecho. Roza un pezón con el pulgar y hace que se endurezca. Lo pellizca ligeramente y la pequeña punzada de dolor se mezcla con el placer entre mis piernas.

Me pierdo en una nube de sensaciones y mis caderas se mueven solas mientras persigo el clímax. Justo cuando voy a llegar al límite, se aparta. Suelto un grito de frustración y mi cuerpo vibra por la necesidad.

Oigo el sonido de la tela y el tintineo de la hebilla de un cinturón. Se está quitando la ropa. Dios, ojalá pudiera verlo. La espera es casi insoportable mientras estoy ahí tumbada escuchando los sonidos suaves de la tela al llegar al suelo.

La cama se hunde de nuevo cuando se coloca sobre mí. Siento el calor de su cuerpo, muy cerca, pero sin tocarme. Su aliento se desliza por mi cara y se mezcla con el mío. Su olor me llena las fosas nasales: una mezcla de colonia y algo puramente masculino que

hace que me dé vueltas la cabeza.

Me sostiene la cara entre las manos y con el pulgar recorre mi labio inferior. Sin pensarlo, entreabro los labios y saco la lengua para saborear su piel. Él deja escapar un gemido suave y el sonido manda un pulso de placer a mi expuesto y muy muy húmedo coño.

Sus labios chocan con los míos, calientes y necesitados. El beso es intenso, apasionado; me quita el aliento. Su lengua me invade la boca, explorando, saboreando y reclamándome. Le respondo hambrienta y mis manos se entrelazan en su pelo para acercarlo más a mí.

Ese beso es mi perdición. Sus labios se mueven sobre los míos con una familiaridad que me pilla desprevenida. Encuentro una ternura bajo toda la pasión que no me esperaba. Mi mente vuela intentando dar sentido a las señales contradictorias.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo, dejando un camino de fuego por mi piel. Se coloca entre mis muslos y su extensión dura presiona contra mi entrada. Me arqueo, suplicándole en silencio que me tome.

—Todavía no —susurra contra mis labios. Apenas puedo oírle cuando da la orden.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

JACK

Ojalá pudiera hablar con libertad. Quiero elogiar cada uno de sus movimientos. Alabar su perfecto cuerpo desnudo, expuesto para mí como el mejor regalo de Navidad que un hombre podría pedir. Pero, si lo hago, reconocerá mi voz. Sabrá que soy yo y esa venda roja no será suficiente para mantenerme escondido.

Mi polla está muy cerca de su coño y, por mucho que quiera enterrarme dentro de ella, me contengo y saboreo el momento. Su cuerpo se estremece con cada respiración superficial y se le pone la piel enrojecida de gallina. Acaricio con el dedo la parte interna de su muslo, sintiendo cómo tiembla ante mi contacto. Gime suavemente, arqueando la espalda, suplicando más en silencio.

Me inclino hacia ella, respirando su olor embriagador. Mis labios rozan su mejilla y dejo besos ligeros sobre su clavícula. Suelta un jadeo y tengo que morderme la lengua para evitar susurrar su nombre.

Cada fibra de mi ser ansía poseerla por completo, reclamarla mía. Pero me obligo a ir despacio y alargar esta exquisita tortura para ambos. Mis manos recorren su cuerpo, acariciando y provocando. Agarro sus pechos, sintiendo su peso perfecto y haciendo círculos con los pulgares sobre sus pezones endurecidos. Ella gimotea y se

arquea a mi tacto.

Dejo un camino de besos por su estómago, deleitándome con el sabor de su piel. Mueve las caderas cuando me acerco a su centro. Hago una pausa para que sienta mi aliento caliente sobre su zona más sensible. Está temblando y tiene el pecho agitado. Puedo ver lo mojada que está, reluciente y lista.

Incapaz de resistirlo más, paso mi lengua por su hendidura. Grita y el sonido es de puro placer. Le doy lametones ávidos, saboreando su dulzura. Agarra las sábanas mientras me centro en su clítoris, haciendo círculos con la lengua antes de tomarlo entre mis labios.

Me aprieta la cabeza con los muslos mientras succiono con cuidado, sintiendo cómo se le tensa el cuerpo. Deslizo dos dedos dentro de ella y los contraigo para acariciar su punto más sensible. Está cerca, con la respiración entrecortada, intercalando gemidos entre susurros. Aumento la presión y la velocidad de mi lengua, igualando el ritmo del bombeo de mis dedos.

Justo cuando está a punto de llegar, me aparto. Gimotea de pura frustración elevando las caderas buscando más fricción. Subo por su cuerpo con besos hasta que llego a sus labios para que no tenga más opción que oler y saborear su propia excitación.

Me sorprende haciendo más profundo el beso y buscando hambrienta mi lengua con la suya. Sus manos encuentran mis hombros y me clava las uñas mientras me atrae más hacia ella. Gimo en su boca y mi determinación se tambalea.

Tortuosamente despacio, me coloco en su entrada. Está tan mojada, tan preparada. Introduzco solo la punta, deleitándome en su calor. Mueve las caderas, intentando metérsela más, pero la provoco apartándome. Quiero alargar esto, hacer que se retuerza y suplique. Volverla loca sin decir una palabra. También tengo que ponerme el condón antes de hacer alguna estupidez.

Alargo la mano hacia uno de los envoltorios de aluminio que dejé

en la mesita de noche al entrar y lo abro con cuidado. El sonido del papel suena atronador en el silencio de la habitación. Gira la cabeza hacia el sonido y se le forma una pequeña sonrisa en la cara. Sabe lo que viene.

Con un solo movimiento, me entierro dentro de ella. Ambos gritamos por la sensación. Está tan apretada, tan mojada, envolviéndome en su calor líquido. Tengo que parar, abrumado por el sentimiento de por fin estar unido a ella.

Rodea mi cadera con las piernas, instándome a introducirme aún más. Empiezo a moverme a un ritmo lento y profundo. Cada embestida manda una chispa de placer a través de mi cuerpo. Observo su cara, cautivado por la manera en la que abre los labios en un grito silencioso.

—Oh, sí, más —suplica, arqueando la espalda para acoger cada embestida. Clava las uñas en mis hombros, marcándome como si fuera suyo.

Su respiración se vuelve errática y sube el volumen de sus gemidos, alimentando mi deseo de darle todo lo que desee. La cama cruje bajo nuestro peso; es el único sonido que inunda la habitación, aparte de nuestros jadeos y el choque de nuestras pieles.

Acelero el ritmo, motivado por sus gemidos apasionados. Mis caderas chocan contra las suyas, llegando más profundo con cada embestida. Está tan cerca; puedo sentirlo en cómo me aprieta y en cómo se le tensan los muslos.

Deslizo una mano entre nosotros y alcanzo su clítoris. Hago círculos sobre él con el pulgar, aplicando la presión justa. Arquea la espalda y deja escapar un gemido apasionado.

Me muevo contra ella, golpeando ese punto perfecto en su interior mientras mis dedos acarician su clítoris. Se retuerce debajo de mí y se aprieta como una bomba a punto de estallar.

Entonces me posee algo loco y salvaje. Es la hora. Es la hora de

revelar quién soy de verdad. Antes de perder el coraje, alzo la mano hacia la venda.

El tiempo parece detenerse mientras se la quito con cuidado, mostrando sus ojos. Los cierra al principio, abrumada por la sensación. Entonces los abre despacio para que se ajusten a la luz de la habitación. Nuestros ojos se encuentran y por un momento ninguno se mueve. Veo la conmoción registrarse en su cara, seguida rápidamente por confusión y después entendimiento. Sus labios se abren para formar un silencioso «Oh» de reconocimiento.

Contengo la respiración y espero su reacción. ¿Me empujará con asco? ¿Gritará? ¿Me dirá que soy un pervertido y se irá?

Pero entonces pasa algo inesperado. Despacio, se forma una sonrisa en su cara y sus ojos se iluminan con una mezcla de sorpresa y… ¿eso es alegría?

—Eres tú —susurra, con la voz llena de asombro—. Debería haberlo sabido.

El alivio me atraviesa, seguido rápidamente por una ola de pasión renovada. Atrapo sus labios en un beso ardiente, derramando en él todas mis emociones reprimidas. Responde con la misma pasión, enredando los dedos en mi pelo para atraerme hacia ella.

Con una profunda embestida final, se desmorona. Su cuerpo convulsiona y sus músculos internos se aprietan a mi alrededor mientras la atraviesan oleadas de placer. Me mantengo ahí, dejándola disfrutar de su orgasmo, bebiéndome su imagen corriéndose con fuerza.

Cuando cesan sus temblores, empiezo a moverme de nuevo, buscando mi propia liberación. Gime suavemente, hipersensible, pero con ansia. Recorre mi espalda con las manos y me araña con las uñas.

Estoy cerca y siento cómo empieza a crecer el calor en la base de mi columna. Mis embestidas se vuelven erráticas, más duras y

rápidas. Ella me acoge embestida a embestida, incitándome.

—Córrete para mí —me susurra, y es mi perdición.

Con un gemido gutural, me entierro en ella profundamente mientras me llega el orgasmo. El placer me atraviesa a oleadas mientras me derramo en el condón.

Nos quedamos así un instante largo, jadeando y procesándolo.

Cuando nuestra respiración vuelve a la normalidad, me separo de ella con cuidado para tirar el condón. Me mira con los ojos caídos y una sonrisa satisfecha. Me tumbo en la cama a su lado, sin saber muy bien qué decir ahora que el momento de la revelación ha pasado.

Soy el primero en romper el silencio. Es lo justo después de la bomba que he soltado.

—¿Estás enfadada?

Ella levanta el brazo y me pasa los dedos por la mandíbula.

—¿Enfadada? No, en absoluto —responde con la voz suave—. Sí sorprendida. Extremadamente confundida. Pero… contenta.

—¿Contenta? —repito, casi sin creérmelo.

Asiente y sus dedos siguen acariciándome la cara.

—Quería esto —confiesa—. No estaba segura de que te sintieras igual.

La atraigo hacia mí y me encanta notar su cuerpo desnudo contra el mío.

—Quería esto. Desde hace más de lo que crees —murmuro contra su pelo—. Poder tocarte por fin y mostrarte cómo me siento.

Alza la cabeza, atrapando mis labios con un beso tierno. Cuando nos separamos, tiene los ojos entrecerrados.

—Así que tú has sido WinterWatcher todo el tiempo, ¿eh? El hombre enmascarado.

—Culpable —admito, buscando en su cara alguna señal de enfado o de repulsión. Pero solo encuentro curiosidad y una pizca de

diversión en sus ojos.

Apoya la cabeza sobre el codo y me contempla con una ceja alzada.

—Así que todos esos chats, esos mensajes eróticos… ¿siempre eras tú?

Asiento, con una mezcla de alivio y nervios. Se lo piensa un momento y entonces pone una sonrisita.

—Bueno, he de admitir que me la has colado. Pero ahora que lo sé… —empieza, y su mano se desliza por mi pecho— creo que tenemos mucho tiempo perdido que recuperar.

Se me corta la respiración cuando sus dedos se mueven más abajo.

—¿Quieres decir que quieres…?

—Oh, sí —ronronea, y me empuja contra la cama para subirse a horcajadas—. Quiero explorar cada centímetro de ti ahora que puedo ponerles cara a todos esos deliciosos mensajes.

Suelto un gemido cuando se mueve encima de mí y siento cómo me pongo duro de nuevo.

—Dios, eres increíble —susurro, pasando mis manos por sus muslos.

Se inclina hacia mí y sus labios me rozan la oreja. Entonces para y se aleja.

—Espera. ¿Cómo? ¿Cómo sabías que BlackAsChlo era yo? ¿O que yo era ella?

Mierda. ¡Mierda!



CAPÍTULO VEINTINUEVE

CHLOE

¿Qué cojones está pasando? Acabo de tener el mejor sexo de mi vida, con los ojos vendados, solo para descubrir que el hombre misterioso es en realidad Jack. No pensaba que algo así fuera posible y, mientras intento procesar lo que ha pasado, también siento el malestar.

¿Cómo ha sabido que yo era BlackAsChlo? ¿Lo ha sabido todo el tiempo? ¿Ha sido solo una loca coincidencia o…?

—¿Me viste la cara cuando estaba grabando? Sé que una noche fui descuidada y… —Le miro a los ojos—. ¿Te diste cuenta entonces de que era yo?

Jack abre mucho los ojos. Se pasa una mano por el pelo despeinado y toma una bocanada de aire antes de contestar:

—Yo… sí, te vi la cara esa noche —admite con la voz grave y ronca —. Pero al principio no estaba seguro. Pensaba que mi cabeza me estaba engañando.

—Y ahí fue cuando te suscribiste. ¿Para verlo por ti mismo?

Jack asiente despacio y la culpa se manifiesta en su cara.

—No me podía creer que fueras tú de verdad. Tenía que asegurarme.

Se me forma un nudo en el estómago.

—¿Así que lo has sabido todo este tiempo? Cada conversación que

hemos tenido desde ese momento, cada vez que pasábamos tiempo juntos… ¿Lo sabías?

Alza la mano en dirección a la mía, pero me aparto.

—Lo siento. Debería habértelo dicho antes. Tienes todo el derecho a estar enfadada.

Debería. Debería estarlo, ¿verdad? ¿Por qué no lo estoy?

Cierro los ojos e intento ordenar el cúmulo de emociones dentro de mí. Enfado, traición, confusión… pero también un extraño alivio. Y, debajo de todo eso, una chispa de deseo que no puedo extinguir.

—No sé cómo sentirme —admito en un susurro apenas audible—. Una parte de mí quiere gritarte, pero hay otra que…

Jack se acerca y su presencia es a la vez tranquilizadora e inquietante.

—¿Otra que qué? —repite.

Lo miro desde abajo, observándolo de verdad por primera vez. No solo al Jack tierno, sino al Jack sexy de cojones y dominante. El hombre que acaba de darme un placer trascendental. La persona que ha sabido mi secreto más oscuro durante semanas.

—Otra parte de mí está feliz de que seas tú —le confieso, y las palabras salen solas antes de que pueda pararlas—. Estaba dividida entre tú, Jack, y WinterWatcher.

—¿Dividida cómo?

—Entre el bien y el mal —admito. Tomo una bocanada de aire, intentando ordenar mis pensamientos—. Tú eras la opción segura, el tío dulce que rescata gatitos de los árboles y quita la nieve de la entrada de mi vecino. Pero WinterWatcher… él representaba todo lo emocionante y lo prohibido. Nunca pensé que pudieran ser la misma persona.

Sonríe suavemente y un poco de esa energía dominante puede intuirse titilando en sus ojos.

—¿Y ahora que sabes que lo son?

—No lo sé —susurro, con el corazón acelerado—. Es como si chocaran dos mundos. Estoy asustada, emocionada, confusa… todo al mismo tiempo.

Jack alza la mano y sus dedos me acarician la mejilla.

Me inclino hacia su toque a pesar de mi buen juicio.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué seguir con esto? —Hago un gesto hacia las sábanas arrugadas, con el olor de nuestra pasión todavía cargado en el ambiente.

—El que fuera un hombre enmascarado era parte de tus fantasías —me recuerda—. Mi objetivo —recoge la venda roja y la pone frente a mí— es hacer realidad cada una de las fantasías que tengas.

Sus palabras se quedan en el aire entre nosotros, con el peso de lo que significan. Busco en su cara alguna señal de que me esté engañando, pero solo veo sinceridad y deseo. Se me forma un nudo en la garganta cuando soy consciente del peso de lo que me está ofreciendo.

—¿Cada una de mis fantasías? —susurro, con la voz un poco quebrada. Su cercanía es adictiva y me inclino hacia él inconscientemente, no queriendo que esto acabe nunca.

Jack asiente y sus ojos no abandonan los míos en ningún momento.

—Cada una de ellas —confirma con la voz grave y ronca—. He visto tus vídeos, Chloe. Sé lo que te gusta, lo que anhelas. Y quiero dártelo todo.

Se me acelera el corazón mientras proceso sus palabras. La parte racional de mi cerebro me grita que debería estar enfadada, que debería sentirme violada. Pero la parte de mí que anhela emoción, que ansía lo prohibido, está vibrando de deseo.

Gira la cabeza hacia mi ordenador.

—Si no recuerdo mal, les prometiste a tus suscriptores un invitado especial.

Suelto un jadeo y abro mucho los ojos mientras sigo la mirada de Jack hasta mi ordenador. La comprensión me arrasa como una ola. En realidad, sí que les he prometido a mis suscriptores una actuación especial con un invitado misterioso. Pero no iba en serio, ¿no?

—Oh, Dios mío —exclamo, dejando escapar el aire.

Los labios de Jack se curvan en una sonrisa cómplice.

—Bueno, no querríamos decepcionar a tus leales fans, ¿verdad?

Trago saliva y siento que mi mente va a mil por hora. Es una locura, ¿no? Completamente descabellada. Y, aun así, el pensamiento de actuar con Jack, de compartir nuestra pasión con mi entusiasta público, me hace imposible declinar la propuesta.

—Yo… no sé —tartamudeo, incluso cuando el calor se me acumula en el vientre—. No podemos enseñar la cara.

Jack se acerca y me sostiene la cara entre las manos con cuidado.

—No tenemos por qué. Creo que entre los dos podemos jugar con la iluminación, el ángulo y las sombras perfectamente.

Respiro profundamente y sopeso mis opciones. Mi parte responsable me dice que es una mala idea, que debería tomarme un tiempo para procesar todo lo que ha pasado. Pero la parte de mí que desea esa excitación, que anhela nuevas experiencias, me grita que dé el salto.

—Vale —susurro. Mi voz es casi inaudible—. Hagámoslo.

—Esa es mi chica.

Dios, este hombre sabe cómo hacer que me derrita.

Pasamos los minutos siguientes colocando la cámara, ajustando la iluminación para garantizar que nuestras caras se mantengan ocultas. También nos aseguramos de que el portátil está en un sitio donde podamos ver los comentarios. Mientras trabajamos, puedo sentir cómo crece la necesidad, una tensión deliciosa como una chispa entre los dos.

Finalmente, todo está listo. Jack se mantiene detrás de mí y me rodea la cintura con sus fuertes brazos mientras le doy al botón de iniciar transmisión.

—¿Lista? —me susurra en el oído.

Asiento, tomando una bocanada de aire.

—Lista.

Siento un chute de adrenalina cuando le doy al botón. La conocida luz verde se enciende, señal de que estamos en directo. Ya puedo ver cómo aumentan los espectadores rápidamente.

—Hola a todos —ronroneo, transformándome en BlackAsChlo—. Espero que estéis listos para un espectáculo muy especial esta noche.

Jack desliza las manos por mis costados y su tacto provoca una chispa en mi piel. Me inclino hacia él y siento su pecho sólido presionando contra mí.

—Como prometí, tengo a un invitado especial conmigo esta noche —sigo, con la voz ronca de deseo—. Saluda, hombre misterioso.

—Hola a todos. —La voz grave de Jack retumba.

—Cuéntanos algo de ti —propongo con un grito ahogado cuando siento su mano acariciarme la tripa.

—Me gusta mirar —es todo lo que dice.

El chat explota con mensajes de emoción; nuestros espectadores, claramente entusiasmados por este acontecimiento inesperado. Le echo un ojo a los comentarios y sonrío ante su entusiasmo.

—Oh, sin duda están preparados —gimo, y giro la cabeza para mirar a Jack—. ¿Tú lo estás? Es la hora de que te miren más que de mirar.

Como respuesta, Jack desliza la mano hacia mi pecho y su pulgar me acaricia el pezón. Doy un grito ahogado y me arqueo hacia él.

—Creo que eso responde a tu pregunta —masculla, acariciando mi oreja con los labios.

Empezamos nuestra danza, una coreografía sensual de tocamientos, besos y caricias. Jack explora mi cuerpo con las manos con una familiaridad que me sigue excitando ahora que sé que es él, el Jack tierno y bueno, el que desata esta pasión.

Mientras nos movemos juntos, soy consciente de la cámara, de los cientos de ojos que nos ven. Pero, lejos de ponerme nerviosa, aumentan mi excitación. Me siento poderosa, deseable y completamente en mi elemento.

—BlackAsChlo ha sido muy muy mala —suelta Jack a los espectadores—. Le he prometido a esta chica mala un castigo y soy un hombre de palabra.

Me quedo sin respiración al oír sus palabras. La energía dominante que solo he experimentado a través de la pantalla ahora irradia de él en persona y quiero más.

—Eso es —ronroneo a la cámara, haciendo mi papel—. He sido una chica muy mala. ¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Me van a traer carbón?

Jack enreda la mano en mi pelo, cuidadoso pero firme, y echa mi cabeza hacia atrás.

—Creo que sabes perfectamente lo que voy a hacer —gruñe en mi oreja, tan alto como para que el micro lo detecte.

El chat explota de mensajes, pero apenas les presto atención. Toda mi atención está en Jack: su tacto, su voz, el calor de su cuerpo contra el mío. Estamos los dos completamente desnudos, frente a cientos de personas, en directo en Secretos Oscuros, haciendo algo con lo que solo podía soñar.

Jack desliza una mano por mi espalda, cuidadoso e imponente, mientras me mueve a su lado.

—A cuatro patas —me ordena con voz grave y autoritaria.

Obedezco, colocándome en el borde de la cama con la espalda arqueada y el culo expuesto a la cámara y a Jack.

—Cuenta —me ordena, y yo asiento y me preparo.

Llega el primer azote, un ardor intenso que se transforma rápidamente en calidez.

—Uno —cuento casi sin aire.

Jack va alternando entre los dos cachetes, cada azote calculado al milímetro. El dolor se mezcla con el placer, llenándome de alegría y de una agonía erótica, todo a la vez. Cuando llego a diez, me escuece la piel y estoy jadeando y retorciéndome de necesidad.

—Buena chica —me adula, acariciándome con cuidado la piel enrojecida—. Has soportado tu castigo muy bien.

Gimoteo ante su elogio y empujo contra su mano.

—Por favor —suplico, sin importarme lo desesperada que parezco.

—¿«Por favor» qué? —me provoca, acariciando con los dedos la parte interna de mi muslo.

—Fóllame, por favor —gimo lo suficientemente alto para que lo detecte el micrófono. El chat se vuelve loco, pero casi ni me doy cuenta.

Jack me da la vuelta para que lo mire, con los ojos oscuros de deseo.

—¿Lista para dar un buen espectáculo? —pregunta con la voz dominante, y aun así me tranquiliza.

Asiento y la anticipación me deja sin aire.

—Sí, por favor.

Me levanta sin esfuerzo y yo enredo las piernas a su alrededor mientras me lleva a la cabecera de la cama. Caemos juntos sobre el colchón en una maraña de miembros y besos apasionados.

Mientras Jack deja un camino de besos por mi cuello, echo un vistazo al chat por el rabillo del ojo. Se mueve tan rápido que apenas puedo leer los mensajes, pero capto órdenes sexuales que quieren que hagamos, declaraciones de asombro y algunos comentarios más de envidia.

Me sonrío a mí misma y cierro los ojos, rindiéndome a las sensaciones. Que miren. Que vean lo bueno que puede ser cuando una fantasía se hace realidad.

Sé cómo está colocada la cámara y quiero que los espectadores tengan una buena vista de cómo le agarro la polla a Jack. Meto la mano entre nosotros y se la rodeo con los dedos. Me recoloco ligeramente para asegurarme de que la cámara capta el momento mientras acaricio su tremendo tamaño.

La guío hacia mi entrada, provocándome con la punta. Los espectadores pueden verlo todo: mis pliegues mojados, la polla gruesa de Jack y la manera en la que mi cuerpo tiembla de necesidad.

—Por favor —gimoteo, alto para que lo oiga en micrófono—. Te necesito dentro.

Jack fija los ojos en los míos en una pregunta silenciosa. Asiento, dándole permiso para tomar el control.

—La protección lo primero, damas y caballeros —exclama mientras alcanza un condón del montón en la mesita de noche.

Entonces me penetra con un solo movimiento, hasta el fondo. Grito de placer y se me arquea la espalda.

—¡Dios, sí! —gimo, y le clavo las uñas en los hombros.

Jack encuentra el ritmo perfecto. Cada embestida manda oleadas de placer a través de mi cuerpo. Apenas soy consciente del chat explotando de actividad; lo único en lo que me centro es en las sensaciones que estamos creando juntos.

—La sensación en tu interior es tan buena —gruñe—. Tan estrecha y mojada para mí.

Aprieto las piernas a su alrededor, instándole a ir más profundo.

—Más fuerte —suplico—. Por favor, necesito más.

Jack obedece, empujando sus caderas con más intensidad. El sonido del choque de pieles llena la habitación junto con nuestros

gemidos y gritos de placer.

Puedo sentir el clímax aproximándose, esa tensión que se acumula en el bajo vientre. Jack parece sentirlo también, porque cambia el ángulo ligeramente para arremeter contra ese punto en mi interior con cada embestida.

—¿Vas a correrte para mí? —pregunta con la voz grave y autoritaria—. ¿Vas a correrte para los espectadores?

El recordatorio de nuestro público manda una nueva oleada de placer a través de mí. Asiento frenéticamente y me fallan las palabras mientras el placer crece casi a un nivel insoportable.

—Entonces hazlo —me ordena—. Córrete para mí. Ahora.

Su orden viene acompañada de una embestida especialmente profunda que me lleva al abismo. Grito y mi cuerpo convulsiona con oleadas de placer intenso. Jack no se detiene, prologando mi orgasmo mientras persigue el suyo.

Con un gruñido gutural, Jack se entierra dentro de mí por última vez. Puedo sentir cómo palpita, llenándome con su calor. Nos quedamos así un rato, ambos jadeando y temblando con las consecuencias de nuestro clímax compartido.

Finalmente, Jack la saca despacio, con cuidado de mantener nuestras caras ocultas a la cámara. Me giro hacia el ordenador y veo cómo el chat explota con mensajes de emoción y generosos consejos.

—Espero que hayáis disfrutado del espectáculo —termino, casi sin aire—. Hasta la próxima…

Me levanto de la cama y me acerco para finalizar el directo. La habitación se sume en un agradable silencio sin el sonido constante de los mensajes. Jack me atrapa entre sus brazos y me da un beso en la frente.

—Ha sido… — empiezo, pero soy incapaz de terminar la frase.

—Increíble —termina Jack por mí, con la voz suave y llena de

asombro—. Eres increíble.

Lo miro desde abajo, buscando su cara. La energía dominante de hace unos momentos ha desaparecido y en su lugar está la calidez amable que siempre he asociado con él. Un recordatorio de la dualidad que sigo intentando conciliar.

—¿Ahora qué? —pregunto en voz baja.

Jack aprieta los brazos a mi alrededor.

—Eso depende de ti —comenta—. Podemos ir despacio, explorar esto juntos. O…

—¿O…? —le interrumpo, con el corazón acelerado.

Una pizca de esa energía dominante aparece en sus ojos.

—O podemos tirarnos a la piscina. Explorar cada fantasía, cada pasión inexplorada. Sin barreras.

—Voto por la segunda opción —replico con más fuerza de la que esperaba—. Quiero explorarlo todo contigo, Jack. Sin barreras.

Despacio, se forma una sonrisa traviesa en su cara.

—Eso quería oír de mi chica buena.

—Me gusta ser tu chica buena —gimo, pasándole las manos por el pecho—. Pero también me gusta ser muy mala.



CAPÍTULO TREINTA

JACK

La mejor Nochebuena de mi vida. Mi mente está en paz, mi cuerpo rezuma alegría sexual y siento un ligero hormigueo en la polla del orgasmo intenso que acabo de tener. He perdido la cuenta de cuántos he tenido ya.

Chloe está tumbada a mi lado y su pecho sube y baja cuando intenta recobrar el aliento. Las lucecitas fuera de su ventana reflejan un brillo cálido sobre su cuerpo desnudo. Siempre me he preguntado cómo se verían las luces que colgué desde su punto de vista y ahora lo sé. Y ver lo que le hacen a su cuerpo perfecto… hace que valga la pena el esfuerzo. Trazo vagamente círculos con los dedos sobre su piel, saboreando el placer posterior y la intimidad del momento.

—Mmm —ronronea, acurrucándose contra mí—. Creo que me has roto.

Le doy un beso en la frente.

—Descansa —murmuro—. No he terminado todavía.

—¡Ten piedad!

—Nunca.

Chloe suelta una risita y me da un golpe en el pecho, juguetona.

—Eres insaciable.

—Solo de ti —rebato, y atrapo su mano para llevarla a mis labios.

Nos quedamos tumbados en un cómodo silencio durante un rato, escuchando los villancicos suaves que suenan en su altavoz. El olor de la canela y el pino se mezcla con el aroma almizclado del sexo. Fuera está nevando ligeramente, lo que crea un fino manto blanco.

Chloe se apoya sobre uno de sus codos, con el pelo despeinado cayéndole a ambos lados de la cara. Bajo el brillo suave de las luces de Navidad, está absolutamente radiante.

—¿Sabes? —comienza, con un destello travieso en los ojos—. Tengo un regalo para ti.

—¿Oh? —Alzo la ceja, intrigado—. Y yo que pensaba que mi regalo eras tú.

Se ríe con un sonido melódico que hace que me dé un vuelco el corazón.

—Bueno, considéralo un… regalo extra.

Chloe sale de la cama y las sábanas se deslizan por su cuerpo para revelar sus curvas. La miro con atención atravesar lentamente la habitación hacia el armario. Rebusca durante un momento antes de sacar un pequeño paquete envuelto.

—¿El regalo es para Jack o para WinterWatcher? —pregunto con una risita.

Me mira juguetona por encima del hombro.

—Para Jack. Esperaba verte, aunque no hubiéramos hecho planes.

Le ofrezco una sonrisa cálida cuando siento una oleada de afecto.

—No podía alejarme de ti —admito.

Chloe vuelve a la cama con el regalo en las manos. Se sienta a mi lado con las piernas cruzadas, sin molestarse en cubrirse. Las luces de Navidad bailan en su piel, resaltando las curvas que me he pasado la noche explorando.

—Bueno, me alegro de que vinieras —comenta en voz baja y sensual. Me ofrece el regalo—. Feliz Navidad, Jack.

Me siento y agarro el pequeño paquete. Está perfectamente

envuelto con un papel plateado y un lazo rojo.

—Como no le había comprado un regalo a nadie desde hace años, esto es un gran paso para mí. Por lo de ser una Scrooge y todo eso —explica—. Pero, cuando lo vi en el anticuario, sabía que tenía que comprártelo.

Desenvuelvo el regalo con cuidado. Chloe me observa con atención, mordiéndose el labio, su peculiaridad más adorable cuando está nerviosa o piensa demasiado. Retiro lo que queda del papel y sostengo una caja pequeña de terciopelo.

Dentro se encuentra un precioso reloj de bolsillo plateado. En el cristal hay grabados copos de nieve y pinos, una perfecta imagen invernal. Lo levanto con cuidado, admirando la pieza de artesanía.

—Ábrelo —me anima Chloe.

Presiono el pequeño botón lateral y la tapa se abre. Dentro, en el dial del reloj, hay una inscripción:

PARA JACK. GRACIAS POR VIGILARME ESTAS NAVIDADES.

CON CARIÑO, SCROOGE

Ella sonríe.

—Es irónico que lo haya comprado antes de saber que tú eras WinterWatcher y que justo haya usado la palabra *vigilar*. Divertido, ¿verdad?

Por un momento me quedo sin habla. Debería confesar lo acertado que es el grabado, pero no puedo. Esta noche no. No en Nochebuena cuando está siendo la noche más perfecta de mi vida. En su lugar me levanto y me dirijo a la otra habitación, donde dejé su regalo de Navidad esperando encontrar el momento indicado para dárselo.

—¿Te gusta?

—Más de lo que imaginas.

—Genial. Sé que los relojes de bolsillo pueden estar un poco pasados de moda. Pero hay algo en ti que lo pedía a gritos.

—Espera. Voy a buscar el tuyo.

Vuelvo a la habitación con una pequeña caja con un envoltorio elegante entre las manos. A Chloe se le abren los ojos de alegría y sorpresa.

—¿También me has comprado algo? —pregunta con asombro.

Asiento mientras me acomodo a su lado.

—Pues claro. No podía dejar pasar las Navidades sin darle a mi Scrooge algo para hacer que crezca su corazón.

Le extiendo la caja y observo cómo la desenvuelve con cuidado y sus dedos trazan el lazo dorado antes de deshacerlo. Levanta la tapa y la oigo soltar un jadeo.

Dentro se encuentra un delicado colgante de plata con un pequeño copo de nieve enganchado a la cadena. Cada punta del copo está decorada con gemas azules que absorben la luz y reflejan su brillo.

—Jack, es precioso —susurra, levantando el colgante del cojín de terciopelo—. Es demasiado.

Niego con la cabeza y tomo con cuidado el colgante de sus manos.

—No es demasiado. Es perfecto para ti.

Me coloco detrás de ella y le echo el pelo a un lado. Cuando aseguro el cierre alrededor de su cuello, le doy un beso suave en el hombro. El copo de nieve queda un poco más arriba de sus pechos, brillando con las luces navideñas.

—Eso es —murmuro con mi aliento sobre su piel—. Preciosa.

Chloe se gira para mirarme con los ojos brillando de emoción. Toca el copo con cuidado y luego me mira desde abajo.

—Gracias, Jack. Me encanta. —Sus ojos se encuentran con los míos y veo cómo se le humedecen—. Gracias por hacer que este año no haya sido tan… difícil.

Le tomo la cara entre las manos y le limpio con los pulgares las

lágrimas que han empezado a caer. Se inclina hacia mí y junta sus labios con los míos en un beso que es a la vez tierno y apasionado. Cuando nos separamos, apoya su frente en la mía mientras juguetea con el colgante entre sus dedos.

—Qué locura de noche.

Sonrío ante sus palabras.

—Espero que en el buen sentido.

—En el mejor —confirma, con los ojos brillantes—. Nunca pensé que volvería a disfrutar la Nochebuena otra vez, pero aquí estamos.

La estrecho contra mí, rodeándole la cintura con los brazos.

—Aquí estamos. Y no querría estar en ningún otro sitio.

Chloe se acurruca en mi abrazo y apoya la cabeza en mi pecho. Puedo sentir el latido de su corazón, fuerte y constante sobre mi piel.

—Pero —añado con un suspiro— sí que tengo que estar en la estación a las siete.

Chloe se aleja un poco y me mira con una mezcla de admiración y decepción.

—¿Trabajas el día de Navidad? ¿Cubriendo a uno de los bomberos? Recuerdo que me lo contaste.

Puedo ver el conflicto en su mirada. No quiere que me vaya, pero aprecia el gesto. Le acaricio la mejilla.

—Lo sé, lo siento. Lo prometí antes de… bueno, antes de que pasara lo de hoy —explico—. No tengo hijos ni familia, así que…

—Creo que es muy amable por tu parte —me interrumpe.

—Pero los chicos y yo vamos a hacer la cena de Navidad en la estación. Podemos invitar a la familia y a quien queramos para que se una a nosotros y me encantaría que vinieras, si no tienes planes esta noche.

A Chloe se le ilumina la mirada con mi invitación, pero puedo ver que la duda cruza su mirada.

—¿De verdad? ¿Quieres que vaya a la cena de Navidad de la estación?

Asiento mientras le paso los dedos por el pelo.

—Sí. Sé que no es una cena tradicional, pero…

—No, suena perfecto —dice con una sonrisa—. Me encantaría ir. Es solo que… no soy familia. ¿Estás seguro de que estará bien que vaya?

—Claro que sí. Los chicos siempre están encantados de recibir a alguien. Siempre cocinamos de más, de todas maneras. Pero te aviso: seguimos de guardia. Si nos llaman, puede que tengamos que salir corriendo en mitad de la cena. Así que tienes que ser flexible y saber que es posible que te quedes con las demás mujeres y novias.

A Chloe se le ilumina la cara.

—Eso suena genial. Nunca he vivido nada así antes. —Hace una pausa para pensar—. ¿Tengo que llevar algo?

Niego con la cabeza y la atraigo hacia mí de nuevo.

—Solo a ti. Y puede que mucha hambre.

Se ríe y siento su aliento en el pecho.

—Creo que puedo apañármelas. Especialmente después de las… actividades de esta noche.

Me río y le paso la mano por la espalda.

—Hablando de eso, deberíamos dormir un poco si queremos ser funcionales mañana.

Chloe suspira y se acurruca contra mí.

—Tienes razón. Pero no quiero que acabe esta noche.

—Esto no se acaba —murmuro, y le doy un beso en la cabeza—. Es solo el principio.

Nos tumbamos en la cama, con la espalda de Chloe contra mi pecho y mi brazo sobre su cintura. Las luces de Navidad siguen brillando suavemente y dan un brillo cálido a la habitación. Fuera, la nieve cae en silencio, creando un manto blanco.

Antes de que me conquiste el sueño, oigo a Chloe susurrar:

—Feliz Navidad, Jack.

—Feliz Navidad, Chloe —respondo con el corazón pleno.

Cuando voy perdiendo la consciencia, mi último pensamiento está en mañana. En Chloe en la estación de bomberos, comiendo con mis compañeros, siendo parte de mi mundo. Es un futuro que nunca me atreví a imaginar, pero ahora no me imagino una vida sin ella.

Miro por la ventana sabiendo que no hace tanto tiempo que estaba al otro lado. Observando. Imaginando cómo sería abrazarla. Estar con ella. Y ahora aquí estoy, con su cuerpo cálido pegado al mío, con su respiración suave aliviando la culpa con la que sigo luchando. La culpa por mis acciones pasadas, el acoso, los secretos tira de mi consciencia. Sé que tendré que ser sincero en algún momento. Pero, por ahora, aparto esos pensamientos y pongo mi atención en la sensación de Chloe en mis brazos, el olor de su pelo y el ritmo de su respiración.

Cuando me dejo llevar por el sueño, mi mente piensa en el futuro. Imagino más noches como esta, más Navidades con Chloe. Quiero esto, la quiero a ella, más de lo que nunca he querido nada. Pero el peso de mi secreto es alto.

La mañana llega muy rápido. Me suena la alarma del móvil y me separo de Chloe con cuidado. Ella se revuelve, murmurando dormida.

—Shh —susurro dándole un beso en la frente—. Vuelve a dormirte. Te veo después en la estación; te mandaré la dirección.

Ella asiente y se vuelve a dormir. Me visto rápidamente y me detengo en la puerta para volver a mirarla. La luz del día se cuela por la ventana y deja un brillo suave sobre su figura dormida. Mi corazón se hincha con la emoción.

No quiero joder esto.

Por favor, no me dejes joder esto.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CHLOE

Nunca he entrado en un parque de bomberos. He pasado por delante, caminando o en coche, pero nunca le había prestado atención a la fachada y cómo destaca entre los demás edificios. Las enormes puertas rojas del aparcamiento dominan la fachada, cada una lo bastante grande como para acoger el enorme camión de bomberos. Por encima, una línea de ventanas muestra el segundo piso, donde imagino que los bomberos pasan su tiempo libre entre los avisos.

Es Navidad y estoy aquí para cenar con ellos y sus familias, pero no estoy segura de si voy muy arreglada o poco. No le pregunté a Jack por el código de vestimenta y no quería parecer tonta escribiéndole después.

Tomo una bocanada de aire y abro la puerta lateral, la que está pensada para las personas más que para los camiones. Primero me golpea la calidez junto con los aromas de la comida y de… los hombres. Se escuchan voces y risas al fondo y las sigo por un corto pasillo.

La zona común está decorada en todo su esplendor festivo. Un árbol de Navidad enorme domina una de las esquinas, con sus luces tintineando. Hay guirnaldas colgando del techo y una gran mesa

llena de diferentes platos de comida. Localizo a Jack hablando con un par de compañeros. Lleva puestos unos pantalones azul marino y la camiseta a juego del departamento se ajusta a sus hombros.

Me llega una oleada de alivio al ver que mi conjunto de jersey rojo y pantalón de vestir negro parece encajar en el ambiente casual, aunque festivo.

Jack me encuentra con la mirada y su cara se ilumina con una sonrisa. Se disculpa con sus compañeros y camina hacia mí, sorteando los grupitos de personas dispersos por la sala.

—Has llegado —me saluda, amable, y me da un abrazo rápido. Me envuelve el olor familiar de su colonia mezclado con una pizca de ese aroma masculino—. Empezaba a preocuparme que te hubieras perdido de camino.

—Perdón por llegar tarde —respondo, y siento cómo me sonrojo—. Me ha… em… llevado más tiempo del que pensaba elegir qué ponerme.

Jack se ríe y se le forman arrugas alrededor de los ojos.

—Bueno, estás perfecta. Ven, que te presento a todos.

Mientras nos movemos por la sala, me abruma el sentimiento de camaradería que se respira en el ambiente. Esta gente no son solo compañeros de trabajo: son familia. Los niños corren entre las piernas de los adultos y su risa destaca entre el murmullo de la conversación. Los bomberos están en la cocina de estilo industrial, cocinando, mientras las mujeres y las novias se quedan cerca charlando entre ellas. Jack me presenta a tanta gente que se me empiezan a mezclar los nombres, pero todo el mundo es amable y acogedor. Me relajo y me dejo llevar por las conversaciones sobre las tradiciones navideñas y algunas anécdotas divertidas del parque.

Es una imagen curiosa la de cuatro bomberos con el uniforme moviéndose con tanta soltura por la cocina. La comida huele que alimenta y no me dejan de sorprender sus habilidades culinarias.

Jack se da cuenta y se inclina para hablarme al oído:

—Los bomberos son los mejores cocineros —susurra, con un guiño —. Tenemos mucha experiencia alimentando a grandes equipos después de turnos largos. Es un requisito para el trabajo.

—¿Saber cocinar?

Asiente.

—Nos turnamos para ello, así que sí, aprendemos rápido. Hoy lo hacemos juntos para vosotros, nuestros invitados.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No. Solo ve a servirte una bebida por allí. —Señala una mesa con refrescos y tés—. Y yo iré a ver cómo van los pasteles de calabaza que he hecho.

Asiento y me acerco a la mesa de las bebidas para coger un vaso de sidra de manzana especiada. El calor de la taza me llega a las manos cuando le doy un sorbo y los sabores a especias y dulces bailan en mi boca. Me doy la vuelta para observar la habitación, más tranquila ahora que me he puesto cómoda.

Se me acerca una mujer joven y su pelo rizado se mueve cuando camina. Lleva un jersey navideño verde con pequeños renos.

—¡Hola! Soy Melissa, la mujer de Tom. Tú debes de ser la nueva novia de Jack.

¿«Novia»? Em… ¿cómo respondo a eso? No sé ni siquiera lo que somos.

—Soy Chloe —respondo, y espero que sea suficiente.

Melissa me da un entusiasta apretón de manos.

—¡Oh, estábamos deseando conocerte! Jack ha sido muy discreto, pero sabíamos que pasaba algo. Sonreía mucho más últimamente.

Sus palabras hacen que me surjan mariposas en el estómago.

—¿En serio? Me… alegra oír eso.

Vislumbro a Jack en la cocina. Se está riendo con sus compañeros con un trapo al hombro mientras saca del horno un pastel dorado.

La imagen de él tan tranquilo, en su elemento, hace que se me infle el corazón.

Melissa sigue mi mirada y sonríe cuando se da cuenta.

—Qué bonita estampa, ¿verdad? Toda esa masculinidad apretujada en una cocina. —Suelta una risita—. Pero que no te engañe lo del tipo duro. Estos hombres son los más cariñosos y compasivos que vas a conocer.

Asiento, mirando cómo Jack deja el pastel en la encimera con cuidado para que se enfríe.

—Estoy empezando a notarlo.

Melissa y yo seguimos hablando y le cojo cariño rápidamente a su enérgica personalidad. Me presenta a otras novias y esposas y muy pronto estamos contando historias y riéndonos juntas. Sienta tan bien sentirse incluida, ser parte de esta comunidad tan unida, aunque no esté muy segura de cómo encajo yo de momento.

Mientras la tarde avanza, el aroma del pavo asado y los aperitivos llena el ambiente. Jack llama a todo el mundo a la mesa que se ha montado en el centro de la sala. Me siento entre Jack y Melissa, con niños emocionados frente a nosotros.

El capitán Rodríguez preside la mesa, con el pelo canoso peinado perfectamente, y pasea la mirada por el grupo reunido. Se aclara la garganta y se hace el silencio en la sala.

—Antes de hincarle el diente a esta comida estupenda —empieza, con la voz cálida y profunda—, me gustaría decir unas palabras. Primero, a nuestros nuevos invitados. —Hace un gesto en mi dirección y en la de algunos más—. Bienvenidos a la familia del parque de bomberos. Estamos muy contentos de teneros aquí esta noche.

Jack me aprieta la rodilla debajo de la mesa y no soy capaz de esconder mi sonrisa. El capitán continúa:

—Celebrar estas fiestas me recuerda lo afortunados que somos.

No solo por la comida en nuestra mesa o el tejado sobre nuestras cabezas, sino por los vínculos que compartimos. Este trabajo no es fácil. Nos enfrentamos a cosas que la mayoría no se enfrentará jamás. Pero las afrontamos juntos y eso marca la diferencia.

Se forma un murmullo de asentimiento en la mesa. Miro a Jack y distingo una mezcla de orgullo y solemnidad en sus ojos.

—Así que esta noche —continúa el capitán, alzando su copa— quiero proponer un brindis. Por la familia, en la que nacemos y la que elegimos. Por los seres queridos que nos apoyan, que se preocupan por nosotros y nos dan la bienvenida después de cada turno. Y por aquellos que no están con nosotros esta noche, por trabajo o porque nos miran desde el cielo. ¡Salud!

—¡Salud! —coreamos todos con el tintineo de las copas y respuestas sinceras.

La conversación fluye cuando empezamos a comer. Escucho anécdotas de rescates peligrosos y algún percance cómico, de noches sin dormir en la estación y actos inesperados de bondad de la comunidad. Con cada historia entiendo más el mundo en el que vive Jack.

En mitad de la cena, empieza a sonar la alarma de la estación. Los bomberos, incluido Jack, se levantan de la mesa inmediatamente y su gesto cambia de relajado a centrado en un instante.

—Lo siento. El deber llama —exclama Jack, acercándose para darme un beso rápido en la mejilla—. ¿Me guardas un trozo de pastel?

Antes de que pueda responder, él y los demás ya están corriendo al aparcamiento. El resto de los invitados observan en silencio cómo arrancan los camiones y salen de la estación con las sirenas puestas.

Me giro hacia Melissa.

—¿Qué hacemos ahora?

Ella se encoge de hombros.

—Puedes esperar aquí y ver lo que tardan en volver. Hay gente que se va porque sabe que es una lotería. Depende de ti.

—¿Cuánto duran los avisos?

—Pueden durar media hora o pueden ser horas. —Echa un vistazo a sus platos a medio comer—. Al menos este año han comido algo. En Acción de Gracias tuvieron que salir corriendo cuando estábamos cortando el pavo.

—Creo que voy a quedarme, si está bien. Quiero ver cómo va esto.

Melissa me regala una sonrisa amable.

—Claro que está bien. Bienvenida a la vida de la… amiga de un bombero. —Me guiña un ojo y siento cómo me pongo roja.

Los invitados que quedan siguen comiendo, pero otros se levantan y empiezan a recoger sus cosas. Especialmente los que tienen niños pequeños. No tengo un lugar mejor donde estar, así que he llegado a la conclusión de que lo mejor es esperar a Jack. Solo espero que no tarde toda la noche.

Me uno al grupo que está limpiando la mesa y recogiendo las sobras. Mientras trabajamos, los escucho intercambiar historias de Navidades pasadas interrumpidas por avisos, emergencias sin avisar y los retos únicos de estar con una persona con una profesión tan exigente.

Cuando terminamos de limpiar, me dejo llevar hacia las enormes ventanas en la parte frontal de la estación. La noche está despejada y hace frío; las estrellas brillan en el cielo oscuro. Me pregunto dónde estará Jack ahora, a qué tipo de emergencia está haciendo frente.

Se me acelera el corazón cuando veo acercarse el camión rojo tras una hora o así. Los camiones entran en el aparcamiento y, unos minutos después, Jack y sus compañeros entran en la sala común. Parecen cansados, pero satisfechos, con una fina capa de hollín en la ropa y en la cara y un olor a grasa que anuncia su llegada.

Jack me encuentra de inmediato y camina hacia mí.

—Perdona —se disculpa, pasándose una mano por el pelo—. Solo era un pequeño incendio en una cocina. Un accidente cocinando el pavo. Vemos al menos uno de estos cada Navidad.

Alzo la mano para limpiarle un poco de hollín de la mejilla.

—Me alegra que hayas vuelto sano y salvo. Y mira —le señalo la mesa, donde he apartado un plato—, te he guardado un poco de pastel.

Me regala una sonrisa.

—Eres la mejor, ¿lo sabes?

Me atrae hacia él en un abrazo, sin importar que el olor de la grasa se quede en mi ropa.

Cuando nos unimos al grupo, me doy cuenta de la camaradería que hay entre los bomberos y sus familias. Vuelven a la celebración como si nada hubiera pasado. Y me doy cuenta de que esta es su normalidad: estar siempre listos y tener la habilidad de cambiar de actitud de un momento a otro.

—Ey —llama mi atención Jack, inclinándose hacia mí—. ¿Quieres que te enseñe esto, el aparcamiento?

—Me encantaría —respondo, emocionada por ver más de su mundo.

Me toma de la mano y me guía hacia las enormes puertas del aparcamiento. Cuando entramos en el cavernoso espacio, se intensifica el olor de la goma y la gasolina. Los enormes camiones brillan con las luces del techo y la pintura todavía húmeda por la reciente llamada.

—Este es el Camión Cinco —me indica Jack dándole unos golpecitos cariñosos al camión más cercano—. Es la niña de mis ojos.

Paso la mano por el metal frío, maravillada por el tamaño y la complejidad del vehículo.

—Son increíbles. No sabía que eran tan… grandes.

Jack suelta una risita.

—Sí, son impresionantes. ¿Quieres verlo por dentro?

Antes de que pueda contestarle, ya está abriendo la puerta y ofreciéndome la mano. Me subo y me siento en el asiento del copiloto y Jack tras el volante.

—Aquí es donde ocurre la magia —exclama con los ojos llenos de orgullo. Empieza a señalar varios indicadores, interruptores y aparatos de comunicación, explicando cómo funcionan. Intento seguir su explicación, pero estoy más cautivada por la pasión de su voz que por los detalles técnicos.

Mientras Jack explica el intrincado funcionamiento del camión, empiezo a imaginármelo en acción, corriendo por las calles, con las sirenas encendidas, preparado para hacerle frente a cualquier peligro que se presente. Es un gran contraste con el hombre sentado a mi lado, con la expresión animada mientras explica la potencia del agua del camión.

—Y esto —señala un pequeño botón en los mandos— es la sirena. ¿Quieres probar?

Dudo.

—¿No sonará muy fuerte?

Jack sonríe travieso.

—Nah, está bien. Venga, dale.

No muy segura, alzo la mano y presiono el botón. El ruido que surge es atronador y resuena por el aparcamiento; hace que dé un salto en el asiento. Jack estalla en carcajadas con mi cara de sorpresa.

—Perdón —se ríe. No parece sentirlo en absoluto—. No he podido resistirme.

Le golpeo el brazo, juguetona, intentando parecer seria, pero no puedo ocultar la sonrisa.

—Eres terrible.

—Sí, pero te gusto igualmente —concluye, con los ojos brillantes.

Nuestras miradas se cruzan y por un segundo el aire entre nosotros parece lleno de posibilidades. Soy consciente de lo cerca que estamos en la cabina y siento el calor de su cuerpo.

—¿Sabes? —empiezo—. Antes pensaba que íbamos a acabar como amigos. Antes de saber que eras WinterWatcher, claro.

Jack alza la mano y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Sin duda no te quiero solo como amiga.

Me envalentono y me acerco a él.

—Me alegra oírlo.

Jack deja la mano en mi mejilla y me acaricia con el pulgar. La intensidad de su mirada hace que se me acelere el corazón. Se inclina hacia mí, despacio, dándome tiempo a apartarme si quiero. Pero no quiero. Salvo la distancia entre nosotros y nuestros labios se encuentran en un beso tierno.

Sus labios son cálidos y están un poco agrietados; saben a humo y a pastel de calabaza. El beso se hace más profundo y siento cómo me derrito contra él, con las manos sobre su pecho.

Un golpe repentino en la ventana del camión hace que nos separemos. Melissa y su marido, Tom, nos miran desde fuera con un gesto divertido.

—Perdón por interrumpir, tortolitos, pero me voy y quería despedirme —nos explica Melissa.

Jack y yo salimos rápido del camión. No hay duda de que estoy roja como un tomate. Me recoloco el pelo sabiendo lo desaliñada que parezco. Este hombre tiene la habilidad de volverme loca solo con un beso.

—Perdón —se disculpa Jack, acariciándome la parte baja de la espalda—. Solo estábamos…

—¿Inspeccionando el equipo? —contesta Tom con una sonrisa.

Melissa le da un codazo a su marido.

—Ay, déjalos en paz. Ya era hora de que Jack encontrara a alguien especial. —Se gira hacia mí con una sonrisa amable—. Ha sido un placer conocerte, Chloe. Espero verte más por aquí.

—Solo me alegra que por fin haya movido ficha —añade Tom con una risita.

Jack se tensa a mi lado y, aunque no he visto la mirada que le ha echado a Tom, veo la cara de este cuando se da cuenta de su error. Melissa interviene rápido, echándole una mirada a Tom:

—Debería irme. Me está esperando la canguro —comenta, agarrando el brazo de su marido—. Acompáñame al coche, cariño. —Me vuelve a sonreír—. ¡Feliz Navidad a los dos!

Mientras se alejan, me giro hacia Jack con una ceja levantada.

—¿Cómo que «por fin haya movido ficha»?

—Hum… —Se pasa la mano por el pelo—. Puede que les haya contado a los chicos cómo nos hemos encontrado varias veces en la cafetería.

No puedo evitar la risa al ver la incomodidad de Jack.

—Así que les has hablado a los chicos de mí, ¿eh?

Jack se sonroja ligeramente.

—Puede que un poco. Han estado muy pesados con lo de que he estado soltero mucho tiempo. Cuando mencioné haberte visto en la cafetería, no lo dejaron pasar.

—¿Y lo de WinterWatcher? —le pincho un poco.

—Eso me lo guardo para mí.

—Oh. —Le ofrezco una sonrisa traviesa—. ¿No quieres compartir nuestros fetiches con los chicos?

Jack abre mucho los ojos por mi comentario, pero rápidamente se forma una sonrisa en su cara. Se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—Esos son solo para nosotros.

Se aclara la garganta y da un paso atrás, pero mantiene su mano en la parte baja de mi espalda.

—Deberíamos volver a la fiesta —comenta con la voz ligeramente áspera—. Antes de que venga alguien más a buscarnos.

Asiento mientras intento calmar mi acelerado corazón. Durante la vuelta a la sala común, la mano de Jack se desliza de mi espalda para entrelazar sus dedos con los míos. Es un gesto simple, pero parece muy significativo de alguna forma.

La fiesta está terminando cuando llegamos. Varias familias están recogiendo sus cosas y los niños bostezan y se frotan los ojos.

El capitán Rodríguez me echa una mirada y me ofrece una amable sonrisa y un asentimiento.

—Bueno… —dice Jack, girándose hacia mí—. ¿Qué te ha parecido tu primera Navidad en el parque?

Observo la sala y veo las luces, el olor de la buena comida y la conversación distendida de la gente que nos rodea.

—Ha sido maravillosa —me sincero—. Gracias por invitarme.

—Me alegra que hayas venido —responde Jack, dándome un apretón en la mano—. Y perdona por haber tenido que salir así. Es parte del trabajo, pero…

Le corto con un beso rápido.

—Lo entiendo. Es quien eres, Jack. No querría que fueras de otra manera. Está bien haber podido conocerte mejor; ya no eres tan misterioso.

—Feliz Navidad, Chloe —dice, dándome un beso en la sien.

—Feliz Navidad, Jack —respondo, acurrucándome contra él.



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

JACK

Están empezando a llegar los bomberos del siguiente turno y me pongo a recoger mis cosas para irme a casa. Bueno… para ir a la cafetería a ver a Chloe. No han pasado ni veinticuatro horas desde que la vi y ya echo de menos su sonrisa, cómo se le iluminan los ojos cuando hablamos y los pequeños movimientos de incomodidad que hace cuando se pone nerviosa estando conmigo.

Mientras guardo el equipo en mi taquilla, se me acerca Tom.

—Oye, no tuve la oportunidad de disculparme anoche. No era mi intención hablar de más.

—Recuérdame que no te cuente una mierda —replico, pero mi tono no es agresivo, ni siquiera enfadado. Francamente, no le guardo rencor. Sé que se le escapó y no puedo ignorar el hecho de que soy un puto acosador y Chloe no tiene nada en su contra—. No sabe que he estado vigilándola desde el accidente.

Tom abre ligeramente los ojos y baja la voz:

—Vale, vale. Lo entiendo. Lo siento otra vez. No lo había pensado.

Asiento, aceptando sus disculpas.

—No pasa nada.

Me da una palmada en el hombro.

—De todas formas, me alegra que te hayas atrevido. Lo estaba

esperando. Parece hacerte muy feliz.

Una sonrisa tironea mis labios cuando pienso en Chloe.

—Pues sí. He quedado con ella para tomar café, de hecho.

—Genial. —Tom esboza una sonrisa—. Hacéis una buena pareja.

Termino de recoger el equipo y cierro la taquilla.

—Gracias, tío. Te lo agradezco.

El camino a la cafetería se me hace a la vez muy largo y muy corto. Repito en mi cabeza nuestras interacciones una y otra vez, pensando de más si fui muy suave o muy duro. Me encanta que Chloe sea una verdadera fiera en la cama, pero sé que mis gustos pueden asustar —y lo han hecho, a otra personas— y hacer que se aleje. No quiero ir demasiado rápido y pasarme.

Llevo años teniendo estas fantasías innumerables veces, pero la realidad es mucho más intensa.

Cuando llego al Pete's, veo a Chloe por la ventana. Ha llegado ya y está sentada en una mesa pequeña al fondo, con las manos alrededor de una taza humeante. Se me acelera el corazón mientras la observo un instante. No me ha visto todavía y me bebo su imagen: cómo se mete un mechón de pelo detrás de la oreja, cómo se muerde el labio inferior mientras mira el teléfono.

Entro con una bocanada de aire. Chloe alza la mirada cuando suena la campanita de la entrada y se forma una gran sonrisa en su cara cuando me ve. Dios, me encanta esa sonrisa. La he visto tantas veces desde lejos… pero verla dirigida a mí es un sueño.

—Ey —saludo mientras me acerco a ella—. Perdona si te he hecho esperar.

—Qué va —responde, y me hace un gesto para que me siente—. Solo llevo unos minutos.

Me deslizo en el asiento frente a ella sin apartar la mirada.

—Estás preciosa —digo, sin poder contenerme. Lleva puesto un jersey gris sencillo y el pelo suelto por los hombros. Es la cosa más

bonita que he visto en la vida.

Chloe se sonroja y sus mejillas adquieren un bonito tono rosa.

—Gracias —responde, y baja la mirada a su café—. Tú también estás muy bien. ¿Cómo ha ido el turno?

—Largo —admito—. Pero vale la pena estar aquí contigo.

Sus ojos vuelven a los míos con una mezcla de timidez y deseo en los más profundo.

—Me alegra que hayas venido. Yo… no paro de pensar en todo lo que ha pasado los dos últimos días. Es un torbellino de… no sé.

—Yo tampoco he podido —confieso, y alzo el brazo para agarrar su mano encima de la mesa. Siento su piel suave y cálida—. Eres todo en lo que pienso.

Entrelaza sus dedos con los míos.

—Sé que acabamos de conocernos y nuestra relación no es exactamente normal, pero… siento que esto es diferente. Especial.

Es verdad, aunque no conozca todo el alcance de la situación. He estado observándola durante tanto tiempo, soñando con este momento, pero la realidad es muchísimo mejor de lo que podría haber imaginado.

A Chloe le brillan los ojos cuando me mira.

—Me preocupaba estar imaginando cosas o que esto fuera muy deprisa.

—No, no te lo estás imaginando —le aseguro—. Y sobre lo de ir muy rápido… bueno, creo que podemos ir a nuestro propio ritmo. No hay normas aquí.

—Puede que me guste romperlas —asegura bajo sus párpados caídos.

Me acerco un poco y bajo la voz:

—Creo que eso es algo que tenemos en común.

Los labios de Chloe se curvan en una sonrisa traviesa.

—Creo que tú y yo somos como Jekyll y Hyde. Tenemos nuestro

lado bueno, el bombero y la *influencer* de joyas, y también nuestro lado muy malo, WinterWatcher y BlackAsChlo.

—Me gustas cuando eres una buena chica —añado—. Pero también me gusta que seas muy muy mala.

A Chloe se le oscurecen los ojos y se lame los labios sin darse cuenta.

—Creo que solo quieres volver a azotarme.

—Culpable.

Chloe se queda sin respiración y puedo ver el deseo en su mirada. Echa un ojo a la cafetería antes de volver a poner sus ojos en mí.

—Creo que deberíamos ir a tu casa.

Me pongo de pie y le ofrezco la mano.

—Vamos.

La mano de Chloe está cálida y puedo sentir su pulso acelerado. Caminamos rápido, casi sin hablar, y la tensión aumenta con cada paso.

Llegamos a mi apartamento y la cercanía de Chloe hace que me pelee con las llaves. Tan pronto como entramos, la empujo contra la puerta cerrada y presiono mi cuerpo contra el suyo.

—¿Quieres suave o duro? —pregunto con los labios sobre su oreja.

—Duro —responde, sin respiración—. Muy duro.

Dejo un camino de besos por su cuello y me deleito con los ruiditos que hace. Deslizo mi mano por debajo de su jersey y acaricio la piel suave de su cintura.

—Dime qué es lo que quieres —ordeno con la voz grave.

—Quiero que me conviertas en tu chica mala.

—Desnúdate —le ordeno.

Chloe abre los ojos ante el tono autoritario, pero pone una sonrisita mientras empieza a quitarse la ropa muy despacio. Mantiene el contacto visual cuando se quita el jersey por la cabeza y revela un sujetador de encaje negro debajo. Desliza las manos hasta

la cinturilla de sus vaqueros y se los desabrocha tortuosamente despacio.

La miro con atención, empapándome de cada centímetro de piel expuesta. Mis manos se mueren por tocarla, pero me obligo a quedarme quieto, disfrutando el espectáculo que está haciendo para mí.

Mientras se quita los vaqueros, me doy cuenta de que lleva las bragas de encaje negro a juego. La imagen de ella ahí de pie, solo con la lencería puesta, hace que me quede sin respiración.

—Buena chica —la felicito, y me acerco a ella—. Ahora date la vuelta y pon las manos en la puerta.

Chloe obedece y se le acelera la respiración cuando se coloca frente a la puerta. Le paso las manos por los costados, sintiendo cómo se estremece bajo mi contacto.

Paso mis manos sobre la curva de su culo.

—Bien. Creo que has sido una chica muy muy mala provocándome en la cafetería. ¿Qué reciben las chicas malas?

—Azotes —susurra Chloe, arqueando ligeramente la espalda.

—Eso es —afirmo, y dejo caer mi palma firmemente sobre su nalga derecha. Chloe da un grito ahogado y se sacude ligeramente por el impacto. Voy alternando entre ambas nalgas y cada azote es más fuerte. La piel pálida de su culo se vuelve de un delicioso rosado.

Chloe gime con una mezcla de dolor y placer.

—Más —me suplica.

Obedezco y continúo el asalto a su culo. El sonido del choque de pieles hace eco en la habitación, solo interrumpido por los jadeos y gimoteos de Chloe. Puedo ver la humedad formándose entre sus piernas; su excitación es evidente.

Tras un azote especialmente fuerte, hago una pausa y paso la mano suavemente por su piel caliente.

—¿Qué pasaría si te dijera que quiero este culito que tienes? ¿Alguien te la ha metido por ahí alguna vez? —Paso los dedos por la unión de sus nalgas.

Chloe se queda sin respiración al escuchar mis palabras. Gira la cabeza ligeramente para mirarme con una mezcla de nervios y excitación.

—No —admite suavemente—. Nunca… Pero quiero hacerlo. Contigo.

Una oleada salvaje de posesividad me atraviesa al escucharla. Seré su primera vez, reclamaré una parte de ella que no ha tocado nadie.

—¿Estás segura? —pregunto con voz grave y ronca—. No sé si podré parar una vez que empiece.

Chloe asiente, con los ojos oscuros de deseo.

—No te pediré que pares. Quiero esto. Te quiero a ti. —Sacude el trasero como invitación y tengo que respirar profundamente para mantener el control.

Se me escapa un gruñido mientras le doy la vuelta y atrapo sus labios en un beso feroz. Responde ansiosa, entrelazando los dedos en mi pelo. La levanto y le coloco las piernas a mi alrededor mientras la llevo a mi habitación.

La tumbo en la cama, empapándome de su imagen. El pelo suelto y sus labios hinchados por nuestros besos. Me mira desde abajo con una mezcla de confianza y hambre que hace que se me acelere el corazón.

Alzo el brazo hacia el cajón donde guardo el lubricante y los condones, sin apartar la mirada de la preciosa figura de Chloe. Tiene la piel enrojecida y la respiración acelerada por el deseo.

—Túmbate en la cama —le ordeno, y ella obedece de inmediato, ofreciéndose a mí. La imagen de ella así, tan dispuesta y confiada, casi me destruye.

Me tomo mi tiempo para prepararla, usando mucho lubricante, y

empiezo con un dedo. Chloe suelta un gritito por la intrusión inicial y su cuerpo se tensa ligeramente.

—Relájate —digo, acariciando la piel de su espalda baja en círculos con mi mano libre—. Eso es, cariño. Respira.

Poco a poco, meto dos dedos y después tres, dilatándola con cuidado. Los jadeos de incomodidad se transforman en gemidos de placer cuando se acostumbra a las nuevas sensaciones.

—Por favor —gimotea—. Te necesito dentro de mí.

Me coloco tras ella y la punta de mi polla presiona su entrada.

—¿Estás segura? —pregunto una última vez.

—Sí —responde dejando escapar el aire—. Fóllame, por favor.

Me introduzco dentro de ella despacio y con cuidado. Su calor apretado me envuelve y tengo que tensar la mandíbula para no perder el control. Chloe deja salir un gemido grave y largo mientras la lleno por completo.

—Oh, Dios —gimotea—. Es demasiado… Me llena…

Me quedo quieto para dejar que se acostumbre.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño —la alabo—. La sensación es increíble.

Cuando se relaja a mi alrededor, empiezo a moverme a un ritmo lento y constante. Sus gemidos aumentan con cada embestida y se agarra a las sábanas.

—Más fuerte —me pide—. Por favor, puedo con ello.

Aumento el ritmo agarrando firmemente sus caderas. La habitación se llena del golpeteo de nuestras pieles mezclado con nuestros gemidos de placer.

—Eres mía —gruño, perdido en la sensación de reclamarla—. Toda mía.

—Sí —grita—. Tuya, solo tuya.

Siento cómo se aproxima el orgasmo cuando se me tensa la parte baja del abdomen. Rodeo a Chloe con el brazo para llegar a su

clítoris, decidido a hacer que se corra primero.

Su cuerpo tiembla bajo mis manos y sus gemidos se vuelven más frenéticos. Puedo sentir cómo se aprieta a mi alrededor cuando se acerca al clímax.

—Eso es, cariño —la animo, frotando su clítoris en círculos con los dedos—. Córrete para mí. Déjame sentirte.

Con un gemido que es casi un grito, Chloe se desmorona. Su cuerpo convulsiona y se aprieta a mi alrededor tan fuerte que casi me hace llegar. Ralentizo mis embestidas, haciendo que sienta su orgasmo. Cuando cesan sus temblores, recupero el ritmo. La imagen de Chloe sonrojada y saciada debajo de mí es el mayor control que va a tener una mujer sobre mí.

—¿Dónde quieres que me corra? —pregunto con la voz entrecortada por el esfuerzo de contenerme.

—En mi culo —jadea—. Quiero sentirte. Quiero que reclames lo que es tuyo y será solo tuyo.

Sus palabras son mi perdición. Con unas pocas embestidas fuertes más, me entierro dentro de ella y me dejo llevar. El orgasmo me arrasa en oleadas intensas. Chloe gime suavemente cuando me siente palpitar dentro de ella.

Por un momento, nos quedamos unidos, intentando ambos recuperar la respiración. Entonces, con cuidado, me separo y me derrumbo en la cama a su lado. Chloe se gira para mirarme, con los ojos brillantes y una sonrisa satisfecha en los labios.

—Ha sido… —empieza, pero se queda sin palabras.

—Sí —comparto, acercándola a mí—. Lo ha sido.

Nos quedamos tumbados en un agradable silencio con los cuerpos entrelazados. Le paso los dedos por el pelo y me maravilla lo perfectamente que encaja conmigo.

—Creo que me estás empezando a gustar —susurra de pronto, y casi ni la oigo.

Mi corazón se infla ante sus palabras. He esperado tanto para oírlas, he soñado con este momento tantas veces. Pero la realidad es mucho más dulce que cualquier fantasía.

—Yo ya sé que me gustas —admito, apretando los brazos a su alrededor.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CHLOE

SLOANE

Tenemos que vernos.

CHLOE

¡Dios, sí! Tengo tanto que contarte. ¿Has vuelto ya de tu viaje?

SLOANE

Sí. ¿Nos vemos en el Tonic en una hora?

Quedar a tomar algo con Sloane suena genial. No puedo esperar a contarle todo sobre mi Nochebuena y Navidad con Jack.

CHLOE

Claro. Ahora te veo.

Llego al Tonic unos minutos antes, ansiosa por ver a Sloane y compartir mis noticias. El bar está tranquilo para ser una noche entresemana, con solo unos pocos clientes esparcidos por las mesas. Encuentro a Sloane en nuestro puesto habitual en la barra. Su pelo es cobrizo brillante gracias a las luces tenues. Mientras me acerco, me doy cuenta de que tiene el ceño fruncido y está toqueteando el teléfono.

—¡Hola! —Me deslizo encima del taburete a su lado—. ¿Qué tal el viaje?

Sloane me mira con los ojos verdes llenos de preocupación.

—Ha sido… Vale. Escucha, tengo que contarte algo importante.

Mi emoción se desinfla un poco.

—¿Va todo bien?

Toma aire.

—Acabo de volver de la oficina.

Se me para el corazón. Esto no puede ser bueno. Dios, ¿va a decirme que no me van a renovar el contrato a principios del año que viene? Necesito este trabajo. Lo necesito mucho mucho. No hay forma de que pueda quedarme la casa de mis padres y pagar las facturas ni siquiera durante un mes sin él. Intento mantener la voz calmada cuando pregunto:

—¿Qué pasa en el trabajo?

Sloane se inclina hacia mí y baja la voz:

—La he cagado. La he cagado pero bien.

Se me forma un nudo en el estómago.

—Antes de irme de viaje, entré en Secretos Oscuros desde el trabajo. No pensé en las repercusiones de usar el ordenador de empresa y… —Se pasa los dedos por el pelo—. Me contaste que usabas una identidad secreta y tenía curiosidad. Quería encontrarte.

Me debo de haber quedado blanca. Tengo el corazón a mil mientras proceso las palabras de Sloane.

—Y… —empiezo, con la voz una octava más aguda— ¿me encontraste?

Aparta la mirada, incapaz de mirarme a los ojos.

—Sí. Y, francamente, estabas preciosa y sexy. No le di muchas vueltas. Pero —continúa después de tomar aire— Tyler ha entrado hoy en mi oficina. Nos estábamos poniendo al día después de las vacaciones y…

Me estoy poniendo mala. Me han empezado a temblar las manos y agarro el borde de la barra para estabilizarme.

—¿Y qué, Sloane? —consigo decir.

—Me dijo que, durante las vacaciones, el Departamento de Tecnología había estado inspeccionando y haciendo el mantenimiento habitual en los ordenadores. En resumen, surgió el tema de mi historial. Y, bueno, Tyler vino a decirme que me había cubierto. Que tiene un amigo en Recursos Humanos que es cercano a Jasmine, así que, aunque se enterara, podría calmar un poco las aguas. Pero…

—Pero ¿qué? —susurro, y casi ni me escucho por lo fuerte que me late el corazón.

Sloane respira entrecortadamente.

—Pero también vio tu perfil. Y reconoció una de las joyas de Moth to the Flame, un collar que llevabas. Empezó a atar cabos y ahora sospecha que eres tú la de esos vídeos y fotos.

La habitación empieza a dar vueltas. Me agarro más fuerte a la barra y se me ponen los nudillos blancos.

—Dios. —Empiezo a hiperventilar—. Dios, no.

Sloane extiende la mano para tocarme el brazo, pero me aparto.

—Lo siento mucho —se disculpa, y le falla la voz—. Nunca quise que pasara esto. Solo me daba curiosidad y no pensaba que…

—¿Que no pensabas? —repito con la voz vacía—. ¿No pensabas en las consecuencias? ¿En mi privacidad? ¿En mi trabajo? ¡Sloane, mi contrato tiene una cláusula de moralidad! No hay forma de que salga de esta con mi trabajo intacto. ¡Secretos Oscuros es una web de fetichistas! ¡Estoy jodida!

Los ojos de Sloane se llenan de lágrimas.

—Lo sé. Lo sé y lo siento. Le dije a Tyler que no eras tú. Que era otra persona que conozco y… bueno… Lo negaremos, ¿vale? Pero…

—Pero ¿qué? —la interrumpo con repentino enfado—. Hablamos

de Tyler. No es tan estúpido como para creérselo. Lo usará contra mí.

—No lo sabe. Puede que sospeche…

—¿De verdad lo crees?

Sloane mira hacia otro lado, incapaz de mirarme.

—No sé si me creyó. No parecía convencido, pero no tiene ninguna prueba de que seas tú.

Cierro los ojos e intento estabilizar mi respiración. Mi cabeza va a mil imaginando todos los escenarios posibles, cada uno peor que el anterior. Mi carrera, mi reputación, todo por lo que he trabajado, puede venirse abajo por un estúpido error.

Respiro profundamente, aún temblando, intentando calmar el pánico que se forma en mi pecho.

—Vale —digo más para mí misma que para Sloane—. Vale, tenemos que pensar las cosas muy bien. ¿Qué dijo Tyler exactamente?

Sloane toquetea el vaso y contesta en voz baja:

—Dijo que le sorprendió ver tu perfil. Hizo algunos comentarios sobre… sobre tus fotos. Y dijo que nunca habría adivinado que te fueran esas cosas.

Me arden las mejillas por la humillación. La idea de Tyler, tan raro y con sus miradas pervertidas, frente a mis fotos y vídeos privados hace que quiera huir de mi propia piel.

Joder, ¿es suscriptor mío? La idea hace que quiera vomitar.

—Le dije que le había dado el colgante a otra amiga, la persona del perfil. Lo intenté, lo juro. Nunca admití que fueras tú.

Suspiro.

—Pero lo sabe. —Suspiro de nuevo, intentando estabilizar mi respiración—. ¿Mencionó algo sobre decírselo a alguien más? —pregunto, temiendo la respuesta.

Sloane niega con la cabeza.

—No amenazó con ello, pero… sabes cómo es Tyler. Tenías razón con tus sospechas. Le gusta tener poder sobre la gente.

Asiento con la mente acelerada.

—Tenemos que anticiparnos. Igual… ¿puedo hablar con Recursos Humanos primero? ¿Dejar las cosas claras antes de que Tyler tenga la oportunidad de difundir rumores?

—No sé —opina Sloane, mordiéndose el labio—. Nos podría salir el tiro por la culata. ¿Y si te despiden en el acto?

Me paso las manos por el pelo y me siento atrapada.

—Tienes razón. Dios, qué desastre. No puedo creer que esto esté pasando.

Sloane alcanza mi mano y me la aprieta.

—Lo siento muchísimo. Es todo culpa mía.

Quiero enfadarme con ella, pero solo veo remordimiento genuino en sus ojos. Además, necesito una aliada ahora mismo.

—Lo resolveremos —digo, intentando sonar más convencida de lo que estoy.

Sloane asiente despacio.

—Parecía hasta contento cuando me lo dijo. Como si estuviera disfrutando con este secreto. Tenemos que convencerle de que no vale la pena decírselo a Jasmine.

—¿Y si me amenaza? —pregunto, poniendo voz al miedo que crece dentro de mí.

Sloane se pone seria.

—Nos ceñiremos a la versión de que es otra. Más allá del collar que llevas, no tiene pruebas.

Asiento, intentando apaciguar las náuseas de mi estómago.

—Lo siento —repite—. Fui descuidada y no lo pensé.

Tomo una bocanada de aire, armándome de valor.

—No toda la culpa es tuya. Yo también me he vuelto descuidada. No puedo creerme que me dejara puesto un collar que no es mío y…

¿en qué estaba pensando? Así no es como Moth to the Flame quiere que convenza a la gente para comprar sus joyas. Es mi culpa que Tyler y tú pudierais siquiera trazar una conexión entre mis identidades.

Sloane asiente, con la mirada llena de culpa.

—Puede, pero fui yo la que entró desde el trabajo. Debería haberlo pensado bien. Lo siento muchísimo.

Nos sentamos en silencio un rato, perdidas en nuestros pensamientos. El peso de la situación nos envuelve.

—Puede que lo deje estar —propone mientras le da un trago a su bebida—. Confía en mí.

—Puede. —Pero no lo creo. Algo me dice que Tyler sabe la mina de oro que ha encontrado y va a usar la información en su beneficio —. Vamos a pensarlo bien. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Sloane hace una mueca.

—Tyler se lo cuenta a Recursos Humanos y las dos perdemos el trabajo. Las noticias se extienden como la pólvora por la oficina y de pronto todo el mundo sabe lo de tus… actividades extracurriculares.

Me estremezco ante el pensamiento.

—¿Y lo mejor?

—Tyler no hace nada y todo esto queda en el olvido —concluye Sloane, pero su tono sugiere que tampoco lo cree—. Al menos Tyler no te ha visto tener sexo. Solo ha sido enseñar un poco.

Solamente imaginar a Tyler mirándome hace que quiera vomitar.

—Aj, eso no me hace sentir mejor. Y… emm… eso no es del todo cierto —admito, acordándome de mi reciente vídeo con Jack—. Puede que haya hecho algo… —dudo, incapaz de terminar la frase. Sloane abre mucho los ojos.

—¿Qué? —susurra—. ¿Qué has hecho?

Tomo aire.

—Hice… hice un vídeo. Con Jack. En Nochebuena.

A Sloane se le cae la mandíbula.

—¿Te has grabado teniendo sexo? ¡Con Jack! ¿El bombero? ¿Y lo subiste a Secretos Oscuros?

Asiento y las mejillas me arden por la vergüenza.

—Fue una estupidez, lo sé. Fue la emoción del momento y parecía muy excitante. No pensaba que… —Dejo escapar el aire y me sale algo parecido a un gruñido—. No pensaba que lo fuera a ver Tyler. Joder.

—Dios —suelta Sloane, con la cara entre las manos—. Esto es peor de lo que creía. Si Tyler lo vio…

—Lo sé —termino, casi sin voz—. Estoy bien jodida.

Nos quedamos sentadas un momento en silencio, comprendiendo la gravedad de la situación. Después de un rato, Sloane pregunta:

—Espera. ¿Qué pasa con el tío de la aplicación con el que estabas hablando? ¿Con el que te lo montaste en el Naughty and Nice?

—WinterWatcher y Jack son la misma persona —respondo—. Lo sé, es de locos. Eso es lo que venía a contarte.

Sloane abre los ojos con estupor.

—Espera, ¿qué? ¿Jack es WinterWatcher? ¿Cómo es posible?

Respiro profundamente y me intento centrar en un recuerdo bueno entre tanto caos.

—Es una larga historia, pero básicamente Jack descubrió que yo era BlackAsChlo por el descuido que tuve mostrando mi cara. Entonces me habló y, bueno… sí, él ha sido el hombre misterioso todo este tiempo. Me enteré de que era él porque me quitó la venda cuando lo estábamos haciendo. Me sorprendió y estaba muy confusa, pero también me puso muchísimo. Una parte de mí sabía que debía estar enfadada, pero mi cuerpo explotó de alegría al saber que era él. En el fondo siempre lo quise a él. Quería que diera el primer paso. Y bueno… lo hizo. A su manera.

Sloane sacude la cabeza y pone una pequeña sonrisa a pesar de la

gravedad de nuestra situación.

—Eso es… sorprendentemente romántico. De una manera muy moderna y fetichista.

No puedo evitar esbozar una sonrisa también acordándome del momento.

—Lo fue, de verdad. Y después pasamos la Navidad juntos y fue simplemente… perfecto. —Se me borra la sonrisa al acordarme del apuro en el que estamos—. Y ahora esto.

Sloane asiente y su expresión se vuelve seria.

—Igual puedo convencerle de que le conviene olvidarse totalmente de esto. Si intenta acusarte, tendrá que admitir que estaba metido en la web. Y hacer acusaciones falsas sobre ti podría llevarle a una demanda. Intentaré asustarlo.

—Eso es cierto —concuerdo con un hilo de esperanza—. Y, si se metió desde el trabajo, también le traerá problemas.

Sloane asiente con entusiasmo.

—Exacto. Podemos usar eso en nuestro beneficio.

Doy un sorbo a mi bebida y mi cabeza va a mil cuando me doy cuenta de que está empezando a nevar.

—Debería volver antes de que el tiempo empeore.

—Sí, deberíamos.

—Vale. Ve a ver a Tyler mañana —sugiero con una mezcla de esperanza y determinación a hacer esto bien—. Déjale claro que, si te expone, se estará exponiendo a sí mismo.

Pone su mano sobre la mía y me da un apretón.

—Yo nos he metido en este lío y haré lo que sea por sacarnos de él.

Niego con la cabeza.

—No. Fui yo la que asumió el riesgo al crear la cuenta. Es culpa mía. Pero agradezco tu ayuda.

Salimos a la noche nevada y me golpea el aire frío en las mejillas.

Mientras nos despedimos, no me quito de encima la sensación de que todo está a punto de cambiar. Para bien o para mal, mañana será un punto de no retorno.

En el taxi de vuelta a casa, me imagino los posibles escenarios. ¿Qué pasaría si Tyler ya se lo ha dicho a alguien? ¿Si exige algo a cambio de su silencio? ¿Debería contárselo a Jack? Se merece saberlo y más considerando que está implicado… de alguna manera. Fuimos muy cuidadosos de mantener nuestra identidad oculta. No hay forma de que alguien averigüe que mi hombre misterioso era Jack. Pero aun así… mi vida puede explotar y debería estar preparada en caso de que él no quiera que le caigan las cenizas.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CHLOE

Cuando el taxi me deja en casa y le doy propina al conductor por conducir en estas condiciones, veo al señor Haven, con los guantes puestos, echando sal sobre el camino a su casa. Me mira cuando suena la puerta del taxi y me saluda con la mano.

—Buenas noches, Chloe —me desea, y el vaho de su respiración es visible—. Parece que va a caer otra nevada esta noche. Pronostican que van a ser un par de centímetros por lo menos.

Me doy cuenta de que mi camino está despejado y lo regaño.

—Señor Haven, no debería haber despejado el mío. ¿Y si se hubiera resbalado otra vez?

—Oh, no he sido yo. Solo he salido para echar más sal a la que ya estaba puesta. Tu hombre, Jack, ha debido de hacerlo otra vez.

Siento calidez en el pecho a pesar del frío. La consideración de Jack no deja de sorprenderme. Ha debido de hacerlo al salir del turno. Tomo nota mental para darle las gracias más tarde.

—Ha sido muy amable por su parte —le digo al señor Haven, intentando aguantar la sonrisa. No quiero que sea tan obvio lo pillada que estoy por este hombre. Todavía es pronto y no quiero ir demasiado rápido, a pesar de que mi corazón lo esté deseando.

El señor Haven sonríe.

—Es un gran chico. Fue muy amable también al arreglarte la alarma de incendios.

Empiezo a asentir, pero me quedo paralizada.

—¿Qué?

El señor Haven abre mucho los ojos y de repente está inquieto. ¿Se ha dado cuenta de que ha dicho algo que no debería? Manipula torpemente la bolsa de sal y deja caer un poco en sus botas.

—Tu alarma de incendios. Pitaba y… pensé que querías que la arreglara, así que le di una llave y…

Suelto una risa forzada, intentando que no me tiemble la voz.

—Claro, eso es. Las hacía callar con una escoba. Pero Jack es… Jack.

El señor Haven asiente, aliviado porque no esté molesta.

—Exacto. Es un buen chico. Bueno, es mejor que vayas dentro antes de que la tormenta se ponga peor. Buenas noches, Chloe.

Entro en casa a toda prisa. Cuando cierro la puerta, me apoyo en ella, intentando calmarme. La atención de Jack siempre me ha parecido tierna, pero ahora está plantada la semilla de la duda.

Entró sin que yo lo supiera… Sacudo la cabeza, intentando ignorar las señales de alarma que suenan en mi cabeza.

¿Fue una coincidencia que estuviera cuidando de un perro por mi barrio? ¿Que fuera siempre a mi cafetería favorita? ¿Que tuviera una cuenta en Secretos Oscuros y descubriera mi cuenta secreta? Lo fue, ¿no? Coincidencias…

Cuelgo el abrigo y me dirijo a la cocina, desesperada por una taza de té caliente para entrar en calor. Mientras lleno la tetera, me doy cuenta de que hay una nota en la encimera. Con la letra de Jack.

TE HE LLENADO EL FRIGORÍFICO POR LA TORMENTA, ESPERO QUE NO TE IMPORTE. MANTENTE CALENTITA, PRECIOSA.

¿No he cerrado con llave? ¿No? Pero está claro que Jack tiene una forma de entrar. Abro el frigorífico y me lo encuentro lleno de cosas que no he comprado. Me tiemblan las manos cuando lo cierro. El gesto atento que hace unas horas me habría calentado el corazón ahora me llena de terror. Me apoyo sobre la encimera intentando calmar mi respiración.

Solo estoy un poco asustada por lo que me ha contado Sloane. No tiene nada que ver con Jack. Nada que ver con Jack, me lo repito en la cabeza. Solo estoy de los nervios por Tyler. La tetera suena y me sobresalto. La apago, consciente de repente de todos los sonidos a mi alrededor. El viento soplando fuera, que repiquetea en las ventanas. ¿Es la tormenta u oigo pasos en el porche?

Puede que sea Tyler. O Jack. O puede que me esté volviendo loca. Me salta una notificación en el móvil. Es un mensaje de Jack:

JACK

Espero que te estés calentando. Me preocupas con esta tormenta. ¿Te importa si me paso a ver cómo estás?

La idea de pasar la noche con Jack, acostándonos mientras cae la nieve, suena genial. O lo habría hecho si mis emociones no fueran un desastre ahora mismo. Le echo la culpa a Sloane y a lo que me ha dicho. Intentando calmarme, le respondo:

CHLOE

Estoy sana y salva en casa. Tomándome un té. Pero no quiero que te arriesgues a conducir hasta aquí. No quiero que te pase nada.

JACK

No me importa.

CHLOE

Estoy bien, de verdad. Tengo trabajo que hacer, de todas formas.

JACK

Está bien. Si estás segura…

Dejo el móvil con las manos tensas. Intento concentrarme en hacer el té, pero mi cabeza va a mil. El silencio de la casa me parece agobiante ahora, interrumpido solo por el rugido del viento afuera. De repente oigo un leve sonido, como de arañazos, proveniente de la puerta principal. Se me forma un nudo en la garganta. Me paro y hago un esfuerzo por escuchar. Ahí está otra vez: un roce ligero, como si alguien estuviera intentando forzar una cerradura.

El pánico me inunda. ¿Es Tyler? ¿Jack? ¿O me lo estoy imaginando?

Agarro el móvil, lista para llamar a la Policía, cuando oigo un maullido familiar. Me inunda el alivio cuando me doy cuenta de que solo es la gata del vecino, Parches, probablemente buscando refugio de la tormenta. Me río ante mi propia paranoia.

Me alcanza una ráfaga de aire frío cuando abro la puerta para dejar entrar a la gata. Un poco de nieve llega a la cocina y me entra un escalofrío; empujo rápido a la gata al interior y cierro la puerta. Estoy a punto de girarme a por mi té cuando algo me llama la atención. Ahí, en la nieve recién caída, hay huellas. Huellas grandes y masculinas que llevan al lateral de la casa. Hasta la esquina decorada con luces de Navidad que ocultan la ventana de mi cuarto. Se me acelera el corazón al ver las huellas y me da vueltas la cabeza. Doy un portazo y pongo el pestillo a la puerta. Las manos me tiemblan tanto que apenas puedo manejar el cerrojo. La gata maúlla cuando siente mi angustia, pero apenas la oigo cuando

vuelvo a la cocina.

Agarro el móvil, lista para llamar a la Policía, pero dudo. ¿Y si estoy exagerando? ¿Y si ha sido el señor Haven echando la sal o alguna otra explicación inocente? No quiero parecer tonta. Pero esas pisadas… parecen recientes. Y van directas a la ventana de mi habitación. Tomo aire, intentando calmarme. Puede que deba llamar a Jack después de todo. Vendrá enseguida, lo sé. Pero la semilla de la duda crece y extiende sus zarcillos de sospecha por mi cabeza. ¿Y si…?

No. Sacudo la cabeza, enfadada conmigo misma por considerarlo siquiera. Jack no ha sido más que amable y comprensivo. No se merece mis sospechas solo por unas cuantas coincidencias y algunas palabras erróneas de otros.

Aun así, me obligo a no llamarle. En su lugar, agarro un cuchillo de la cocina y compruebo cada cerradura y cada ventana de la casa. El viento ruge fuera y las ramas de los árboles chocan contra el revestimiento como si fueran los dedos de un esqueleto. Cada sonido me sobresalta y tengo los nervios crispados. Mientras me acerco a mi habitación, con el cuchillo en mi mano sudorosa, oigo un golpe seco que viene de fuera. Me quedo paralizada y se me sube el corazón a la garganta. Despacio, me acerco a la ventana; el corazón me late tan fuerte que duele. Miro a través del cristal congelado, entrecerrando los ojos ante el brillo multicolor de las luces. Al principio no veo nada; solo ramas llenas de nieve. Pero entonces una sombra se mueve. Una figura oscura se endereza detrás de los arbustos y, por un momento, alcanzo a ver un perfil familiar. Se me hiela la sangre cuando lo reconozco. No puede ser, no puede.

Pero, cuando la figura se gira, no tengo dudas de quién es. El cuchillo cae al suelo mientras mi mundo se tambalea.

—Jack —suelto, y casi me atraganto.

Como si me escuchara, mira directamente a la ventana. Nuestros

ojos se encuentran a través del cristal y yo doy un grito ahogado y me tambaleo hacia atrás. Jack abre los ojos, sorprendido, para después entrecerrarlos con determinación. Da un paso hacia la ventana y estira el brazo como para abrirla. Mi mente se acelera, intentando darle sentido a lo que ha visto. Jack, al otro lado de mi ventana, en una tormenta de nieve. Jack, quien yo pensaba que estaba seguro en su casa. Jack, quien ahora parece un desconocido. Alcanzo mi móvil torpemente, pero estoy temblando tanto que apenas puedo desbloquearlo. ¿A quién llamo? ¿A la Policía? Pero ¿qué digo? ¿«Mi novio —o lo que sea que seamos— me estaba mirando por la ventana»? Suena ridículo hasta para mí.

Un suave golpe en la ventana hace que me sobresalte.

—¿Chloe? —Su voz amortiguada se cuela por la ventana—. Chloe, puedo explicarlo. Déjame entrar, por favor.

Lo dice con un tono dulce y suplicante, como el Jack al que pensaba que conocía. Por un momento estoy tentada de abrir la ventana y dejar que se explique. Pero las alarmas en mi cabeza son atronadoras.

—¡Jack, vete! —le grito, y odio cómo me tiembla la voz—. ¡Vete a casa!

Se produce una pausa, seguida de un suspiro.

—Chloe, por favor. Solo quería asegurarme de que estabas bien con esta tormenta. No quería asustarte.

Me alejo de la ventana y mi cabeza parece un torbellino. ¿Desde hace cuánto pasa esto? ¿Cuántas veces ha estado ahí fuera, observando sin que lo supiera? De pronto me sobresalta la vibración del móvil que tengo en la mano. Es un mensaje de Jack.

JACK

Lo siento, me iré. Pero ¿podemos hablar primero, por favor? Tengo mucho que decirte.

Miro el mensaje, dividida entre el miedo y el deseo imperioso de entenderlo. Una parte de mí quiere creer que hay una explicación razonable para todo esto. Pero la otra, que cada vez es más fuerte, sabe que algo no va nada bien. Oigo el crujido de la nieve cuando Jack se aleja de la ventana. Una oleada de alivio me recorre, seguida rápidamente de una de cansancio. Me dejo caer en la cama cuando siento que no me sostengo en pie.

Se oye cómo alguien llama a la puerta.

—Chloe, por favor. Ábreme. Solo cinco minutos y luego me iré.

Mi parte racional me grita que no lo haga, pero una vocecilla en mi cabeza me susurra que puede, y solo puede, haber una explicación para todo esto.

—Jack —lo llamo con la voz temblorosa—. Necesito que te vayas. Ahora. O llamaré a la Policía.

Hay una pausa y entonces se escucha un pequeño golpe contra la puerta. ¿Ha dejado caer la frente contra ella? Casi puedo ver su expresión de dolor.

—Chloe, por favor —dice con voz baja y desesperada—. Sé lo que parece. Pero no es lo que piensas. Hay mucho que no sabes, tanto que tengo que decirte.

Me quedo ahí, paralizada, entre la curiosidad y el miedo. El silencio se alarga, solo interrumpido por el silbido del viento.

—Cinco minutos —claudico, odiándome por ello—. Tienes cinco minutos para explicarte y luego te marchas. Lo digo en serio, Jack.

Me acerco a la puerta con cuidado y pongo la mano sobre el pomo. Tomo aire profundamente y lo giro para abrir la puerta solo un poco, dejando la cadena puesta.

Jack está ahí de pie, con nieve en su pelo oscuro y en sus hombros. Su cara refleja una mezcla de alivio y ansiedad.

—Gracias —responde, dejando escapar el aire.

—Empieza a hablar —le insto, intentando mantener estable mi voz.

Se pasa una mano por el pelo y se deshace de los copos de nieve.
—Dios, ¿por dónde empiezo?



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

JACK

—Hace frío. ¿Puedo pasar? —le pido, pero Chloe no quita la cadena.

No puedo culparla. Suspiro, dándome cuenta de que voy a tener que hacerlo a través de la puerta.

—Vale, mira. Sé que no pinta bien. Que yo esté aquí fuera, la compra y todo eso.

—Dime la verdad. ¿Desde hace cuánto? ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

Considero mentir, pero no puedo. Es la hora. Lo he retrasado demasiado.

—Dos años. Desde que murieron tus padres.

La veo agarrar con más fuerza el marco de la puerta y se queda blanca.

—¿Dos años? ¿Y qué has estado haciendo?

—He estado aquí… observando.

—¡Desde hace dos años!

—Sí, yo… —Trago saliva—. Sí.

—¡¿Qué?! ¿Has estado mirándome por la ventana? ¿Durante dos años?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué ibas a hacer eso? No tiene ningún sentido.

Tomo aire profundamente y sé que lo que voy a contarle lo

cambiará todo.

—Fui uno de los bomberos que acudió al aviso de tu familia el día del accidente de coche. Fui yo el que te sacó de los escombros —le explico—. Te tomé de la mano mientras apenas estabas consciente y te prometí que todo iba a ir bien. Y, cuando me enteré de que tus padres no habían sobrevivido… no podía dejar de pensar en ti. Era Navidad y sabía que ibas a estar sola sin ellos. No quería que estuvieras sola y triste y…

Chloe abre mucho los ojos, con una mezcla de estupor e incredulidad.

—¿Qué? No, eso… eso no puede ser. No lo recuerdo…

—Estabas en *shock* —le explico con cuidado—. No es raro que las víctimas de accidentes tengan lagunas de memoria. Pero yo recuerdo cada detalle de esa noche. El abrigo azul que llevabas, empapado por la lluvia. Cómo no parabas de preguntar por tus padres. El miedo en tus ojos.

Veo cómo se forman las lágrimas en sus ojos y me muero por consolarla, pero sé que no puedo. Todavía no.

—Tras esa noche, yo… me sentía responsable de ti, de alguna forma. Quería asegurarme de que estabas bien. Así que empecé a pasarme a ver cómo estabas. Al principio solo conducía hasta tu casa de vez en cuando. Entonces descubrí dónde trabajabas, dónde te gustaba tomarte el café. Me decía a mí mismo que solo estaba siendo protector, pero…

—Pero te obsesionaste —termina por mí, con un susurro.

Asiento y noto cómo me inunda la vergüenza.

—Sí. Sé que estaba mal. Sé que debería haberte dicho la verdad desde el principio, pero me daba miedo. Tenía miedo de que me rechazaras, de que pensaras que estaba loco. Entonces nos conocimos de verdad, empezamos a hablar y… no podía pensar en perderte.

—¿Acosarme? —pregunta—. ¿Eso es lo que has estado haciendo?

Me estremezco al oír la palabra, pero no puedo negarlo.

—Yo… sí. Supongo que eso es lo que era, aunque no quería verlo así. Me decía que te estaba protegiendo, que estaba pendiente de ti. Pero sé que era violar tu privacidad y tu confianza.

Sacude la cabeza y las lágrimas ahora se deslizan libres por su cara.

—Esto es una locura. ¿Has estado mirándome por la ventana durante dos años? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

Sacudo la cabeza y siento cómo me aplasta el peso de mis actos.

—No… no cada noche. Pero sí, he estado pendiente de ti desde hace dos años. Para saber que estabas bien. Pero entonces…

—¿Entonces qué? —me exige, alzando la voz—. ¿Te has estado masturbando cuando me mirabas?

Retrocedo ante sus palabras.

—Chloe, no. No fue así. Yo solo… Sé que parece una locura, pero después de sacarte de aquel coche, de ver lo cerca que estuviste de morir… no podía soportar que te pasara nada.

La cara de Chloe es una mezcla de emociones: enfado, miedo y confusión.

—Entonces, ¿qué? ¿Te autonombraste mi ángel de la guarda? ¿Mi acosador personal? ¿Tienes idea de lo mal que está todo esto?

Asiento, bajando la cabeza.

—Lo sé. Sé que está mal. Lo he sabido durante mucho tiempo, pero no era capaz de parar. Cada vez que intentaba alejarme, recordaba esa noche, lo frágil y asustada que estabas. Y entonces nos conocimos de verdad, empezamos a hablar… y me enamoré de ti, Chloe. De la verdadera tú, no de la idea que tenía en mi cabeza.

—¿Que te enamoraste? —se mofa, pero hay un rastro de incredulidad en su voz—. ¿Estás loco? Primero, nos acabamos de conocer. Segundo, ¡eres un puto acosador! ¿Cómo puedes decir que

me quieres cuando lo nuestro se basa en una mentira?

—No todo —insisto, desesperado porque lo entienda—. Mis sentimientos por ti son reales. La conexión que tenemos, cómo hablamos, cómo nos entendemos, todo eso es real. Solo… debí decirte la verdad desde el principio. Ahora lo sé.

Chloe se queda callada un instante y me mira a la cara. Puedo ver el conflicto en su gesto, dividida entre sus sentimientos por mí y lo que acaba de averiguar. Entonces abre mucho los ojos y se cubre la boca con la mano.

—Dios mío. WinterWatcher. Sabías lo de Secretos Oscuros porque me mirabas a través de la ventana, todo el tiempo. ¡Lo sabías! No fue una coincidencia que me encontraras. Siempre lo has sabido.

Cierro los ojos, sintiendo el peso de su decepción chocando conmigo.

—Sí —admito con un susurro—. Y porque… —tomo aire— porque también instalé una cámara en tu casa. En la alarma antiincendios.

Hora de ser claro. No puedo callarme más. Mira por encima del hombro su alarma de incendios y después a mí con los ojos muy abiertos, como no la he visto nunca.

—¿Qué cojones?

—Vi cómo rompías tu alarma, a través de la ventana, y el bombero que hay en mí necesitaba arreglarla. Así que vine cuando no estabas. Y… bueno… instalé una cámara oculta cuando la arreglé.

—¿Que hiciste qué?

—No quería invadir tu privacidad así, pero cuando empecé no pude parar.

Chloe se aleja de la puerta y su cara refleja horror y traición.

—¡Estás enfermo! ¡Algo va fatal en ti! Aléjate de mi casa, sal de mi propiedad y no te acerques a mí nunca más.

Doy un paso atrás, sintiendo cómo se me rompe el corazón.

—Chloe, por favor…

—¡No! —me grita, y le falla la voz—. No quiero más explicaciones. Has estado mintiéndome todo este tiempo. Has violado mi privacidad, mi confianza, todo. ¡Dios santo! ¡Incluso te has colado en mi casa y has instalado una cámara para espiarme! ¿Cómo pensabas que algo así estaba bien?

Abro la boca para responder, pero no me salen las palabras. ¿Qué puedo decir para arreglar esto?

Me alejo, sabiendo que se ha terminado. Todo lo que he hecho, cada mentira que he dicho… todo se está desmoronando a mi alrededor. Cuando me giro para marcharme, alcanzo a ver a Chloe una última vez: las lágrimas caen por sus mejillas y su expresión es una mezcla de miedo y furia. La nieve cae con más fuerza cuando salgo a la calle y las luces de Navidad se difuminan a través de mi rabia. Rabia y furia contra mí mismo. He intentado protegerla, amarla, y he acabado haciéndole más daño. La ironía me golpea cuando camino a través de la nieve, con el corazón tan pesado como mis pasos. Llego a mi camioneta, aparcada en la esquina, y me dejo caer sobre el asiento del conductor. El motor vuelve a la vida y el calor se extiende por mis dedos congelados. Me siento ahí, mirando caer la nieve, repitiendo las palabras de Chloe:

«Aléjate de mi casa, sal de mi propiedad y no te acerques a mí nunca más».

La rotundidad de su voz y el asco en su mirada están grabados en mi memoria. La he perdido. Lo he perdido todo. Mientras conduzco y la nieve se derrite en el parabrisas, no me quito la imagen de la cara de Chloe de la cabeza: el dolor, la traición, el miedo. ¿Qué he hecho? He vivido una mentira durante dos años. Pero ahora, haciendo frente a las consecuencias, veo la verdad. No soy su ángel de la guarda. Soy su pesadilla. El móvil me vibra en el bolsillo. Por un momento se me para el corazón. ¿Será Chloe? Pero, cuando lo miro, es una alerta por el temporal. Un aviso de tormenta de nieve grave. Hay que

quedarse en casa si es posible.

Dejo escapar una risa amarga. Estar en casa. Si hubiera hecho eso en primer lugar, nada de esto habría pasado. No la habría observado por su ventana, no me habría pillado y no tendría que haber revelado mi retorcida obsesión.

Igual debo aparcar lo bastante cerca, donde todavía pueda ver su puerta.

Igual debería…

¿Qué cojones me pasa? Así es como me metí en esto. Aprieto el volante con más fuerza, obligándome a seguir conduciendo, alejándome de su casa. Estos pensamientos, estos impulsos, son lo que me metió en este desastre para empezar. No puedo seguir justificando mis acciones, fingiendo que lo que hago está bien.

Está nevando con más fuerza y casi no tengo visibilidad. Debería parar y esperar que amaine la tormenta, pero no puedo. Necesito poner la mayor distancia posible entre nosotros. Por su bien y por el mío.

Mientras conduzco, me llegan recuerdos del pasado. La primera vez que vi a Chloe después del accidente, caminando por la calle, su expresión de dolor. Las noches que pasé aparcado fuera de su casa diciéndome a mí mismo que la estaba protegiendo. La manera en la que se me aceleró el corazón cuando nos conocimos por casualidad. Todo era mentira. Cada momento, cada interacción, mancillado por mi engaño.

Golpeo el volante con los puños y dejo salir un grito de frustración y odio hacia mí mismo. ¿Cómo he podido dejar que las cosas llegaran tan lejos? ¿Cómo me he convencido de que todo lo que hacía estaba bien?

De alguna forma, por suerte, llego a mi casa y entro en mi apartamento sin molestarme en encender las luces. El silencio es ensordecedor después del rugido del viento fuera. Me quito las botas

llenas de nieve y las dejo en el montón al lado de la puerta.

Me derrumbo en el sofá y entierro la cara en las manos, pero después le echo una mirada a mi portátil. Podría mirar la cámara oculta y ver cómo está. Asegurarme de que no la he asustado demasiado. Solo un segundo…

Sacudo la cabeza con violencia, horrorizado por lo que se me ha pasado por la cabeza. Cuando me doy cuenta de lo lejos que he llegado, lo profundamente que ha repercutido en mi sentido del bien y del mal, me impacta como un puñetazo.

Abro el portátil y hago lo único bueno que he hecho en años. Tomando aire, borro la aplicación de la cámara oculta. Miro la pantalla con una mezcla de alivio y vacío.

La aplicación ya no está y se ha llevado con ella la última conexión con la vida privada de Chloe. Es lo correcto, lo sé, pero no hace que el dolor de mi pecho disminuya.

Después entro en Secretos Oscuros, motivado a continuar la purga. No puedo estar suscrito a su cuenta. No hay duda de que me eliminará, pero lo menos que puedo hacer es ahorrarle ese tiempo y energía. Pero, cuando intento buscar su nombre, no aparece. No encuentro ninguna BlackAsChlo.

Miro la pantalla con una mezcla de emociones. Claro que se iba a ir de Secretos Oscuros. También le he arruinado eso. Otro lugar seguro que he violado y destruido. Todo el peso de lo que he hecho me golpea. No solo he perdido a Chloe; también le he quitado su vía de escape, su privacidad, su sensación de seguridad. Todo porque no he podido controlar mi obsesión.

Cierro el portátil, incapaz de seguir mirando. El silencio de mi apartamento es agobiante y solo se escucha el rugido del viento fuera. Me recuerda a Chloe, sola en su casa, aterrada por mi culpa. Agarro el móvil y encuentro su número. Debería llamarla para disculparme otra vez, asegurarme de que está bien. Pero sé que solo

empeoraría las cosas. Ya he hecho daño suficiente.

Mi teléfono vibra y veo un mensaje del capitán. Todos a sus puestos. La tormenta está provocando el caos. Responder lo antes posible. Por un momento, me planteo ignorarlo. No estoy en condiciones de ayudar a nadie ahora mismo. Pero entonces pienso en Chloe, en cómo le fallé, cómo he traicionado todo lo que defendía como bombero. Puede que esta sea mi oportunidad para hacer las cosas bien. Al menos puedo intentar hacer algo.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CHLOE

Jack. Acosador. Jack. ¡Jack!

¿Cómo es posible?

Doy un portazo y me tiemblan las manos cuando me peleo con las cerraduras. El sonido de sus pasos en la nieve se difumina, pero no me quito de encima la sensación de que me observan. Me dejo caer contra la puerta y me deslizo hasta el suelo mientras los sollozos me destruyen.

¿Cómo he podido estar tan ciega? Las señales estaban ahí, pero elegí ignorarlas y ver solo lo que quería ver.

Ahora la verdad ha salido a la luz y es más horrible de lo que imaginaba. ¿Pensaba que tenía un acosador? Puede… si soy sincera conmigo misma. Sí, puede. Pero pensaba que era Tyler. ¡No Jack! Jamás pensé que fuera Jack. Incluso cuando acabó siendo WinterWatcher, lo cual fue una coincidencia poco realista, ahora que lo pienso… Pero incluso entonces no fui capaz de unir los puntos.

Coloco los brazos a mi alrededor e intento dejar de temblar. La casa parece diferente ahora, manchada por el hecho de que Jack ha estado observándome durante años. Cada ventana y cada esquina ahora parecen siniestras.

Ha estado mirando. Siempre ha estado mirando. Oh, Dios… ¿Por qué cojones se me contrae el coño cuando lo pienso? Estoy enferma.

Sí, es la única explicación. Sacudo la cabeza, asqueada de mí misma. ¿Cómo puedo sentir otra cosa que asco después de lo que ha hecho?

«¡Esto no es sexy, Chloe! No es la forma sexy en que me miran mis suscriptores».

¡Mis suscriptores! Mierda. Corro hacia mi ordenador y abro Secretos Oscuros. Entre Tyler descubriendo mi cuenta secreta, con mi trabajo en juego, y ahora Jack, no elimino la cuenta lo suficientemente rápido. Entro con rapidez en Secretos Oscuros y me pesan los dedos mientras navego por los ajustes de mi cuenta. Mi lugar seguro, mi vía de escape para los pensamientos y sentimientos que no puedo compartir en ningún otro sitio. Pero no era seguro del todo. Jack había estado ahí también, mirando y leyendo mis más íntimas confesiones. La interfaz familiar que una vez me trajo emoción ahora me llena de temor.

Mi mente va a mil recordando todas nuestras interacciones, analizando cada palabra, cada caricia. ¿Algo de eso era real? ¿O era todo parte de su obsesión, de su idea inventada sobre mí?

Miro a la alarma de incendios y siento cómo me pone mala. Busco la escoba lo más rápido que puedo y arremeto contra ella para romperla, y con ella cualquier cámara que estuviera escondida, en un millón de trozos. Después voy a la segunda alarma y hago lo mismo.

Me paseo por la casa comprobando mil veces las cerraduras. La gata a la que dejé entrar antes me mira precavida, sintiendo mi inquietud. Me gustaría estar tan ajena como ella, acurrucada en el sofá, sin nada que me importe en el mundo.

Mientras pasa la noche, se manifiesta el cansancio, pero no puedo dormir. Cada vez que cierro los ojos, veo la cara de Jack, oigo su voz explicando cómo ha estado observándome desde el accidente.

El accidente. Mis padres. Una oleada nueva de culpa me atraviesa

el corazón cuando recuerdo esa noche. ¿Cómo he podido olvidar al bombero que me sacó del coche? ¿El trauma fue tan fuerte que bloqueé ese recuerdo o Jack mentía sobre eso también?

Me acurruco en el sofá y me pongo una manta por encima. Las luces de Navidad crean sombras escalofriantes en las paredes y me planteo desconectarlas. Pero el pensamiento de salir, incluso un momento, me aterra. Mi móvil vibra y me sobresalto. A regañadientes, lo alcanzo de donde lo había tirado. Me preparo para un mensaje largo de disculpa por parte de Jack, pero en su lugar es un mensaje de Tyler.

Mierda.

Miro el nombre de Tyler en la pantalla del móvil y se me revuelve el estómago. Con todo lo que ha pasado con Jack, casi me olvido de la otra crisis que me acecha. Respiro profundamente y abro el mensaje.

TYLER

Chloe, tenemos que hablar. Nos vemos en mi oficina en una hora. No es opcional.

Me voy a desmayar. Me pitan los oídos como advertencia. Tyler lo sabe. Lo sabe de verdad. Y ahora quiere que nos veamos. ¿Y ya está? ¿Encima estoy a punto de perder mi trabajo?

Le respondo con los dedos temblorosos:

CHLOE

Es tarde y aquí está nevando mucho. ¿No puede esperar a mañana?

Espero ansiosa su respuesta, manteniendo la esperanza de que esté de acuerdo con posponer la temida reunión. Pero mi teléfono suena casi al instante con su respuesta:

TYLER

No puede esperar. Te mando un coche. Estate lista en 30 minutos.

Se me hunde el corazón. No puedo escapar de esta confrontación. Miro la nieve por la ventana y después de nuevo mi teléfono. El pensamiento de dejar la seguridad de mi casa me aterra, pero la posibilidad de perder mi trabajo me asusta por igual. Intento llamar a Sloane, pero no responde, así que le dejo un mensaje. Nada. No tenía planeado hacer algo al respecto hasta mañana. Pero está claro que Tyler no quiere esperar. ¿Y quién sabe lo que hará si no me presento?

Con las manos temblando, me empiezo a preparar. Me cambio de ropa a algo más profesional, intentando proyectar una confianza que no tengo. Mientras me pongo un poco de maquillaje, me miro al espejo. La mujer que me devuelve la mirada parece afligida, con los ojos abiertos de miedo e incertidumbre.

El pitido de un coche me sobresalta. Echo un vistazo a través de las cortinas y veo una limusina negra esperando en la entrada de mi casa. Los faros iluminan la nieve que cae.

Inhalo profundamente, y agarro el abrigo y el bolso. Dudo un momento en la puerta, con la mano sobre el pomo. Parte de mí quiere encerrarse aquí para esconderse del mundo y de sus problemas. Pero sé que no puedo. Tengo que plantarle cara a esto. Ceñirme al plan que he creado con Sloane. Es mi única oportunidad. Cuando salgo, el aire gélido me golpea en la cara. Corro hacia el coche y mis pies hacen crujir la nieve recién caída. El conductor, con el rostro estoico y vestido de traje, me abre la puerta sin decir nada.

Ya en el cálido interior del coche, me dejo caer sobre el asiento de cuero, intentando calmar mi acelerado corazón. Las luces de la ciudad se difuminan por la ventana mientras avanzamos por la

tormenta. A cada minuto que pasa, nos acercamos más a la oficina y a las consecuencias que me esperan. Pero todo lo que veo es la cara de Jack, sus ojos llenos de desesperación al intentar explicar sus actos. Sacudo la cabeza para eliminar la imagen. No puedo pensar en Jack ahora. Necesito centrarme en salvar mi carrera.

Cuando el coche se detiene frente al edificio de la oficina, veo a una figura solitaria en el vestíbulo, con la silueta enmarcada por las luces del interior. Tyler. Esperándome.

El conductor me abre la puerta y salgo a la nieve del exterior. Con cada paso que doy hacia el edificio parece más que me acerco a mi ejecución. Pero me enderezo, subo la barbilla y avanzo. Pase lo que pase, lo afrontaré con la cabeza alta.

Las puertas de cristal se abren y entro.

Tyler me mira con expresión ilegible.

—Chloe —me recibe con una voz fría y profesional—. Hablemos en mi despacho.

Sigo a Tyler al ascensor. Mis nervios gritan que me detenga. La subida a su despacho se me hace eterna; el silencio entre nosotros está cargado de tensión. Cuando llegamos a su planta, me guía por el pasillo oscuro y nuestros pasos resuenan en el edificio vacío.

Tyler abre la puerta de su despacho y me hace un gesto para que entre. Cuando lo hago, me doy cuenta de que las luces están apagadas y solo la lámpara de su escritorio ilumina la estancia. Las luces de la ciudad atraviesan las ventanas desde el suelo hasta el techo y la tormenta crea una atmósfera irreal y sofocante.

—Siéntate —me ordena, y señala la silla frente a su escritorio.

Me siento e intento mantener la compostura. Tyler se queda de pie, acechándome con el rostro oculto entre las sombras.

—Así que… —empieza con la voz grave y controlada— Secretos Oscuros. Un pasatiempo interesante, Chloe.

Trago saliva y siento la boca seca de pronto.

—Ya me ha contado Sloane la locura de la que me acusas. Y quiero que sepas que, si lo dejas ahora, no iré a hablar con Jasmine y…

Alza la mano para que me calle.

—Para. Lo he visto todo. Cada publicación, cada vídeo, cada… interacción —escupe la última palabra como si fuera veneno.

—Asumiendo que sea yo…

—Eres tú. No soy idiota. Así que deja de hacerte la inocente —me interrumpe con una sonrisa de suficiencia—. Pero, si quieres ir a hablar con Jasmine y que me despida, me parece bien. Estoy seguro de que le encantará ver esos vídeos tuyos.

—No tienes pruebas y tus acusaciones son…

Pone los ojos en blanco.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir fingiendo? ¿No te aburre? Eres tú. Cualquiera, incluida Jasmine, lo verá. Sin mencionar que llevabas un collar que tenías tú y solo tú mientras te manoseabas las tetas. Sloane debería haber borrado tu nombre de la web cuando se inventó esa mentira patética.

Me arden las mejillas de la vergüenza y la humillación. Quiero defenderme, explicar que es solo una fantasía, un juego de roles. Francamente, también quiero decirle que no es de su incumbencia y que lo que haga con mi tiempo es cosa mía. Pero se me atascan las palabras en la garganta.

Tyler camina alrededor del escritorio, pasando los dedos por la madera pulida.

—¿Sabes? Cuando descubrí tu cuenta, me impactó. Me enfadé incluso. Pensé en rescindir tu contrato en el acto.

Se me hunde el corazón. Ya está. Voy a perderlo todo.

—Pero entonces… —continúa. Su voz adquiere un tono extraño— seguí mirando. Leyendo. Y me di cuenta de una cosa.

Se gira para mirarme completamente y me impacta la intensidad de su mirada. No veo enfado. Es… otra cosa. Algo que hace que se

me ponga la piel de gallina con una mezcla de miedo y una emoción que no quiero nombrar.

—Tienes mucho talento, Chloe ¿O ahora debería llamarte BlackAsChlo? La manera en la que cautivas al público. Es incluso más interesante que cuando lo haces con las joyas como la Chloe aburrida.

Me retuerzo incómoda en el asiento, insegura de hacia dónde está yendo esto.

Tyler se apoya en el escritorio y se cruza de brazos sobre el pecho.

—Tengo una propuesta para ti. Una que puede llevar tu carrera, las dos, mucho más alto.

La cabeza me da vueltas. ¿Está sugiriendo lo que creo?

—No lo entiendo —respondo con cuidado.

Despacio, se forma una sonrisa en su cara y, en ese momento, me doy cuenta de que el problema en el que estoy es más grave de lo que había imaginado.

—Oh, creo que sí lo sabes —asegura con un tono más siniestro de lo que habría podido esperar de este hombre—. Puede que no fuera un suscriptor al principio. Pero ahora lo soy. Un suscriptor con expectativas.

Se me hiela la sangre al escuchar sus palabras. Comprendo las implicaciones de lo que está diciendo y siento una oleada de náuseas.

—Tyler —empiezo con la voz temblorosa—. No pienso que…

—No pienses, Chloe —me interrumpe, con los ojos brillantes por la luz tenue—. Solo escúchame. Te estoy ofreciendo una oportunidad de conservar tu trabajo y expandir tus actividades extracurriculares. Todo lo que tienes que hacer es lo que yo te diga. Además, he visto el vídeo en el que te follas a uno de tus suscriptores. Solo estoy pidiendo el mismo trato.

Me levanto de un salto y la silla se cae al suelo.

—No. Ni de coña. Lo que haga en mi vida privada no es de tu incumbencia y no dejaré que me chantajees.

A Tyler se le borra la sonrisa y en su lugar me lanza una mirada fría y afilada.

—¿Estás segura? Porque estoy seguro de que Jasmine estaría muy interesada en saber lo que hace una de nuestras *influencers* más populares en su tiempo libre. Sin mencionar a tus seguidores. ¿Cómo crees que reaccionarán cuando sepan que su experta en joyería favorita es una puta zorra?

No puedo respirar.

—Mi silencio tiene un precio y es mucho más alto por limpiar este desastre para que no se entere nadie en Moth to The Flame —me amenaza con voz malévola.

Mi cabeza va a mil, buscando la manera de salir de esta pesadilla. Primero Jack, ahora Tyler. Parece que el mundo se desmorona a mi alrededor.

—¿Qué propones exactamente? —pregunto para ganar tiempo.

Se acerca a mí con los ojos llenos de un brillo depredador.

—En realidad es sencillo. Tú continúas trabajando para Moth to the Flame durante el día. Pero por la noche actuarás para mí. Espectáculos privados, siguiendo mis… intereses específicos. —Me sube la bilis a la garganta—. Empezando ahora mismo —añade mientras se acerca.

—No —respondo con firmeza, con cada gramo de coraje que tengo —. No lo haré. Despídeme si quieres, díselo a quien te crea, pero no voy a hacer eso.

Tyler entrecierra los ojos peligrosamente y suelta una carcajada.

—¿De verdad piensas que puedes elegir? —Salva la distancia entre nosotros.

Me alejo de él.

—No te acerques —le advierto, pero me falla la voz.

Tyler sonríe y continúa avanzando.

—Venga, Chloe. Los dos sabemos que te gustan estas cosas. He visto tus vídeos, ¿recuerdas? La emoción de que te miren, que te controlen…

—Que te jodan. ¡Eso es un juego de roles consensuado, no chantaje de verdad y violación! —Miro por encima del hombro al pasillo, buscando las cámaras en las esquinas.

—Claro que las he apagado todas —replica Tyler con una risita, leyéndome mi desesperada mente.

Mi espalda toca la pared. Estoy atrapada. Tyler se alza sobre mí y siento su respiración en la cara.

—Última oportunidad, Chloe. Haz lo que te digo o lo pierdes todo. Será divertido.

En ese momento, algo se rompe dentro de mí. Todo el miedo y la rabia por lo que ha pasado esta noche alcanza la superficie. Sin pensarlo, le doy un rodillazo entre las piernas. Se retuerce con un gruñido de dolor. Lo empujo y echo a correr hacia la puerta.

—¡Puta! —jadea Tyler a mi espalda.

No miro atrás mientras corro por el pasillo hasta el ascensor. Mis manos tiemblan descontroladas mientras pulso repetidamente el botón. ¡Vamos, vamos!

Grito cuando siento el peso de Tyler sobre mí, empujándome contra el suelo frío. Sus manos toquetean mi ropa mientras pataleo desesperada, intentando liberarme.

—No te resistas —gruñe con el gesto contorsionado de rabia—. Sabes que esto es lo que quieres. Todas tus oscuras fantasías, hechas realidad.

El pánico me inunda cuando sus dedos me bajan la cremallera. Esto no puede estar pasando. Desesperada, echo la cabeza hacia atrás y siento el crujido satisfactorio de su nariz al ser golpeada por mi cabeza.

Tyler se echa hacia atrás con un aullido de dolor y sangre cayendo por la cara. Me levanto como puedo y corro a las escaleras, pero me atrapa el tobillo y me atrae de nuevo hacia él.

El ascensor suena y la puerta se abre. No estoy segura de si la locura me ha consumido, porque por un momento creo que estoy viendo cosas.

Jack.

Jack sale corriendo del ascensor, asimilando lo que está pasando. Sus ojos encuentran los míos con una mezcla de preocupación y rabia.

—¡Aléjate de ella! —ruge mientras se lanza a por Tyler.

Los dos hombres se enzarzan en una maraña de miembros. Me arrastro lejos, con el corazón latiendo con fuerza, mientras los veo forcejear en el suelo. Jack le da un puñetazo en la cara ensangrentada que hace que se caiga hacia atrás.

Tyler se levanta con dificultad y retrocede, alzando las manos en señal de rendición.

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

Se ha convertido en el cobarde llorón que siempre he sabido que era. Jack no le quita el ojo de encima, con los puños tensos y el pecho agitado.

—¿Que lo sientes? ¿Has intentado violarla y crees que un «Lo siento» lo soluciona todo?

Tyler se estremece y la sangre sigue cayendo por su nariz.

—Ha sido un malentendido. No pretendía…

—Cállate la puta boca —le gruñe Jack. Se gira hacia mí y se le suavizan los ojos—. Chloe, ¿estás bien?

Asiento, aún temblando, y me pongo en pie.

—Estoy… estoy bien —consigo responder con voz temblorosa.

Jack da un paso hacia mí. El miedo está grabado en su cara.

—¿Estás segura? ¿Te ha hecho daño?

Sacudo la cabeza, colocando los brazos a mi alrededor.

—No, estoy… estoy bien. Solo un poco conmocionada.

Le echo una mirada a Tyler que hace que se encoja de miedo.

—Escucha —empieza Tyler—. ¿Por qué no fingimos que esta noche no ha pasado? Guardaré tu secreto, vosotros lo dejáis pasar y podemos irnos todos a casa.

Jack entrecierra los ojos peligrosamente mientras se gira hacia Tyler.

—¿Piensas que puedes librarte de esto? ¿Después de lo que has intentado hacer?

Tyler mantiene las manos en alto.

—Mira, he cometido un error. Se me ha ido de las manos. Pero no le he hecho daño de verdad, ¿no? Vamos a olvidarlo.

—¿Olvidarlo? —pregunto—. Has intentado violarme. Has amenazado mi trabajo, mi reputación. ¿Y quieres que lo olvide?

—¿De qué estás hablando? —pregunta Jack— ¿Con qué te ha amenazado?

Dudo, no muy segura de cuánto revelar. Pero, después de todo lo que ha pasado, me doy cuenta de que no tiene sentido ocultarlo más.

—Ha… ha encontrado mi cuenta de Secretos Oscuros —confieso, casi susurrando—. Estaba intentando chantajearme para que… actuara para él.

La cara de Jack se ensombrece de furia. Se gira para mirar a Tyler con los puños cerrados.

—Eres un mierda —le gruñe.

Tyler se tambalea hacia atrás y abre mucho los ojos.

—No nos precipitemos —suplica—. He dicho que lo siento. Podemos solucionarlo.

—¿Solucionarlo? —se burla Jack—. Lo único que vamos a hacer es averiguar cuánto tiempo vas a estar en la cárcel.

—¿A la cárcel? —se burla ahora Tyler—. No tienes pruebas…

—No necesito pruebas para partirte la cara —gruñe Jack.

Me adelanto y le pongo una mano en el brazo.

—Jack, espera —le digo con suavidad.

Me mira sorprendido y la confusión es palpable en sus ojos.

—Chloe, no podemos dejar que se salga con la suya.

Respiro profundamente, armándome de valor.

—Lo sé. Pero si vamos a la Policía todo se sabrá. Lo de Secretos Oscuros… todo.

Jack suaviza el gesto.

—Chloe, nada de eso importa. Lo que ha hecho…

—Lo sé —le interrumpo—. Pero no puedo perder mi trabajo. Perdería la casa de mis padres. Significa mucho para mí. No puedo.

Jack busca mi mirada y veo que lo entiende.

—Vale. Entonces, ¿qué quieres hacer?

Me giro hacia Tyler, que sigue encogido en el suelo.

—Esto es lo que va a pasar —comienzo, con la voz más estable de lo que me siento—. Vas a olvidarte de todo lo que viste en Secretos Oscuros. Te vas a asegurar de que nadie en Moth to the Flame se entere nunca. Y me vas a dejar en paz. Por completo.

Tyler asiente frenéticamente.

—Sí, sí, claro. Lo que tú quieras.

—Y —continúo—, si alguna vez sospecho que intentas hacerle esto a alguien más, iré directamente a la Policía. ¿Está claro?

—Clarísimo —gimotea—. No pasará más. Lo juro.

Miro a Jack, que me mira con una mezcla de admiración y preocupación.

—Vámonos —le digo con suavidad.

Jack duda, dividido entre su deseo de justicia y su preocupación por mí. Pero al final asiente.

—Vale. Pero no se va a librar de esto. Entiendo lo que quiere, pero

no podemos confiar en este cabrón.

Me giro hacia Tyler, que nos mira con una mezcla de miedo y esperanza.

—Jack… solo quiero que esta noche terrible se acabe.

—Esto es lo que va a pasar —comienza, con la voz más estable de lo que me siento—. Vas a dimitir. Con efecto inmediato. Por razones personales, problemas de salud, lo que sea. Pero no vas a volver a Moth to the Flame.

Tyler abre la boca para protestar, pero Jack da un paso amenazador hacia delante y se calla de inmediato.

—Y, si alguna vez me entero de que has mirado mal a otra mujer —prosigue—, todo sale a la luz. El chantaje, el intento de violación. Todo. Te garantizo que lo tendremos en las cámaras de seguridad si los presionamos para que busquen. ¿Entiendes? Tengo amigos y haré que te encierren lo más rápido que pueda.

Tyler asiente frenéticamente.

—Sí, sí. Lo entiendo. Dimitiré a primera hora, lo juro.

Se levanta tambaleándose mientras se sujeta la nariz ensangrentada. Nos mira asustado una última vez antes de salir corriendo por el pasillo y desaparecer por las escaleras.

Tan pronto como desaparece, me fallan las piernas. Jack me atrapa antes de caer al suelo, envolviéndome con sus brazos.

—Te tengo —me consuela, acercándome a su cuerpo—. Estás a salvo.

Me acomodo contra él y dejo escapar una respiración temblorosa. Por un momento, me olvido de todo lo que ha pasado entre nosotros, todas las mentiras y la traición. En este instante, es solo Jack, el hombre que ha venido a rescatarme cuando más lo necesitaba. Pero, cuando se diluye la adrenalina, me golpea la realidad. Me libero de su agarre y me abrazo a mí misma.

—Aléjate de mí. ¡Te he dicho que dejes de acosarme!



CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

JACK

—Sé que es difícil de creer, pero no estaba acosándote —le aseguro.

Chloe entrecierra los ojos con una mezcla de enfado y confusión.

—¿Solo estabas dando un paseo por el edificio donde trabajo? Vamos, Jack. Deja de tratarme como si fuera tonta.

—Sé lo que parece, pero no estaba siguiéndote. Cuando saliste de casa en medio de la tormenta, el señor Haven me llamó, preocupado por ti. Pensaba que no deberías salir con este tiempo. Ya estaba fuera, trabajando en la estación por el aluvión de emergencias. Y bueno… —Respiro profundamente, sabiendo que tengo que explicarlo todo—. No tenía ni idea de a dónde irías a estas horas y con tormenta. Así que me estaba pasando por los sitios donde sueles ir. Este era uno de ellos.

Chloe suaviza un poco el gesto, pero puedo ver que la duda persiste en sus ojos.

—¿Y justo has llegado cuando necesitaba ayuda?

—Y gracias a Dios que lo he hecho.

—Ya no sé qué creer —admite en no más que un susurro—. Todo lo que creía está patas arriba.

—Lo sé. Y me arrepentiré el resto de mi vida. Pero créeme cuando te digo que mis sentimientos por ti son reales. Todo lo que ocurrió entre nosotros, las conversaciones, nuestra conexión, era genuino.

—¿Cómo puedo creerlo? ¿Cómo puedo confiar en nada de lo que digas?

—Porque te estoy diciendo toda la verdad —insisto, dando un paso hacia ella—. No más secretos, no más mentiras. Pregúntame lo que sea y te responderé sinceramente.

—¿Por qué no hablaste conmigo? Después del accidente. ¿Por qué no te acercaste como una persona normal en vez de… mirarme desde lejos?

—Al principio lo intenté. Te visité en el hospital, pero apenas estabas consciente. Para cuando estabas lúcida, yo… no sabía cómo explicar por qué me sentía tan conectado a ti. Me asustaba que pensaras que estaba loco o, peor, que me rechazaras.

—¿Así que, en vez de hablar conmigo como una persona normal, decidiste que observarme desde lejos durante dos años era una idea mejor? —pregunta, incapaz de ocultar el rencor en su voz.

Me avergüenzo ante sus palabras.

—Sé que parece una locura. Es una locura. Yo solo… no podía sacarte de mi cabeza. Sé lo que se siente cuando estás solo. Muy solo. Saber que tú ibas a sentirte así, igual que me sentí yo, bueno… no podía permitirlo. El recuerdo de aquella noche, de sacarte de aquel coche, me persigue. Me decía a mí mismo que solo estaba viendo si estabas bien. Pero evolucionó a algo que no pude controlar.

—Jack —empieza con la voz rota—. Aprecio que estés siendo sincero ahora. Y te agradezco que hayas aparecido cuando lo has hecho hoy. Pero tienes que entender lo mal que está esto.

Asiento, haciendo contacto visual con ella para que no se derrumbe.

—Desearía volver atrás y hacer las cosas de forma diferente. Desde este momento, te prometo que respetaré tus límites por completo.

Chloe estudia mi cara, buscando alguna señal de engaño.

—¿Y si te pido que me dejes en paz? ¿Que no me vuelvas a hablar?

La idea de no volver a verla es como un puñetazo, pero me obligo a asentir.

—Entonces eso haré.

Se queda callada durante un largo instante sin apartar la mirada de la mía. Finalmente, habla con voz suave, pero firme:

—Necesito tiempo, Jack. Para procesar todo lo que ha pasado hoy. Contigo, con Tyler. Todo. No puedo tomar una decisión ahora.

—Claro —respondo deprisa—. Tómate todo el tiempo que necesites. Estaré aquí cuando quieras hablar. Y si no quieres… lo entenderé.

Chloe asiente y mira la oficina vacía.

—Tengo que irme. Es tarde y…

—Déjame llevarte a casa —le ofrezco—. Sigue nevando fuera y después de todo lo que ha pasado…

Duda, dividida entre su deseo de estar sola y la practicidad de que la lleve a casa. Al final asiente.

—Vale. Pero solo me llevas a casa. Nada más.

—Claro —concuerdo—. Solo te llevo a casa.

Mientras caminamos hacia mi coche, el silencio entre nosotros se hace pesado con lo que no decimos y lo que no sentimos. La nieve sigue cayendo con fuerza y crea una manta blanca en la ciudad. Le abro la puerta del pasajero y doy la vuelta hacia el asiento del conductor.

Cuando llegamos a su casa, paro, pero dejo el motor encendido. Chloe se gira hacia mí, con un gesto ilegible por la luz tenue.

—Gracias —dice con suavidad—. Por traerme. Y… por lo de antes.

Asiento, apretando las manos en el volante para evitar extender la mano hacia ella.

—De nada. Me alegro de que estés bien.

Duda, con la mano en la manija de la puerta.

—Jack, yo…

—Está bien —la interrumpo con calma—. No tienes que decir nada. Tómate el tiempo que necesites.

Chloe asiente y abre la puerta. Entra el aire frío y con él algún copo de nieve. Se detiene a medio camino de salir de la camioneta y se gira hacia mí.

—Buenas noches, Jack —susurra.

—Buenas noches, Chloe —le respondo, mirando cómo avanza sobre el camino lleno de nieve hacia su puerta.

La sigo observando. Observándola alejarse de mí.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CHLOE

—No me puedo creer que haya dimitido de verdad —comenta Sloane desde el otro lado del escritorio.

—Tampoco tenía elección —añado—. Era un puto asqueroso.

Sloane se inclina en su silla con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Qué? ¿Por qué sonríes así?

Se encoge de hombros.

—Nada.

La miro con los ojos entrecerrados.

—Sloane. ¿Qué?

—Sé que estás enfadada con Jack, pero…

—No vamos a hablar de Jack —la interrumpo.

Levanta una ceja.

—¿No? Quiero decir, está claro que evitó el desastre. Te salvó.

Tenso la mandíbula.

—No me salvó. No necesitaba que me salvaran.

Sloane suspira y pierde la sonrisa.

—Vamos, Chloe. Por lo que me has dicho, sabes que eso no es verdad. Si Jack no hubiera llegado cuando lo hizo…

—Lo tenía controlado —la interrumpo, más brusca de lo que quería.

Respiro profundamente e intento calmar la rabia que surge dentro

de mí.

—Mira, agradezco lo que hizo Jack, ¿vale? Pero eso no cambia nada. No borra todo lo que ha hecho. ¿No te parece una locura que me acosara durante dos años?

—A mí me parece romántico. Incluso sexy —admite—. Lo siento, pero no lo descartaría porque esté obsesionado contigo.

Me burlo, sacudiendo la cabeza.

—Eres increíble. ¿Desde cuándo estás de su parte?

—No lo conozco, pero suena a un buen partido.

—¡Un buen partido! Ha estado mirándome a través de la ventana sin que yo lo supiera. ¿Cómo puede ser un buen partido?

Sloane levanta las manos, fingiendo rendirse.

—Vale, vale. Lo pillo. No estás lista para verlo desde otra perspectiva.

La miro y siento cómo crece mi frustración.

—No hay otra perspectiva. Es espeluznante. Fin de la historia.

Se inclina hacia delante y se pone seria.

—Chloe, mira, no pretendo invalidar tus sentimientos. Sé que has pasado por mucho. Pero puede… puede que Jack represente más de lo que quieres ver en este momento.

—Oh, por favor. —La miro con desdén—. ¿Como qué?

—Como el hecho de que este hombre solo ha tenido en cuenta lo mejor para ti.

—Ha dejado que nos conociéramos, que conectáramos, y me hizo creer que todo era… Ha estado mintiéndome todo este tiempo.

—La gente hace locuras cuando se enamora, Chloe.

Me sonrojo ligeramente.

—No está enamorado de mí. Está obsesionado. No es lo mismo.

—Yo quiero un amor digno de un manicomio.

La miro incrédula.

—¿Digno de un manicomio? ¿Lo dices en serio?

Se encoge de hombros y esboza una sonrisa malévola.

—¿Qué puedo decir? Soy una romántica.

—Lo que estás es demente —murmuro, sacudiendo la cabeza—. Mira, ¿podemos dejarlo? No quiero hablar de Jack.

Sloane me mantiene la mirada y asiente.

—Vale, lo dejo. Por ahora. —Reparte algunos anillos por el escritorio, cambiando de tema—. Así que, como has insistido en trabajar en nuestro día libre en vez de ir a comer tortitas y mimosas, como propuse yo…

—Necesito distraerme.

Pone los ojos en blanco, pero sonríe.

—Entonces deja que te hable de estos anillos nuevos…

Intento concentrarme en el trabajo, pero mi mente sigue volviendo a él. A pesar de mi enfado, no me quito la imagen de su cara cuando intervino para salvarme. La determinación en sus ojos, la manera en que se interpuso entre el peligro y yo sin dudarlo.

«No —me digo con firmeza—. No vayas por ahí». Es un acosador; así de simple.

Pero, cuando salgo de Moth to the Flame para volver a casa, me sorprendo preguntándome: ¿y si Sloane tiene razón? ¿Y si Jack tiene más que ofrecer que lo que quiero ver?

¿Qué está haciendo ahora? ¿Está trabajando? ¿Se está tomando un café en nuestro lugar favorito? ¿Está…?

¡Para! Para de obsesionarte con él. No soy mejor que él.

Sacudo la cabeza intentando aclarar mis ideas mientras camino por la calle abarrotada. El aire de la mañana es fresco contra mi piel, un alivio bien recibido después de la sofocante oficina. Me pongo la chaqueta, más por comodidad que porque me abrigue.

Doblo la esquina y veo su parque de bomberos. ¿Lo podría haber evitado? Sí. La verdad es que no necesitaba pasar cerca y, aun así, aquí estoy. Hago una pausa, con los pies pegados al suelo. El edificio

de ladrillo se alza delante de mí, con las grandes puertas del garaje cerradas. Una luz tenue sale de una de las ventanas y me pregunto si Jack estará ahí, quizás haciendo papeleo o hablando con sus compañeros.

Antes de poder pararme, camino hacia la estación. Se me acelera el corazón mientras me acerco, esperando y temiendo a la vez verle por un momento. Me digo que es solo curiosidad, que solo estoy comprobando que no está mirando por mi ventana, sino en el trabajo, a una distancia segura de mí.

Cuando me acerco a la estación, oigo una risa proveniente de una puerta abierta. Mi paso se tambalea y me encuentro escondiéndome en un callejón cercano. ¿Qué estoy haciendo aquí? Esto es ridículo. Estoy actuando como… como Jack.

Estoy a punto de girarme para marcharme cuando oigo una voz familiar. La voz de Jack. Me quedo sin respiración cuando me asomo.

Está fuera de la estación, hablando con dos compañeros. Su imagen manda una descarga a través de mi cuerpo, una mezcla de enfado, miedo y algo a lo que no quiero dar nombre.

—¿Te vas, Jack? —le pregunta uno de los bomberos.

Jack asiente, pasándose la mano por el pelo.

—Sí. Tengo cosas que hacer.

Se me acelera el corazón. ¿Va a ir a mi casa?

El pensamiento me emociona tanto como me aterra.

—Vale, tío. Cuídate —le responde su compañero con una palmada en el hombro.

Cuando se da la vuelta para marcharse, su mirada barre la calle. Se me para el corazón un instante cuando pienso que me ha visto. Pero su mirada pasa de largo por donde estoy.

Lo miro mientras se aleja. Sus anchos hombros me llaman como si fueran maldito beicon. Sin pensarlo, salgo del callejón y empiezo a seguirlo.

¿Qué estoy haciendo? Esto es una locura. Estoy acosando a mi acosador.

Pero no puedo parar. Mantengo una distancia segura, escondiéndome detrás de los coches y en portales cuando echa la vista atrás.

Lo sigo durante varias manzanas y siento como si caminara sobre barro. Parece ajeno a mi presencia, caminando hacia un destino desconocido. Parte de mí espera que vaya a su apartamento y otra parte teme la posibilidad de que vaya a mi casa. ¿O no? Mi corazón traidor se acelera con la idea de él observándome, su obsesión, su necesidad de mirarme a través de la ventana todas esas noches. La idea debería ponerme enferma y, sin embargo, no es así. En verdad… me excita. Intento deshacerme de ese sentimiento, pero se aferra a mí como una enredadera, en torno a mi pecho y apretando más y más con cada respiración.

¿Qué cojones me pasa? Es un acosador, un depredador. Debería estar llamando a la Policía, no fantaseando sobre él en mi habitación. Pero no puedo evitar imaginar cómo me mira mientras me quito la ropa y su respiración empaña el cristal. ¿Pondría la mano en la ventana, deseando tocarme? ¿O se quedaría muy quieto, empapándose de cada detalle?

Sacudo la cabeza, intentando deshacerme de estos pensamientos tan retorcidos. Esta no soy yo. No soy el tipo de persona a la que le pone el peligro. ¿O sí? Joder… igual sí.

Cuando giramos por una calle más tranquila, casi lo pierdo de vista. Acelero el paso, doblando la esquina a tiempo para verlo entrar en una pequeña cafetería. Me inunda el alivio, seguido rápidamente por una punzada de decepción. No estoy segura de lo que esperaba, pero extrañamente me siento decepcionada.

Y esta cafetería no es *nuestra* cafetería. Es falsa.

Me quedo fuera y miro a través de la ventana. Jack está en el

mostrador, pidiendo algo. Antes de que se me quite la idea, empujo la puerta y entro.

Suena la campanita de la puerta y Jack se gira. Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, parece que el tiempo se detiene. Su expresión cambia de sorpresa a confusión, con algo más que no puedo explicar.

—¿Chloe? —dice con una mezcla de esperanza e incertidumbre.

Abro la boca, pero no me salen las palabras. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué puedo decir?

—Yo… solo estaba… —tartamudeo, y siento cómo se me calienta la cara.

Jack da un paso hacia mí, frunciendo el ceño con preocupación.

—¿Estás bien?

La preocupación genuina en su voz me pilla por sorpresa.

—Estoy bien —consigo decir—. Solo… pasaba por aquí.

Es una excusa mala y los dos lo sabemos. Jack curva los labios en una pequeña y triste sonrisa.

—Pasando por aquí, ¿eh? —responde con suavidad.

Las palabras quedan en el aire entre nosotros, pesadas por lo que significan. Debería estar enfadada, debería darme la vuelta y marcharme ahora mismo. Pero algo hace que no me mueva.

—Jack, yo… —comienzo, pero dudo, porque no sé muy bien qué decir.

—Estoy probando un sitio nuevo —dice él, mirando la cafetería de mentira—. La de Pete es toda tuya. —Sonríe y agradezco que intente cortar la tensión entre nosotros.

Siento una mezcla de emociones al oír sus palabras: gratitud por su consideración, frustración por su encanto y un sentimiento extraño de pérdida por la idea de que no vayamos al mismo sitio.

—Bueno, ya que estás aquí… ¿puedo invitarte a un café? Sin ataduras, te lo prometo. Solo dos conocidos tomando algo.

Dudo y cada instinto me dice que corra. Pero algo hace que me mantenga en el sitio. Puede que sea la curiosidad o la sinceridad en sus ojos o algo completamente diferente.

—Vale —me oigo decir—. Un café. Pero no cambia nada.

Se gira hacia el camarero y me pide un *latte* para luego hacer un gesto hacia una pequeña mesa. Lo sigo con el corazón latiéndome con fuerza, tanto que estoy segura de que puede oírlo o incluso ver cómo se mueve en mi pecho.

Nos sentamos uno frente a otro y se produce un silencio incómodo entre nosotros. Jugueteo con una servilleta, evitando su mirada.

—Bueno… —comienza Jack por fin— ¿Estabas por el barrio?

Dejo escapar una risa nerviosa y mis ojos vuelan hacia él antes de mirar a otro lado.

—Algo así —murmuro, sabiendo lo ridículo que suena.

Jack se deja caer en la silla y me estudia con esos ojos intensos.

—Chloe —me dice con suavidad—. ¿Qué es lo que pasa en realidad?

Respiro profundamente, intentando ordenar mis pensamientos. ¿Cómo puedo explicar algo que ni yo misma entiendo?

—No lo sé —confieso finalmente—. Te vi en la estación y… te seguí sin más. No sé por qué.

Jack alza las cejas con sorpresa.

—¿Me has seguido?

—Lo sé, lo sé —digo atropelladamente, sintiendo la vergüenza subiéndome por las mejillas—. Es una locura y es muy hipócrita y…

—Y algo tierno —me interrumpe con una pequeña sonrisa.

Lo miro.

—Jack, esto no tiene gracia.

Pone la mano encima de la mesa y la deja a unos centímetros de la mía.

—Voy a hacer algo que nunca se me ha dado bien —explica—. Te

estoy cediendo el control; tú estás al mando.

Miro su mano, muy cerca de la mía. Sería tan fácil tomarla, salvar esa distancia. Pero no puedo. Todavía no.

Nos sentamos en silencio durante un momento y el peso de sus palabras se manifiesta entre nosotros. Le doy un sorbo a mi *latte* para conseguir más tiempo y pensar.

—¿Y ahora qué? —pregunto finalmente.

—Eso depende de ti. Decía en serio lo de darte espacio. Si quieres que me vaya ahora mismo y no vuelva a hablar contigo, lo haré.

Siento una punzada en el pecho ante esa idea. Por muy enfadada que esté, la idea de no volver a ver a Jack me duele más de lo que quiero admitir.

—¿Y si eso no es lo que quiero? —pregunto, sorprendiéndome por las palabras—. Si no quiero que cedas el control. —Trago saliva, incluso más sorprendida porque voy a revelar esto—: ¿Y si quiero que tomes el control?

Jack abre mucho los ojos con una mezcla de sorpresa y algo más oscuro pasando por su cara. Se inclina hacia delante y su voz se vuelve grave e intensa:

—Necesito que estés segura. Si hacemos esto, no hay vuelta atrás. No más huir, no más esconderse entre las sombras y mirar desde lejos. Esto es todo o nada, Chloe.

Cierro los ojos un instante, intentando acallar la tormenta de pensamientos en mi cabeza. Cuando los abro de nuevo, miro a Jack con una nueva determinación.

—Estoy segura —respondo con apenas un susurro—. No quiero que te quedes mirando desde fuera. Quiero que entres.



CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

CHLOE

Es Nochevieja y Jack y yo vamos a celebrar el Año Nuevo con un polvo. Literalmente. Estamos en el Naughty and Nice, donde nos conocimos. La temática de la noche es mascarada de medianoche. El club está decorado con elementos dorados y negros y las figuras misteriosas enmascaradas se mezclan por las habitaciones poco iluminadas. Jack me aprieta la mano mientras atravesamos la entrada, dejamos los abrigos y nos ponemos las ornamentadas máscaras venecianas. La vibración de la música y el olor intenso a perfume y deseo nos envuelven. Una maraña de cuerpos cubre cada superficie: la pista de baile, los sofás de terciopelo rojo; incluso algunos cuelgan del techo con la ayuda de intrincados arneses hechos de cuerdas.

Nos movemos en zigzag dentro del club, dejando atrás parejas y grupos, absortos en varios estados de libertinaje. En una esquina, una mujer con máscara de plumas se retuerce extasiada mientras dos hombres le dan placer. En un diván cercano, un grupo de figuras enmascaradas forma un revoltijo de miembros y piel.

Paramos cuando llegamos a la barra, donde un camarero vestido solo con una pajarita y una máscara está sirviendo copas de champán. Jack pide dos y me da una con una sonrisa traviesa.

—Por nuevas aventuras y nuevas fantasías —brinda con tono seductor, chocando su copa con la mía.

—Por vivirlas todas y cada una —añado.

Mientras bebemos, Jack desliza una mano por la parte baja de mi espalda. Su tacto genera un calor familiar en mi interior. Le paso los labios por la oreja.

—¿Qué fantasía te apetece esta noche? —pregunto.

Los ojos de Jack se oscurecen tras la máscara.

—Quiero mirarte. —Se inclina hacia mí para besarme el cuello.

Se me acelera el pulso al escuchar esas palabras. Hoy siento algo diferente, algo lleno de posibilidades.

—¿Qué fantasía te apetece a ti esta noche?

—Que me miren.

Nos adentramos en la sala, esquivando los cuerpos que se mueven en círculos.

—Casi es medianoche —le digo con una sonrisa—. ¿Brindamos por el año nuevo?

—Por mirar —brindamos los dos al mismo tiempo.

La fiesta ha llegado a su punto álgido. Hay cuerpos extendidos por cada superficie, una maraña de piel y deseo. El aire está cargado con el aroma del sexo y el champán.

Jack se aprieta contra mi espalda y sus manos deambulan por mi cuerpo. Mientras la multitud empieza a corear la cuenta atrás, nos perdemos en un borrón de manos, bocas y piel.

—¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho!

Sus dedos se cuelan debajo de mi vestido y me provocan pasando la mano por la parte interna de mis muslos.

—¡Siete! ¡Seis! ¡Cinco!

Jack deja un camino de besos por mi cuello y muerde mi clavícula.

—¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos!

La sensación me abruma.

—¡Uno! ¡Feliz Año Nuevo!

Cuando los gritos de celebración estallan a nuestro alrededor, Jack me da la vuelta y reclama mi boca con un beso abrasador.

Mientras la gente celebra y cae confeti del techo, Jack y yo nos quedamos unidos en un abrazo apasionado. Sus manos recorren mi cuerpo, posesivas, encendiendo chispas de deseo allá donde tocan.

La música llega a un volumen ensordecedor, acorde con el latido de mi corazón.

Cuando nos separamos, casi sin aire, veo un destello travieso en sus ojos tras la máscara. Se inclina hacia mí y sus labios rozan mi oreja cuando habla:

—Me obsesionas.

—Bien —le respondo mientras lo acerco a mí presionando su cuerpo con el mío—. Porque tú también me obsesionas. Te necesito —le digo al oído—. Aquí. Ahora.

Deja escapar un gruñido y aprieta su agarre.

—¿Aquí? ¿Delante de todo el mundo?

Asiento, sintiéndome osada y desinhibida.

—Que vean cuánto te deseo.

Sin mediar palabra, Jack me da la vuelta para que mi espalda quede frente a su pecho. Sus manos serpentean bajo mi vestido y deja mi tanga a un lado. Dejo escapar un grito ahogado cuando introduce dos dedos dentro de mí, encontrándome ya mojada y lista.

—Qué ansiosa —gruñe mientras mordisquea el lóbulo de mi oreja —. Menuda chica más mala.

Me sostengo en una columna cercana mientras Jack mete y saca los dedos. Para cualquiera que nos vea, puede parecer que estamos bailando muy pegados. Pero sé que varios pares de ojos se han girado a mirarnos, intrigados por nuestras no tan sutiles actividades.

Jack cierra la otra mano en torno a mi pecho por debajo del vestido, pellizcando el pezón. La doble estimulación me hace jadear,

moviendo las caderas contra él.

—Por favor —gimoteo—. Necesito más.

Con un solo movimiento, Jack saca los dedos y me da la vuelta para que lo mire de nuevo. Me levanta con facilidad y nos aprieta contra la columna mientras envuelvo las piernas alrededor de su cintura. Manipula su cremallera sin esfuerzo y empuja dentro de mí con una embestida larga y placentera.

Doy un grito, sin importar quién me oiga. Jack se mueve a un ritmo intransigente, embistiendo una y otra vez. La música y la multitud desaparecen hasta que lo único en lo que me centro es en la fricción exquisita en el punto donde estamos unidos.

Con los ojos entrecerrados, veo que hemos captado bastante público. Figuras enmascaradas nos miran abiertamente, algunas tocándose o a sus parejas mientras observan nuestro alarde de pasión. Saber que nos están mirando, que somos el centro de atención, me lleva al límite. Me agarro con fuerza a los hombros de Jack, ayudando en cada embestida.

Mi dulce bombero. Mi WinterWatcher. Mi acosador. Mi hombre, que desea hacer realidad cada fantasía y cada secreto oscuro que albergo.

—Eso es —me urge—. Deja que vean lo guapa que estás cuando te corres. Enséñales que eres mía. Deja que miren.

Estoy en la cúspide, pero de pronto sé que quiero algo diferente esta noche. Algo solo para nosotros.

—Jack, espera —jadeo. Él ralentiza sus embestidas—. Quiero que me veas tú. Solo tú.

Me da la vuelta y me besa con un nivel de hambre que no había sentido en él antes. Cuando me alejo, veo cómo sus ojos arden con intensidad detrás de la máscara.

—A casa. Ahora.

Nos desenredamos y recolocamos la ropa lo mejor que podemos.

Jack me toma de la mano y prácticamente tira de mí a través de la multitud vibrante hacia la salida. El aire frío de la noche nos golpea cuando salimos del club.

—¡Taxi! —grita Jack, parando uno de los taxis que pasan.

Entramos en el asiento trasero como una maraña de miembros y deseo persistente.

Tan pronto como le da la dirección, tengo su boca encima de nuevo, caliente y exigente. Sus manos deambulan por mi cuerpo, prendiendo de nuevo el fuego que apenas empezaba a enfriarse. Gimo en su boca y entrelazo los dedos en su pelo.

—Dios, te necesito —gruñe en mi cuello—. No puedo esperar a llegar a casa para ver cómo te corres.

El viaje parece interminable, pero finalmente llegamos a mi casa con un frenazo. Jack le lanza algunos billetes al conductor y salimos a trompicones, febriles, tocándonos como si no tuviéramos suficiente. Cuando llegamos a la puerta, me empotra contra ella y coloca su muslo entre mis piernas. Me froto contra él, desesperada por esa fricción.

—Paciencia —murmura, mordisqueando el lóbulo de mi oreja—. Quiero que entres, te desnudes y te tumbes en la cama.

Me peleo con las llaves; las manos me tiemblan de anticipación. Tan pronto como abro la puerta, Jack me da un beso abrasador antes de empujarme dentro con cuidado.

—No me hagas esperar —ordena con una sonrisa diabólica, y cierra la puerta.

Se me acelera el corazón cuando corro hacia mi habitación, deshaciéndome de las prendas mientras avanzo. Cuando llego a la cama, estoy completamente desnuda. Me tumbo sobre las sábanas y siento un hormigueo de excitación en la piel. Pasan los minutos. Me retuerzo ansiosa, preguntándome lo que habrá planeado Jack. Justo cuando lo voy a llamar, oigo un leve golpeteo. Mis ojos salen

disparados hacia la ventana, donde veo el contorno de su figura iluminado por la ristra de luces de Navidad. Ha cumplido su promesa de observarme desde fuera. Me levanto despacio y me dirijo a la ventana con pasos deliberados y sensuales. Cuando la alcanzo, pongo la mano sobre ella y me encuentro la mirada hambrienta de Jack.

Sin romper el contacto visual, arrastro la otra mano por mi cuerpo, pasando por mis pechos, y me pellizco uno de los pezones. Los ojos de Jack se oscurecen de deseo y su respiración empaña el cristal. Mi fantasía más profunda y oscura se hace realidad. Él está fuera. Yo estoy dentro. Y, de alguna manera, estamos más cerca de lo que pensaba que podíamos estar. Sigo con el espectáculo, deslizando la mano entre mis muslos. La mirada de Jack sigue cada movimiento con un gesto entre lascivo y asombrado. Muevo la mano en círculos sobre mi clítoris, montando un espectáculo solo para él.

Mientras me doy placer, me imagino que son sus manos, su boca y su polla. Mis movimientos se vuelven frenéticos y empiezo a jadear. Jack se acerca aún más a la ventana. Esta vez no hace falta discreción o sigilo. Lo quiero aquí, lo quiero desesperadamente.

El hecho de que esté mirándome me lleva al límite. Me corro con un gemido y mi cuerpo tiembla contra el cristal frío. Con los ojos entrecerrados, veo la cara de Jack, famélica.

Por un momento nos quedamos así, quietos, separados por un cristal y aun así íntimamente conectados.

Mi acosador. Mi observador. Ahora mi amante.

Mientras recupero la respiración, veo cómo se acerca a la ventana. Con las manos temblando, quito el pestillo y la abro. Entra el frío aire nocturno, que me provoca escalofríos en mi piel enrojecida. Jack entra con elegancia y sus ojos nunca dejan los míos. Ya dentro, me toma la cara entre las manos y me besa profundamente. Me derrito contra él, saboreando el champán y el deseo en sus labios.

Con un solo movimiento, me levanta en brazos y me lleva hasta la cama. Me tumba con cuidado y da un paso atrás para quitarse la ropa. Observo hambrienta cada extensión nueva de piel que muestra.

Cuando está desnudo, sube a la cama y se cierne sobre mí. Junta su frente con la mía.

—Esta vez y desde ahora —dice con la voz ronca de deseo— quiero hacer algo más que mirar.